

INFORME FINAL

LAS CULTURAS POPULARES EN COLOMBIA DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX.

CONTENIDO

	Págs
1. República Liberal y Cultura Popular en Colombia, 1930-1946.	2
2. Ondas Nacionales	59
3. La Política de Difusión del Libro y La Cultura en Colombia durante <i>La República Liberal</i> (1930-1946).	85
4. Encuesta Folclórica Nacional 1942.	150
5. Reflexiones sobre la Cultura Popular	175

REPUBLICA LIBERAL Y CULTURA POPULAR EN COLOMBIA, 1930-1946.*

Renán SILVA**

Reintroducir la variación y la diferencia ahí en donde
espontáneamente surge la ilusión de lo universal,
es posible que nos ayude a desprendernos
de nuestras distinciones más seguras,
de nuestras evidencias más familiares.
S.S.C.V.

I.

UNO

Como *tópico* y como *moda*, la llamada *cultura popular* -o culturas populares, como luego se escribió- se impuso hace ya unos 20 años a los investigadores en ciencias sociales en Colombia. Aquí no nos interesa restablecer la génesis de ese preciso fenómeno, a la vez ideológico y académico, sino solamente llamar la atención sobre dos características, en apariencia contradictorias, que rodearon su reciente emergencia; y decimos reciente por cuanto el problema de la investigación de las culturas populares tenía antecedentes notables en nuestro medio, aunque

*. Proyecto de investigación *Las culturas Populares en Colombia durante la primera mitad del siglo XX*. Departamento de Ciencias Sociales y Centro de Investigaciones, CIDSE de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle y Fundación para la Investigación de la Ciencia y la Tecnología del Banco de la República. Una versión inicial de este texto se presentó en el Seminario sobre *Las Ciencias Sociales y el Estado Nación*, organizado por la Universidad del Cauca y el Banco de la República, en la ciudad de Popayán, en el segundo semestre de 1998. Cf. Jairo Tocancipá, editor, *La formación del Estado Nación y las disciplinas sociales en Colombia*. Popayán, Universidad del Cauca, 2000. La presente versión resultó muy enriquecida por los comentarios recibidos durante su presentación en el Seminario de Historia de América Latina que dirige Malcolm Deas en el St-Antony's College de la Universidad de Oxford. Especiales agradecimientos debo presentar al profesor Deas por su interés en este trabajo. Desde luego que el texto sigue constituyendo "un espacio abierto" dispuesto a poner en duda cada una de sus afirmaciones.

** Profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle. Grupo de investigaciones en Historia, Cultura y Sociedad.

estos fueron en realidad ignorados con cierta dosis de soberbia por quienes a principios de los años 80s comenzaron a plantearse de nuevo el problema, pensando tal vez que desembarcaban en tierra virgen.

En primer lugar hay que reconocer que el problema se planteó, antes que como un real problema de investigación, como un *tema ideológico*, como un principio fácil de identidad de jóvenes investigadores que intentaban, con razón, una salida novedosa frente al encierro que significaba el economicismo marxista, y que al tiempo redescubrían la rica diversidad cultural del país y el peso de los elementos étnicos por contraste con las formas de conciencia social derivadas de la pertenencia de clase.

Sin embargo, lo que hubiera podido ser una magnífica ocasión de avances investigativos reales sobre un problema fundamental, tendió a convertirse más bien en el motivo de pesadas disquisiciones de apariencia teórica sobre el *método de investigación* y sobre la definición del *objeto*, volviendo a restituir, bajo otros nombres, la vieja trampa de los “marcos teóricos”, como protocolo de investigación que anula la investigación¹. De esta manera, antes que investigaciones sobre ésta o aquella cultura popular, hemos tenido informadas disertaciones sobre su definición, y una especie de *a priori*, no siempre explícito, que declara las culturas populares como objeto de veneración y conservación, porque en ellas se encontraría, según esa visión, o bien las raíces de la identidad nacional perdida, o bien los puntos de resistencia frente a todos los intentos invasores de las culturas transnacionales dominantes a escala planetaria.

La observación sobre la desviación de una agenda efectiva de trabajo, y la respectiva crítica, fueron hechas en su momento por don Jaime Jaramillo Uribe, quien, en 1987, en una exposición oral que fue grabada y luego transcrita, presentada con ocasión de un Seminario Sobre la Cultura Popular en Boyacá, llamó la atención sobre la necesidad de evitar las “excesivas y prolijas consideraciones sobre el método” de investigación en torno del tema de las culturas populares, recomendando más bien, con espíritu pragmático de historiador, comenzar el inventario detallado y la descripción cuidadosa de por lo menos una de esas culturas, a las que tanto se exaltaba. A manera un poco de conclusión de su alegato en defensa de un trabajo pausado, inicialmente descriptivo, Jaramillo Uribe señalaba:

¹ “Una observación en cuanto al método: muchos esquemas puramente teóricos parten de un supuesto erróneo sobre la división del trabajo historiográfico. Por un lado se presume que la búsqueda de datos y su clasificación más o menos grosera queda confiada a cierta clase de practicantes de la historia, a esos obreros pacientes que gustan de las comprobaciones minuciosas, muchas de ellas sin importancia. Por otro, se concibe que el planteamiento “teóricamente correcto” de los problemas corresponde de manera exclusiva a quienes manejan esquemas aparatosos”. Germán Colmenares, Cali: Terratenientes, Mineros y Comerciantes. Siglo XVIII. Bogotá, Banco Popular, 1983, p. 13.

*Quisiera terminar con unas palabras de sentido un poco más práctico. El país está en mora de emprender una investigación seria sobre su folklore y su cultura popular o su cultura básica, sea a escala regional o a escala nacional. Por lo menos de realizar un inventario de ella.*²

En segundo lugar debe mencionarse que a pesar de los supuestos esfuerzos “teóricos” realizados, de manera *práctica* se procedió -en las pocas ocasiones en que se procedió- echando mano de una especie de *sociología espontánea*, y las descripciones realizadas resultaron, de una parte curiosamente semejantes a aquellas que se habían hecho entre los años 30s y 50s de este siglo -y aun en algunos casos se parecían a los cuadros costumbristas del siglo XIX, menos la ideología conservadora, que ahora era sustituida por una especie de izquierdismo universitario-, y de otra parte profundamente “aconceptuales”, pues los trabajos jamás se interrogaban sobre el problema elemental, pero esencial, de las condiciones en las cuales en una sociedad surge una *forma de clasificación y de representación sociales* que define y localiza a una cultura precisamente como “popular”, en el marco de un sistema de oposiciones binarias que la opone a una “alta cultura” o a una “cultura de élite”. De esta manera, los nuevos investigadores se contentaban con renovar algo del vocabulario conocido -en un supuesto estilo “gramsciano”-, mientras aceptaban los términos tradicionales en los cuales el problema se había propuesto desde hacía mucho tiempo.

Es en razón de ello que en el trabajo investigativo se procedió bajo la orientación implícita del más ingenuo empirismo. Como al visitar una plaza de mercado, al observar las formas de diversión en un parque público, al asistir a un espectáculo de canto y danza en el escenario bogotano de la “Media Torta”, al escuchar las maneras de conversación en una vereda pobre y alejada, al hacer la etnografía de un vecindario urbano de migrantes, al recoger formas de narración oral, etc., se encontraba que en esos usos, maneras, costumbres y prácticas había signos de una cierta *diferencia* con las formas culturales de la clase media urbana -que era en general el lugar de origen de los propios investigadores-, pues rápidamente se infería que sus portadores, en general gentes pobres que identificamos como los “sectores populares” de la sociedad, eran los representantes de la *cultura y tradición populares*, vistas éstas últimas, por lo demás, como desprendidas de cualquier matriz colectiva que las cubriera y articulara al conjunto

² Cf. Jaime Jaramillo Uribe, “La historia y los métodos de investigación de la cultura popular”, en Pablo Mora y Amado Guerrero, Comps., *Historia y culturas populares. Los estudios regionales en Boyacá*. Tunja, Instituto de Cultura y Bellas Artes de Boyacá, 1989, pp. 223-227. La cita en p. 226.

de la sociedad.³ Se perdía así, pues, la posibilidad de escrutar el origen reciente de un conjunto de formas de designación, al tiempo que no se daba cuenta de sus contenidos más profundos, y se reenviaba el problema de la génesis de las formas de cultura popular al propio siglo XVI, y en parte al siglo XVII, momento de encuentro de tres de nuestras grandes herencias culturales.

DOS

Calmada un poco la tempestad inicial del tópico y la moda, no se puede dejar de mencionar que el objeto “culturas populares”, y los problemas teóricos y prácticos que plantea, merece una reflexión teórica cuidadosa, y un trabajo histórico y etnográfico como el que recomendaba don Jaime Jaramillo Uribe. En cuanto a la *reflexión teórica* sobre el objeto “culturas populares” hay que recordar que ella tiene una *historia larga* y nos remite, por lo menos -para tomar un hito sobresaliente-, a los trabajos de la Escuela de Franckfurt sobre las modernas culturas urbanas de masas en los Estados Unidos.⁴

De manera particular Leo Lowental había mostrado que la *noción de cultura popular* era una *creación intelectual* que, de manera diferenciada según los contextos, se podía *fechar*, y que su construcción daba lugar a una especial distribución de los productos culturales (productos de “alta” y “baja” cultura), lo que por principio significaba una valoración prejuiciada de la llamada “cultura de masas” y un cierto apego al “folclor”. Este análisis puede ponerse en relación con las actuales perspectivas sociológicas -de inspiración durkheimiana- que, modificando el punto de partida del análisis, no comienzan con el estudio de este o aquel objeto considerado como “popular”, sino que primero se interrogan por la génesis de la noción que clasifica los objetos sobre los cuales recae la designación de “popular”.⁵

³ Tan sólo como un ejemplo del empirismo folclorizante cf. Gloria Triana, “La cultura popular colombiana en el siglo XX”, en *Nueva Historia de Colombia (NHC)*, VI, Literatura, Pensamiento, Artes y Recreación. Bogotá, Planeta, 1989, pp. 303-326. En el texto la autora nos informa que “La cultura popular es una cultura oral, tradicional, heterogénea, subalterna y vital”. (p. 304).

⁴ Cf. por ejemplo, entre varios de sus trabajos, Leo Lowental, *Literature, popular culture, and society*. Pacific Books Publishers, Palo, Alto, California, 1961, en donde se reúnen muy valiosos ensayos cuya redacción había comenzado por lo menos treinta años antes. El recuerdo de esta discusión en Martin Jay, *La imaginación dialéctica. Una historia de la Escuela de Frankfurt*. Madrid, Taurus, 1980. La misma discusión tiene antecedentes, añejos también, en otros contextos culturales de las ciencias sociales. Cf. por ejemplo Richard Hoggart, *The uses of Literacy. Aspects of Working-class Life with special reference to Publications and Entertainments*. London, 1957. -Existe traducción castellana-.

⁵ Y aun las investigaciones más recientes dan un nuevo paso, mostrando que la sociografía clasificatoria empírica de los objetos (populares/no populares) debe ser sustituida por un análisis de las formas diferenciales de apropiación y de los tipos específicos de relación con los objetos y las prácticas. Cf. al respecto Roger Chartier, *Culture écrite et société. L'ordre des livres (xiv-xviii siècle)*. Paris, Albin Michel, 1996.

Para ello parece aconsejable en nuestro caso comenzar con una reflexión previa sobre las condiciones históricas de constitución de esa forma de *designación* que llamamos la “cultura popular”, pues tenemos la idea de que una genealogía de la noción puede arrojar muchísimas luces sobre un conjunto de *representaciones* que son inseparables de las propias formas bajo las cuales se piensa y es pensada la llamada “cultura popular”.⁶

Por esa vía podemos comenzar a acercarnos no sólo a la génesis de una forma básica de clasificación social, sino a un tipo de representación de la cultura popular en Colombia que, creada hace más de medio siglo, sigue siendo parte esencial de nuestro “inconsciente cultural”, como lo prueba una pequeña sesión solemne de colegio de barrio pobre, los trabajos divulgativos de una programadora de televisión como *Audiovisuales*, o buena parte de la programación de *Señal Colombia* -la cadena oficial de televisión-, para no hablar de esa mezcla de aspiraciones políticas mal contenidas y representación folclórica de la cultura que constituyó la “solemne celebración” con que inició tareas hace unos meses el nuevo Ministerio de la Cultura, y en donde algunos de los más reconocidos intelectuales, escritores y artistas del país tuvieron ocasión de encuentro con sus jefes políticos y al son de un mapalé, de un bunde y de tres coplas (e imaginamos que de un buen número de copas), ratificaron su permanente fe en la cultura y la identidad nacionales, tal como viene siendo imaginada no sólo desde la República Liberal, sino sobre todo desde las tranquilas épocas del Costumbrismo y El Mosaico en el siglo pasado.⁷

Lo que pretendemos es, pues, comenzar a mostrar cómo, bajo qué formas, sobre la base de cuáles condiciones y con qué resultados prácticos los intelectuales de la República Liberal, particularmente aquellos que controlaban el Ministerio de Educación Nacional entre 1934 y 1946, forjaron un conjunto de temas ideológicos, elaboraron un programa de trabajo, crearon un entable institucional y difundieron a través de los medios de comunicación una serie de propuestas que desembocaron en la designación de una *configuración cultural determinada como cultura popular*. La hipótesis nuestra es la de que fue la República Liberal la que inventó de manera reciente el tema de la cultura popular, y lo que pretendemos es comenzar a establecer la genealogía precisa del tal proceso (sin que por lo demás nos interesen de manera muy particular

⁶ En relación con el problema de las formas de clasificación social y los sistemas de representación social, dos nociones con claros orígenes en la sociología de Émile Durkheim, cf. É. Durkheim y M. Mauss, “De quelques formes primitives de classification. Contribution à l’étude des représentations collectives”, en Marcel Mauss, *Oeuvres. 2. Représentations collectives et diversité des civilisations*. París, Les Éditions de Minuit, 1974, p. 13 y ss. Igualmente Pierre Bourdieu, *Esquisse d’une théorie de la pratique. Précédé de trois études d’ethnologie kabyle*. Ginebra, Droz, 1972, y más recientemente, de manera sintética, P. Bourdieu y Löic J.D. Wacquant, *Respuestas. Por una antropología reflexiva*. México, Grijalbo, 1995, y P. Bourdieu, *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona, Anagrama, 1997.

⁷ Sobre los peligros y las trampas que esconde el uso acrítico de la noción de “identidad”, y la posibilidad de que detrás de tal noción se encuentre simplemente la vieja idea decimonónica del “carácter nacional” resulta esclarecedora la reseña de P. Anderson hizo de *L’Identité de la France*, la obra final de Braudel, bajo el título de “Fernand Braudel y la identidad nacional”. Cf. Perry Anderson, *Campos de batalla*. Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1995, pp. 376-416.

los matices que existieron al respecto entre cada uno de los gobiernos que conformaron la República Liberal).⁸

Pero antes de avanzar en el bosquejo de las primeras líneas de tal análisis, es necesario despejar algunos malentendidos.⁹ En primer lugar hay que evitar la confusión entre los contenidos empíricos manifiestos de una cierta actividad cultural, que puede ser atribuida sin duda a los sectores populares, y la *constitución de un objeto* al que las clasificaciones sociales dominantes y el sistema de representaciones que la expresa designa como *cultura popular*. Es claro, hasta la evidencia, que se trata de dos fenómenos relacionados y dependientes, *pero diferentes*. El proceso histórico de constitución de los sectores sociales populares en Colombia es un fenómeno de finales del siglo XVIII -que se acelerará después de 1850-, y no puede ser separado del proceso de debilitamiento de las formas tradicionales de dependencia personal en la hacienda, del surgimiento de un campesinado libre y semilibre, del afianzamiento de las formas de vida urbana, y sobre todo del avance del mestizaje, la esencial fuerza desestabilizadora de las estructuras sociales coloniales.¹⁰ Pero de ello no se sigue de manera inmediata la constitución de una forma clasificatoria que designe la actividad cultural de esos grupos como “cultura popular”.

En segundo lugar, cuando decimos que la República Liberal “inventó” la cultura popular no estamos diciendo que antes de tal designación el fenómeno no tuviera antecedentes en la historia cultural del país. Lo que queremos decir es, concretamente, que la República Liberal concretó, sintetizó y desplegó bajo nuevas significaciones una evolución en curso cuyo resultado no era, por lo demás, necesariamente y de manera previamente determinada, ese proceso de designación. Por fuera de una cierta política de masas y de una forma precisa de plantear las relaciones entre el pueblo y la élite, la configuración cultural llamada “cultura popular” no hubiera adquirido las modalidades precisas que le han sido distintivas desde entonces, y que se concretan en su

⁸ Para la definición precisa del concepto de “invención”, que nada tiene que ver con la idea de una creación de libre ocurrencia por parte de cualquier sujeto aislado, sino que remite a precisas condiciones histórico-colectivas, concentradas en la esfera de lo político de una sociedad, cf. Eric Hobsbawm and Terence Ranger, eds., *The Invention of Tradition*. Cambridge, Cambridge University Press, 1983, pp. 1-14. Igualmente, aunque en otro contexto, cf. Martin Bernal, *Atenea Negra. Las raíces afroasiáticas de la civilización clásica*. Barcelona, Crítica, 1993.

⁹ Se trata de un trabajo en marcha, del cual aquí sólo ofrecemos de manera provisional los primeros elementos. Para la presentación del enfoque general y las estrategias de método bajo los cuales abordamos el problema cf. R. Silva, *Las culturas populares en Colombia durante la primera mitad del siglo XX*. Cali, Departamento de Ciencias Sociales, Universidad del Valle, 1998.

¹⁰ Cf. Jaime Jaramillo Uribe, “Mestizaje y diferenciación social en el Nuevo Reino de Granada”, en *Ensayos sobre historia social colombiana*. Bogotá, Universidad Nacional, 1968, pp. 163-203. Y de manera más amplia Jorge Orlando Melo, “La cultura durante el período colonial”, en *Predecir el pasado: ensayos de historia de Colombia*. Bogotá, Fundación Simón y Lola Guberek, 1992, pp. 41-80.

definición a través de una serie de rasgos singulares identificables, en los que más adelante insistiremos.¹¹

Debe recordarse, además, que el período tradicionalmente llamado en la historiografía nacional *República Liberal* fue, desde el punto de vista de la apreciación de la “cultura popular”, hablando con exactitud, el momento en que se concreta una evolución que tiene sus raíces en la segunda mitad del siglo XIX, particularmente en su último tercio, momento este último en que grupos de intelectuales bogotanos, o residentes en Bogotá, principalmente -pero no exclusivamente- pertenecientes al partido conservador, empiezan a manifestar su interés por las “costumbres del pueblo”, a quien también veían, como se ha hecho recientemente, como el poseedor y guardián de formas ancestrales de una sabiduría inmune a los efectos del tiempo. Malcolm Deas lo ha observado con agudeza, al escribir:

El interés de Marroquín en las rimas, dichos y refranes populares, fue al menos en parte filológico... El apacible Rufino José Cuervo, escribiendo desde París, se mostró inusitadamente ávido de echarles un vistazo a los apuntes sobre dichos y refranes de Marroquín, y le escribió a Caro con la esperanza de que éste le buscara otras fuentes; (el poeta Rafael Pombo coleccionaba rimas, el costumbrista Caicedo y Rojas proverbios (ambos fueron conservadores). ¿Sabe usted si alguien ha pensado en recoger cuentos de criadas a estilo de los Grimm y Andersen? ”¹²

¹¹ Jorge Orlando Melo, caracterizando el trabajo del gran fotógrafo Luis B. Ramos, un artista ligado de manera estrecha al ideario y a las tareas culturales prácticas de la República Liberal, ha escrito: “Pero quizás lo que puede verse es más bien cómo Ramos, junto con otros artistas de la época, fue reconstruyendo la percepción que intelectuales, escritores, pintores o escultores, tenían de Colombia y sus gentes. La paradoja de esto radica sobre todo en que para poder contribuir a crear esa nueva realidad nacional, tenía que creer que estaba apenas registrándola con sinceridad, buscando el carácter o la vida del pueblo en sus rostros, sus gestos o sus vestidos. *La importancia de su obra puede advertirse por ello al ver cómo muchos de los fotógrafos posteriores insistieron, quizás en forma menos directa y profunda, en los rasgos de una realidad que él había en buena parte definido*”. Cf. *Luis B. Ramos, 1899-1955. Pionero de la fotografía moderna en Colombia*. Banco de la República. Biblioteca Luis Ángel Arango. (Catálogo de exposición). Abril-junio, 1977. Santafé de Bogotá. (El subrayado es nuestro). Cf. también *40 fotos de Luis B. Ramos, 1899-1955*. (Catálogo de exposición). Bogotá, Banco de la República, 1989. Para un comentario general sobre la manera como los artistas “inventan” el pueblo cf. Geneviève Bollème, *El pueblo por escrito. Significados culturales de lo popular*. México, Grijalbo, 1990.

¹² Malcolm Deas, “Miguel Antonio Caro y amigos: Gramática y poder en Colombia”, en *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*. Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1993, p. 50. El texto completo de Cuervo, citado por M. Deas, es el siguiente: “Aquí les ha dado por recoger coplas, retahílas, cuentos, refranes, etc. Me acuerdo de haberle oído decir a don Manuel Marroquín que él tiene recopilados juegos de Bogotá, a estilo de los que tiene Rodríguez Marín en el primer tomo de los *Cantos populares españoles*; Rafael Pombo tiene infinitas coplas, y don Pepe Caicedo refranes. Aquí sería fácil hacer publicar cosas por ese

Pero la evolución de las percepciones del mundo intelectual colombiano entre 1860 y 1940 respecto de aquello que constituye lo “popular” fue todo menos que un proceso simple, pues tal evolución está mediada por el surgimiento de algunos de los elementos que definen a una sociedad como *moderna*, lo mismo que por una reorientación de la política -y sobre todo de la política cultural- que encontrará nuevos diques de contención a finales de los años 40s, momento en que muchos de los elementos originales que la República Liberal había introducido conocerán un punto de inflexión, que fases posteriores de la vida política nacional no volverán a reactualizar, -o por lo menos no con el impulso y el radicalismo que fueron distintivos de los gobiernos liberales de la primera mitad del siglo XX.

Finalmente hay que decir una palabra acerca de lo que denominamos *perspectiva genealógica*, perspectiva de la que hemos hecho uso en este trabajo y en trabajos anteriores. De lo que se trata en esta forma de análisis es de *restituir una dispersión* que los historiadores habitualmente ignoran, por imaginar que procesos complejos pueden tener orígenes simples. Nosotros intentamos, por el contrario, individualizar todas las *superficies de emergencia* en las que es posible rastrear indicios de la constitución de un fenómeno, y aunque en este texto nos limitamos a tan sólo algunas de ellas, es claro que el conocimiento completo del proceso exige la reconstrucción de esa dispersión amplia *en que un grupo de objetos ha tenido su génesis*, bien se trate de prácticas, de discursos o de instituciones, o más corrientemente, de un entrecruzamiento de estas tres formas de la actividad social. Como lo ha escrito Michel Foucault, en una prosa magnífica que se siente aun en la discutible traducción castellana,

La genealogía es gris, es meticulosa y pacientemente documental. Trabaja con pergaminos embrollados, borrosos, varias veces reescritos. Paul Ree se equivoca, como los ingleses, al describir las génesis lineales, al ordenar, por ejemplo, sólo en función de lo útil, toda la historia de la moral: como si las palabras hubiesen guardado su sentido, los deseos su dirección, las ideas su lógica; como si este mundo de cosas dichas y queridas no hubiese conocido invasiones, luchas, rapiñas, disfraces, astucias. De ahí la necesidad, para la genealogía, de una indispensable cautela: localizar la singularidad de los acontecimientos por fuera de toda finalidad monótona; atisbarlos donde menos se los espera, y en lo que pasa como si no tuviera historia -los sentimientos, el amor, la conciencia, los instintos-; captar su

estilo en una revista española y lo agradecerían mucho... Un librito que contuviera todo eso no sería, a mí parecer, productivo allá... si quieren mandarme algo, yo procuraré que se publique en España. ¿Sabe usted si alguien ha pensado en recoger cuentos de criadas a estilo de los de Grimm y Andersen?”. Carta de R.J. Cuervo para M. A. Caro. París, 5 de enero de 1884. *Epistolario de Rufino José Cuervo con Miguel Antonio Caro*. XIII. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1978, pp. 110-111.

*retorno, no para trazar la curva de una evolución, sino para reconocer las diferentes escenas en las que han representado diferentes papeles...*¹³

Podemos ilustrar esta perspectiva de análisis recordando, en nuestro caso, que la noción de cultura popular tiene precisos antecedentes en el siglo XIX colombiano, tanto en el Romanticismo como en el Costumbrismo políticos y literarios. Pero no se deben acentuar al extremo sus aparentes líneas de continuidad pues se corre el riesgo de perder de vista la novedad que introducirán el siglo XX y la República Liberal, confundiendo de paso una serie de “orígenes” variados con los “comienzos” efectivos de un proceso, impidiéndonos por tanto captar la *singularidad* del evento, aquello que lo define como *evento* en su carácter irrepetible.¹⁴

Es claro -e importante en la actual coyuntura historiográfica-, que la *perspectiva genealógica* ayuda a evitar la trampa simplista de la reducción de los eventos históricos a simples manifestaciones “discursivas”, reduccionismo que en Colombia ha vuelto a dar en estos años a gran parte de la historiografía universitaria un fuerte carácter idealista, que la emparenta con la vieja historiografía legislativa y jurídica, en la medida en que ella opera una reducción de las prácticas a “discursos” de significado unívoco y metahistórico, a los que se considera como los verdaderos productores de lo “real”.

De esta manera, a un innegable “objetivismo marxista” que expulsaba del análisis histórico el lenguaje y las formaciones simbólicas -y la propia acción humana, individual y colectiva, la que era

¹³ Michel Foucault, *Nietzsche, la genealogía y la moral*. Madrid, Pretextos, 1988, pp. 11-12. Foucault agrega a continuación, mientras va parafraseando a Nietzsche: “La genealogía exige, pues, minucia, gran número de materiales acumulados, paciencia. Sus ‘monumentos ciclópeos no debe construirlos a golpe de ‘grandes errores beneficiosos’, sino de ‘pequeñas verdades sin apariencia, establecidas según un método riguroso. En resumen, un cierto empeño en la erudición”, para concluir en clave irónica: “La genealogía no se opone a la historia como la visión alta y profunda del filósofo se opone a la mirada de topo del sabio; se opone, por el contrario, al desplegamiento metahistórico de las significaciones ideales y de las indefinidas teleologías. Se opone pues a la búsqueda del origen”. p. 12-13.

¹⁴ Como se sabe, esta distinción entre “orígenes” y “comienzos” se encuentra fundamentada y utilizada de manera productiva en los análisis de Marx sobre la génesis del capital y del capitalismo, cuando demuestra el carácter “prediluviano” de diversas formas de capital comercial y aun de modalidades de trabajo asalariado, sin que ello significara la existencia de un modo de producción capitalista en todas y cualquier parte. Esta indiferencia por la “diferencia específica” y por el tipo de organización particular de un conjunto de elementos que se definen por sus relaciones, llevaba a muchos analistas (incluso algunos posteriores a Marx, como el propio Max Weber) a encontrar “capitalismo” en todas las sociedades y ello desde la más remota antigüedad. Es esta orientación básica la que asumimos cuando tratamos de definir la *génesis de la noción de cultura popular* en el siglo XX en Colombia (es ese el sentido del epígrafe del presente trabajo). Una orientación de trabajo completamente distinta es aquella que buscaría una *definición esencial(ista) del concepto de cultura popular*, para, con ella en la mano, proceder a estudiar cualquier configuración cultural a la que de antemano colocamos el rótulo de “popular”. No es ese el camino que nosotros seguimos.

pensada como directamente determinada por la “economía”-, se ha respondido con una especie de “juego culturalista”, según el cual todo proceso social encontraría su determinante en lo que las gentes (o las instituciones) “dicen”, lo que ha precipitado una cierta avalancha de trabajos sobre el “discurso”, considerado de manera ingenua y por fuera de todo contexto como el elemento que organiza, determina y somete todo el ámbito de las prácticas sociales, de tal manera que el análisis termina superponiendo lo que se estima ser la “lógica del discurso” a las lógicas implícitas que habitan los sistemas de prácticas, las que en verdad quedan por fuera de cualquier indagación cuidadosa, pues en el fondo se sigue pensando que los discursos -por estos días se dice las “representaciones”- engendran lo “real”.¹⁵

TRES

De manera estricta lo que aquí intentaremos sostener es que la *Política Cultural de la República Liberal* constituyó una fase original en la construcción de una cierta representación de la cultura popular, representación que la piensa a través de una matriz folclórica, que la recrea como “folclor” y como “tipicidad”, y que en buena parte el resto del siglo XX colombiano simplemente ha vivido de esa misma “invención”, de tal manera que gran parte de los estudios sobre la llamada “cultura popular” son, desde esa época, tan solo un larguísimo comentario, con visos de repetición, de las posibilidades limitadas que ofrece la interpretación folclórica o folclorizante de la cultura¹⁶, y esto a pesar de la posterior constitución de instituciones académicas

¹⁵ La crítica del punto de vista que reduce las prácticas al discurso y desconoce las diferencias entre lógica del discurso y lógica de las prácticas en Pierre Bourdieu, *Le sens pratique*, París, Éditions de Minuit, 1980. De manera curiosa, entre nosotros ha querido hacerse descansar sobre los hombros de Michel Foucault el simplismo de que la vida social puede ser reducida a “discursos”, y más recientemente el postulado del “linguistic turn” que concluye que la disciplina y el saber históricos no son más que “relatos”, similares desde el punto de vista de su estatuto, a cualquier otro relato en el campo de la ficción. Los sistemas de articulación entre prácticas y discursos, que ya se encontraban enunciados con claridad en la “Introducción” a la *Arqueología del Saber*, fueron retomados por Foucault de manera expresa, bajo perspectiva genealógica, en sus conocidas conferencias de Río de Janeiro de 1978, publicadas bajo el título de *La verdad y las formas jurídicas* (Gedisa, Barcelona, 1978). Preciso este punto, el nuevo problema de análisis que debe plantearse es el de la relación entre los “discursos” y los sistemas de “representación de lo social”. Sobre el reductivismo que representa el “linguistic turn” cf. Roger Chartier, “L’Histoire entre récit et connaissance”, en *Au bord de la falaise. L’histoire entre certitudes et inquiétude*. París, Albin Michel, 1998, pp. 87-107. Una perspectiva crítica inicial sobre el curso reciente de los estudios históricos en Colombia se encuentra en Jorge Orlando Melo, “La historia: las perplejidades de una disciplina”, en *Predecir el pasado*, op. cit., p. 7 y ss.

¹⁶ Aunque restringida al campo de la “música popular”, que es de todas maneras uno de los cotos de caza favoritos de la perspectiva folclórica, la obra del Maestro Guillermo Abadía Morales puede ser considerada como una perfecta ilustración, por lo demás de altas calidades, de los límites y posibilidades de la interpretación folclórica de lo popular. Cf. como ejemplo, dentro de su amplísima

y de grupos de intelectuales que, de manera formal, se localizan en una perspectiva de interpretación de las culturas populares en apariencia alejada de la matriz folclórica.¹⁷ Llevando hasta el extremo nuestro razonamiento, pensamos que se puede sostener que la representación folclórica de la cultura -en la que profundizaremos a lo largo de este texto- ha sido la *representación oficial* (estatal y social), legítima y legitimada, de la cultura popular.¹⁸

La construcción de esa representación de la cultura popular como “folclor” parece cubrir *dos fases diferenciadas* de la política cultural liberal. *La primera*, que va -aproximadamente- de 1930 a 1940, y cuyo objetivo central era la *difusión* de ciertas formas de la cultura intelectual y de un sistema variado de preceptos y de normas educativas y sanitarias que se consideraba esencial en el proceso de civilización de las masas. *La segunda*, que se extiende, más o menos, desde 1940 hasta 1948, y que intenta combinar el proceso de difusión de la cultura con el de *conocimiento de las culturas populares*, a través de un vasto trabajo de campo que buscaba recolectar de manera sistemática todas las informaciones posibles para interpretar de manera coherente las variadas formas de la actividad cultural de las masas campesinas y de los habitantes populares urbanos, sin que nos interese aquí por el momento el problema de las evoluciones posteriores, y particularmente el surgimiento desde los propios años 40s de otras formas de representación alternativas a la visión folclórica, que de todas maneras ha continuado no sólo siendo la “oficial”, sino tal vez la representación socialmente dominante de la cultura popular.

Es claro por lo demás que, de manera práctica, las fases de *difusión* de la cultura y de *investigación de las culturas* no se excluyen, y de manera particular en la segunda fase mencionada se superponen. Los años iniciales de énfasis en la difusión, por ejemplo en el momento de despegue del proyecto de *Cultura Aldeana*, fueron también años de exploraciones investigativas iniciales sobre la vida social, económica y cultural de los grupos populares, pero la

producción, Guillermo Abadía Morales, *Compendio General del Folclor Colombiano*. Bogotá, Colcultura, 1977, Tercera edición.

¹⁷ La coexistencia, por lo menos durante un período, de la primera generación de antropólogos colombianos formada en la Escuela Normal Superior y en el Instituto Etnológico Nacional con los “viejos aficionados” a la recolección de materiales folclóricos (“amateurs” con casi ninguna relación con las modernas ciencias sociales) se constata cuando se examinan los nombres de quienes conformaban en 1946-47 la Junta Directiva de la Comisión Nacional de Folklore (así se escribía aun la palabra). La impresión se confirma cuando se lee el número 1 de la *Revista Colombiana de Folklore*, que publicó, bajo los auspicios del Ministerio de Educación Nacional, la mencionada Comisión.

¹⁸ Aunque no conocemos datos que nos permitan asegurarlo, se puede sospechar que dentro de los países del continente americano, Colombia debe ser uno de los mayores productores de recopilaciones de material folclórico (coplas, bailes, danzas, juegos, refranes, proverbios, remedios médicos tradicionales, etc.) terminando el siglo XX. Al patrimonio folclórico, según los cánones clásicos del siglo XIX el prestigioso Instituto Caro y Cuervo no ha dejado de hacer permanentes contribuciones, como lo han hecho también algunos historiadores que, con razón o sin ella, asocian su nombre a la llamada “nueva historia”, como Javier Ocampo López -desde hace años además miembro de la Academia Colombiana de la Lengua.

“matriz folclórica” sólo se hará *oficialmente* dominante en los años 40s. Como lo escribía en 1943 Andrés Pardo Tovar, uno de los más connotados impulsores de la “idea cultural folclórica”

*... etapa de inquietudes de honda raigambre nacionalista... iniciativas oficiales y particulares que suponen ya una preocupación fundamental por el alma colectiva del pueblo colombiano, en sus aspectos folk-klórico, popular y artístico propiamente dicho.*¹⁹

Por el momento es necesario simplemente recordar que la República Liberal no solo significó una profunda originalidad en el campo de los *proyectos de extensión cultural*, sino que representa una de las etapas de más alta integración entre una *categoría de intelectuales públicos* y un *conjunto de políticas de Estado*, al punto que puede decirse que sus proyectos culturales de masa fueron en gran medida la elaboración de grupos intelectuales que ocupaban las posiciones más elevadas en los instrumentos estatales de formación y extensión cultural -el Ministerio de Educación y algunas de sus dependencias particulares-, al tiempo que dominaban en el escenario cultural, sobre todo en la prensa, en el radio y en el precario mundo del libro, lo que les garantizaba una posición directiva en cuanto a la orientación espiritual del país, o más exactamente de la “nación”, para acudir a su propio vocabulario.²⁰

Pero esa integración de funciones de dirección cultural y de posición directiva en el campo de la orientación cultural de la sociedad, se conjugaba con una comunión estrecha con los propios ideales culturales de la República Liberal, ideales que ellos habían contribuido a diseñar, y que representaban una parte del ideario liberal, ideario al cual, curiosamente, también se acogían algunos intelectuales que formalmente pertenecían al partido conservador.

¹⁹ *Micro* (revista). Medellín, Segunda época, 1943. Es claro que las no muy numerosas pero valiosas investigaciones sobre sociedad y economías campesinas de los años 30s tienen una orientación y unos supuestos que no son estrictamente hablando los de la investigación folclórica. Cf. al respecto Jorge Zalamea, *El Departamento de Nariño. Esquema de una interpretación sociológica*. Informe rendido al señor Ministro de Educación Nacional por el autor. (Relator literario y perito en sociología de la Comisión de Cultura Aldeana). Bogotá, Imprenta Nacional, 1936, y Antonio García, *Geografía Económica de Caldas*. Bogotá, Contraloría General de la República, 1937. En la *Introducción* a la segunda edición (Bogotá, Banco de la República, 1978) el autor recuerda el origen de su obra y las condiciones y contexto de su elaboración intelectual

²⁰ A título puramente indicativo se pueden recordar algunos de los nombres de los ministros de Educación de esos años: Luis López de Mesa, Darío Echandía, Alfonso Araujo, Guillermo Nanetti, Juan Lozano y Lozano, Jorge Eliécer Gaitán, Germán Arciniegas, Mario Carvajal, Antonio Rocha, entre otros. Aunque la dirección ejecutiva del Ministerio varió mucho, G. Arciniegas mencionaba en 1942 una “política sin discontinuidad ninguna” y “en progresión creciente”. Más estable, y tal vez más importante, resultó el grupo inmediato de colaboradores. Cf. *Ministerio de Educación Nacional. Memoria al Congreso de la República en 1942*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1942. La nómina de colaboradores en p. LII.

Un punto relevante de ese ideario tiene que ver con la manera como la República Liberal se planteó el problema de las relaciones entre las clases dirigentes y lo que desde entonces se ha llamado en el país las “masas populares”, en uno de los pocos momentos de modernización efectiva de las formas tradicionales de la política en Colombia. Tal como lo expresaba en 1933 Alfonso López Pumarejo: “Los principales vicios y yerros de nuestra democracia surgen, en mi sentir, de una falla fundamental en las relaciones de las clases directoras del país y las masas populares”²¹, afirmación que se complementaba con una valoración nueva de las posibilidades de las masas, presentada dos años después, con ocasión de su primer mensaje presidencial al Congreso de la República: *Si la nación ha resistido [tal número de problemas] ... es porque hay en el pueblo virtudes insospechadas que lo alientan, estimulan y fortalecen, mientras soporta con ánimo tranquilo las contradicciones y errores de las clases dirigentes...*”, mencionando además su confianza en la “inteligencia popular”, en la “sensibilidad del pueblo”, y declarando que “en las masas reposa la conciencia misma de la nacionalidad”²².

Es posible que en las afirmaciones del Presidente López Pumarejo hubiera mucho de artificio retórico, de discurso para la contienda electoral o para la defensa de un gobierno; pero lo cierto es que *como actitud frente a lo “popular”, y como manera de constituirlo* representaba un cambio de importancia, sobre todo cuando, en un tono muy característico de esos años, a partir de tales afirmaciones se concluía que:

Yo miro sin temor y con entusiasmo el porvenir de la República, porque me inspira confianza su pueblo. Cuantas veces se le ha dado libertad, ha procedido con cordura, y en cada ocasión en que se le dejó decidir su suerte, escogió lo mejor”.²³

Este hecho resulta tanto más significativo, cuando se sabe que al mismo tiempo los ideólogos liberales, como lo habían hecho muchos otros desde 1900, reconocían las dificultades que

²¹ Citado en Alvaro Tirado Mejía, “López Pumarejo: La Revolución en Marcha”, en *Nueva Historia de Colombia, I, Historia Política 1886-1946*. Bogotá, Planeta, 1989, pp. 305-348. La cita en p. 305.

²² *República de Colombia. Mensajes Presidenciales, 1934-1938*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1939, pp. 108-110. Los subrayados son nuestros.

²³ Idem. Es claro que en esa valoración hay una diferencia profunda con el ideario conservador del período, aunque en otros puntos puedan existir elementos comunes. Así por ejemplo, era otra visión la que se expresaba cuando Laureano Gómez escribía: “Las aberraciones psíquicas (de negros e indios)... se agudizaron en el mestizo... Somos un depósito incalculable de riquezas, que no hemos podido disfrutar, porque la raza no está acondicionada para hacerlo... (Debemos) buscar las líneas directrices del carácter colombiano... en lo que hayamos heredado del espíritu español...”. Loc. cit. en Aline Helg, “La educación en Colombia, 1946-1957”, *Nueva Historia de Colombia*, op. cit., IV, p. 249; y más en general, sobre este esencial problema, Laureano Gómez, *Obras Completas*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1984.

planteaba el propio punto de partida de las “masas”, en relación con problemas esenciales de civilización, como el calzado, la higiene básica, la relación con la técnica, el conocimiento de la escritura y la lectura o la asimilación de la idea de derechos y deberes. Las divisiones en el campo intelectual aparecían cuando se trataba de sacar las consecuencias de esa situación de miseria en cuanto a cultura y civilización. Pero el reconocimiento parecía general. Para el liberalismo resultaba claro que una “campaña educacionista” resultaba fundamental para transformar la situación. De esta manera se pensaba, por ejemplo, en una estrategia de comisiones ambulantes (de maestros) recorriendo sobre todo el campo, con el objetivo de “difundir aquellas nociones indispensables para que el individuo conozca sus propios derechos y obligaciones, arregle mejor su vida y utilice más eficazmente los elementos que la técnica moderna ofrece para facilitar e incrementar la producción”, y ello por cuanto se reconocía la “desproporción entre las necesidades que presenta el desarrollo del país y el grado de cultura y preparación de las clases asalariadas”.²⁴

Para los liberales -que de todas maneras nunca construyeron en rigor una idea moderna de ciudadanía²⁵, en un momento en que ya existía el arsenal ideológico que permitía plantear de manera nueva el problema- atrás debería quedar la noción de “masas pastoriles” simplemente al uso para el sermón, para la contienda electoral o para el enfrentamiento bélico. Se trataba ahora, por el contrario, del “pueblo” como “sujeto activo” -aunque desde luego siempre un “pueblo niño” por educar y guiar-, objeto de deberes, pero también de derechos, verdadera encarnación del *futuro*, paradójicamente, en la medida en que representaba el *pasado*, pues por una cierta *fórmula alquímica* difícil de descifrar, en él había quedado concentrado algo como la “quintaesencia” de una Nación, nunca bien definida a pesar de los esfuerzos, y de las constantes remisiones a la Expedición Botánica, a la Comisión Corográfica y a otros episodios mitológicos en los que se suponía estar depositada el “alma nacional”, tópicos que nunca faltaron en el lenguaje de los intelectuales de la República Liberal. En todo caso se trataba, cuando se hablaba del “pueblo”, de un conglomerado humano con el cual habría que contar para la transformación del país.²⁶

²⁴ Cf. *Ministerio de Educación Nacional, 1937-1938. Informe al Congreso de la República*. Bogotá, Editorial ABC, 1938, p. 55.

²⁵ Cf. al respecto Marco Palacios, “El (des)encuentro de los colombianos con el liberalismo”, en *Parábola del Liberalismo*. Bogotá, Editorial Norma, 1999, pp. 143-236.

²⁶ Abundante información sobre este punto en Alvaro Tirado Mejía, *Aspectos políticos del primer gobierno de Alfonso López Pumarejo*. Bogotá, Procultura, 1981. Un análisis sorprendente de la política y de la sociedad del período, análisis del que aún no sacamos todavía sus consecuencias, es el de Daniel Pécaut en su *Orden y Violencia: Colombia 1930-1954*. Bogotá, CEREC, Siglo XXI editores, 1987. De mucha utilidad aunque excede los años que nosotros consideramos aquí, es el libro de Marco Palacios, *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia, 1875-1994*. Bogotá, Norma, 1995.

Este nuevo enfoque de las relaciones entre dirigentes y “pueblo”, que replanteaba muchas de las formas tradicionales de dominio y hegemonía en el país, fue traducido, en sus propios términos, por los intelectuales más activos en la *escena pública literaria* (en la acepción amplia de esta palabra), como la necesidad de una reestructuración profunda de las relaciones entre *élites* y *masas*, lo que no dejaba de tener consecuencias importantes sobre su ideario cultural, y terminó marcando de manera profunda su “invención de la cultura popular”. En palabras de Darío Achury Valenzuela, pieza clave de los proyectos culturales del liberalismo en ese período, y uno de los primeros críticos verdaderamente agudos de las formas tradicionales de la vida política regional colombiana, el problema se expresaba así:

En el estado precultural en que vivimos no hay que perder de vista el doble juego de las masas y las minorías. La creación de una cultura presupone, por una parte una estructura jerarquizada, la existencia de una élite directiva, que es el elemento humano que cualifica la cultura, y por otra, requiere el elemento cuantitativo que es la masa, totalidad unitaria dotada de un instinto común, que en un momento determinado estará en capacidad de neutralizar las extraviadas influencias del individualismo aristocrático que pudiera poner en grave riesgo nuestra cultura potencial²⁷.

Darío Achury, como sus “copartidarios”, se mueve, desde luego, en el esquema habitual de dirigentes y dirigidos, de “creadores” y “consumidores”, pero introduce un variante interesante, que reconoce una cierta *entidad cultural a los grupos subalternos* -“totalidad unitaria dotada de un instinto común”-, y piensa además que hay una característica especial en la actividad cultural popular que la constituye en el verdadero antídoto contra el falso cosmopolitismo, contra las desviaciones individualistas o aristocratizantes, y que en el fondo lo “popular” resulta la pieza clave en el proyecto de construcción de un arte y una cultura nacionales, al encarnar lo mejor de las tradiciones pasadas de una comunidad humana.²⁸

²⁷ *Memoria del Ministro de Educación Nacional presentada al Congreso en el año de 1943*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1943, pp. 5 y ss. La *Memoria*, firmada por Rafael Parga Cortés, en ese entonces ministro, recoge el texto citado, y muchos otros desarrollos, que Achury Valenzuela había presentado en “Posibilidad de una cultura americana”, en *Revista de las Indias* -órgano oficial del Ministerio de Educación-, No 54, junio de 1943, pp. 376-383. Darío Achury Valenzuela es el autor de *Caciques Boyacenses*, una aguda descripción de la vida política tradicional en Colombia.

²⁸ Sobre el carácter problemático -por decir lo menos- de la noción de *tradicición* ha llamado la atención con agudeza J. Gilard al escribir: “La noción de tradición tiene sus encantos y puede ser una manera cómoda de expresar brevemente cosas complejas, pero resulta peligrosamente borrosa. Para lo que sirve principalmente es para hacer admitir lo que no se puede demostrar, por falta de pruebas documentales o por el temor ante el esfuerzo de buscarlas, y ante lo que nos encontramos en tales condiciones, es ante una ideología que no se presenta como tal y se disfraza de saber histórico”. Jacques Gilard, “Vallenato: Cuál tradición narrativa?”, en *Huellas/Uninorte*, No 19, Barranquilla, abril, 1987, pp. 59-67. La cita en p. 60.

Para Darío Achury, como para el Germán Arciniegas *de ese momento*, y para muchos otros intelectuales, la cultura aparece como una totalidad en la cual es posible distinguir dos elementos. Un conjunto de producciones pertenecientes a la más elevada esfera del quehacer humano, tal como se expresa en las formas elaboradas del “espíritu”, y una especie de suelo nutricional, de verdades esenciales, reencarnación de lo más auténtico que tiene un pueblo, una suerte de ocultas raíces ancestrales, una forma de invariante, y por lo tanto muy poco histórica, que opera como la base de construcción de cualquier manifestación cultural que no quiera extraviarse y romper con un destino histórico fijado de antemano en el pasado. Por este camino, y en el marco de la reelaboración liberal de las relaciones entre las masas y sus conductores, un grupo de intelectuales liberales y conservadores irá poco a poco encontrando el camino de la invención de la *cultura popular como “folclor”*, produciendo una síntesis interpretativa sorprendente, que vinculaba una perspectiva realmente nueva de relaciones entre élites y masas, con una de las formas más conservadoras y tradicionalistas de comprender la actividad cultural popular.

Tratando de mostrar la importancia que la investigación folclórica tenía en una sociedad, la *Revista de las Indias* -el órgano de expresión más importante de este grupo nuevo de intelectuales que fue el soporte del proyecto cultural del liberalismo en el gobierno- consignó unas palabras que vale la pena citar en su integridad, porque ellas resumen de manera precisa las características esenciales que, desde el punto de vista de sus fundamentos, definen a la representación de la cultura como “folclor”:

La cultura de un país no reside tan sólo en las pacientes obras de los eruditos, ni en las obras aquilatadas de los artistas minoritarios. Es en el subsuelo de la sensibilidad colectiva en donde puede hallarse la más auténtica fisonomía de los pueblos. Y es precisamente la riqueza, densidad y hondura de esa que podemos denominar capa vegetal del espíritu nacional, la que da la mejor medida del genio de una nación.

El folklore resulta de la lenta y peculiar acumulación de las experiencias artísticas, elementales, del pueblo. En él palpita y alienta lo más verdadero e irrevocable de su sensibilidad, y sobre él pueden apoyarse las más altas duraderas fábricas de la inteligencia. No está por demás señalar aquí la indiferencia con que por lo general han mirado los artistas colombianos ese producto del ingenio y de la emoción popular. El arte del pueblo, estilizado, levantado a puros planos estéticos, constituyó siempre, en última instancia, la esencia de las obras más fuertemente humanas, es decir clásicas, perdurables.²⁹

²⁹ *Revista de las Indias*, No 41, mayo, 1942, pp. 415-416. No se ha insistido lo suficiente en el hecho de que la *Revista de las Indias* era, al mismo tiempo, el órgano oficial del Ministerio de

En relación con este problema no hay que confundirse. Es claro que, desde el punto de vista de sus orígenes, la interpretación de la cultura como “folclor”, como “quintaesencia del alma nacional”, como la “capa vegetal del espíritu nacional” es algo viejo, suficientemente conocido y de sobra criticado desde el momento mismo de su aparición en las corrientes románticas europeas de los siglos XVIII y XX, las que, como reacción contra un mundo moderno que estimaban frío y calculador, excesivamente racionalizante y siempre listo a censurar el sueño y la fantasía, optaron por la idealización de un supuesto viejo mundo comunal campesino, ahora perdido, mundo en el que, tal vez, habría encontrado su refugio lo mejor de las tradiciones, las marcas indelebles del carácter de un pueblo, marcas que ahora el progreso barría.³⁰ Pero no son los aparentes o reales orígenes de una interpretación los que deben preocupar a una perspectiva genealógica. Lo que debe aquí concentrar nuestra atención, como atrás lo señalamos, no es el supuesto retorno de un esquema viejo y sobrepasado, *sino los nuevos escenarios en que hace su aparición, los nuevos usos y formas de apropiación a los cuales tal esquema será sometido* por nuevas fuerzas que lo modelarán al incluirlo en otras estrategias, al hacerlo funcionar en otros dispositivos, al colocarlo en otras relaciones de fuerza.

Lo distintivo de ese proceso de *reinscripción histórica* de un conjunto de perspectivas culturales -que como *tema general* no son creación de los intelectuales liberales ni de la República Liberal- no se encuentra solamente en el hecho de postular la existencia de un “alma nacional” oculta o dormida (la “capa vegetal del espíritu nacional”) que debe potenciarse para asegurar el principio de coherencia de la nación, evitar el extravío del mundo intelectual y asegurar la ligazón entre masas y creadores culturales, siendo al mismo tiempo este vínculo el principio sobre el que debe reposar una perspectiva nacionalista de la cultura. El rasgo distintivo del proceso se encuentra también, y tal vez en mayor medida, en otros puntos que deben mencionarse con claridad,

Educación Nacional, un instrumento de propaganda de la política cultural liberal, el lugar de encuentro de un importante grupo de intelectuales, diverso tanto desde el punto de vista de su adscripción partidista como de sus perspectivas culturales, y una forma de renovación intelectual que por mucho tiempo determinó los horizontes posibles de la cultura nacional. Se conocen desde luego los ataques de que fue víctima por parte del partido conservador y de la Iglesia católica, algunos de cuyos pastores declararon pecado su lectura.

³⁰ Cf por ejemplo Peter Burke, *La cultura popular en la Europa Moderna*. Madrid, Alianza Editorial, 1991, especialmente p. 35 y ss, y “Apéndice 1. El descubrimiento del pueblo: estudios escogidos y antologías, 1760-1846”, p. 397 y ss. Ahí puede verse la “venerable antigüedad” de los estudios sobre la cultura popular, y la manera como en el campo de las curiosidades eruditas, de las antigüedades y tradiciones (que el tiempo amenazaba con borrar) y con la esperanza de conservar y preservar verdades “elementales y sencillas” que se consideraban la “sabiduría profunda”, una intelectualidad, de orientación romántica, conservadora y paternalista, fuertemente idealizadora del mundo rural y crítica de la moderna vida urbana, produjo las primeras recopilaciones y estudios sobre la “cultura popular”, estudios en donde la idea de la cultura como “folclor” ya se encuentra presente.

diferenciarse y enunciarse de manera enumerativa para comprender su significado histórico en el caso de la sociedad colombiana.

De una parte se encuentra la propia renovación y *ampliación social* de la *noción de cultura* que producirá la perspectiva folklórica. Luego, en el *escenario modificado* en que este punto de vista se expresará. Después, en la estrategia de *desarrollo nacional* a la cual intentará ligarse el proyecto cultural. Finalmente, en sus consecuencias sobre el propio *campo intelectual*, en sus efectos sobre la representación de las relaciones políticas entre gobernantes y gobernados, en el apoyo que en tal proceso buscará el tenue e inorgánico *nacionalismo colombiano*, y en su papel en la creación de una forma clasificatoria de las culturas que sigue siendo esencial en la sociedad colombiana.³¹

En cuanto al problema del ensanchamiento de la propia noción de cultura, sus ideólogos afirmaban que el nuevo proyecto cultural no debía ser solamente difusión de conocimientos intelectuales entre la población, sino ante todo creación de “un clima espiritual” que educara la sensibilidad popular en dirección de la construcción de un nuevo orden cultural, para lo cual resultaba tarea central la de “remover en su inconsciente el caudal de emociones y sensaciones, que es lo que constituye en sí la cultura”, lo que sólo podría hacerse “mediante la música, la danza, el teatro, los aires folklórico...”, pues de lo que se trataba era de “arraigar en el alma colectiva a modo de permanente incitación al progreso y al perfeccionamiento”,³² y permitir al mismo tiempo que esa “alma colectiva”, esa *identidad refundida*, pudiera expresarse en forma clara y precisa, *al encontrar en la cultura intelectual la gramática y la ortografía* que le aseguraban la corrección de su nueva manifestación pública.

En relación con las llamadas “actitudes nacionalistas”, los intelectuales que controlaban el Ministerio de Educación, y más tarde la *Revista de las Indias*, denunciarán la existencia en el país, “en el alma natural de nuestras minorías intelectuales”, de una extendida actitud de desprecio “hacia lo autóctono”, como producto de una ausencia de fe en el país, o simplemente

³¹ Cf. como ejemplo de las formas históricas de un proceso de transformación cultural de grupos rurales y de intento de integración en una sociedad nacional, en el marco de un nuevo régimen político y de un sistema inédito de representaciones de lo “político”, Eugen Weber, *Peasants into Frenchmen. The modernization of rural France 1870-1914*. London, Chatto & Windus Ltd, 1977; y Anne-Marie Thiesse, *La creation des identités nationales. Europe XVIII-XX*. Paris, Seuil, 1999, para una introducción a los problemas de la relación entre perspectivas folclóricas, identidades nacionales y construcción del Estado-nación. Debo esta última referencia a la cortesía de F-X Guerra). Igualmente, cf. Bernhard Giesen, *Intellectuals and The Nation. Collective Identity in a German Axial Age*. Cambridge, U.P., 1998.

³² Cf. *Ministerio de Educación Nacional. La obra educativa del Gobierno*. Tomo III. 1940. Bogotá, Imprenta Nacional, 1940, p. 73, y p. 61.

de la vanidad o del esnobismo.³³ Como lo indicaba en 1936 Gustavo Santos, director nacional de Bellas Artes, el país carecía de verdaderas instituciones culturales y soportaba aún una vida cultural estrecha y mezquina, cuya cabeza era “un proletariado artístico pésimamente preparado para la vida artística y para la vida real”, extraviado de sus tareas y funciones, por la propia ignorancia que padecía de su entorno y de sus tradiciones.³⁴

Sin embargo la actitud nacionalista, sobre todo en los años 40s, difícilmente se puede asimilar a un rechazo grosero e inflexible de toda influencia extranjera. Había entre algunos de esos intelectuales un cosmopolitismo arraigado, conocimiento de la cultura europea y de lenguas distintas al castellano, y no resulta justo adscribirlos a una *actitud cultural defensiva y de cierre de fronteras*, actitud que también existió. Para los mejores de ellos, como el propio Darío Achury Valenzuela -un hombre que había trabajado mucho por la formación de su propia cultura-, se trató más bien de una tensión sin resolver entre dos opuestos de muy difícil reconciliación, - por la forma misma de plantearse el problema, digámoslo así, forma que conduce casi que irremediabilmente a una sin salida.³⁵

Por lo demás, un eco de las “actitudes nacionalistas” se percibe, en mayor o menos grado, en las mejores obras intelectuales de los años 30s y 40s, aunque se trate de intelectuales que no tenían ninguna o casi ninguna ligazón con el Ministerio de Educación Nacional ni con sus publicaciones

³³ Idem. Sobre el nacionalismo colombiano en la segunda mitad del siglo XIX cf. Frédéric Martínez, “En los orígenes del nacionalismo colombiano: europeísmo e ideología nacional en Samper, Núñez y Holguín, 1861-1894”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, No 39, Vol. XXXII, Bogotá, 1995, pp. 27-59. Y más en general, del mismo autor, *Le nationalisme cosmopolite. La référence à L'Europe dans la construction nationale en Colombie, 1845-1900*. 2 tomos. [Tesis de Doctorado]. Universidad de París I. 1997. No conozco ninguna *reflexión de conjunto* sobre el “nacionalismo” colombiano de la primera mitad del siglo XX, ya se trate de expresiones de tal fenómeno en la vida política partidista, o más específicamente de actitudes dentro del mundo intelectual. El tema no deja de tener relevancia intelectual, aunque no haya tenido en su momento mayor importancia política o ideológica.

³⁴ Cf. *Memoria del Ministerio de Educación Nacional presentada al Congreso de la República en sus sesiones de 1936*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1936, p. 6 y ss. La actitud de nacionalismo cultural evolucionará ampliamente entre 1910 y 1948, sin lograr nunca los contornos y la fuerza que adquiriría en otros países del Continente -de los cuales siempre será México el modelo ejemplar-, pero de todas maneras evolucionará, a partir de un punto de partida ingenuo y escasamente elaborado. La Ley 48 de 1918, que creó la Dirección Nacional de Bellas Artes, Museos y Observatorio Astronómico, hablaba de la defensa del artista nacional en los términos simples de que se les tuviera en cuenta en las licitaciones de las obras artísticas, en contra de “la manía extranjerizante”. Cf. *Memoria del Ministerio de Educación Nacional al Congreso de 1931*. Tomo primero. Bogotá, Imprenta Nacional, 1931, pp. 371-373.

³⁵ Cf. al respecto, como ejemplo, la discusión de Jaime Mejía Duque, en *Literatura y Realidad*, Medellín, Oveja Negra, Segunda edición -en un tomo-, 1976, de lo que el autor llama “El ‘caso’ de Hernando Téllez”, pp. 105-114, en donde aborda de manera equilibrada los problemas del arte y la literatura en el país por relación con las influencias universales.

oficiales, y ninguna relación con los esquemas “folclorizantes” de la cultura. Este es el caso, por ejemplo, de Luis Eduardo Nieto Arteta, quien declara en el Prólogo de su *Economía y Cultura en la Historia de Colombia*, que renuncia a la citación de sus fuentes de inspiración más universales -europeas en su caso-, en beneficio de sus fuentes puramente “nacionales”, para acentuar el carácter “nativo” de su obra -aunque fácilmente se le hubiera podido hacer notar al gran historiador y sociólogo que los inspiradores locales de su obra, es decir los pensadores liberales el siglo XIX colombiano, todos habían encontrado el principal apoyo de su reflexión en los hombres y pensadores políticos ingleses y franceses de los siglos XVIII y XIX.

Es claro que la dicotomía entre lo “nacional” y lo “universal”, que tanta importancia tuvo en la segunda mitad del siglo XVIII y primera parte del siglo XIX, pero que ya en la segunda mitad del siglo XX podría parecer, en el contexto latinoamericano, un tanto avejentada, constantemente vuelve a reaparecer entre nosotros, y tendrá aún fuertes ecos en los años 60s, en revistas como *Letras Nacionales*, que discutió largamente sobre los problemas de un “arte nacional”, en la obra de escritores tan apreciados -sin demasiada actitud crítica- en el extranjero como Manuel Zapata Olivella, y en las propias ciencias sociales, sobre todo en sociología y antropología, disciplinas en las que, todavía en los años 70s, se clamaba por una “ciencia nacional” construida en contra del colonialismo extranjero.³⁶

Hay que señalar así mismo que la reestructuración de las relaciones entre elites y masa, en el plano de la cultura, no significaba el abandono de un esquema que seguía manteniendo dos rasgos casi que permanentes en el planteamiento del problema desde el propio siglo XVIII, cuando con el movimiento Ilustrado se impone esta forma de clasificación social, al lado de aquella del Soberano y sus súbditos, representando las dos una inmensa simplificación del anterior tramado barroco.³⁷ De un lado continuaba presente la vieja idea del “pueblo” como un niño que necesita, pero también merece, ser instruido; y de otro lado la idea de los intelectuales como “Estado mayor” de la cultura. Como se indicaba cuando se planteó la fundación del Ateneo de Altos Estudios, el destino cultural de un país se encuentra extraviado, cuando se le priva “de la rectoría

³⁶ De importancia teórica y con amplio significado político fueron las discusiones sostenidas en los años 60s entre el sociólogo Francisco Posada y la crítica de arte Marta Traba, algunos de cuyos materiales fueron presentados en *Letras Nacionales*. Años atrás el problema había sido discutido en artículos más bien puntuales por Hernando Téllez, pero sin ningún balance conceptual amplio y sin demasiada atención por lo que en realidad decían los contradictores del “cosmopolitismo a ultranza” de Téllez. Sobre los años 70s y en el campo de las ciencias sociales cf. por ejemplo Orlando Fals Borda, *Ciencia propia y colonialismo cultural*. Bogotá, Tercer Mundo [múltiples ediciones], que además llegó a ser un *best seller* en varios países de América Latina.

³⁷ Sobre la reestructuración de las relaciones entre intelectuales y grupos subalternos en el siglo XVIII colombiano y el surgimiento de la noción de “Estado mayor dirigente” cf. R. Silva, *Los Ilustrados de Nueva Granada, 1770-1808. Genealogía de una comunidad de interpretación*. Paris, 1995. (Sin publicar).

de una institución o de un organismo superior en cuyas manos esté el atributo supremo de mantener y defender el patrimonio de la inteligencia”.³⁸

CUATRO

El proyecto educativo de la República Liberal -es decir, simplificando, de los gobiernos encabezados por el partido liberal entre 1930 y 1946-, y sus antecedentes, son más o menos bien conocidos.³⁹ Pero tal proyecto debe distinguirse de su *programa cultural de masas* -mucho menos estudiado en términos de sus objetivos y casi nada en términos de sus realizaciones prácticas- aunque entre los dos existan lazos innegables. En lo que a nosotros interesa hay que decir que el problema de la cultura popular fue localizado por excelencia en el terreno de la *política cultural de masas*, bajo el nombre de *extensión cultural*. La idea de *conocer* y *valorizar* la actividad cultural de las masas será un desarrollo complementario de la idea de *extender la cultura a las masas*.

El proyecto de *extensión cultural* se irá precisando desde 1930, con la reorganización de la Dirección Nacional de Bellas Artes, hacia 1931, bajo el gobierno de Enrique Olaya Herrera, teniendo dentro de sus objetivos una “campana cultural vulgarizadora” que trataría de llevar todas las iniciales conquistas culturales urbanas, concentradas sobre todo en la capital, a todos los rincones del país, pues se consideraba “grave error limitarse a hacer una labor de este género exclusivamente en la capital de la República”.⁴⁰

³⁸ *Ministerio de Educación Nacional. La obra educativa del gobierno*. 1940. Tomo III, op. cit., p. 199. Como ejemplo de Estado mayor de la cultura nacional se ofrecerá el ejemplo, siempre recurrente, de la Expedición Botánica (uno de nuestros más grandes, desconocidos y mitologizados *remordimientos culturales*), después de la cual “caímos”, habiendo tenido luego la “alta inteligencia nacional” tan sólo “destellos o manifestaciones insulares”. En páginas anteriores de este misma *Memoria* se escribirá que, para adquirir conciencia de sí mismo, el pueblo debía apropiarse la cultura, pero en sus manifestaciones “más sencillas, más al alcance de su mentalidad sin complicaciones”, de lo cual se da como ejemplo la danza (o *bailes típicos*). Cf. p. 62.

³⁹ Cf Aline Helg, *Civiliser le peuple et former les élites*. París L'Harmattan, 1984, que en nuestra opinión, por su amplitud de miras, por las conexiones que establece entre la educación, lo social y lo político, y por su fina atención al mundo de las *realizaciones* y no solo de las *declaraciones*, nos parece mejor que lo que se ha después escrito sobre un período esencial del siglo XX educativo colombiano. (Hay traducción castellana).

⁴⁰ *Memoria del Ministerio de Educación Nacional al Congreso de la República en 1931*, Tomo primero. Bogotá, Imprenta Nacional, 1931, p. 366. En Bogotá durante toda la década del treinta se intentó extender parte de la actividad cultural considerada como de “alta cultura” a los grupos y barrios populares. Así, hablando, de las tareas de la Orquesta Sinfónica Nacional, se señalaba que “se prepara a dar algunos (conciertos) de carácter popular, al alcance de la masa, que servirán para ir aficionando al gran público a esta clase de actos culturales”. Cf. *Memoria del Ministro de Educación Nacional al Congreso de la República de 1939*. Bogotá, Imprenta del Estado Mayor, 1939, p. 73.

Pero el proyecto de “extensión de la cultura” incluyó desde el principio la idea de una recuperación del “arte popular”, lo que se dejaba claro, por ejemplo, cuando se mencionaba su política de museos abiertos, que deberían ser entidades vitales, atentas a todas las manifestaciones posibles del arte, “aún el rudimentario que se conoce con el nombre de arte popular y que a veces esconde en embrión las manifestaciones de un futuro grande arte...”. Desde este punto de vista puede afirmarse que la República Liberal constituyó el primer gran esfuerzo por integrar en una sociedad nacional y bajo un ángulo moderno a las grandes mayorías de la sociedad, aunque desde el punto de vista de sus resultados el esfuerzo haya tenido algo de fallido.⁴¹

Sin embargo, no se trataba aquí solamente, como pudiera pensarse, de ofrecer como “espectáculo público” algunas de los eventos artísticos de minoría de la escasa vida cultural de las incipientes ciudades colombianas, o de un cierto ennoblecimiento dado a los *productos artesanales* que de manera corriente y como una industria popular de subsistencia elaboraba un artesanado débil desde su nacimiento -modalidades que también se presentaron-, sino más bien de ofrecer las posibilidades de una difusión ampliada de aquellos productos que se consideraban al mismo tiempo expresión corriente y “típica” de las manifestaciones artísticas populares en el *campo del folclor* (el baile, el canto, la recitación popular y otras formas de expresión popular de las artes dramáticas), que en el caso bogotano transcurrían domingo a domingo en la Media Torta, un escenario popular que la colonia inglesa había regalado a la ciudad con motivo de su IV Centenario.⁴²

En 1932 se reorganizó el Ministerio de Educación Nacional, separando de él todo lo directamente relacionado con la higiene pública, lo que no dejó sin embargo de constituir un aspecto del proyecto de extensión cultural; y dejando explícito el papel que la nueva administración liberal otorgaba a los *maestros* en su programa de difusión cultural, lo mismo que la importancia que se daba a los *medios de comunicación modernos*, en particular a la radiodifusora estatal, “puesta ya al servicio de la propaganda cultural que queremos llevar hasta los más distantes rincones del país, [con lo cual] prolongaremos el contacto espiritual con los que aquí nos acompañan hoy y con todos los que vayan congregándose en un mismo espíritu en torno de ellos” .⁴³

Igual importancia se otorgaba a la difusión de la cinematografía, una verdadera novedad en el país, “cuyas películas admirablemente concebidas, haremos circular por todas partes, en franca rivalidad con las antieducativas”. Aquí no se trataba simplemente de la exhibición de películas donadas por las Embajadas, lo que de hecho se hizo, sino de la aspiración a producir un cine

⁴¹ Idem.

⁴² *Memoria del Ministro de Educación Nacional... 1939*, op. cit., p. 74.

⁴³ *Memoria del Ministro de Educación Nacional al Congreso de la República de 1932*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1932, p. 13. Sobre el uso cultural de la radio cf. R. Silva, *Ondas nacionales*. Cali, Universidad del Valle [mecanografiado], 1999.

educativo nacional, idea en la que se avanzó y que produjo un material abundante, seguramente perdido, pero del que los archivos escritos conservan los nombres y muchos datos técnicos, que los borradores de historia del cine nacional que se han escrito no han tenido a bien consignar. El proyecto de filmación fue abandonado a principios de los años 40s, por falta de recursos económicos, pero la experiencia, difícil de reconstruir, debió de ser importante, ya que personal de la oficina de Extensión Cultural viajó a muchísimos municipios del país para proyectar películas y para explicar el significado de esa gran novedad del mundo moderno, considerada un elemento de educación general, “para todas las edades, para todas las clases sociales, en la ciudad, en los villorrios, en los campos”.⁴⁴ .

Pero el proyecto de difusión cultural no desechaba medios más tradicionales y conocidos, como las reproducciones gráficas artísticas, “que transformarían de la noche a la mañana, el feo aspecto de nuestra escuela pública, que tanta alegría ha de tener”⁴⁵, repartiéndose en una gran cantidad de escuelas públicas y sitios comunales oleografías de los próceres de la Independencia Nacional. Como se dirá años después, en 1939, la labor de la oficina de Extensión Cultural se definía como un conjunto diverso de actividades que buscaban, “mediante ciertas influencias exteriores, hacer del mayor número de colombianos seres humanos efectivamente cultos”.⁴⁶

No estamos seguros de que se haya insistido lo suficiente en el carácter efectivamente *dirigista* del proyecto de “extensión cultural”, como lo comprendieron muy pronto los más conspicuos voceros del partido conservador, quienes fueron feroces contrincantes del proyecto, aunque de hecho olvidaban mencionar el carácter altamente intervencionista de la labor espiritual de la Iglesia durante el medio siglo anterior, labor que defendían con tanto énfasis, en contra de las nuevas perspectivas culturales. Lo cierto es que el partido liberal y los intelectuales que lo acompañaban en la tarea cultural se plantearon la extensión cultural, por lo menos en parte, como un programa propagandístico y de defensa de un nuevo orden -más *social que partidista*-, y acuñaron expresiones al parecer inéditas en el país, como las de “actividad cultural del Estado”, “extensión cultural sobre las masas”, “propaganda cultural del Estado” -expresiones muy estimadas en particular por Jorge Eliécer Gaitán-, con lo que se hacían eco de algunos de los que habían sido sus modelos en el campo internacional⁴⁷, ampliando aun más el vocabulario “social” que llegó a ser característico del período de gobiernos liberales de la primera mitad del siglo XX.⁴⁸

⁴⁴ *Memoria del Ministro de Educación Nacional...* 1939, op. cit., p. 76

⁴⁵ *Idem.*

⁴⁶ *Memoria del Ministro de Educación Nacional al Congreso de la República en 1939.* Bogotá, Imprenta del Estado Mayor General, 1939, p. 73.

⁴⁷ Cf. por ejemplo *Memoria del Ministro de Educación Nacional al Congreso de la República de 1934.* Bogotá, Imprenta Nacional, 1934, en donde se menciona directamente como modelos del proyecto cultural a México y Brasil.

⁴⁸ El vocabulario moderno de la *cuestión social* en Colombia tiene varias fuentes de formación. De un lado la Iglesia, a finales del siglo XIX y durante toda la primera parte del siglo XX, sobre todo a través de las encíclicas (y de sus distintas traducciones “populares”, empezando por el sermón), y

Ese proyecto estatalista tenía como meta declarada la incorporación al país del mayor número de colombianos, a través de la “creación, el fomento y la difusión de la cultura entre el pueblo”, pues por fuera del patrimonio social de la nación continuaba estando la “densa población de campesinos, obreros y jornaleros”, que ahora se consideraba fundamental para las tareas del desarrollo nacional.⁴⁹ Piezas claves dentro de esa estrategia resultaron ser, además del cine y la radio, las *Escuelas Ambulantes*, reglamentadas desde 1931 y que realizaban en día domingo grandes concentraciones populares en veredas y municipios de todo el territorio nacional -de las cuales ha sobrevivido un importante registro fotográfico-, lo mismo que los *Patronatos Escolares*, impulsados sobre todo bajo el Ministerio de Jorge Eliécer Gaitán, y las *Ferias Nacionales del Libro* organizadas a partir de 1940 -con sorprendentes resultados de venta-, sin mencionar otros mecanismos menores de difusión que tenían que ver con la circulación de impresos y cartillas, la labor de conferencias didácticas, exposiciones artísticas y audiciones musicales, todo esto en mayor grado que el propio proyecto inicial de la *Cultura Aldeana* de los años 30s, el que de manera integral conoció muy pocos avances.⁵⁰

Un punto notable respecto de los proyectos de difusión cultural es el que tiene que ver con el consenso amplio que la idea logró ganar entre los más destacados intelectuales del período, y aunque las oposiciones no faltaron y por momentos se impusieron, es claro que aún algunas de las figuras intelectuales de esos años más reticentes a la idea de “vulgarizarla cultura”, como Hernando Téllez, se sumaron a la iniciativa, la que Téllez consideró en algunos de sus textos como

de otro lado los nacientes grupos socialistas y comunistas de los años 20s y 30s. Pero sobre este punto también la contribución del liberalismo ha sido de primera importancia -tanto en el siglo XIX como en el XX-, siendo posiblemente la que más ha perdurado hasta el presente en la cultura política nacional, incluida la de la izquierda radical. No conocemos sin embargo ningún análisis sobre este punto esencial, respecto del cual el presidente Alfonso López Pumarejo y el líder liberal popular Jorge Eliécer Gaitán parecen estar entre los mayores responsables en la creación de un lenguaje que luego se ha convertido en patrimonio popular.

⁴⁹ *Ministerio de Educación Nacional. La obra educativa del Gobierno. 1940. Tomo III, op. cit., p. 73.*

⁵⁰ La información estadística sobre las *realizaciones culturales* del período es relativamente buena. Cf. por ejemplo *Ministerio de Educación Nacional. La obra educativa del Gobierno en 1940. Tomo III. op. cit., y Memoria del Ministro de Educación Nacional al Congreso de la República en 1943. Tomo II. Bogotá, Imprenta Nacional, 1943.* Aunque también se menciona de manera positiva la el caso del Departamento de Antioquia, la experiencia regional al parecer más rica en términos de difusión cultural, según lo que indica la documentación, fue la del Departamento de Santander, sobre todo en los años en que Horacio Rodríguez Plata era el Secretario de Educación. Cf. *Informe del Director de Educación Pública al Gobernador de Santander en 1941. Bucaramanga, Imprenta del Departamento, 1941. Sobre el proyecto de Cultura Aldeana cf. Memoria del Ministro de Educación Nacional presentada al Congreso de la República en 1935. Bogotá, Imprenta Nacional, 1935, pp. 59-81, y sobre bibliotecas aldeanas pp. 20-28.*

un hecho “estimable y útil”, aunque siempre dentro del modelo de una cultura “dirigida, encauzada y estimulada por las minorías selectas...”.⁵¹

A principios de los años 40s, con la vuelta al Ministerio de Educación Nacional de Germán Arciniegas la política de difusión volvió a tomar aliento, en términos de sus objetivos, aunque en términos de recursos los tiempos no parecían los mejores, como lo hacía anotar Absalón Fernández de Soto, en el momento de reemplazar en el Ministerio a Arciniegas, cuando hablaba de “una incertidumbre fiscal que cada vez se aproxima más al déficit”.

En 1944 el ministro de Educación de ese momento, Antonio Rocha, volvía a exponer el “criterio democrático de dar iguales oportunidades para todos y estímulo para los más aptos”, y reclamaba hacerlo a través de un verdadero sistema de instituciones culturales, sistema nunca logrado, que debería ir desde “la alta cultura hasta los conciertos populares y las ferias del libro”, y consideraba que la División de Extensión Cultural había cumplido un trabajo afortunado”, aunque la tarea era amplia, razón por la cual “es mucho lo que le pide la imaginación popular”, y concluía regresando al tema de la confianza en el pueblo, en su talento, en su disposición y en la necesidad de una cultura extendida y compartida, capaz de cambiar a la sociedad y a los hombres, recordando de esta manera el ministro Rocha la permanencia de ciertos ideales culturales a lo largo de más de una década:

*Que los bienes de la cultura y de la civilización sean usufructuados por la totalidad de nuestros compatriotas; romper el prejuicio de que las cosas excelentes no pueden ser poseídas y gozadas sino por reducidas minorías; arrancar a los hombres de aquella zona de la ignorancia, de la torpeza y de la atonía del entendimiento y de la sensibilidad, para hacerlos partícipes de la vida que hoy se considera de suma elevación; declarar que lo óptimo es fácil y universalmente accesible, incluso para los menos dotados, tales son los fines a los que apunta la política del Ministerio de Educación en estas materias culturales, todavía consideradas entre nosotros como patrimonio exclusivo de una élite reducida.*⁵²

⁵¹ Hernando Téllez, “Faenas menores de la cultura”, en *Revista de las Indias*, No 43, pp. 177-181. Las palabras citadas en p. 178.

⁵² *Memoria del Ministro de Educación Nacional, 1944. La Extensión Cultural en 1944.* Bogotá, Prensas de la Biblioteca Nacional, 1944, p. XVIII. Para 1941 cf. *Circular sobre la ampliación social de los medios de cultura.* (En máquina). 7p. Biblioteca Luis Ángel Arango. Fondo Ministerios Varios. Carpeta 21, firmada en febrero de 1941 por Luis López de Mesa, ministro de Relaciones Exteriores, encargado en ese momento del Ministerio de Educación. Cf. igualmente *Ministerio de Educación Nacional. La Extensión Cultural en 1945.* Bogotá, Imprenta Nacional, 1945, en donde Darío Achury Valenzuela plantea lo que debería ser el trabajo de difusión de la cultura para los siguientes años. En nuestra opinión, algunas de las más interesantes elaboraciones de este período en torno de la relación entre cultura y democracia resultan ser las de Jorge

II.

CINCO

A principios de los años 40s la División de Extensión Cultural del Ministerio de Educación Nacional no sólo constituía el núcleo más dinámico de la tarea cultural de masas que se había propuesto el liberalismo, sino una verdadera *institución* en crecimiento y ampliación -a pesar de las dificultades financieras-, a la que en 1940 se le habían adscrito los servicios de *Patronatos Escolares* y *Escuelas Ambulantes*. Aun más importante resultaba la idea de que toda la labor práctica de “extensión cultural” debería ordenarse en función de la *Sección de Cultura Popular* y de sus tareas.

Según Darío Achury Valenzuela, por muchos años el director de *Extensión Cultural*, “el servicio de la cultura popular prefiere la estructura y funcionamiento de la Dirección de Extensión Cultural y Bellas Artes y de sus distintas dependencias...”. O como lo repetía más adelante: “Cada una de las distintas secciones que integra la Dirección [de Extensión Cultural]... desarrolla sus actividades conforme a un plan armónico general que tiene como mira la cultura popular”, agregando a continuación una *definición de cultura* indicativa de las perspectivas relativamente amplias que el proyecto incorporaba y la manera como en el intentaba ligarse “alta cultura” y “cultura popular”:

*Sus diversas actividades [de la Sección de Extensión Cultural] convergen a un fin esencial: encauzar y concretar las varias manifestaciones de la cultura nacional, en beneficio del pueblo, entendiéndose por cultura, no la adquisición de conocimientos decorativos y vagamente educativos, sino un repertorio de convicciones que rige realmente la existencia de un pueblo. Este, con sus condiciones peculiares, es el supuesto humano sin el cual no es posible la cultura, porque perder de vista la vida efectiva del hombre y sus ineludibles urgencias, es precisamente, la negación de la cultura.*⁵³

La documentación de los años posteriores -hasta principios de los años 50s, pues luego el viraje será claro-, repite los mismos temas y destaca como las principales tareas de la *Sección de*

Zalamea. Cf. por ejemplo *La cultura conservadora y la cultura del liberalismo*. Conferencia dictada en el Teatro Municipal. El Tiempo, 8-V-1936, y *La educación nacional en Colombia*. Santiago de Chile, Editorial Zig Zag, s.f.

⁵³ *Ministerio de Educación Nacional. La obra educativa del Gobierno. La Extensión Cultural en Colombia*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1940. T. III, pp. 9-10. En ese año el ministro de Educación Nacional era Jorge Eliécer Gaitán. Las expresiones “alta cultura” y “cultura popular”, comprendidas como “diferentes y complementarias”, aparecen de manera sistemática en la documentación del período.

Cultura Popular la realización de conciertos populares, la organización de conferencias de divulgación sobre temas de una gran variedad, las ferias del libro, la cinematografía educativa, la propaganda cultural, la publicación de la “memoria histórica y cultural del país”, y la *investigación folclórica* -sobre la que volveremos renglones adelante-, todo dentro de una perspectiva esencial que “no podía ser otra que la de despertar una nueva inquietud en el espíritu popular; la de llamar la atención hacia los problemas de la cultura; la de crear un clima propicio para la realización de cualquier empresa educativa”.⁵⁴

En el propio año de 1948, año que el Ministerio de Educación Nacional reconocía como política y fiscalmente difícil y en el que se cumplía una década de iniciación formal de tareas de *Extensión Cultural*, se insistía de nuevo sobre el vigor puesto a la “campana de cultura popular”, de la que se destacaban sus “claros relieves educativos”, aunque se reconocía que en cuanto a la ampliación de la campana hacia las regiones (“la comarca”), aun era mucho lo que faltaba por realizar, reafirmandose una vez más que el objetivo primordial que se había dado a la *Sección de Cultura Popular* era el de “crear en la conciencia colectiva un nuevo sentido de sus posibilidades espirituales; dar los pasos iniciales para dotar al pueblo de elementos primarios que vayan conformando su vida estética; [y] facilitar por fin la realización de sus capacidades desorientadas y dispersas”.⁵⁵

Aunque en este texto no desarrollamos la idea, contentándonos tan sólo con enunciarla -recordando que se trata de un tema importante de investigación-, hay que dejar establecido que, particularmente entre los años 1944 y 1947, la tarea de extensión de la cultura hacia los medios populares, y la propia revalorización de la cultura llamada “popular”, eran colocadas por los *dirigentes del proyecto liberal* en relación con los cambios y los retos que imponía a las sociedades de la región el curso y evolución de la Segunda Guerra Mundial, por sorprendente que esto pueda parecernos.

Ese interés por el curso de la Segunda Guerra Mundial, de cuyo desenlace se pensaba no sin razón que dependía el curso de la democracia en Occidente, y que es además una indicación interesante respecto de las miras internacionales de intelectuales que de otro lado no dejaban de afirmar una variante nacionalista en el campo de la política cultural, se puede constatar por ejemplo en un intelectual como Luis David Peñas, tenaz defensor de lo que el llamaba “arte y cultura populares”, en una “Nota” de la *Revista de las Indias*, en la que defendía la educación y cultura populares, estableciendo una ecuación entre educación y libertad, y entre cultura popular y democracia. En su “Nota”, refiriéndose a los años que se vivían y al futuro de la sociedad occidental, Peñas hablaba de la necesidad de “preparar los espíritus”, necesidad acentuada “hoy

⁵⁴ *Ministerio de Educación Nacional. La Extensión Cultural en 1944*, op. cit., pp. 12 y ss., especialmente p. 40 y ss. La información estadística precisa sobre las labores de la *División de Extensión Cultural y la Sección de Cultura Popular* en pp. 43, 49, 52-62 y 70-80.

⁵⁵ *Memoria del Ministro de Educación Nacional* [Fabio Lozano y Lozano]. Bogotá, Prensas del MEN, 1948, pp. 43 y ss. El texto citado en pp. 73.

más que nunca, cuando periclitán todos los principios y cuando el mundo vive horas críticas, horas caóticas en que se producen las grandes transformaciones de la historia”⁵⁶

En realidad para la sociedad colombiana el cierre de los años 40s resultará trágico, más que dramático, pero no como consecuencia directa de la redefinición internacional de fuerzas a que dio lugar el desenlace de la Segunda Guerra Mundial, sino más bien por motivos domésticos producto de la evolución interna de una sociedad que no lograba estabilizar instituciones que permitieran abordar una vía moderna que ofreciera una salida democrática a las tensiones que la propia modernización había engendrado.

Aunque el interés por el curso y desenlace de la Segunda Guerra Mundial resultaba legítimo, pues una victoria en Europa del nazismo habría tenido consecuencias definitivas para las democracias, aun aquellas de la periferia, hay en ese interés algo de patético, que muestra la presencia de un cierto mecanismo de *inversión y extrañamiento* en la percepción que los intelectuales del país tenían de su realidad más inmediata, pues, a pesar de que la violencia y la desorganización social no habían dejado de ser una constante de la primera mitad del siglo XX nacional, no parece haber existido la más mínima sospecha del monstruo que abrigaba y acunaba la sociedad colombiana, tal como lo hemos podido conocer, con breves pausas, desde 1948 hasta el presente, desborde de violencia y criminalidad que en todo caso debió parecerles por lo menos “un rayo en cielo sereno”.⁵⁷

Retomando nuestro hilo narrativo diremos que las tareas de la *División de Extensión Cultural* tenían de manera innegable, como supuesto mayor, sobre todo a partir de los años 40s, la cultura de las mayorías populares, con el objetivo de ampliar, potenciar y conocer (no sólo re-conocer) esa cultura, estimada como el supuesto básico para la construcción de una “cultura nacional”. Es esta una idea que aparece de manera aun más nítida cuando se observa con atención el curso de las nuevas orientaciones culturales oficiales en las regiones, fenómeno del cual pueden ser ejemplo algunos departamentos de la Costa Norte, Antioquia y Santander, como lo mencionamos renglones arriba.

⁵⁶ *Revista de las Indias*, No 75, marzo de 1945, p. 428. Igualmente, y de mayor relieve, cf. Darío Achury Valenzuela “El porvenir de la cultura europea según los pensadores de Occidente”, que figura como “Introducción” a *Ministerio de Educación Nacional. La Extensión cultural en 1945*, op. cit., pp. 5 y ss. y p. 12.

⁵⁷ Un comentario puntual sobre el interés en divulgar y hacer conocer el curso de la Segunda Guerra Mundial a través de la Radiodifusora Nacional, interés que era además sostenido por los Estados Unidos, Francia e Inglaterra, puede leerse en R. Silva, *Ondas Nacionales*, op. cit. Renglones más adelante volveremos sobre este punto de las responsabilidades culturales de los pueblos e intelectuales americanos, tal como eran impuestas por la Segunda Guerra Mundial, según el problema era percibido por los principales “hombres de letras” del liberalismo.

Podemos tomar como ejemplo el caso de Santander, una de las regiones en donde parece haber encontrado mayor eco y respaldo el proyecto de “cultura popular”. Los Informes regularmente presentados por la Secretaría de Educación del Departamento, bajo la dirección de Horacio Rodríguez Plata, muestran no sólo una apropiación de las nuevas metas de “extender la cultura a la mayoría” y la incorporación al vocabulario de los funcionarios educativos regionales del nuevo lenguaje puesto en circulación (“instituciones de Extensión Cultural”, “campaña de cultura popular”, “propaganda cultural”, etc.), sino también una voluntad decidida de participar en el proyecto y materializar los ideales que intentaban hacer que los servicios culturales fueron “extensivos a todas las clases sociales”, a través de la mejora de las instituciones escolares, la difusión amplia del libro, la programación de cursos libres por correspondencia (dirigidos sobre todo aunque no exclusivamente a los maestros de escuela y de colegio), las campañas de reforestación (esenciales para esa región y de claro contenido cívico-popular), la promoción del cinematógrafo -presentando en la capital y en pequeñas poblaciones “a diario películas instructivas”-, y sobre todo iniciando “un detenido estudio del alma santandereana” para hacer “acopio de sus manifestaciones artísticas”, a través de la “recopilación del folklore del departamento”, tarea para la cual se había logrado la colaboración de todo el magisterio de la región.⁵⁸

Pero no se trataba de un fenómeno puramente regional, sino algo de alcance más *general*, aunque no llegó a tener de manera decisiva una forma *nacional*, pues Rodríguez Plata simplemente expresaba con su labor y con sus palabras lo que constituía una *orientación política* de gobierno, *propuesta como meta para toda la sociedad*. Se trataba sobre todo de materializar la nueva fase propuesta para la política cultural, fase que consistía en el paso de la simple difusión de la cultura entre la mayoría al conocimiento particular de cada una de las modalidades culturales regionales (a través de lo que se denominaba precisamente el “prisma del folclor”).

Es este punto el que se manifiesta de manera precisa en las palabras de Rodríguez Plata cuando se habla de la necesidad de “un estudio detenido del alma santandereana”, lo que empezaba a concretarse en una cierta actividad “folclórica” en los municipios -en la escuela pública, en las salas comunales-, en la incorporación a las celebraciones patrióticas de muestras de cantos populares, de refranes y de coplas, y sobre todo en la organización del magisterio y de una parte del alumnado como recolectores de lo que se estimaba como “material folclórico”, es decir, muestras de la “cultura popular”, ya que las dos expresiones terminaron por el camino homologadas.⁵⁹

⁵⁸ Cf. *Informe del Director de Educación Pública al Gobernador de Santander*, Bucaramanga, Imprenta del Departamento, 1941, pp. 53-54 y p. 59. Cf. igualmente *Anexos al Informe*..., op. cit., especialmente “Campaña de Cultura Popular de 1941”, pp. 18 y ss. Lo mismo puede constatarse para los años inmediatamente siguientes, como muestran los *Informes* de 1942 y 1943, también firmados por Rodríguez Plata.

⁵⁹ El estudio del folclore, “que es según decir de William John Thoms, su creador, *‘aquel sector del estudio de las antigüedades y de la arqueología que abarca el saber tradicional de las*

No se debe olvidar sin embargo que la voz de alerta sobre la necesidad de conocer el país, y particularmente de conocer sus “gentes”, no era una voz que se hubiera generado recientemente o que hubiera aparecido como iniciativa autónoma de algunos responsables educativos o de la cúpula del Ministerio de Educación. En realidad, con carácter más bien urgente, era una necesidad que venía recordándose desde los años 20s, cuando se planteó - de la manera equívoca y prejuiciada que era de esperarse, en un contexto que combinaba al respecto del tema ignorancia y sectarismo- el famoso debate sobre el “problema de la raza”, debate que se extenderá hasta los años 30s y en el que se verán comprometidas personalidades de los partidos liberal y conservador y los intelectuales más visibles del país, muchos de los cuales en los años 40s tendrán posiciones directivas en el Ministerio de Educación Nacional y en otras agencias gubernamentales con responsabilidad educativa o financiera.⁶⁰

En el caso de los liberales de la época de la República Liberal el llamado para iniciar el estudio de la sociedad colombiana y de la vida popular en país había sido dado entre otros por el propio presidente López Pumarejo y por sus más inmediatos colaboradores -en su mayoría “hombres de letras”-. Así, el Presidente López Pumarejo llamaba la atención sobre la inexistencia de censos nacionales confiables, sobre la ignorancia respecto del funcionamiento práctico de la economía colombiana, sobre el desconocimiento que había acerca de la *composición racial de la sociedad* y de las distintas formas de vida popular asentadas o en camino de asentarse en el país. Como el Presidente López lo escribía en 1935, caracterizando tanto el funcionamiento cotidiano de la Administración como una cierta actitud de las clases dirigentes y de muchos políticos:

La realidad colombiana no está nunca ante los dirigentes del país reducida a cifras, concretada en monografías, expuesta en estadísticas. El político, pues, está forzado a proceder por tanteos, adivinando las reacciones que producirán los actos de gobierno, o dejándolas que se muestren abiertamente para canalizarlas y orientarlas. Lo mismo los miembros del poder legislativo que los funcionarios del

clases populares de las naciones civilizadas....”, como escribía todavía en 1947 Roberto Pineda Duque, quien en los años futuros llegará a ser uno un destacado antropólogo. Cf. “Folklore y etnología”, en *Revista de Folklore*, No 1. noviembre 1947, pp. 11-19. La cita en p. 13. El subrayado es nuestro.

⁶⁰ El debate o polémica sobre la “raza” -que en el fondo remitía simplemente a la pregunta que la clase dirigente, a través de algunos políticos e intelectuales, se hacía acerca de “si con un pueblo como el colombiano podía ser posible construir una sociedad”- es ya más o menos conocido y su bibliografía de fácil acceso, aunque los análisis del problema tienden a ser repetitivos. Cf. al respecto, por ejemplo, Aline Helg, “La educación en Colombia, 1946-1957”, en *Nueva Historia de Colombia*, T. IV. Bogotá, Planeta, 1989, pp. 111-134. -Curiosamente, en una muestra de argumentación autoritaria y muy poco dialógica, esas clases dirigentes jamás se hicieron la pregunta sobre la viabilidad histórica de una sociedad conducida bajo su inspiración y realizaciones.

*ejecutivo desconocen no ya el detalle, sino las líneas generales de la actividad nacional y las circunstancias en que se desarrolla la vida de sus compatriotas*⁶¹.

O como escribía más adelante:

*... no existe un censo que nos permita saber con exactitud cuál es el número y la condición de los millones de habitantes... no podemos establecer la proporción de las razas y mezclas de la población, ni el nivel tipo de vida de los colombianos...*⁶²

La idea de *conocimiento científico de la realidad* -una idea de cierta novedad en los años 30s del siglo XX, cualquiera que fuera su orientación particular- y de procesos de *investigación social* (sobre todo por la vía de la “encuesta”) aplicados al conocimiento de esa sociedad -una idea también moderna- se ligaba de manera orgánica con el proyecto de creación de *instituciones de alta cultura* cuya meta debería ser la formación de una *nueva intelectualidad*. Nueva, en una doble acepción. Primero por la relación de distancia que establecería con respecto a los partidos políticos tradicionales -incluido el propio partido inspirador de los proyectos- y a su secular tendencia sectaria. Segundo por el dominio de un instrumental de método y de teoría que fuera no sólo garantía de una relativa objetividad en el conocimiento, sino también de distancia frente al mundo tradicional de la política y de los políticos, tal como este se vivía de manera tradicional desde la propia fundación de la República.⁶³

⁶¹ *República de Colombia. Mensajes Presidenciales 1934-1938*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1939, p. 37. -La cita vale como ejemplo, pero las referencias de López Pumarejo al respecto son numerosas-. La necesidad de la conexión permanente entre elites y masas, entre dirigentes y dirigidos, es recordada por el Presidente López Pumarejo hablando del Proyecto de Cultura Aldeana: “Queremos encargar a las comisiones de cultura [Aldeana] establecer una conexión inteligente entre las obligaciones del Estado y las exigencias del pueblo al Gobierno”. Idem, p. 81.

⁶² Idem.

⁶³ Esta perspectiva fue un rasgo distintivo *de una parte* de los políticos-intelectuales liberales de la primera mitad del siglo XX, quienes, conscientes de la importancia de la formación de una *intelectualidad moderna*, intentarían romper los lazos habituales existentes entre el ejercicio de un trabajo intelectual y las tradicionales componendas políticas y sometimiento al mundo de los caciques y gamonales. En el caso de los maestros de los niveles de enseñanza elemental esa intención de deslinde fue clara desde el comienzo de los gobiernos liberales. Así por ejemplo, Julio Carrizosa Valenzuela, quien se desempeñaba como ministro de Educación en 1932, escribe -no sin cierta dosis de humor-, citando al reputado educador, Agustín Nieto Caballero: “Como en la gira de estudio que estamos verificando habíamos tenido conocimiento de que en algunos sitios se averiguaba de antemano la filiación política de maestros e inspectores [de Educación], para repartir por partes iguales los puestos, y según el escalafón de servicios a una u otra causa política, creímos conveniente reaccionar contra esa curiosísima costumbre, pidiendo a los directores de educación que no desplazaran a los aficionados a la política de su actividad favorita, y que tan sólo los servicios a la causa de la educación y su devoción por ella se tuvieran en cuenta como factores

Sin embargo, lo que más resulta de interés en nuestra perspectiva es la manera como el proyecto educativo cultural de los liberales ligaba el conocimiento de la sociedad, la descripción y el análisis de las formas de vida popular (y ya no sólo el conocimiento del medio físico) y el conjunto de reformas sociales y culturales que proponía, con las tareas de las instituciones de “alta cultura” que comenzaba a poner en marcha, lo que pone de presente la manera como en su pensamiento y acción se articulaban la llamada “alta cultura” y la “cultura popular”. Como lo escribía la *Revista de las Indias*, en 1942, aplaudiendo la creación por parte del ministro de Educación Germán Arciniegas del Instituto de *Altos Estudios Sociales* -institución de muy corta vida-, al que se consideraba complemento indispensable del *Instituto Etnológico Nacional* -que había puesto en pie Paul Rivet- y la ya existente *Escuela Normal Superior*:

La sociología colombiana está todavía por iniciar. Tenemos un vasto campo de acción apenas explorado superficialmente por algunos aficionados. carecemos de investigaciones sobre población, folklore, educación, instituciones, psicología colectiva, biografía, etc. El Instituto de Altos Estudios Sociales tendrá que echar las bases y preparar el personal de investigadores para iniciar esos estudios sin los cuales no podremos construirnos una civilización y una cultura, que ante todo requieren obra coherente y vital, hecha sobre la base de un cabal conocimiento del medio que no proporciona sino la sociología en sus diversos aspectos.⁶⁴

Se trataba pues de crear y mantener instituciones de “alta cultura” que permitieran la formación de una generación de investigadores sociales, formados en las técnicas modernas de la investigación, y que dedicaran sus esfuerzos al conocimiento de lo que se denominaba el “hombre colombiano”, anotándose dentro de su agenda, entre otros, los temas de las instituciones, de la psicología colectiva y del folclor, temas directamente emparentados con la perspectiva “folclórica” de interpretación de las culturas populares.

Pero se trataba también desde luego de garantizar la ligazón entre esas instituciones de “alta cultura” y las tareas adelantadas por *Extensión Cultural* y por la *Sección de Cultura Popular*, pues de ese diálogo derivaría el país la posibilidad de una transformación de su cultura nacional, tarea que no sólo era reclamada por toda su historia, sino urgida por la situación presente, producto de la Segunda Guerra Mundial, la que, según el pensamiento de algunos ideólogos liberales, colocaba al Nuevo Continente ante un crucial dilema, compuesto por dos aspectos

determinantes en la escogencia que se hiciera”. *Memoria del Ministro de Educación Nacional al Congreso de la República, 1932*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1932, p. 9.

⁶⁴ *Revista de las Indias*, No 39, marzo, 1942, pp. 133-134. -En otros partes de la *Revista de las Indias* se hará una definición de la sociología como “ciencia de la crisis”, como “saber para la crisis”-. Similar caracterización se hace de las tareas que debería cumplir el *Ateneo de Altos Estudios*, que será uno de los orígenes inmediatos del actual Instituto Caro y Cuervo. Cf. *Ministerio de Educación Nacional. La obra educativa del Gobierno en 1940*. T. III, op. cit., p. 199.

inseparables. De un lado el continente americano debería ser el garante de la tradición democrática Occidental, que se veía amenazada por la guerra y por una posible victoria nazi-fascista. De otro lado, esa tarea no podía ser adelantada acudiendo tan sólo a la tradición Occidental, pues el propio continente americano había producido a lo largo de su historia un conjunto de valiosas tradiciones -aunque en realidad nunca se indicara de manera clara cuáles podían ser esas tradiciones- que en la “nueva hora de la Humanidad” resultaban fundamentales.

De esa nueva situación, producto de la Segunda Guerra Mundial, Darío Achury Valenzuela y otros ideólogos liberales derivarían nuevos argumentos en torno de la necesidad de investigar y conocer las “culturas tradicionales” del país, pues en ellas deberían encontrarse los elementos llamados a complementar la tradición Occidental, pues “como nuestra vida intelectual no ha de nutrirse únicamente de los restos de una cultura que naufraga, es tiempo y razón de ir adquiriendo conciencia de nosotros mismos”⁶⁵. O como lo escribía renglones más adelante en ese mismo *Informe* -con todo el dramatismo que le era posible-, insistiendo en la necesidad de buscar en “esa realidad nuestra, con tan necia soberbia desdeñada”,

*El advenimiento de una cultura propia será desde todo punto de vista imposible sino se le da un ámbito propicio y un clima adecuado. De aquí la necesidad de crear en torno a los problemas y a los hechos de la inteligencia una inquietud y de lograr que el pueblo participe activamente en esta aguerrida empresa de defender el legado de una cultura en cuanto a sus valores universales atañe, y de mantener y acrecentar las formas de una cultura vernácula, que promete florecer, con cósmico vigor, en el seno de la tierra americana. El sistema ptolemaico de la historia, de que habla Spengler, según el cual Europa hace girar las grandes culturas en torno suyo, como si ella fuera el centro del porvenir universal, empieza a periclitar. En cambio, cobra vigencia el nuevo sistema copernicano de la historia que afirma la convivencia de las culturas con exclusión de todo privilegio.*⁶⁶

De nuestra parte, no tenemos ninguna posibilidad, pero tal vez tampoco ningún derecho, de imaginar cuánta conciencia tenía Darío Achury Valenzuela, pero sobre todo cuánta conciencia tenían los folcloristas “avant la lettre” de la República liberal, de los posibles usos reaccionarios del folclore y de las tradiciones populares consideradas como expresión del “alma nacional”. Lo

⁶⁵ *Informe de la Dirección de Extensión Cultural y Bellas Artes sobre sus labores en el primer semestre de 1941.* <Agosto>. Biblioteca Luis Ángel Arango. Archivo Eduardo Santos. Ministerios Varios, Carpeta No 5.

⁶⁶ Idem. Renglones antes Achury Valenzuela había escrito refiriéndose al conflicto bélico internacional: “Espectadores perplejos de una contienda demoniaca en que padecen rigurosa prueba los valores del espíritu y de la inteligencia, desconcertados por las diarias sorpresas que nos depara el vertiginoso sucederse de hechos imprevistos, los pueblos del continente americano encuéntrase súbitamente enfrentados al problema trascendental de crear con materiales e instrumentos propios una cultura indígena”.

que sí sabemos con certeza es que los usos del folclore por un tipo de pensamiento conservador que puede ser caracterizado como de “derecha”, lo mismo que por regímenes de clara vocación antidemocrática (como el régimen Vichy en Francia), han resultado dominantes desde el propio siglo XVIII, cuando los intelectuales románticos y conservadores “inventaron” el tema de las tradiciones del pueblo como “alma profunda”, como soporte de “verdades esenciales” y como antigüedad que debía conservarse.

Por su parte el siglo XIX y los años iniciales del siglo XX, por momentos innovaron en este campo y, por ejemplo, en Europa la creación de los *Museos de Artes y Tradiciones Populares* (o similares), en los que tanto peso tienen la visión folclórica de las culturas populares, no siempre han coincidido con un proyecto que pueda sin equívocos ser considerado como de filiación derechista, aunque tal filiación ha sido dominante. Esto se puede comprobar con el caso de la creación de museos y del apoyo a tradiciones que celebraban gestas democráticas en las que se consideraba determinante la participación popular, y esto a partir de la propia Revolución francesa, y sobre todo a partir de obras como la Michelet que celebraban precisamente la Revolución como jornada por excelencia en que el “pueblo” -una categoría social sin distinciones de clase, de región, de procedencia étnica, de actitudes políticas- había demostrado los valores espirituales profundos de una comunidad humana.⁶⁷

Sin embargo, en relación con los años que nos interesan a nosotros, el hecho que resulta más revelador de las ambigüedades de todas las nociones de folclore como “esencia profunda” de la vida de una comunidad y de todas las representaciones de la cultura popular como folclor, es que, a finales de los años 30s, en Alemania el régimen nacional-socialista hacía del folclor popular tradicional una de las expresiones supremas de lo que se consideraba “ario”, “puro”, y utilizaba el folclor como una de las herramientas principales de encuadramiento de la juventud y de los habitantes de las pequeñas poblaciones rurales, al tiempo que impulsaba una importante corriente de investigación folclórica que intentaba encontrar y fijar para siempre las manifestaciones más antiguas e inmodificadas de lo que se consideraba el “espíritu alemán”.⁶⁸

⁶⁷ Cf., como ejemplo, en el caso de la sociedad postrevolucionaria en Francia Dominique Poulot, *Musée, Nation, Patrimoine, 1789-1815*. Paris, Gallimard, 1997.

⁶⁸ Respecto de los casos alemán y francés, en los años 30s, cf. el artículo de Catherine Velay Vallantin, “Le congrès international du folklore de 1937”, en *ANNALES. Histoire et Sciences Sociales*, mars-avril, 1999, pp. 481-506, en donde la autora muestra los posibles usos divergentes a que puede dar lugar la tradición folclórica, aunque siempre sobre la base -pensamos nosotros- de su radical ambigüedad. El artículo explora además, lo que no es muy corriente, las matrices “epistemológicas” -por así decir-, que se encuentran presentes en la investigación folclórica. Cf. especialmente p. 481 y ss., en donde se introduce la pregunta acerca de “Comment penser le folklore en 1937?”, y en donde se señala respecto de los procedimientos más generales este tipo de investigación: “En fait, ces folkloristes étaient les artisans de leur propre matériau d’analyse: en isolant les objets et les pratiques de leur contexte d’élaboration et de compréhension, ils fabriquaient et imposaient un folklore ‘populaire’, repéré d’après sa finalité, purement fonctionnelle”. p. 481.

En América Latina, por su parte, los principios del siglo XX son para la generalidad de los países que comprende la región, años de surgimiento y estabilización tanto de instituciones que se dan como tarea la difusión del folclor, como de instituciones que se dedican a su conservación e investigación, siempre bajo la idea de que el folclor constituye el patrimonio cultural por excelencia de la nación. Serán también años de acercamiento y de integración entre las diversas instituciones folclóricas de los países del continente, y sobre todo de acercamiento entre los “folclorólogos”, como se comprueba en el caso colombiano, país visitado con frecuencia en los años 30s y 40s por investigadores del folclore latinoamericano, visitas que no dejaron en ninguna ocasión de ser registradas por la prensa nacional. y por múltiples conferencias en la Radiodifusora Nacional de Colombia.

Sin embargo, en términos del análisis histórico, en América Latina la relación entre *construcción de la nación* y *folclor*, entendido este no sólo como una manifestación de la “identidad nacional” sino como la base misma de tal supuesta identidad, no ha sido investigada con cuidado; como tampoco ha sido analizada en detalle la relación entre folclor y nacionalismo a principios del siglo XX, para ver de qué manera las corrientes nacionalistas reinterpretan el folclor popular y lo constituyen en una de las bases de su dispositivo ideológico, al mismo tiempo que, cuando tales corrientes se han constituido en gobierno, proceden a la creación de instituciones culturales y al impulso de políticas culturales y educativas que tienen como uno de sus soportes la defensa y difusión del folclor.

Es claro que la Revolución Mexicana, que siempre será en América Latina el ejemplo por excelencia del nacionalismo, buscó muchos de sus apoyos en las ricas tradiciones populares del pueblo mexicano, y sobre todo procedió a una veloz “nacionalización” de un conjunto de prácticas, de costumbres, de maneras de hacer, etc., cuyas raíces hispánicas resultan obvias en gran medida, aunque regularmente intentaron ser presentadas como una creación del “pueblo” mexicano, y sobre todo como originadas en un universo indígena prehispánico, que al parecer habría permanecido intocado por los cuatro siglos de dominación española, con la consiguiente formación de un mundo mestizo de grandes originalidades. Pero el nacionalismo es mucho más que el folclor, que es sólo uno de sus componentes culturales, y la presencia del elemento folclórico no significa en todo lugar y tiempo la construcción de una representación de la cultura popular como folclor, tal como sí nos parece haber sido el intento liberal de los años 1930-1948.⁶⁹

⁶⁹ Presencia de elementos folclóricos no significa en sentido estricto construcción de una representación de la cultura popular como folclor. Igualmente, el elemento folclórico -cualquiera sea la valoración que hagamos de él- debe ser distinguido del elemento *folclorizante*, que tiende regularmente a construir una caricatura del folclor con vistas a su difusión comercial y a su asimilación por el mercado. El ejemplo por excelencia de este último proceso es el de la España franquista, en la cual, con el ojo puesto en el turismo, norteamericano en aquel entonces, se construyó una versión “folclorizante” -pintoresca, ingenua, fácilmente asimilable, en una palabra, falsa-, de lo que resultaban tradiciones “exóticas” de éxito en el mercado, siempre que fueran

No sobra por lo demás observar que la historia política en los años recientes -y esto en más de un continente-, muy a pesar de los numerosos partidarios de las “identidades fuertes y definidas”, ha mostrado que los “nacionalismos identitarios”, no importa cuáles sean sus adhesiones ideológicas, resultan siempre o bien en formas agudas de intolerancia, o en el mejor de los casos, en una “veneración supersticiosa del pasado” que desemboca en formas diversas del inmovilismo social y en el culto sin crítica de las tradiciones. Por lo demás, diversos trabajos en el campo de la sociología y de la historia han mostrado, para sorpresa de muchos creyentes, que las tradiciones que se amparan en el pasado como única prueba de legitimidad, resultan ser en muchas ocasiones creaciones más bien recientes, actualizadas en función de estrategias políticas, como resulta ser el caso, notable, de algunos de los más sectarios nacionalismos españoles.⁷⁰

Más allá de estos hechos y análisis puede señalarse también, en un plano más general, que por definición la noción de identidad (personal o social) resulta problemática y ambigua, pues como Freud lo observaba al principio del siglo XX, la carencia de toda identidad es tan peligrosa para el individuo o para el grupo, como la presencia de una identidad tan fuerte, que cierra toda posibilidad de renovación e impide una relación creativa con el pasado, y por lo tanto con el futuro, condenando al sujeto o al grupo a concebir su existencia como un simple fenómeno de *repetición*, que impide introducir la *diferencia*, y por lo tanto la aspiración a la diversidad de formas de vida.

En el período que nos ocupa, entre los folcloristas “avant la lettre” que formaban parte de los investigadores del folclor, considerado éste como “representación esencial de la cultura popular y de la cultura de la nación”, se puede citar a Miguel Fornaguera, un catalán establecido en el país, quien fue además miembro de la Comisión Nacional de Folclor. Fornaguera pensaba, como tantos otros lo siguen pensando, que los modernos medios de comunicación eran instrumentos esenciales para la “desfiguración de las esencias raciales y nacionales”, que conducían a la decadencia de los pueblos. Así, pueblos que en pasado habían mostrado una “fuerte personalidad histórica”, como los checos e irlandeses, catalanes y griegos, poloneses y

desprendidas de sus componentes críticos y poco digeribles. Este fue el caso sobre todo de los cantos y bailes del sur español, con sus profundas raíces árabes, con su elemento de tristeza y de gozo, de celebración de la vida, tan alejado de la simpleza, uniformidad y sumisión que suponía la ideología del franquismo. De su lado, en España también, los gitanos constituyen el caso de una minoría de difíciles relaciones con el resto de la sociedad, minoría en ocasiones abiertamente perseguida, pero con cuya herencia cultural, caricaturizada hasta el extremo y vuelta digerible para turistas, bajo la forma de “espectáculo”, se especuló durante todo el franquismo a lo largo y ancho del mundo, como expresión de lo “español”.

⁷⁰ Sobre las dificultades de análisis que plantea el nacionalismo cf., entre otros, Eric Hobsbawm, “Socialismo y nacionalismo: Algunas reflexiones sobre ‘El desmembramiento de la Gran Bretaña’”, en *Política para una izquierda radical* [1977]. Barcelona, Crítica, 1993, pp. 86-128. Para un ejemplo de cómo abordar de manera creativa y objetiva las realidades del “folclor” cf. Julio Caro Baroja, *Estudios sobre la vida tradicional española*. Barcelona, Península, 1968.

finlandeses, habían caído en el ocaso como producto de esa desfiguración cultural y racial. Ese sería también el caso, según Fornaguera, de España, luego de su afrancesamiento en el siglo XVIII, y desde luego, como en un círculo que se cierra, el caso de Cataluña.⁷¹

Para Fornaguera -escribiendo en 1947, casi al borde del inicio de la espectacular y traumática migración de los campesinos colombianos a las ciudades- el más agudo proceso de “desnacionalización” de las culturas se presenta en los medios urbanos, medios en los que el impacto de otras culturas, a través de los medios de comunicación de masas era mayor e inevitable. Pero, “por fortuna el alma del pueblo, la esencia de su existir, la fuerza vital y la raigambre de una raza, no mueren ni se pierden”, pues, como debe suponerse (cuando se conoce el argumento), el alma del pueblo, su esencia y su fuerza “permanecen religiosamente guardados en la tradición”, se purifican y se subliman en el alma campesina”⁷² .

La llamada “alma campesina” sería pues una especie de repositorio, de caja de Pandora en la que permanece siempre igual a sí mismo un tesoro de infinitas virtualidades, que son la garantía de todo lo que se ha sido, pero también la garantía de todo lo que se puede ser. Como escribe Fornaguera:

*De la gente humilde: campesino, arriero, vaquero o artesano, del pueblerino analfabeta, emanan y efluyen en perenne crecimiento y evolución silenciosa, la raza, la lengua, la patria. Es allí en donde hay que buscar el alma de la nación.*⁷³ .

Desde luego que la concepción del problema que expresaba Miguel Fornaguera era extrema e iba mucho más allá de la de cualquiera de los otros folcloristas e interesados en las culturas del “pueblo” en Colombia en los años 40s, incluido su compatriota el Padre Marcelino de Castellví -sobre quien hablaremos renglones más adelante-, quien por su parte aspiraba a fundar sobre la base de la investigación folclórica, una nueva “ciencia americanista”, que contendría los secretos de la propia identidad nacional.

Pero Fornaguera nos permite observar de manera clara, precisamente por lo excesivo de su posición, las ambigüedades y sin salidas de las concepciones folclóricas y campesinistas de la cultura popular, y de todo proyecto que intente hacer reposar el futuro de una sociedad en la

⁷¹ Miguel Fornaguera, “El folklore y el renacimiento cultural y nacional”, en *Revista Colombiana de Folklore*, No 1, noviembre, 1947, pp. 89 y ss. Fornaguera escribe: “Un ejemplo elocuente de lo que hemos venido apuntando lo hallamos al analizar la decadencia, desaparición y renacimiento de mi pequeña gran nación catalana”. p. 91.

⁷² Idem, pp. 89-90.

⁷³ Idem, p. 90. La problemática de Fornaguera por supuesto es por completo diferente de aquella que se encuentra presente en algunas de las primeras novelas de Milan Kundera, quien, en el campo de la ficción, mostró las formas de despojo y opresión que sobre *la nación checa* se produjeron a partir de su conversión en “República Popular”.

fidelidad que ella demuestre a su tradición pasada -casi siempre mal establecida y recibida sin ninguna crítica-; y aunque los rasgos dominantes de las tibias actitudes “folclóricas” de los intelectuales de la República Liberal distan muchísimo de haber sido extremas y tener como soporte alguna forma de “nacionalismo ancestral”, no deja de ser importante recordar los peligros y sin salidas de toda forma identitaria extrema.

Es claro que el problema existe desde el principio, en la medida en que las formulaciones identitarias, de manera explícita o en silencio, tienden a expulsar la historia, la producción de la sociedad por ella misma, como proceso continuo. Es lo que J. Gilard ha observado con exactitud, aunque sus palabras tiendan a parecer exageradas, ahora que aun vivimos bajo el efecto de las dos pasadas décadas de un tipo de análisis cultural que, en América Latina, hizo del recurso a la noción de identidad su “paradigma” investigativo, creyendo además encontrar todos los males del continente y de cada una de sus sociedades en la “falta de identidad”, ya fuera nacional o regional:

Toda alusión a una identidad, supuestamente intocable y también supuestamente mancillada... debe recibirse como sospechosa pues tiende a negar que el ser humano sea permanentemente un producto de la historia, que él, a su vez, genera permanentemente. Toda alusión a la identidad tiende a negar o minimizar los procesos pasados o presentes, para bloquear los del futuro. Y cuando se pretende encontrar la pauta de esa tradición, allí donde queda mucho por indagar en el pasado, se cae en el nacionalismo más burdo -si es que no se intenta suscitarlo, que es lo que pasa con frecuencia-. Cierta forma de tercermundismo de los últimos años, como cierta forma de marxismo de los tiempos de la Guerra Fría, contribuye a reforzar esas posturas nacionalistas que son los diques más firmes del estancamiento ideológico e histórico del país.⁷⁴

SEIS

En mayo de 1942 la *Revista de las Indias* anunciaba a sus lectores la organización por parte del Ministerio de Educación Nacional de una “investigación sobre el folklore”, “que en buena hora se confía al entusiasmo de los maestros de escuela”, agregando, en cuanto a su contenido, que

Las fábulas, los decires, las coplas, los refranes, las tradiciones rurales, los balbuces musicales, las leyendas y cuentos de viejas que ahora serán compilados y

⁷⁴ Jacques Gilard, “Vallenato, ¿Cuál tradición narrativa?”, en *HUELLAS*, 19, Barranquilla, UNINORTE, abril, 1987, pp. 59-67. La cita en p. 66. Cf. también Eric Hobsbawm, “La izquierda y la política de la identidad”, en *New Left Review* [edición en castellano]. Madrid, Akal ediciones, 2000, pp. 114-125.

*ordenados, formarán un vasto arsenal de temas para el uso de los artistas y revelarán toda la riqueza espiritual latente en las entrañas del pueblo colombiano.*⁷⁵

¿De qué investigación se trataba? Todo indica que desde comienzos de 1940 -es decir desde su última reorganización- la *División de Extensión Cultural* y la *Sección de Cultura Popular* del Ministerio de Educación venían trabajando en la preparación de una “Encuesta Folklórica Nacional”, que debía ser aplicada en el mayor número de poblaciones del país, por parte de los maestros de escuelas y colegios y de sus alumnos más aventajados, concretando de esta manera la idea de que un instrumento de esta naturaleza resultaba el ideal para conocer “la personalidad concreta de cada una de nuestras regiones geográficas, de cada uno de nuestros grupos humanos”.⁷⁶

Sobre la preparación previa del cuestionario, sobre quiénes lo elaboraron, sobre las discusiones que su redacción pudo haber planteado, etc., es poco lo que sabemos. Sin embargo debe advertirse que, aunque el formulario de preguntas al que finalmente se llegó dista mucho de nuestros actuales cánones y preceptos de investigación sociológica, el cuestionario no se reducía estrictamente a aquel que es tradicional en las indagaciones de los “folcloristas”, el que siempre resulta de criterios muy estrechos, no sólo en cuanto a la selección de los informantes, sino también en cuanto al tipo de preguntas, las que siempre se concentran de manera unilateral en los llamados aspectos “literarios” y “orales” de las culturas “tradicionales”. Desde luego que estos estaban también presentes, pero el formulario se abría de manera amplia a lo que podemos llamar “las estructuras materiales de la vida cotidiana”, al incluir aspectos relacionados con el transporte, con la actividad económica, con el vestuario, con los utensilios de uso doméstico, con la vivienda, con la alimentación, con los niveles educativos, con la geografía y con la historia de las localidades -con lo cual de paso se renovaba un tanto la visión tradicional de los folcloristas.⁷⁷

⁷⁵ *Revista de las Indias*, No 41, mayo, 1942, p. 415. La Revista, desde su propia perspectiva, no dejaba de agregar que los materiales de la investigación folclórica que se iniciaba constituían “una invitación a los artistas para que salten por la ventana del cenáculo y vayan a respirar el tónico viento del pueblo”. Como indicaremos más adelante, la descripción que la *Revista de las Indias* hacía del contenido de la “encuesta folklórica”, tal como aparece en la cita que hacemos, no muestra todo el alcance del trabajo que se intentaba realizar.

⁷⁶ *Revista de las Indias*, No 43, julio, 1942, pp. 453-454.

⁷⁷ Para una presentación clara y elaborada de los fundamentos y usos de los cuestionarios de investigación del folclor y de la importancia de su aplicación por parte de maestros y de otros “responsables locales” cf. Arnold Van Gennep, *Manuel de Folklore Francais Contemporain*. T. 1. Introduction Générale... Paris, Éditions Auguste Picard, 1943, pp. 1-110. -Por lo demás se trata de la mejor guía en este terreno, elaborada por un investigador que tenía una concepción amplia de su objeto. Para todos los detalles relacionados con el cuestionario que fue aplicado en 1942 cf. R. Silva, *Las culturas populares en Colombia durante la primera mitad del siglo XX* -Proyecto de investigación. Departamento de Ciencias Sociales, Universidad del Valle, 1998.

La aplicación de los cuestionarios también parece haber sido bastante “heterodoxa”, pues los maestros en realidad antes que recoger “muestras puras” de material folclórico lo que hicieron más bien fue organizar pequeñas “investigaciones de campo y biblioteca” (averiguaciones con sus alumnos, consulta de libros y documentos ‘antiguos’, preguntas a los vecinos más viejos, pero también a otros que no eran antiguos vecinos ni personas de edad, etc., es decir todo lo que contradecía los cánones folclóricos habituales), a continuación de lo cual ellos escribieron “monografías” de diverso tamaño y alcance -en general bastante desiguales- respecto de su localidad (municipio, vereda, escuela rural, y aun barrio, pues en Bogotá se hicieron algunas encuestas), aunque debe decirse que, no se sabe bien por qué “sentido común folclórico”, la mayor parte de los maestros, contradiciendo la orientación del cuestionario, terminó concentrándose en los aspectos más relacionados con las creencias, las supersticiones y las leyendas, los dichos, refranes, coplas, trabalenguas y poesía popular (material básico de los folcloristas).

Los formularios fueron enviados a un número grande de escuelas y colegios públicos de todo el país -aunque ignoramos el número exacto de cuestionarios enviados-, establecimientos dispersos a lo largo y a lo ancho de la geografía nacional -aunque también ignoramos los criterios, si existieron criterios, para la escogencia de una u otra localidad-, de tal manera que resultaran “representativos” del conjunto del país. El cuestionario iba acompañado de una carta-circular de las autoridades educativas centrales, en la que se invitaba a los maestros a colaborar en la empresa, poniendo de presente la importancia que el “levantamiento del folklore nacional” tenía para el propio futuro de la educación del país. Los maestros parecen haber respondido con entusiasmo a la iniciativa, pues pronto las respuestas empezaron a llegar, tanto de lugares cercanos a la capital como de lugares alejados y más bien perdidos de la geografía nacional.

El resultado final fue, para bien o para mal, un conjunto de muy desiguales “monografías” en las que se suponía que se encontraba plasmada la “cultura vital y primaria” de la mayoría de los colombianos del campo, pero también de la ciudad, pues una parte de las “encuestas” fue “aplicada” por maestros de escuelas urbanas, según se hizo notar renglones atrás.

La situación es que muy poco tiempo después, en junio de 1942, la *Revista de las Indias* informaba a sus lectores que ya se disponía de cerca de un millar de “respuestas” y que pronto se organizaría la *Comisión Nacional de Folklor*, un grupo de especialistas en el tema que se encargaría del análisis del contenido de los materiales acumulados, noticia que era confirmada por el periódico *El Tiempo*, del 2 de junio de 1943, en donde se anunciaba el inicio de labores por parte de la Comisión el día anterior en Bogotá.⁷⁸

⁷⁸ Cf. *Revista de las Indias*, No 43, julio, 1942, pp. 453-454 y *El Tiempo*, miércoles, 2 de junio, 1943. *El Tiempo* -de manera incompleta- daba los nombres de Gregorio Hernández de Alba, Darío Mazo, Luis Alberto Acuña, Aristóbulo Pardo, Luis David Peña y Antonio García como los miembros de la Comisión -pero la Comisión tendría sucesivos cambios en los años siguientes hasta su disolución, lo que parece haber ocurrido en algún momento a principios de los años 50s. Todavía

Podemos ahora comenzar a plantear algunas preguntas respecto de qué ocurrió finalmente con los esperados análisis de la Encuesta Folklórica Nacional y hasta dónde llegaron los trabajos de la Comisión Nacional de Folklore, dos preguntas fácticas de apariencia sencilla, pero que pueden permitir a continuación introducir algunos interrogantes de mayor significado, relacionados con el conjunto de la política cultural de masas del liberalismo, con su contexto de realización, con los límites y las posibilidades de la propia concepción folclórica de la cultura y, finalmente con las encrucijadas, en nuestro parecer sin salida posible, de la “mirada folclórica”.

Debemos comenzar tal vez con la pregunta más simple e interrogarnos muy rápidamente -y *tan sólo en lo que a nosotros interesa*- acerca de los “antecedentes” de la “investigación folclórica” en el país, para tratar de observar algunos elementos de continuidad y de ruptura respecto de aquello que intentará la República Liberal, o por lo menos algunos de los intelectuales que a ella asociaban sus nombres.

Es claro que desde la segunda mitad del siglo XIX grupos de intelectuales en Bogotá y Medellín, por ejemplo, se plantearon la idea de coleccionar objetos de la vida cotidiana popular, de recopilar cuentos y leyendas que se estimaban como una creación o tradición popular, y que sobre todo que fueron muy atentos a las formas del “habla popular”, en ocasiones para criticarla por sus posibles desvíos de la norma gramatical, en otras para solazarse por el pretendido “casticismo” que encontraban en el uso popular del lenguaje. Por lo demás, los *cuadros de costumbres*, que fueron un género popular en el siglo XIX y que en ocasiones tenían mucho de concesión a la “demagogia democrática” de intelectuales y políticos en busca de legitimación -lo que no descontaba una actitud literaria más sincera en algunos de ellos-, permitieron la descripción de muchos elementos del habla y la vida popular, bajo una mirada que mezclaba al tiempo la *distancia* y *el paternalismo* y que incluía ya algunos elementos que configuran la mirada folclórica de la cultura.⁷⁹

Lo cierto es que el siglo XIX colombiano no dejó como legado ninguna *gran compilación* de materiales folclóricos que pudiera ser la prueba de una vasta actividad en este terreno, como ocurrió de manera tan frecuente en otras sociedades, y a pesar de que el interés por el “folclor” se menciona en muchas ocasiones, no hay prueba ninguna de la existencia de grupos de estudiosos dedicados por largo tiempo a través de “organizaciones literarias” a esta tarea, aunque se encuentren regadas, por aquí y por allá observaciones sobre la actividad y el lenguaje

hacia 1955 muchos de quienes fueron sus miembros, con ocasión de la publicación de sus investigaciones sobre el folclor, firmaban acompañando su nombre con el título de “Miembro de la Comisión Nacional de Folklore”.

⁷⁹ Dejamos aquí de lado los problemas que plantea la actividad pictórica de la *Comisión Corográfica*, pues, a pesar de similitudes aparentes, sus códigos *naturalistas* y *objetivistas* pasan por un registro completamente diferente del de los folcloristas, además de que no incluyen un interés por el lenguaje ni por la actividad narrativa oral, que son, entre otros, rasgos distintivos de la matriz folclórica.

populares, considerados como folclor, y se haya producido una obra literaria atravesada por una concepción folclórica de la cultura y del lenguaje, como resulta ser la obra de Tomás Carrasquilla.

Igual puede decirse del uso, más bien circunstancial, de materiales estimados como folclóricos, por parte de algunos poetas del siglo XIX colombiano, como resultan ser los casos de Rafael Pombo y aun de José Asunción Silva -este último estimado en el país como padre de todo “modernismo” literario-. Y aun pudiera mencionarse con mucha más pertinencia las “coplas” que en algún momento de su aventurera y azarosa vida recogió el escritor y político Jorge Isaacs. Pero el uso de materiales folclóricos o folclorizantes en la poesía y en la literatura, o la recopilación aislada, *sin continuidad y con escasa divulgación*, no son suficientes para declarar la existencia de una *tradición de investigación folclórica* en una sociedad. De manera que, mientras no tengamos pruebas en contrario, resulta más conveniente suscribir la idea de una relativa ausencia de investigación folclórica y de organizaciones de eruditos dedicadas a esa tarea, bajo criterios de recolección y clasificación que son cánones en la perspectiva folclórica.⁸⁰

Debe aclararse que esta afirmación que acabamos de presentar no coincide exactamente, o más bien se diferencia por completo, de aquella asumida en el siglo XIX por José María Vergara y Vergara, quien pensaba que la actividad “poética popular” era escasa o inexistente, dado que no encontraba *muestras escritas* de tales producciones ni compilaciones de eruditos que hubieran hecho pública esa actividad bajo forma escrita. Desde luego que de la inexistencia de una *actividad erudita* al respecto no se puede deducir directamente la pobreza o riqueza de una cierta actividad popular, la que por lo demás, corría siempre el riesgo de ser precisamente ignorada o utilizada por los “literatos” solamente de manera parcial y en un contexto diferente del que transcurre en la vida cotidiana.⁸¹

⁸⁰ El profesor Malcolm Deas me ha amonestado con respecto a una cierta subvaloración de la actividad de recopilación folclórica en la segunda mitad del siglo XIX, como antecedente esencial de lo que luego se hará desde el propio inicio del siglo XX. Me mantengo en la idea de que, a pesar de la existencia de interés por los temas del “folclor” (un tanto reducido al tema del “habla popular”) por parte de los costumbristas del siglo XIX, la ausencia de grandes recopilaciones de material folclórico y de organizaciones de literatos definidas por este quehacer, muestra la debilidad y carácter secundario de este tipo de trabajo, por comparación con lo que se hacía en las sociedades europeas y en algunas de nuestra vecindades en esa misma época y con anterioridad. Desde luego que mis afirmaciones podrían ser corregidas en el futuro, cuando se disponga de instrumentos bibliográficos y trabajos de análisis de los que hoy carecemos, pues no se dispone ni siquiera de una sola buena guía documental acerca de los estudios folclóricos y la cultura popular en el siglo XIX.

⁸¹ Hacia 1885 Rafael Pombo escribió un texto, al cual colocó música el Maestro Oreste Sindici, y que fue publicado con el título de “aire popular”. Pero es claro que no se trata del uso de “material folclórico”, ni desde el punto de vista de las palabras de Pombo, ni desde el punto de vista de la música de Sindici, la que, por lo demás, en la escritura de pentagrama se inicia con la palabra “allegro”, claramente asociada a una tradición “musical culta”. Se trata sí, en cambio, de una composición de clara intención política, que se inscribía en las luchas partidistas del momento. Los dos primeros cuartetos del texto dicen así: “Yo no soy de Cartagena/ Popayán ni Panamá/ Ni de

A principios del siglo XX, en 1911, Antonio José Restrepo, en un discurso pronunciado en el Teatro Colón en Bogotá, con ocasión de la celebración de la fiesta nacional del 20 de julio, habló, ya en una perspectiva de claro contenido folclórico, sobre la poesía popular en Colombia - concentrándose de manera particular en la “copla”-, en el acto conmemorativo que organizaba la Academia Colombiana de la Lengua, y en 1928 publicó la primera edición de su Cancionero de Antioquia, en donde ofrecía más de 1000 muestras de poesía popular tradicional de su región, abriendo la serie de obras de esta naturaleza que luego han sido tan difundidas en Colombia.⁸² Lo siguió en ese camino el poeta Ciro Mendía, quien en 1925 publicó su ensayo *En torno de la poesía popular*, y, ya más cerca de nuestro interés, en 1937 Octavio Quiñones Pardo, quien formaría parte de la Comisión Nacional de Folclor, publicaría su *Cantares de Boyacá*, y Juan de Dios Arias, también miembro de la Comisión, su *Folklore santandereano*.⁸³

A estas alturas ya parece concretarse una especie de *corriente* de investigación folclórica, intentando practicar los cánones exigidos de “pureza”, “antigüedad”, carácter colectivo y anonimato en cuanto a la autoría, edad de los informantes, etc., que se suponen distintivos del material “auténticamente” folclórico. La situación es que en 1940 la Academia Colombiana de la Lengua, retomando una iniciativa que tenía antecedentes a finales del siglo XIX y a principios del siglo XX, por iniciativa de su presidente, el prestigioso Antonio Gómez Restrepo -considerado el historiador oficial de la literatura en Colombia-, convoca a un concurso de poesía popular, para iniciar la formación de “cancioneros regionales”.

La iniciativa de la Academia Colombiana de la Lengua, tuvo como respuesta la presentación de catorce trabajos que se distribuían su objeto por buena parte de las regiones colombianas, lo que

Antioquia o Magdalena/ Ni del mismo Bogotá/ Una tierra tan chiquita/ No me llena el corazón/ Patria grande necesita/ Soy de toda la nación”. Las *Hojas de Cultura Popular Colombiana* - Ministerio de Educación Nacional, Bogotá, No 10, 1951- reprodujeron este texto y su escritura de pentagrama, bajo el título (que no sabemos si figure en el original de 1885) de “Bambucos Patrióticos”. Por su parte, Carlos Martínez Silva, de la Academia Colombiana de la Lengua, había escrito sobre “Los refranes y la economía política” en 1882 y José Caicedo y Rojas había disertado, también en la Academia, sobre el valor del refrán. Cf. al respecto, “Defensa del patrimonio folclórico de Colombia”, en *Revista de las Indias*, No 94, octubre, 1946, p. 89. Desde luego todos ellos habían sido precedidos por el a veces olvidado Candelario Obeso, más cercano de la recopilación que del balance “crítico-literario”. El trabajo de Candelario Obeso será vuelto a publicar en los años 40s por la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.

⁸² Antonio José Restrepo, *De la tierra Colombiana. Cantares de Antioquia*. Coleccionado y anotado por Antonio José Restrepo, con una introducción del mismo sobre la poesía popular. Medellín, Quinta edición, 1971. El Prólogo la firma en 1926, y la primera edición parece ser la de Barcelona, Editorial Lux, 1930.

⁸³ Octavio Quiñones Pardo, *Cantares de Boyacá*. Bogotá, Editorial Antena, 1937, y Juan de Dios Arias, *Folklore santandereano*. Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, 1943, 2a edición. El padre de Quiñones Pardo también había sido aficionado a las recopilaciones folclóricas, y había compilado material de coplas, refranes y proverbios a finales del siglo XIX.

muestra la manera como iba extendiéndose, o mejor, *como se hacía pública*, una cierta actividad de investigación folclórica, que tenía sus representantes en “eruditos locales” de variadas regiones, aunque al parecer el altiplano cundiboyacense concentraba mucho del interés por ese tipo de actividad.

Sin embargo, un balance más amplio de la producción bibliográfica en este terreno -en la medida en que ello puede hacerse, pues muchas de estas compilaciones no existen en biblioteca, sobre todo cuando se trató de pequeñas publicaciones regionales- muestra que el interés por la recolección de materiales folclóricos, en la versión reducida de “tradiciones y leyendas populares” era extendido en todo el territorio nacional, y que al parecer se trataba de una práctica que tenía lazos de continuidad con el siglo XIX y con una cierta concepción de la formación de una lengua, proceso respecto del cual eruditos y academias han coincidido en señalar que es obra del “pueblo” (como entidad abstracta), elevada de categoría por su aparición en obras literarias de “alta cultura”, y cuyo uso correcto, luego que la “norma legítima” ha sido impuesta, es precisamente asunto de eruditos y académicos.

En cierta medida, entre la actitud “conservacionista” frente al lenguaje y la idea “folclórica de la cultura popular” siempre ha existido un nexo, como en Colombia lo comprobaría de manera particular la actividad del prestigioso Instituto (de investigaciones y enseñanza) Caro y Cuervo, una de cuyos máximos logros parece ser precisamente el ALEC, el *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Colombia*, mucho más que el más bien inútil y aparatoso *Diccionario de Régimen y Construcción de la Lengua Castellana* de don Rufino José Cuervo, finalmente concluido y publicado hace unos años, después de una larga odisea que debe rondar el siglo de duración.

Este nexo entre “purismo” del lenguaje e interés por el folclor, no se limitó en el caso del Instituto Caro y Cuervo a un interés vago por las hablas populares, sino que se concretó en una importante labor investigativa al respecto, en la cual, y esto es lo más importante, como se comprueba en el caso del ALEC, fueron incorporados como criterios guías aquellos que identifican desde el siglo XVIII a la propia investigación sobre el folclor. Así se comprueba, por ejemplo -y ello expresa su posición con respecto al lenguaje-, cuando se observan sus criterios para la selección de los informantes que deberían ser entrevistados para la formación del *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Colombia* (ALEC), los que deberían ser nativos de la localidad, igual que sus padres y cónyuges, ser analfabetos o tener poca instrucción escolar, estar más allá de los cuarenta años, y ser campesino o de comprobado origen campesino.⁸⁴ En todo caso, puede afirmarse sin

⁸⁴ Cf. sobre todo Luis Flórez, *Manual del ALEC* [Atlas Lingüístico y Etnográfico de Colombia]. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1983, para tener además alguna idea de la extraordinaria magnitud de la tarea emprendida y adelantada por el Instituto Caro y Cuervo durante años, al punto que la obra final comprende una “muestra” (!) de más de 17 000 000 de significados del habla popular en Colombia, organizados de manera regional, con muestras representativas de los diversos elementos étnicos del país, con referencia a sus principales regiones y organizados en torno a focos distintivos de la vida social: cuerpo humano, vestido, vivienda, alimentación, familia, ciclo de vida, instituciones y

mayores dudas que entre las dos obras mayores de la gramática y del habla popular en Colombia existe un punto fuerte de conexión, además de que ellas simbolizan las dos actitudes polares y complementarias que los “folcloristas” mantienen con respecto del idioma y el habla popular.⁸⁵

La idea de una actividad variada y amplia de recolección de materiales “poéticos” folclóricos en el país, a principios del siglo XX, a pesar de la carencia de grandes instituciones que organicen la actividad de los eruditos en ese terreno, se encuentra ya planteada en la síntesis inicial, y seguramente prematura, que intentó hacia finales de los años 20s, Gustavo Otero Muñoz en su *Literatura Colonial y Popular en Colombia*.⁸⁶ Pero más allá de los resultados del intento de Otero Muñoz y de la valoración que ese libro haga de la poesía “popular tradicional” en Colombia, el texto vale como constatación de un cierto impulso “folclorista” en la intelectualidad nacional, antes de época de la llamada República Liberal, aunque se continuara careciendo de instituciones centrales y de formas de difusión estables e institucionalizadas, por fuera de la propia Academia Colombiana de la Lengua.

Un intento en esta última dirección fue el del Padre Marcelino de Castellví -religioso capuchino-, un erudito folclorista, experto además en el trabajo de campo, quien, asentado en el Amazonas (exactamente en Sibundoy, en el actual Departamento del Putumayo), aspiraba a fundar una nueva “ciencia antropológica americana”, uno de cuyos primeros pasos había sido la creación de un Centro de Investigaciones, alrededor del cual había nucleado un grupo importante de “investigadores y recolectores”, cuyos trabajos fueron difundidos a través de una serie amplia de publicaciones cuya huella más visible fue la Revista *Amazonía Colombiana Americanista*.

vida religiosa, festividades y distracciones, tiempo y espacio, vida rural, oficios y empleos, transporte, etc. Don Luis Flórez, formado en la Escuela Normal Superior, fue miembro de la Comisión Nacional de Folclor y contribuyó de manera continua a la *Revista Colombiana de Folklor*.

⁸⁵ Cf. *Espíritu de mi Oriente. Cancionero popular recogido, anotado y clasificado por José León Rey*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1951, 2 Vols. Se trata de la obra ganadora en el concurso de la Academia Colombiana de la Lengua, la que tal vez por dificultades financieras no había podido publicarse. En el Prólogo, firmado en julio de 1940, el académico Víctor E. Caro, desliza algunas críticas respecto de la obra de Antonio Gómez Restrepo, en la que encuentra “a veces más intención política que propósito literario”, y reafirma los criterios que son distintivos de la actitud folclórica. Así, la califica de “producción anónima popular” y de “intérprete y reflejo del alma popular”, aunque no se les escapan las raíces españolas y de “alta cultura” que se encuentran en la copla. Cf. “Informe sobre el concurso de cancioneros”, en *Idem*, pp. 5-11. José León Rey, de quien dice el prologuista que es un “muy culto caballero, cumplido funcionario y excelente escritor”, llegará a ser hasta el presente uno de los campeones de las recolecciones de material folclórico, y en los años 40s fue también miembro de la Comisión Nacional de Folclor.

⁸⁶ Gustavo Otero Muñoz, *Literatura Colonial de Colombia, seguida de un cancionerillo popular, recogido y comentado*. La Paz [Bolivia], Imprenta Artística, 1928.

Castellví, por más de una razón, llegará a ser un punto de orientación muy importante para los “folcloristas” de los años 40s, y entre ellos los miembros de la Comisión Nacional de Folklore.⁸⁷ Debe tenerse en cuenta, además, para no tratar al Padre Castellví con la rapidez y suficiencia con que lo han hecho los cronistas de la historia de la antropología en Colombia, que Castellví poseía a principios del siglo XX en Colombia, más que cualquier otro, la formación intelectual en cuestiones de investigación folclórica que el trabajo de campo demandaba, cuando este se adelantaba dentro del respeto a los cánones de método y de interpretación que reclama la investigación folclórica, tal como fue imaginada por sus impulsores, hecho que se pone de presente cuando se observa la rica bibliografía que es mencionada en sus publicaciones y la propia práctica de Castellví como investigador. Así por ejemplo, refiriéndose al *Cancionero de Antioquia* de Antonio José Restrepo, Castellví escribía: “Obra de indiscutible mérito, literariamente muy erudita y extensa; mas faltándole varios requisitos exigidos por la moderna investigación científica, preciso es reconocer que no puede ser considerada como trabajo rigurosamente técnico; carece por ejemplo de datos sobre informadores, lugares de recolección y otras notas no menos importantes, indispensables para el exacto conocimiento y elaboración de esta parte del material folclórico...”⁸⁸

En 1938, durante las fiestas de celebración del IV Centenario de la Fundación de Bogotá, sesionó la más bien inexistente *Sociedad Folclórica de Colombia*, que Castellví había al parecer fundado junto con el poeta José Joaquín Casas, presidente de la Academia Colombiana de la Lengua. En tales sesiones Castellví propuso fundar una Sección dedicada en su integridad al estudio del folklore colombiano, sobre metodologías nuevas, que permitieran superar todo lo que de espontáneo y por fuera de los cánones del trabajo investigativo folclórico se había hecho con anterioridad.⁸⁹

La iniciativa del Padre Castellví parece no haber fructificado en su sentido y forma más explícitos, pero es importante reconocer que Castellví no sólo logró organizar un grupo para el trabajo de campo con más de 20 “aficionados” a la investigación en Sibundoy, sino que extendió su trabajo a las ciudades de Pasto y de Popayán, e inició contactos, que tuvieron frutos, con las

⁸⁷ Sobre Marcelino de Castellví, cuyo nombre es mencionado en muchos de los recuentos que existen sobre los orígenes de la actividad antropológica en Colombia y quien toma su apellido del nombre de la población en que había nacido en Cataluña, no existe ningún trabajo importante. Su propósito de fundación de una “ciencia nueva” con contenidos nacionalistas está expresado en muchas partes de sus abundantes escritos. Así por ejemplo en el Memorándum que como Director de la Sección Técnica de la Sociedad Colombiana de Folklore (o Sicodemología) y como Director del Centro de Investigaciones Americanistas CILEAC -que él había fundado en Sibundoy- envía al ministro de Educación en 1942, en donde clama por “Una organización para investigar el folklore, no sólo como fuente de inspiración literaria, sino principalmente para la creación de una nueva ciencia dentro del complejo cultural de la nación...”. Cf. *Amazonía Colombiana Americanista*. Sibundoy, 1941, II, Nos 4-5, pp 24-32. La cita en p. 24.

⁸⁸ *Amazonía Colombiana Americanista*. Sibundoy, 1941, op. cit., p. 142.

universidades Javeriana de Bogotá y Católica Bolivariana de Medellín, lo mismo que con algunos colegios regentados en Boyacá por Jesuitas, todo como apoyo de los trabajos que realizaba y planeaba desde su Centro en Sibundoy.⁹⁰

Castellví fue creando una red de trabajo y de informantes, sobre todo en el suroccidente del país, apoyándose en una variada clase de personas, que regularmente reclutaba a partir de sus contactos con las instituciones católicas de educación. Así por ejemplo en Pasto le fue muy importante la colaboración de las alumnas de los colegios de monjas y de la Escuela Normal de Señoritas. En Popayán tuvo varios colaboradores de méritos investigativos importantes, entre ellos el Presbítero Guillermo Diómedes Gómez, canónigo de la catedral de Popayán, antiguo párroco de varias poblaciones y director de la Sección de Ciencias Naturales de la Sociedad Americanista del Cauca. Según palabras de Castellví, se trataba de “uno de los más antiguos colectores de supersticiones”, parte esencial del trabajo del folclorista. Pero igualmente colaboraba con el trabajo de Castellví el joven Diego Castrillón Arboleda -años después autor de varias obras importantes en el campo de la historia y la antropología y quien más adelante sería miembro de la Comisión Nacional de Folklor-, a quien Castellví presentaba como “muy competente y consagrado investigador del folklore nacional; distinguido miembro del Instituto Indigenista Colombiano (que había fundado Gregorio Hernández de Alba en Popayán).⁹¹

Pero además Castellví, quien mantenía contactos con todo el corto espectro de la investigación social de ese momento en Bogotá y con el Ministerio de Educación -de hecho colaboró con Manuel José Casas Manrique, en algunos de los trabajos iniciales de lo que llegaría a ser el Instituto Caro y Cuervo-, también dictó, en el año de 1938, un cursillo en la Escuela Normal Superior, por invitación, según el escribió, tanto del Ministerio de Educación como de José Francisco Socarrás. El cursillo tenía que ver con la perspectiva folclórica, desde el punto de vista teórico, como con la metodología de construcción y aplicación de “cuestionarios folclóricos”, ya que, como todo investigador del folclor que se respete, el cuestionario constituía una de las obsesiones de Castellví. En la Escuela Normal Superior Castellví tuvo entre sus auditores a

⁹⁰ La Universidad Javeriana se interesó en la empresa de Castellví a través del Padre Felix Restrepo, Eduardo Ospina y Rafael Arboleda, quienes iniciaron de inmediato trabajos de campo y dieron impulso a la investigación folclórica a través de la *Revista Javeriana* (cf. por ejemplo “Informe sobre el concurso de canciones”, en *Revista Javeriana*, Bogotá, XIV, No 69, 1940, pp. 230-235, para observar la manera como fue presentado el concurso de cancioneros populares que había organizado la Academia Colombiana de la Lengua). De su parte la Universidad Católica Bolivariana creó un centro de investigaciones sobre el tópico, publicó la perspectiva folclórica en su revista y comisionó al profesor Guillermo Valencia Rodas -quien regentaba la cátedra de “Primitivos”- para que pasara una temporada en Sibundoy, perfeccionando su formación al lado del Padre Castellví y sus colaboradores.

⁹¹ Para algunas de estas informaciones cf. el librito -apuntes rápidos sin demasiada reflexión- de Milciades Chaves, *Trayectoria de la antropología colombiana. De la Revolución en Marcha al Frente Nacional*. Bogotá. ICFES, 1986.

algunos de los que luego serían miembros de la Comisión Nacional de Folclor y a otros que en sus regiones adelantarían trabajos inspirados en esa perspectiva.⁹²

Es posible que el cursillo de Castellví en la Escuela Normal Superior hubiera tenido efectos en una dirección más particular que aquella de “promocionar” la investigación folclórica e impulsar a los universitarios de Ciencias Sociales al adelanto de algunas encuestas de contenido e inspiración folclórica, pues Castellví se detuvo de manera particular en lo relacionado con la preparación y el uso de los cuestionarios para las encuestas folclóricas, utilizando para su enseñanza un modelo que el había preparado y experimentado desde tiempo atrás. Esos modelos de cuestionario y metodología de trabajo serán los mismos que en 1942 Castellví, en su Memorándum al ministro de Educación, le propondrá como los adecuados para realizar el trabajo de Encuesta Folclórica Nacional.

No podemos saber hoy, con exactitud, si el ministro y sus inmediatos colaboradores recibieron la comunicación de Castellví antes de elaborar su propio cuestionario e instrucciones, y más vale por ahora contentarnos con señalar la influencia de Castellví en un plano general -por el impulso de la concepción y formas de trabajo de los folcloristas-, y en un plano más particular a través de la formación de algunos de los que se vieron involucrados en la preparación de la Encuesta Folclórica Nacional y que luego formaron parte de la Comisión Nacional de Folclor, aunque hay que volver a repetir que el cuestionario de 1942 desborda el simple contenido folclórico y se abre a dimensiones que no son habitualmente consideradas por los folcloristas, en la acepción más tradicional del vocablo.⁹³

Parece además que el proyecto, aunque de forma inorgánica y sin un centro bien definido que garantizara la homogeneidad de las búsquedas, iba calando, pues las noticias de prensa de principios de la década del cuarenta hablan de proyectos de realización de encuestas, que no sabemos si llevaron a la práctica, en Antioquia, Caldas, Valle, Cauca y Nariño, de tal manera que

⁹² Cf. por ejemplo, Víctor Sánchez Montenegro, *Esquema del Folclor Nacional*. Pasto, 1941, quien anunciaba además estar listo para empezar un trabajo de encuestas folclóricas en el Departamento de Nariño.

⁹³ Sobre el cuestionario preparado por Castellví cf. “Metodología de las encuestas folklóricas, por Marcelino de Castellví, O.M.Cap. -Cuestionario general para investigaciones folklóricas. (Adaptación provisional de cuestionarios internacionales)”, en *Universidad Católica Bolivariana* [Revista], Medellín, Nos 19-20, 1941, pp. 263-292. En su Memorándum al ministro de Educación Castellví escribirá que “De nuestra parte no tenemos inconveniente en que el ministro de Educación lo edite [el cuestionario] para las encuestas escolares, sólo con la natural condición de que se cite la procedencia y se nos destine un discreto número de ejemplares para proseguir las [encuestas] que, en menor escala y como iniciativa privada pero simultáneamente de interés nacional, tenemos iniciadas desde [hace] años en la Amazonía colombiana”. Desde luego que Castellví también piensa, como se pensaba en el ministerio de Educación, que a partir de las encuestas folclóricas era posible llegar al conocimiento de “una infinidad de características relativas a la psicología colectiva nacional y regional...”. Cf. *Amazonía Colombiana*, op. cit, pp 22-28.

la forma como Castellví presenta la irradiación de su trabajo puede ser considerada como correcta, pues en su opinión su actividad, más bien personal, pero que el presenta como a nombre de la Sociedad de Folklore Colombiano,

*ha contribuido a saturar el ambiente de convicciones relativas a la necesidad de crear la ciencia folclórica colombiana como factor esencial de la cultura patria.*⁹⁴

Desde luego que existen otras fuentes más que fueron terreno nutricional para la perspectiva folclórica del análisis cultural. “A los conservadores les atraía de singular manera el folclor...”, ha escrito, con buenos razones Malcolm Deas.⁹⁵ Sólo habría que agregar que a los liberales otro tanto, así en el siglo XIX como en el XX, y que la investigación folclórica ha sido uno de los puntos de encuentro de liberales y conservadores como intelectuales y escritores, y cuando decimos punto de encuentro queremos decir desde luego también punto de confrontación.⁹⁶ Pero en lo que inmediatamente nos interesa baste señalar que muchos de los intelectuales liberales que emprendían trabajos de recopilación folclórica o que intentaban alguna vía ensayística en esa misma cantera, encontraron un apoyo decidido en Germán Arciniegas, no sólo durante sus años en el Ministerio de Educación, sino desde antes, desde su primera época de periodista.

⁹⁴ Cf. *Amazonía Colombiana Americanista*, op. cit., p. 22.

⁹⁵ Malcolm Deas, “Canjes violentos. Reflexiones sobre la violencia política en Colombia”, en *Dos ensayos especulativos sobre la violencia en Colombia*. Bogotá, c.1994 [ahora *Intercambios violentos*. Bogotá, Taurus, 1999], pp. 3-86, y sobre el vínculo entre conservatismo, folclor y violencia p. 32.

⁹⁶ La frase completa del profesor M. Deas, recién citada de manera recortada, es la siguiente: “El folclor, la expresión folclórica era a menudo partidista, lo que se sigue viendo incluso en algunas antologías...A los conservadores les atraía de singular manera el folclor”. El uso partidista del folclor ha sido una constante en el país, y una constante reconocida, como ya se decía hablando del trabajo pionero de Antonio José Restrepo, tal como hemos escrito más arriba. Armando Solano, un importante político liberal del período que aquí estudiamos, comentando en el periódico *El Tiempo*, bajo el título de “Poesía popular boyacense”, un artículo de Octavio Quiñones Pardo, miembro y en una ocasión presidente de la Comisión Nacional de Folclor, sobre “la poesía popular en Boyacá en relación con la política y la injusticia social”, escribía: “Partidos hay que tienen interés en no entender y en no aceptar el hecho de la transformación política de Boyacá... Y en ese camino, los partidos políticos proscritos ahora del favor popular, no vacilan en afirmar que dicha transformación es aparente y ha sido impuesta por la violencia. La recopilación y el análisis de la copla popular, auténtica, sin falsificaciones ni contrabandos, que ha emprendido Quiñones Pardo... demuestra, cuando menos lo pensamos y quizá cuando menos lo deseaba el autor, que el pueblo de Boyacá soñó siempre con el triunfo del liberalismo. Calladamente acariciaba la esperanza de disfrutar algún día la garantía de sus derechos, y también esa esperanza fue la fuente de inspiración de más de una copla maravillosa”. Cf. Octavio Quiñones Pardo, *Cantares de Boyacá*. Bogotá, Tipografía Colón, s.f., pp. IX-X, y para el ensayo en discusión pp. 77 y ss.

Germán Arciniegas -quien también escribió sobre folclor y elogió el “folclor colombiano”- y otros “hombres de letras” mantenían en las salas de redacción de los periódicos en donde trabajaban, o donde eran “habituales”, tertulias de discusión, en donde al parecer resultaba tema frecuente, además de la política, el problema del folclor nacional y sus relaciones con las formas “elevadas” de la cultura, lo mismo que las relaciones entre el folclor, la vida popular y el trabajo del intelectual. Arciniegas animó una tertulia de esta naturaleza primero en *La República*, y después de su cierre en *El Tiempo*, en cuyas *Lecturas Dominicales* se publicaron crónicas, que luego aparecieron en forma de libro, entre ellas, y con el auspicio editorial de Plinio Mendoza Neira, *Cantares de Boyacá* (1937), *Los Bárbaros* (1940), *Vida y milagros del Jetón Ferro* (1943) y *Otros cantares de Boyacá* (1944).⁹⁷

Este mismo ambiente intelectual que favorecía el cultivo del folclor, en lo que además se veía una actitud nacionalista y un supuesto o sincero deseo de “acercarse al pueblo”, se trasluce en los propios documentos oficiales de la República Liberal, no solo porque muchos de los intelectuales que cultivaban el folclor fueron parte de sus gobiernos, sino porque la idea “folclórica” tendía a ser compatible con un discurso relativamente radical, a veces de tono populista, que introducía un nuevo vocabulario sobre la “cuestión social” y que realizaba una revaloración de las “masas”, a las que otorgaba una nueva centralidad en el proyecto nacional, así hubiera en esto cierta dosis de retórica (que por lo demás la actividad política siempre incluye).⁹⁸

Así por ejemplo, desde 1931, en la *Memoria* del ministro de Educación al Congreso se escribía sobre la necesidad de una política de puertas abiertas de los (escasos) museos existentes, y que ellos fueran “un organismo vivo”, a donde fuera todo el arte, “aun el más rudimentario que se conoce con el nombre de arte popular y que a veces esconde en embrión las primeras manifestaciones de un futuro grande arte”.⁹⁹ Se puede afirmar que de cierta manera también el proyecto de *Cultura Aldeana* despertó los intereses y los apetitos de los folcloristas y favoreció esa forma de interpretación de la cultura popular, pues se esperaba que sus informes de los trabajos de campo adelantados -plasmados en monografías regionales sobre la situación de las comunidades- se constituyeran en “sustancia prima de un análisis de nuestra nacionalidad”.¹⁰⁰

Por su parte la *Memoria* del mismo Ministerio en 1939 hablará de manera reiterada de la necesidad de conocer las “pintorescas particularidades de la vida regional”, al tiempo que insistía en las demás metas de extensión de la cultura respecto de las cuales ya hemos hablado.¹⁰¹ Por su

⁹⁷ Cf. “Defensa del patrimonio folclórico de Colombia”, *Revista de las Indias*, No 94, octubre, 1946, p. 88.

⁹⁸ Respecto de las dificultades casi que “intrínsecas” que al intelectual le plantea la relación con los “sectores populares” cf. Claude Grignon y Jean-Claude Passeron, *Le savant et le populaire. Misérabilisme et populisme en sociologie et en littérature*. Paris, EHESS/Gallimard/Seuil, 1989.

⁹⁹ *Memoria del Ministro de Educación al Congreso de 1931*. T. 1, op. cit., p. 365-366.

¹⁰⁰ Cf. *Memoria del Ministro de Educación al Congreso de 1935*, op. cit., p. 60.

¹⁰¹ Cf. Idem, 1939, op. cit., p. 73 y ss.

parte muchos funcionarios educativos regionales habían tomado el camino de la investigación folclórica, apoyándose en los maestros de escuela y con objetivos similares por completo a los que se propondrán en la Encuesta Folclórica Nacional de 1942, pero en parte con adelanto sobre las determinaciones centrales, como parece haber ocurrido en el Departamento de Santander, en donde ya en 1941 se adelantaba un trabajo de Encuesta Folclórica Departamental.¹⁰²

Sobre la base de datos e informes como los que hemos citado se puede decir que de diversas maneras y a partir de varios lugares una corriente de “folclorismo”, de representación folclórica de las culturas populares, se venía abriendo paso en la sociedad colombiana desde los años 20s, aunque su presencia se sienta particularmente con toda su intensidad a partir de los años 40s, y que tenga posiblemente su punto de mayor realce en 1942 con la realización de la Encuesta Folclórica Nacional. Se trataba de una corriente de reflexión y de investigación -desde luego en el sentido estrecho, puramente descriptivo y clasificatorio con que fue asumida la investigación de las culturas populares en esa fase- que continuaba una tradición del siglo XIX, de alguna abundancia, pero que siempre había carecido de instituciones orgánicas y de trabajos colectivos de largo aliento, pero a la que ahora parecían agregarse algunos elementos originales, relacionados con la valoración que se hacía de las gentes populares y del propio objeto que la investigación folclórica se daba a sí misma, aunque al parecer dejaba intacto el núcleo de la vieja concepción folclórica de la cultura que servía de apoyo.¹⁰³

SIETE

No es posible saber con exactitud cuál fue la suerte posterior y el alcance de los trabajos de la Comisión Nacional de Folklore, respecto de lo que se consideraba su tarea central: el análisis de la Encuesta Folclórica Nacional. Por lo que se puede establecer con la documentación existente y sobre la base de las entrevistas realizadas con algunos de sus miembros, y con otros que sin ser miembros de la Comisión ni “folcloristas” estuvieron ligados a la investigación folclórica en esos años, la Comisión Nacional realizó durante sus primeros años una ingente labor, fue capaz de interesar a gentes de otras regiones en su trabajo y de esta manera crear *Seccionales* de la organización, y la mayoría de sus miembros publicó durante los años 40s y 50s trabajos sobre

¹⁰² Cf. Horacio Rodríguez Plata, *Régimen de la Educación Pública en Santander*. Bucaramanga, 1942, pp. 72-73.

¹⁰³ El tradicionalismo y el inmovilismo al parecer terminaban siempre imponiéndose sobre los investigadores del folclor y de lo popular, tal como se puede ver, por ejemplo, en la definición del folclor y de lo popular que todavía se hacía, en 1946, en un texto en el que los “folcloristas” intentaban asumir la defensa de su objeto y de su trabajo, frente a ataques que recibían de varios frentes. Allí se define el folclor como “la cultura sencilla pero auténtica de las agrupaciones populares más fieles a sus tradiciones y leyendas, más agarradas a sus creencias y a su propia emoción”. Como se ve se trata de una definición que cualquier espíritu conservador, en el sentido filosófico del vocablo, podía compartir. Cf. “Defensa del patrimonio folclórico de Colombia”, en *Revista de las Indias*, No 94, octubre, 1946, p. 89.

aspectos variados del folclor, aunque, de manera curiosa, casi nunca estos se basaron en los materiales previamente recogidos a través de la Encuesta Folclórica Nacional.¹⁰⁴

Esto último que señalamos puede ser comprendido, en nuestra opinión, como el *índice de una dificultad mayor* -sobre la que volveremos más adelante-, máxime si se tiene en cuenta que el primer trabajo que se propuso realizar la Comisión tenía simplemente como objetivo la formación de un *Refranero Nacional*¹⁰⁵, algo que localizaba su trabajo no sólo dentro de los moldes más clásicos y estrechos de la llamada investigación folclórica, sino en el propio campo de trabajos que ya se habían realizado en el país, con más o menos fortuna, perdiendo de esta manera la posibilidad de iniciar el análisis de los aspectos más originales y novedosos del cuestionario que habían elaborado los maestros.

La Comisión debe haber trabajado de manera más o menos continua hasta finales de los años 40s, aunque parece ser que dentro de condiciones de cierta precariedad y de gran movilidad de sus miembros. Aun así, para 1946, cuando se encontraba presidida por Octavio Quiñones Pardo, había logrado ampliar el número de sus miembros de “número”, incluyendo a quienes en ese momento terminaban su formación en el Instituto Etnológico Nacional -muchos de ellos llegados en tránsito directo del a Escuela Normal Superior-, los que llegarían a ser a partir de los años 50s los pilares más destacados de la investigación antropológica en Colombia. Igualmente había ampliado su Sección de miembros correspondientes, los que llegaban a cerca de ochenta -una cifra no despreciable-, pudiendo distinguirse dentro de ellos gentes pertenecientes a los dos partidos políticos colombianos, gentes de distintas generaciones, de diferentes actividades en el campo de la cultura, de diferente situación social y procedencia regional, con desiguales grados

¹⁰⁴ La Comisión Nacional de Folklore publicó, tal vez a principios de los años 50s, un *Gráfico referente a la habitación popular en Colombia*, en cuya esquina inferior derecha puede leerse: “Documentación y ejecución: Luis Alberto [Acuña?]”, en momentos en que ya dependía del Instituto Etnológico Nacional.

¹⁰⁵ El Maestro Luis Alberto Acuña, pintor y folclorista, miembro de la Comisión Nacional de Folclor, publicó en 1951 un *Refranero Colombiano*, pero no hemos podido determinar si su trabajo se basaba en los documentos recopilados por la Encuesta Folclórica Nacional. La primera edición del *Refranero* es del año 1947, y fue realizada por la Sección de Estudios Folclóricos del Instituto Etnológico Nacional, al cual se había adscrito la Comisión Nacional de Folclor, en el momento en que empezó su peregrinar en busca de una “habitación propia”. Por su parte Antonio Panesso Robledo, formado en la Escuela Normal Superior y miembro también de la Comisión, parece ser el único de sus miembros que publicó un ensayo apoyado directamente en materiales de la Encuesta Folclórica Nacional, tal como se había practicado en Antioquia. Cf. “Del folclor antioqueño”, en *Revista de Folklore. Organó de la Comisión Nacional de Folklore*. Instituto Etnológico y de Arqueología. Ministerio de Educación Nacional. Bogotá, No 4, enero, 1949. El ensayo de Panesso, aunque afortunadamente poco lírico, no avanza un paso de lo que es habitual en los terrenos del análisis folclórico convencional.

de formación académica, todos al parecer genuinamente interesados en la investigación folclórica.¹⁰⁶

Pero en relación con los recursos técnicos y con el apoyo que encontraban para sus tareas la situación parecía no ser la mejor, según se puede deducir del informe de la *División de Extensión Cultural* en el año de 1945, informe redactado por Darío Achury Valenzuela, quien era un conocido defensor de las tareas de la Comisión y en general de la investigación sobre el folclor, tal como lo había demostrado a través de la *Revista de las Indias*.

Don Darío Achury Valenzuela presentaba en ese año, 1945, un “Plan de actividades para la División de Extensión Cultural” y reclamaba del Gobierno nacional el apoyo necesario para “dotar a la Comisión Nacional de Folklore de todos los medios indispensables para realizar una obra seria e intensa a fin de que por sus resultados pueda parangonarse con las más notables instituciones similares que funcionan en los demás países americanos”. En el texto de Achury hay que resaltar aquello de una “obra seria e intensa”, pues hasta el año 1945 los productos del trabajo de Comisión eran más bien escasos; y la frase, para que “pueda [el trabajo de la Comisión] parangonarse con las más notables instituciones” que se ocupan de similar objeto en otros países americanos, no puede describir otra cosa que el mal funcionamiento de la Comisión, pues su trabajo se encontraba por debajo de aquel de sus similares de los países de la región.

Esa percepción de Achury Valenzuela parece comprobarse cuando en el propio año de 1945 empieza a discutirse el lugar institucional de la Comisión, la que hasta ese momento venía funcionando como un anexo de la *Sección de Cultura Popular*, y se decide entonces su traslado al Instituto Etnológico Nacional, bajo la justificación de que su objeto de trabajo era común, lo que no era sino relativamente cierto, y para que se pudieran implantar “en dicha Comisión los sistemas técnicos de investigación puestos en práctica por el Instituto”, lo que constituía un claro señalamiento de las formas artesanales con que se venía trabajando, pero posiblemente también de la falta de preparación de sus miembros para abordar sobre bases modernas de investigación la tarea que se les había encomendado, lo que no resultaba extraño, ya que una parte de sus miembros estaba constituida propiamente por “aficionados” al trabajo folclórico, pero carentes de formación en la moderna investigación social.¹⁰⁷

¹⁰⁶ Vale la pena citar la conformación de su Comité de Publicaciones, pues puede dar una idea del amplio espectro ideológico que recogía, como si el folclor pudiera reunir amigablemente a gentes de tan variada procedencia: Lucio Pabón Núñez, Hernando Márquez Arbeláez, José Rafael Arboleda, S.J., Mario Ibero, Luis Alberto Acuña, José Rozo Contreras, Aristóbulo Pardo, Roberto Pineda y Diego Castrillón Arboleda.

¹⁰⁷ De manera extrema la desigualdad de formaciones académicas y de *perspectivas científicas y culturales* entre el grupo original de los folcloristas y la naciente investigación moderna en antropología, puede ilustrarse citando el caso de Gerardo Reichel-Dolmatoff, quien por momentos colaboró con la Comisión y publicó algunos artículos en la *Revista Colombiana de Folclor*. Como

De todas maneras se decidió la creación de una “oficina técnica” para la clasificación de los materiales recogidos, al frente de la cual se puso a Diego Castrillón Arboleda, quien había hecho una parte de su formación en Popayán al lado de Gregorio Hernández de Alba, pero también de Marcelino de Castellví. Las funciones de la nueva dependencia serían las de organización de ficheros, clasificación bibliográfica, preparación de metodologías y cuestionarios especializados para el trabajo de campo, planificación del Boletín que debería en adelante tener la Comisión, y “clasificación del material recogido por los maestros de escuela en la encuesta verificada en 1942”, lo que da a entender que, a pesar de muchos de los anuncios sobre el avance del trabajo de la Comisión, el material recolectado, o parte de él, permanecía en el mismo estado en que había llegado años atrás a las manos de los miembros de la Comisión.

Hacia 1948, pues, sin grandes apoyos institucionales, apenas tolerada en el Instituto Etnológico Nacional, cuyos principales miembros empezaban a concretar una perspectiva de investigación que tenía radicales diferencias con aquella de los “folcloristas”, y enfrentada a una cierta imposibilidad de realizar los análisis a que podía haber dado lugar el material recolectado a través de la Encuesta Folclórica Nacional, la Comisión Nacional de Folclor parecía encontrarse en una sin salida.¹⁰⁸

A las dificultades anteriores se sumaban los ataques que desde el nacimiento del proyecto -y por motivos diferentes, que iban desde la incompreensión hasta el sectarismo, pasando por el cuestionamiento mismo el carácter científico del proyecto-, la Comisión Nacional de Folclor venía padeciendo de manera pública, a través de la prensa y de otras publicaciones. Octavio Quiñones Pardo, presidente de la Comisión, daba cuenta parcial de la situación, cuando hablaba de la “indiferencia y la hostilidad de entidades y corporaciones públicas, círculos, personas, diarios y revistas” respecto a la Comisión y sus tareas, lo que interpretaba solamente como una muestra del olvido del Estado y del mundo intelectual frente a sus responsabilidades por relación con la

se sabe, Reichel-Dolmatoff, quien había tenido su proceso formativo en Europa, llegará a ser, sin ninguna exageración, una de las primeras figuras de la investigación antropológica en Occidente.

¹⁰⁸ “El rico material de nuestros ficheros permanece inédito...” pero existe “un inmenso tesoro folclórico que hemos logrado clasificar en ardua y silenciosa labor”, indicaba en 1948 Octavio Quiñones Pardo, con lo que daba cuenta de que efectivamente la Comisión se encontraba adelantando sus tareas. Cf. Octavio Quiñones Pardo, “El folklore en las normas educativas panamericanas”, en *Revista Colombiana de Folklore*, No 4, p. 157. Pero su observación es también el índice de un problema mayor: las dificultades intrínsecas que aquejan a la perspectiva folclórica para avanzar a algo que pudiera llamarse de manera cierta un análisis, algo que saliera del campo de la simple recopilación y clasificación, que superara el “carácter mezquino” del trabajo de los folcloristas [la expresión es de don Jaime Jaramillo Uribe, quien ninguna relación tuvo con la Encuesta Folclórica Nacional, calificando las tareas de la Comisión Nacional de Folclor]. Respecto de los límites intrínsecos del análisis de la cultura en la tradición “folclórica” cf. Catherine Velay Vallantin, “Le congres international del folklore de 1937”, en *ANNALES*, op. cit., quien habla justamente acerca de ese “travail interminable [que] nous est restitué maintenant sous formes de cataloges indéfiniment augmentés et recomposés”.

cultura nacional, aunque consideraba que el trabajo silencioso e infatigable de la Comisión no dejaba de ofrecer sus resultados.

De manera particular, y tal vez con razón, Quiñones Pardo enjuiciaba con duras palabras a sus colegas del mundo intelectual, a quienes consideraba los principales responsables de los ataques a la Comisión, ya que ese mundo intelectual, en su opinión, estaba convencido de que

*el pueblo apenas ofrece el tema ordinario y vulgar de sus vicios, de sus defectos, de su ruda ignorancia y sus pasiones abominables.*¹⁰⁹

Sin embargo, Quiñones Pardo pensaba que en el país había otro grupo de intelectuales dispuestos a respaldar las tareas de la Comisión Nacional de Folklore, grupo del cual hacía parte destacada, por ejemplo, Germán Arisnegras, quien no sólo había escrito sobre el folklore nacional, sino que había prohijado desde el Ministerio de Educación Nacional medidas que en 1946 impidieron la desaparición del proyecto de trabajo de quienes se agrupaban en torno a la Comisión.

Arciniegas había publicado, en particular, entre varios textos de “sabor folklorista”, un artículo de prensa titulado “Nuestro pueblo es así”, a raíz del cual el intelectual bogotano Gustavo Wills había tomado también la pluma para ratificar y profundizar la vía que le parecía señalar el artículo de Arciniegas. En un texto titulado “Obligación de los intelectuales” y publicado en el periódico *El Tiempo* del 27 de mayo de 1946, Wills escribía:

Llegar al pueblo, a nuestro pueblo, debe ser la consigna de todo hombre de pensamiento. Que la inteligencia no sea un don exclusivo... sino que procure su acondicionamiento con ese pensamiento múltiple de las gentes de la tierra, pensamiento sencillo, modelable, bueno al fin y al cabo.

El texto de Wills es preciso en cuanto a definir el carácter paternalista y autoritario, al mismo tiempo, del pensamiento de muchos de los intelectuales liberales de la República Liberal respecto de esas formas de culturas “extrañas”, que había no sólo que conservar sino también educar, ya que, paradójicamente, ellas guardaban la esencia de la nacionalidad, aunque es difícil suponer como todos esos atributos podían tener su lugar de manera simultánea.

La Comisión Nacional de Folclor, y el proyecto de conocimiento de lo “popular” que ella animaba, terminaba pues, al parecer, víctima de sus propias contradicciones, si no resulta exagerado aquí el uso de esta palabra, pues, en medio de un ambiente social y cultural poco favorable a sus tareas y poco antes de la apertura formal de una de las más dramáticas crisis políticas del país -crisis que pondría sobre en tela de juicio todas las visiones idealizantes y

¹⁰⁹ Idem, o. 155

sensibleras del “pueblo”-, volvía a demostrar qué poco había avanzado en dirección de una percepción compleja, diferencial, desprejuiciada -y por lo tanto respetuosa- de esa inmensa “caja de sorpresas” que constituye lo que a falta de una expresión mejor llamamos hoy las clases subalternas.¹¹⁰

Las evoluciones posteriores del Proyecto (el análisis de la Encuesta Folclórica Nacional) y de la Comisión Nacional de Folclor parecen haber dependido de la suerte misma del proyecto de la República Liberal después de 1948, pero no menos de la propia sin salida teórica de la empresa, hecho del que daba cuenta, años después, uno de sus miembros más destacados, Aristóbulo Pardo, cuando recordaba la imposibilidad de definir qué entendían sus miembros por lo “popular”, por lo “popular regional”, por lo “realmente autóctono”, concluyendo de manera patética con estas palabras acerca de las reuniones de la Comisión:

*es que ni siquiera una buena acta [de reunión] era posible.*¹¹¹

Es notable que el último gran intento de síntesis de la perspectiva “folclórica” por parte de la Comisión hubiera sido intentado por Luis López de Mesa, el delegado de Colombia a la IX Conferencia Panamericana, a celebrarse en Bogotá, y quien recomendaba la investigación y el cultivo de la herencia “autóctona”, como principio de reforma de los sistemas educativos de América Latina y como pilar central en la búsqueda de una sociedad pacífica y en plena convivencia.¹¹²

En cuanto a los materiales de la Encuesta Folclórica Nacional, su suerte es más bien incierta, aunque algunos antropólogos, como Jorge Morales, han hecho usos parciales de algunas de las encuestas que sobrevivieron. Pero en general, se pueden aceptar al respecto las palabras de don Jaime Jaramillo Uribe:

¹¹⁰ No es casualidad que haya sido Hernando Téllez, escritor de escasos o de ningún vínculo con las más exhaltados “folcloristas”, quien hubiera publicado los primeros y más lúcidos balances -cualquiera que sea la fidelidad del cuadro presentado y la ideología política de su autor- acerca de la participación del “pueblo urbano” en los motines del 9 de abril de 1948 en Bogotá, en el momento del asesinato del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán. Cf. “Nueve de abril de 1948”, en *Textos no recogidos en libro*. Tomo primero. Bogotá, COLCULTURA, 1979, pp. 246-274.

¹¹¹ Aristóbulo Pardo, “Los maestros y el folclore”, en *Revista Colombiana de Folklore*. No 2, junio. 1953. Segunda época, pp. 54-78. Dejamos de lado, desde luego, las innumerables discusiones sostenidas acerca de cómo escribir la palabra folclor, las que tampoco parecen haber llegado a buen término (y de cuya fluctuación este texto es una prueba).

¹¹² Cf. Octavio Quiñones Pardo, “El folclore en las normas educativas panamericanas para la paz”, en *Revista Colombiana de Folklore*, No 4 (1948), p. 153 y ss. En esos mismos meses el doctor López de Mesa intentaba incluir en los planes de formación académica de la Universidad Nacional una cátedra sobre folclor.

Esa información permaneció por varios años en algún rincón del Ministerio [de Educación Nacional], y finalmente fue trasladada al Instituto Colombiano de antropología y allí se interrumpe su historia. Ignoramos si alguien hizo uso de ese material y si existe todavía o ha desaparecido.¹¹³

¹¹³ Jaime Jaramillo Uribe, “La historia y los métodos de investigación de la cultura popular”, en P. Mora y A. Guerrero, *Historia y culturas populares*, op. cit., p. 226.

ONDAS NACIONALES

A PROPÓSITO DE LA POLÍTICA CULTURAL DE MASAS DE LA REPUBLICA LIBERAL Y LA CREACIÓN DE LA RADIODIFUSORA NACIONAL DE COLOMBIA.*

Renán SILVA
Grupo de investigaciones en Historia, Cultura y Sociedad
Departamento de Ciencias Sociales
Universidad del Valle

Hacer vivir a las demás secciones del país el mismo ritmo vital de cada uno de los departamentos tiene como fin esencial el ir creando una consciencia unánime de la nacionalidad colombiana, a la par que una compenetración viva de ideas, sentimientos y emociones, modelos perdurables de la cultura.

Ministerio de Educación Nacional. La Obra Educativa del Gobierno en 1940.

I

América Latina parece atravesar desde hace algunos años modificaciones importantes en las relaciones entre el *Estado y la sociedad*. Tomando al pie de la letra lo que se dice y un poco sin atender a lo que efectivamente ha ocurrido, la situación parece plantearse en los siguientes términos: en el pasado reciente, sobre todo después de los años 30s, el Estado, esencialmente bajo la forma de populismo social y de proteccionismo económico, habría copado el campo de la sociedad, del mercado, de la iniciativa individual, creando un conjunto de condiciones que, llegada la época de la globalización, con su exigencia de competitividad internacional, ha hecho visible la existencia de agentes económicos con muy baja capacidad de inserción en el mercado mundial, y de actores sociales incapaces de adelantar en el plano nacional iniciativas liberadas de

* El presente texto forma parte de una investigación más amplia sobre las relaciones entre cultura y sociedad durante la primera parte del siglo XX en Colombia, y que tiene como título general “Las culturas populares en Colombia durante la primera mitad del siglo XX”. La investigación cuenta con el apoyo académico y financiero del Centro de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle, y con ayuda financiera de la Fundación para la Investigación de la Ciencia y la Tecnología del Banco de la República.

la tutela del Estado protector. Ha llegado la hora pues de *romper con toda atadura que nos ligue a ese pasado* y abordar la fase más alta de la modernización de la sociedad, si se quiere avanzar por el camino del progreso material y social. El Estado debería limitar al máximo sus funciones y garantizar simplemente el espacio mínimo de reglamentación que conecta actores individuales en el mercado (dimensión a la que termina reducida la sociedad).

El diagnóstico encuentra desde luego numerosos puntos de apoyo que nos son conocidos, pero entre ellos resalta de manera particular la ineficiencia y la corrupción que son distintivas, aunque no exclusivas, de los Estados latinoamericanos, y el proceso de clientelización, con apoyo en el Estado y en los presupuestos públicos, que han hecho de la actividad política en muchos de los países de la región, no una forma de expresión de la ciudadanía, si no una forma de sujeción a través de vínculos personales, que organiza sus apoyos sociales sobre la base de sistemas de recompensas y favores una vez que se llega al Gobierno.

Nada habría que objetar a esta perspectiva, que señala hechos ciertos de la política y de la sociedad en América Latina, si el diagnóstico no fuera extremo y unilateral, y no dejara de lado algunas realidades que reclaman un análisis más atento, entre ellas aquella que tiene que ver con el funcionamiento real del Estado en los países del “primer mundo”, países en los cuales no sólo el Estado cumplió en el pasado funciones cruciales para la estructuración de la sociedad y para la creación de altos niveles de riqueza, si no que hoy en día sigue cumpliendo papeles importantes en el campo de la protección laboral, de la seguridad social y el sostenimiento de las instituciones culturales, para mencionar tan sólo algunos ejemplos. Por eso resulta necesario distinguir entre los funcionamientos prácticos de los gobiernos en los Estados Unidos y en Europa, y las recomendaciones de los asesores de las agencias internacionales y de los nuevos ideólogos del mercado, pues es posible que las fórmulas publicitadas y recomendadas nunca hayan sido puestas en marcha de la manera extrema como se pretende que lo sean en otras partes del mundo.

Sin embargo el punto central sobre el que quisiéramos llamar la atención aquí no es el relacionado con las formas más obvias de intervención del Estado sobre la sociedad. Buscamos más bien poner de presente el papel que el Estado puede tener en la conformación de la *Nación*, cuando, más allá de la simple intervención en la actividad económica, logra encarnar lo que tradicionalmente ha sido llamado un *Proyecto Nacional*, es decir un esfuerzo material y cultural, adelantado como política de Estado que logra hacerse política de toda la sociedad, para conectar los grupos y las regiones diversas de la sociedad, proponiéndoles, entre otras cosas, la *ficción de una historia común*, relatada como *historia nacional*, y la esperanza de un futuro que no deja de apoyarse en esa *ficción construida*.

Nos parece que este problema es particularmente importante en la actual situación de Colombia, país que atraviesa no sólo por dificultades respecto de la construcción de un orden social, sino aun por procesos de desintegración social, y cuyas dificultades encontramos que reenvían en gran medida a la deriva iniciada después de 1810, en el momento de la desmembración del Imperio

Ibérico. En casi dos siglos de vida independiente la sociedad colombiana ha demostrado enormes dificultades para convertir en funcionamiento práctico extendido a toda la sociedad un *ideario* respecto del cual, de manera paradójica, ha sido enormemente prolífica, creando un abismo y un sistema de contrastes que una pluma como la de don Ramón del Valle-Inclán hubiera explorado a las maravillas.¹¹⁴

En ese mismo lapso, pero particularmente en el presente siglo, esa sociedad ha conocido un relativo fracaso en la construcción de un Estado-nación que funcione como un principio de pertenencia social, como una fuente de recuerdos colectivos, como un depósito de “lugares comunes” a partir de los cuales se teja la ficción de una historia colectiva.

En la raíz de este fenómeno se encuentra una serie variada de procesos, y entre ellos de manera notable la bien conocida no correspondencia entre Estado y territorio, lo mismo que los procesos asociados a una de las principales formas de creación de riqueza desde el siglo XVI, las “bonanzas”, episodios por definición de corto plazo, que difícilmente fijan a un territorio y fundan “sociedad”, todo ello ocurriendo en una geografía particularmente accidentada que no facilita los intercambios y las relaciones, con una tradición de poblamiento campesino de viviendas aisladas y, hasta hace muy poco, con altísimas tasas de analfabetismo que han impedido que el impreso y la lectura, dos de los grandes agentes de unificación social, cumplan su tarea y dejen huellas firmes de comunidad y participación colectivas en lectores o grupos de lectores temporal y espacialmente separados, a todo lo cual se ha sumado una *historia permanente de distribución desigual de la riqueza*, lo que ha hecho de la sociedad colombiana un *modelo* de combinación de formas de exclusión social de base económica con dificultades de integración social y política a partir de un Estado, que fuera algo más que un sistema de relaciones y componendas entre los dos partidos tradicionalmente dominantes.

Sobre estos procesos, y algunos más que apuntan en la misma dirección, la moderna investigación histórica en Colombia ha llamado desde hace algunos años la atención, pero no estamos seguros que de ellos se hayan sacado todas las conclusiones que pueden extraerse respecto de los fenómenos de cristalización de una *memoria colectiva nacional* que sirva como referencia y punto de apoyo cada vez que las urgencias del presente vuelven a llevarnos a la pregunta sobre el destino de esta particular sociedad. Es a esto exactamente a lo que hacía referencia el Presidente Alfonso López Pumarejo, a mediados de los años 30s, cuando escribía:

Me he preguntado muchas veces si en esta centuria de vida republicana se ha detenido Colombia a interrogarse sobre su propio destino. ¿Sabe el país cuál es su orientación, hacia dónde se inclina el esfuerzo colectivo, qué nos proponemos como nación?

¹¹⁴ Sobre los sistemas de contrastes entre lo “formal” y lo “real” en Colombia, y más en general sobre la historia del liberalismo en el país cf. Marco Palacios, *Parábola del Liberalismo*. Bogotá, 1999.

El problema parece más agudo aún si se consideran algunos aspectos de lo que puede ser la relación que una sociedad como la nuestra ha mantenido, en este siglo particularmente, con el *tiempo histórico*, pues se trata a todas luces de una *relación fragmentada* que parece excluir toda lazo de continuidad y toda riqueza de matiz. A su manera la República Liberal en los años 30s se planteó como un comienzo absoluto. Los años posteriores a 1948 fueron efectivamente un corte histórico importante respecto de los logros de la República Liberal. El Frente Nacional, a principios de los años 60s, se planteó como una etapa de reconciliación y olvido, luego de más de una década de enfrentamientos políticos violentos, pero es posible que tan necesaria tarea haya tenido su aspecto negativo en la ausencia de un balance sobre los grandes responsables de la anterior tragedia y haya dado lugar en la memoria histórica a un proceso de represión de realidades que se creían superadas y que hoy hemos descubierto que nunca nos han abandonado.

Esa misma fragmentación del tiempo histórico, que no favorece la cristalización de ninguna memoria colectiva de largo aliento y con apoyos en la historia efectivamente vivida, la encontramos a principios de los años 90s, con el gobierno liberal de César Gaviria, quien rompe con toda referencia a los logros de la República Liberal de los años 30s, la que había sido una fuente enorme de recuerdos comunes para el electorado liberal en los treinta años anteriores, y cuya consigna de orden, “Bienvenidos al futuro”, se constituyó precisamente sobre la negación de toda referencia al pasado.

El mismo fenómeno puede haberse efectivamente presentado en 1991 en el momento de la Asamblea Nacional Constituyente que redactó una nueva Constitución para el país, sin encontrar ningún inconveniente en dejar fácilmente de lado los logros de la Constitución de 1886 y de la reforma constitucional de 1936, instalándose, imaginariamente desde luego, en un territorio de absoluta originalidad, lo que por lo demás impidió a los constituyentes, *y sobre todo a la sociedad*, una reflexión acerca de las condiciones que podrían hacer posible las altas metas del “nuevo” Estado que ahora se proponía y definía como “Estado social de derecho”, metas que iban siendo en el momento mismo contradichas una por una de manera sistemática por las acciones del Ejecutivo, lo que ha creado en Colombia un nuevo contraste y abismo entre su progresista, aunque farragosa, nueva Constitución, y las prácticas reales que lleva adelante un ejecutivo todopoderoso y sin mayores controles legislativos.

Esta fragmentación del tiempo histórico, esta percepción del tiempo como ajeno a toda continuidad y a todo lazo entre las generaciones, ha sido en el campo de la política una barrera más para la formación de una memoria colectiva menos unilateral, una memoria que no reconozca como su única tradición la violencia y un sistema electoral y de partidos completamente cerrado y amañado. Una memoria más atenta a los matices y a la riqueza de las tradiciones y las trayectorias, una memoria que se permita establecer balances, distinguir y separar sin colocar términos absolutos a las oposiciones que construye, en una palabra, una memoria que *dialectice*. Sólo una memoria de esta naturaleza libera a las sociedades de sus pasiones más destructivas y

de la vieja ilusión de los comienzos absolutos, de la oposición absoluta entre amigos y enemigos, del desprecio por el pasado como simple conjunto de errores.

Agobiada por las dificultades históricas de la conformación de una comunidad *política*, de una comunidad *social* y de una comunidad *cultural*, la sociedad colombiana debe enfrentar hoy en día la crisis de una forma de relación política que nunca logró construir del todo: el Estado-nación. Desde luego que no se trata de una crisis local y no es correcto extremar artificiosamente su particularidad. Pero la salida de la crisis exigirá, entre otras cosas, recrear la *memoria política*, volver de cerca sobre muchos acontecimientos del pasado para repensar el conjunto de nuestra evolución, para encontrar matices, para establecer diferencias. La manera como imaginemos el pasado será también un asunto importante para considerar nuestras posibilidades futuras.¹¹⁵

II.

Es por ello que quisiéramos en estas páginas examinar algunos aspectos de la Política Cultural de la República Liberal, es decir de los gobiernos liberales en Colombia de 1930 a 1946, recordando desde ahora que el rótulo de “República Liberal” utilizado de manera corriente por la historiografía nacional fue creación de los propios actores del proceso para denominar su proyecto, el que intentaron diferenciar claramente de aquellos de los gobiernos conservadores del anterior medio siglo de vida republicana, período al que en ocasiones llamaban “antiguo régimen” (o más sencillamente “régimen anterior”).

El objetivo de volver sobre el análisis de algunos elementos de esta política cultural, sobre la cual existen trabajos importantes y conocidos¹¹⁶, nos parece justificado en relación con el presente de la sociedad colombiana, y desde luego con el tema de este Simposio, pues la República Liberal, con cuyos objetivos se intenta establecer hoy una nueva discontinuidad histórica, fue un intento, tal vez el más importante a lo largo del siglo XX, de organización de un sistema estable de instituciones culturales de gran originalidad en su momento, que incluían el libro, los museos, las escuelas ambulantes, el radio y el cine, lo mismo que un proyecto de vinculación de un nuevo grupo de intelectuales a las tareas de la promoción cultural, bien fuera en las academias de alta cultura, bien fuera en los aspectos de divulgación y propaganda, siendo este último caso el que aquí nos proponemos considerar, pues es uno de los que mejor sirve para examinar lo que parece haber sido el primer esfuerzo real por democratizar el acceso a los bienes culturales en el país.

¹¹⁵ Sobre los problemas de la fragmentación del tiempo histórico y de sus relaciones con las formas históricas de memoria cf. Walter Benjamin, “Tesis sobre la filosofía de la historia”, en *Discursos Interrumpidos I.*, Madrid, Taurus, 1973.

¹¹⁶ En nuestra opinión el libro de Aline Helg, *Civiliser le peuple et former les élites. L'Éducation en Colombie, 1918-1957*. Paris, 1984, sigue siendo la mejor introducción al estudio de las reformas educativas y culturales de la República Liberal.

Sin embargo no intentaremos aquí un balance general de la política cultural de la República Liberal -menos aun de su política escolar en sentido estricto-, si no que nos fijaremos más bien en su *política cultural de masas*, a través de la consideración de un sólo punto en particular: la creación y los años iniciales de funcionamiento de la Radio Nacional (la *Radiodifusora Nacional de Colombia*), uno de sus instrumentos de “propaganda cultural” amplia, al lado del cine, el libro, los museos, las exposiciones de arte y las conferencias, las campañas de higiene, y las brigadas de escuelas ambulantes que tenían bajo su responsabilidad las campañas de desanalfabetización.

El trabajo adelantado por la Radiodifusora Nacional a principios de los años 40s nos parece un buen lugar de observación para reflexionar acerca de la relación entre el Estado, los procesos de formación de la Nación, y las formas de identidad colectiva, lo mismo que sobre las posibilidades y límites del dirigismo cultural. Hablando de la Radio Nacional estaremos fijando también nuestra atención en un medio de comunicación que es extraordinariamente popular en Colombia y que, a partir de los años 50s y bajo el dominio de la empresa privada, ha sido uno de los más poderosos medios de formación de identidades y de construcción de memorias colectivas. En todo caso un medio de difusión que tempranamente superó en influencia social a la escuela formal y al libro, máxime si se tiene en cuenta las grandes zonas de analfabetismo funcional que son características del país.

Pero sobre todo, y tal vez sea lo más importante, lo que resultó distintivo del proyecto cultural de los gobiernos liberales de ese período fue el intento relacionado con la construcción de la Nación, a través de un esfuerzo de vinculación de las mayorías populares con las formas mínimas de cultura intelectual y de civilización material, las que se consideraban requisito básico para la participación política y la integración nacional. Es esto lo que expresaba de manera clara en 1940, Darío Achury Valenzuela, quien por muchos años se desempeñó como director de Extensión Cultural, una dependencia del Ministerio de Educación Nacional que llevó el peso mayor de la política cultural de masas del liberalismo:

*Sus diversas actividades [de la Sección de Extensión Cultural] convergen a un fin esencial: encauzar y concertar las varias manifestaciones de la cultura nacional en beneficio del pueblo, entendiéndose por cultura, no la adquisición de conocimientos decorativos y vagamente educativos, sino un repertorio de convicciones que rigen realmente la existencia de un pueblo.*¹¹⁷

Se trató pues de un proyecto cultural que, tal vez más que cualquier otro en el pasado reciente, recreó los temas de la identidad nacional y de la memoria colectiva, y buscó -con resultados que están por evaluarse- *sintonizar a los colombianos en un mismo tiempo histórico*, o dicho de otra manera, en un *tiempo homogéneo*, lo que siempre resulta esencial cuando se plantea el

¹¹⁷ Ministerio de Educación Nacional. *La Obra Educativa del Gobierno*, T. III. Bogotá, Imprenta Nacional, 1940, p. 9

problema de la “unidad nacional”, la que jamás resulta como producto directo de las conexiones a que da lugar la ampliación de la esfera del mercado.

Aunque el lugar de observación pueda parecer excesivamente puntual y los años considerados (1930-1946) un período demasiado corto, desde el punto de vista de nuestro objetivo esto parece justificado, pues lo único que queremos poner de presente es la forma como en el uso del dispositivo “radio” se encontraba presente una idea de nación, de identidad colectiva, de interés general y público -una especie en extinción en Colombia-, y ello dentro de criterios de libertad informativa y de libertad de creación intelectual que aun hoy pueden sorprendernos.¹¹⁸

Estas observaciones pueden servirnos también, eso esperamos, para considerar el tema que habitualmente se menciona de los peligros de la intervención del Estado en los terrenos de la cultura, intervención de la que se dice, a la luz sobre todo de la experiencia comunista, que significa siempre, sin alternativas posibles, una confiscación del papel crítico de los intelectuales que se vinculan al proyecto cultural de un Gobierno. Como se dice también que todo intento de organización de un sistema de instituciones culturales a partir del Estado quiere decir cultura dirigida hacia las metas de un régimen determinado.

Sobre estos peligros ha sido particularmente insistente, en América latina y en Europa, el escritor Mario Vargas Llosa, quien parece haber sacado todas las conclusiones posibles de la *ideología del mercado en el campo de la cultura* (a pesar de que en su carrera de escritor haya disfrutado de importantes mecenazgos culturales) y quien asimila la *acción cultural estatal*, en cualquier tiempo y lugar, con totalitarismo y amenaza a la libre creación intelectual, y desde luego con imposición de verdades oficiales que se intentará convertir en la memoria oficial de la sociedad. Así pues la acción cultural del Estado conduciría a la anulación de toda forma de identidad colectiva que no sea la estatal, y aún a la represión organizada de viejas formas de memoria que recrean el presente a partir de ficciones distintas a las del Estado, proceso que aparece tan bien descrito en las primeras novelas del gran escritor europeo Milan Kundera.

Este problema de los apoyos estatales a la creación y sostenimiento de un sistema estable de instituciones culturales tiene particular interés en sociedades con “formaciones culturales débiles, reducidas, recientes, muy locales y hasta provincianas”¹¹⁹, como es el caso colombiano, en las

¹¹⁸ Para acentuar el objetivo de este trabajo, que se limita a la evaluación de un programa y de una política, hemos concentrado lo esencial de nuestras referencias en las Memorias de los Ministros de educación del período que analizamos.

¹¹⁹ Cf. Gonzalo Sánchez, “Intelectuales, poder y cultura nacional”, en *Análisis Político* (Bogotá, IEPRI, Universidad Nacional), No 34, pp. 115-138. La *Revista de las Indias*, No 27, marzo de 1941, celebrando la iniciativa de organización de un concurso para autores de teatro por parte de la Radio Nacional escribía: “La producción intelectual colombiana se resiente, ante todo, de carencia de medios adecuados para expresarse, para salir a la luz pública, para penetrar hasta la masa. No existen las empresas editoriales que se lancen a la

cuales la débil conformación del *campo intelectual* es subsidiaria de la inexistencia de un sistema fuerte de instituciones culturales (públicas y privadas) que encuentren en el Estado una palanca de apoyo que asegure su vitalidad y permanencia, tal como sucedió en otras sociedades de la región. En este tipo de formaciones “culturales débiles”, el problema de la autonomía de los intelectuales, como exponentes del pensamiento crítico -en los casos en que ellos lo son- y de sus relaciones con el Estado parece plantearse de manera difícil, pues casi siempre su vinculación a tareas culturales de orden estatal parecería condenarlos a su propia desintegración como intelectuales, refundidos en el mundo de la política o aun en la simple actividad burocrática, lo que ha sido una constante en el país en este siglo.

III.

Con anterioridad a su llegada al Gobierno en 1930, los políticos e intelectuales liberales representantes de una nueva generación intelectual en Colombia se habían propuesto como una de sus metas la transformación social y espiritual del país, acudiendo a una definición de “país” que por primera vez incluía de manera nítida al “pueblo” como agente activo del proceso de cambio, aunque ciertos rasgos paternalistas, que son una negación de la ciudadanía moderna, nunca hubieran desaparecido de su retórica. A finales de los años 20s Alfonso López Pumarejo sintetizaba su percepción de la situación de Colombia con la expresión “quiebra del criterio nacional”, lo que para él quería decir que las formas tradicionales de conducir la sociedad se encontraban en crisis, y que en una sociedad que empezaba a superar el lastre histórico del déficit fiscal se hacían posibles nuevas orientaciones respecto de la actividad económica y la distribución de la riqueza, orientaciones que tenían como una de sus condiciones la transformación espiritual de las grandes mayorías de la sociedad.¹²⁰

Desde este punto de vista, hablando en sentido estricto, el liberalismo colombiano no innovaba respecto de sus congéneres del siglo XIX, quienes también colocaban la *educación de las masas* en el centro de sus preocupaciones políticas, haciéndose eco de uno de los componentes más conocidos del liberalismo colombiano, el componente *Ilustrado*, herencia de los Borbones de finales del siglo XVIII. Pero entre, por ejemplo, los liberales de 1870 -época dorada de los proyectos educativos populares en el siglo XIX- y aquellos que vuelven al Gobierno sesenta años

aventura de “crear” un prestigio nuevo, de descubrir un novelista, un poeta un comediógrafo. Todo el mundo intelectual colombiano gira sobre la iniciativa personal”. En la misma época Herniado Telliz sostenía respecto del mismo problema un criterio opuesto, pues pensaba que la sola calidad de la obra era suficiente para garantizar un mercado y un prestigio que permitieran una condición de vida decorosa. El caso es que Téllez compartió su vida de escritor, y de grandes calidades, con un empleo en la empresa privada. Para sus textos con respecto al problema de los “mecenazgos” cf. Hernando Téllez, *Textos no recogidos en libro*. Bogotá, 1979.

¹²⁰ Cf. Alfonso López Pumarejo, “La quiebra del criterio nacional”, en *Universidad*, No 35, junio, 1927. *Universidad*, en realidad una “frágil hojita”, animada por Germán Arciniegas, resultó una publicación importante como lugar de elaboración intelectual previa de los principales puntos de reforma que intentarían años después los liberales en el poder. *Universidad* convence del carácter colectivo de esa elaboración, adelantada desde los años finales de la década del 20 y en un círculo intelectual bien definido.

después, las diferencias eran grandes, tanto en relación con los medios disponibles para extender la cultura y la instrucción popular, como en relación con la definición que se hacía de cultura y educación, hecho al que los liberales de los años 30s y 40s sumaron una decisión firme de aplicar su ideario educativo y su programa de reforma cultural, lo que además se vio favorecido en algunos años por el crecimiento del gasto público en educación.

En cuanto a la nueva definición de cultura hay que decir, en relación con lo que aquí nos interesa, que el elemento más original de ese proceso de redefinición fue el de asignarle a la cultura un carácter “social”, repitiendo aquí el elemento de definición que se había asignado a la propiedad privada, de la que se decía que cumplía una “función social”, tal como llegó a quedar consignado en la reforma constitucional de 1936. “Social”, que como se sabe es un “significado flotante” de muy difícil definición en las Ciencias Sociales, fue para los liberales de los años 30s tanto una consigna que servía para movilizar a sus fieles, como un vocablo que servía para caracterizar su orientación política popular, por oposición a los conservadores quienes, según el planteamiento liberal, habrían ejecutado una política de élites y minorías que dejaba de lado toda urgencia y necesidad de las mayorías.

En el campo de la cultura, “social” quería decir con toda precisión que se consideraba la cultura como una fuerza “activa”, y que en la educación popular se encontraba una condición del despegue económico, pues el “iletrismo” era una fuerza que ataba la economía a muy bajos niveles de productividad, y la garantía de que, sobre todo en el campo, los derechos laborales mínimos fueran desconocidos y la participación en la vida democrática fuera un imposible. “Social” aplicado a la cultura quería también decir derecho a la participación y al disfrute de los bienes culturales mínimos, para lo cual el Estado debería garantizar las condiciones que hacían posible la extensión de la cultura a la mayoría de la población, idea que logra su primera expresión concreta a principios de los años 30s, cuando comienzan las primeras reformas de la División de Bellas Artes del Ministerio de Educación Nacional.¹²¹

Los liberales fueron explícitos y prolíficos hablando de esta definición “social” de la cultura, y la formulación del problema se encuentra siempre en los Informes al Congreso de la República de los ministros de Educación, como es conocido. Sin embargo se ha resaltado mucho menos el hecho de que muchos de esos textos habían aparecido previamente, o aparecerían luego, en las publicaciones más destacadas del período, y de manera particular en la *Revista de las Indias*, una publicación que era al tiempo órgano oficial del Ministerio de Educación Nacional y espacio de reunión de la intelectualidad, nueva y modernizante, que acompañó a la República Liberal en

¹²¹ Cf. *Memoria del Ministerio de Educación Nacional al Congreso de la República de 1931*, (en adelante *Memoria...*). Tomo 1. Bogotá, Imprenta Nacional, 1931. Ahí pueden leerse ya las primeras definiciones de una perspectiva “nacionalista”, los primeros intentos de reforma de la enseñanza de la historia y la geografía, y el decreto de creación del Museo Nacional de Arqueología y Etnología. Cf. en especial la Circular No 1, pp. 67-70, para autoridades civiles y educadores, respecto de las celebraciones que deberían adelantarse con motivo del Centenario de la muerte de Simón Bolívar.

su programa cultural, lo que muestra el altísimo grado de integración que se había producido entre una nueva generación intelectual y el liberalismo, al punto que se puede decir que rara vez en otras fases de la historia nacional se había producido un grado tan grande acercamiento entre los hombres de la pluma y los hombres de acción, con todas las virtudes y los inconvenientes que una situación de esta naturaleza pueda generar.

Un texto de Luis López de Mesa siendo ministro de Educación encargado en 1941, resume bien la perspectiva que se encontraba presente en la definición “social” de la cultura, aunque desde luego afirmaciones similares se encuentran en otros escritores y ensayistas liberales desde mediados de los años 20s. El ministro López de Mesa, en una circular para los principales responsables educativos del país indicaba que, a la triada tradicional que acuñó la Revolución Francesa, igualdad, fraternidad, libertad, la cultura contemporánea oponía “la equidad, que es mejor que una igualdad inerte; la cooperación, que vale más que una fraternidad abstracta, y el estímulo social de las libertades individuales, que supera con mucho la libertad de los textos, sin objetivo o sin medios adecuados de operación”.¹²²

La cultura era pues un elemento “social” y la educación no era un problema que pudiera restringirse a la escuela -como institución formal-, sobre todo en razón de las elevadas tasas de analfabetismo que se encontraban dentro de una población adulta, a la que era utópico tratar de conducir a los bancos de la escuela formal. Por eso desde el principio se pensó en que el ideal de extender la cultura debería necesariamente apoyarse en recursos de la técnica moderna como lo eran, y continúan siendo, el *cinematógrafo* y la *radiodifusión*. Como lo escribía el ministro López de Mesa en 1935, explicando sus ideas acerca de la difusión cultural, el cine y la radio “son dos recursos educativos que han aparecido en los últimos tiempos, de tan extraordinaria potencia que amenazan con desalojar muchos de los métodos clásicos [de enseñanza], agregando a continuación, con cierto tono de urgencia: “Hay que entender, y entender a prisa, el tesoro de oportunidades de feliz aprovechamiento que estas novedades han puesto en nuestras manos”.¹²³

Desde luego que ninguno de los medios de educación conocidos se desdeñaba, pero se comprendía bien que la extensión de la cultura en sociedades con grandes zonas de analfabetismo y con desigualdades muy grandes en los niveles de instrucción deben echar mano de medios que se apoyen en las *modernas técnicas de reproducción* del sonido y de la imagen, si se quiere de veras disminuir las distancias culturales entre los grupos sociales, lo mismo que entre las diversas regiones.¹²⁴

¹²² Cf. Luis López de Mesa, *Circular sobre la ampliación social de los medios de cultura. 1941*. En Biblioteca Luis Angel Arango, Fondo Ministerios varios, Carpeta 21, ff. 331-339.

¹²³ Luis López de Mesa, *Memoria... 1935*, p. 75.

¹²⁴ “Pero como nuestro pueblo es analfabeto... desde hace mucho tiempo he venido sosteniendo la necesidad de suministrar a la Biblioteca Nacional para su campaña de cultura popular las muletas de la radio”, se

Hay que precisar, desde luego, que el interés de los liberales por los medios modernos de reproducción no expresaba una posición ingenua o alelada frente a las grandes innovaciones técnicas con que se iniciaba el siglo XX. Digamos más bien que se intentaba utilizar tales novedades en dirección de los propios objetivos del programa de reforma cultural, y entre ellos en primer lugar el objetivo de la integración nacional en la vía de poder constituir una Nación, lo que significaba lograr algún grado de homogeneidad social y coherencia intelectual entre la mayoría de su población. Julio Carrizosa, quien era ministro de Educación en 1932, dejaba en claro el sentido y la dirección del uso de los medios masivos de comunicación bajo la República Liberal, cuando escribía, refiriéndose a los usos iniciales que se empezaba a hacer de la radio, que “Por medio de la radiodifusora, puesta ya al servicio de la propaganda cultural que queremos llevar hasta los más distantes rincones del país, prolongaremos el contacto espiritual con los que aquí nos acompañan y con todos los que vayan congregándose por un mismo espíritu en torno de ellos”.¹²⁵

Es el mismo objetivo que, tres años después, en 1935-36, se daría al Proyecto de *Cultura Aldeana*, el primer gran esfuerzo liberal por extender las formas mínimas de la cultura intelectual a la sociedad campesina, del que se esperaba no solamente que produjera mejoras en el nivel de vida, en los niveles de lectura, en la aplicación de elementales conocimientos técnicos a las actividades prácticas, sino ante todo que produjera “nación y comunidad”, tanto en el sentido de relaciones de más alta integración entre el Gobierno y el pueblo, como en el sentido de coherencia y homogeneidad en cuanto a las formas de vida social. Es a ello a lo que se refería el Presidente López Pumarejo cuando reclamaba del proyecto de Cultura Aldeana “establecer una conexión inteligente entre las obligaciones del Estado y las exigencias del pueblo al Gobierno”¹²⁶; propósito que era repetido en la Memoria del ministro López de Mesa en 1935, cuando escribía que era objetivo de la Comisión Nacional de Cultura Aldeana poner “en inmediata comunicación a la Administración Pública con las necesidades, los sentimientos, las opiniones del pueblo proletario, de aquel que carece precisamente de órganos de expresión”. Pero, como lo dirá en otra parte de su Memoria, la importancia de recrear las formas tradicionales de relación entre dirigentes y dirigidos apuntaba a un punto preciso: “la creación de un nuevo nexo sentimental y espiritual” que produjera comunidad, que sintonizara a individuos aislados, que no están físicamente en contacto, en una misma dimensión espiritual y afectiva, en un tiempo homogéneo, a todos esos individuos con su Gobierno, como cabeza de la sociedad.

consigna en la *Memoria... 1938*, pp. 166-177. El texto fundacional del análisis moderno de las relaciones entre cultura y sociedad en la época de los modernos medios de reproducción del sonido y de la imágenes, como se sabe, es el de Walter Benjamin, “La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica”. Cf. *Discursos interrumpidos*, op. cit., pp. 17-57. Un breve y preciso comentario que muestra la importancia del planteamiento de Benjamin, a la luz de nuestro presente, es el de Roger Chartier, “De la reproducción mecánica a la reproducción electrónica”, en *Pluma de Ganso, Libro de Letras, Ojo Viajero*, México, Universidad Iberoamericana, 1997.

¹²⁵ *Memoria... 1932*, p. 13.

¹²⁶ Alfonso López Pumarejo, *Mensajes presidenciales, 1934-1938*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1939, p. 81.

A la nueva definición de cultura y a su inclinación por el uso de los medios modernos de comunicación como instrumento esencial de su política cultural de masas¹²⁷, el liberalismo en el Gobierno sumó la idea de *intervención estatal en el campo de la cultura y de la educación*, una idea que no podía más que despertar las furias del partido conservador y de la Iglesia, quienes por largo tiempo habían ejercido un control casi que monopolístico de las principales instituciones de formación cultural y del propio Ministerio de Educación Nacional, pero quienes sobre todo habían impuesto al conjunto de la sociedad su propia representación de la cultura y del acceso a los bienes culturales, representación que contenía en su núcleo la idea de *desigualdad natural* en la distribución de los productos de la cultura, frente a lo cual los liberales oponían la fórmula sencilla de “hacer de la cultura un bien asequible a la comunidad colombiana”.

Aunque sobre este punto de la intervención del Estado en la cultura tendremos ocasión de volver, podemos desde ahora llamar la atención sobre la centralidad que en su programa de Gobierno el liberalismo otorgaba a la *acción cultural y educativa del Estado* como formadora de una nueva perspectiva cultural, y la conciencia que existía en sus principales ideólogos culturales y en quienes ocuparon la cartera de Educación de que se estaba transitando por un camino que tenía pocos antecedentes prácticos en el país en el tramo de vida republicana, a pesar de que desde hace tiempo se había establecido constitucionalmente que el Gobierno central sería el supremo encargado de la vigilancia e inspección del sistema educativo.

El primer paso en esa dirección fue el intento de reorientación del Ministerio de Educación Nacional, del cual se decía que se encontraba dominado “por el mismo espíritu de partido que en cincuenta años de hegemonía descuidó sistemáticamente su obligación de educar e instruir al pueblo” y que ahora aparecía definido como “instrumento cultural de la República”, y el reemplazo de buena parte de sus cuadros directivos por ideólogos liberales de la educación y por jóvenes de formación pedagógica reciente que habían recibido la influencia de las nuevas corrientes del pensamiento educativo que en Europa estaban transformando la enseñanza.¹²⁸

Se procedió también a presentar al Congreso de la República los proyectos de reforma escolar, en sentido estricto; de presupuesto educativo, que en opinión del Gobierno debería ser cuando menos el 15% del presupuesto general de la nación, lo que constituía una verdadera novedad; y se logró la aprobación del primer gran proyecto de difusión cultural para el campo, bajo el nombre de *Cultura Aldeana*, al tiempo que se fortalecía la Sección de Cultura popular del Ministerio de Educación¹²⁹ y se trataba de despertar “el interés público por la educación, que

¹²⁷ Lo que se encontraba consignado en los propios textos de leyes y decretos expedidos. Así por ejemplo en el Artículo 2 del decreto sobre Cultura Aldeana. “El Gobierno procederá a organizar por medio del Ministerio de Educación Nacional la campaña de cultura aldeana y rural, mediante los elementos educativos modernos de la radiodifusión, el cinematógrafo, las bibliotecas...”. *República de Colombia. Leyes expedidas por el Congreso Nacional, 1934-1935*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1936, p. 28.

¹²⁸ Cf. A. López Pumarejo, *Mensajes presidenciales...*, p. 76, y L. López de Mesa, *Memoria...* 1935, p. 207.

¹²⁹ El ministro Darío Echandía escribía en 1936 que “una de las actividades predilectas del Ministerio a mi cargo es la que hace referencia a la cultura popular, la que se propone como objetivo final ofrecer a las masas

parecía relegada a puesto secundario en las preocupaciones nacionales”, siempre bajo la idea de una decidida intervención del Estado en el campo de la cultura. Como escribía el ministro de Educación Darío Echandía, hablando de los proyectos de extensión cultural, “en modo alguno ha querido el actual Gobierno limitar su ambición de intervenir en la vida cultural”, agregando que, “contrariando situaciones al parecer inmodificables, ha entrado a participar, y en cierto modo a dirigir, varios y extensos sectores de nuestra vida artística e intelectual”.¹³⁰

Esta decisión se hizo patente en un punto muy sensible del debate cultural, como era el relacionado con los textos escolares, pues en opinión del ministro Echandía era imposible, por su baja calidad y por su parcialidad, recomendar cualquier texto de historia o geografía de los existentes, por lo cual su despacho tomaba el camino, “para hacer más efectiva la intervención del Estado en la enseñanza”, de convertir los programas oficiales de los cursos en “auténticas guías científicas” para los maestros en las aulas. Pero el ministro iba más allá, y agregaba a continuación que para la elaboración de los nuevos textos oficiales de enseñanza se había llamado

*a un distinguido grupo de intelectuales y hombres de ciencia, en solicitud de que elaboren para el Gobierno los textos de que carecemos, mediante contratos que... estimulan la producción [científica] e incorporan al plan [cultural] a una serie de valores culturales que permanecían ajenos, si no indiferentes, a la labor gubernamental,*¹³¹

hecho que no dejó de suscitar airadas reacciones en la prensa, en la Iglesia, entre los educadores conservadores y en el Congreso de la República, a pesar de que manera práctica el proyecto no llegó tan lejos como deseaban los liberales.

El “dirigismo cultural” argumentado por el ministro Echandía, que se encontraba muy a tono con el planteamiento general que los liberales de ese período hacían respecto de la intervención del Estado en la sociedad, resulta ser una expresión clara, aunque de mayor alcance, de lo que Gerardo Molina en *Las Ideas Liberales en Colombia* llamó la “vocación docente del liberalismo”, vocación que tenía claros antecedentes desde el siglo anterior y que aparece de nuevo formulada con exactitud en los primeros mensajes presidenciales de López Pumarejo al Congreso, mensajes en los que hablaba repetidamente de la decisión del nuevo Gobierno liberal “de crearle un ambiente popular a la necesidad de transformar la educación en el primer deber del

obreros y campesinas, toda suerte de facilidades para el mejoramiento espiritual y económico de su vida”, agregando que los instrumentos de la campaña eran “las guerrillas de maestros ambulantes, las escuelas nocturnas, las bibliotecas aldeanas, la radiodifusora nacional y el cine educativo”. Cf. *Memoria... 1936*, p. 58.

¹³⁰ *Memoria... 1936*, p. 77.

¹³¹ Idem, p. 86. En el caso de la enseñanza de la “historia patria” la observación iba directamente contra el Manual de historia de Colombia de Henao y Arrubla, que en 1910 había sido declarado como el texto oficial para la enseñanza en el país (de hecho fue el texto dominante en las escuelas y colegios en Colombia hasta hace menos de 25 años).

Estado”, aunque los frutos de la reforma cultural no fueran inmediatos y el liberalismo no fuera “a ganar elecciones con aulas”. Se trataba, como aclaraba el Presidente López Pumarejo, “de crear una nueva época en las preocupaciones nacionales”, de tal manera que si “dentro de 20 años se comienza a sentir la influencia de un lento proceso de habilitación [cultural] de las masas” para las nuevas exigencias de la sociedad, “se habrán echado raíces tan profundas en la historia que no será vano ninguno de los esfuerzos que [el liberalismo] se impuso en los campos de batalla o en las luchas civiles”. López Pumarejo escribía, como resumen de la actitud decidida del liberalismo de impulsar la educación y la cultura populares, bajo la orientación del Estado, que:

*Os confieso que no me mortificaría que se ahondara la diferencia entre los partidos, si ello diera lugar al pueblo para reclamar rencorosamente contra el abandono de la instrucción, planteando al Gobierno con rigor y dureza la obligación de redimirlo de su ignorancia, a costa de cualquier sacrificio.*¹³²

IV.

Aunque la Radiodifusora Nacional de Colombia fue oficialmente inaugurada el primero de febrero de 1940 por el Presidente Eduardo Santos, sus antecedentes remontan atrás, al momento del conflicto limítrofe colombo-peruano, momento en que se creyó necesario informar al extranjero acerca de lo que Colombia consideraba sus derechos. Pero la HJN, que era el nombre de la estación de radio de la cual se partió, sirvió además para comunicar órdenes militares y para informar a la opinión nacional acerca del desarrollo del conflicto, y poco tiempo después fue entregada para su manejo a la Biblioteca Nacional, cuyo director pensaba que ese era el mejor medio para “irradiar cultura desde Bogotá sobre las aldeas”.¹³³

Concluido el conflicto colombo-peruano el Gobierno quedó en disposición de un medio de comunicación que se encontraba desde el principio incluido en su proyecto cultural, lo que de inmediato ocasionó roces con quienes venían adelantando esfuerzos para desarrollar empresas privadas de radiodifusión, y un intenso debate periodístico y parlamentario en torno de la radiodifusión, lo que fue ocasión propicia para que los ministros liberales de educación expresaran su pensamiento al respecto, ya que se trataba de hacer de la radio un medio de comunicación oficial, una institución de educación popular -dotando a cada escuela pública de una radiorreceptor, y un instrumento de integración nacional.

En los debates parlamentarios de 1935 el Ministro López de Mesa arremetió contra las estaciones privadas de radio, a las que acusó de ser vehículo de “necedades y de basura verbal”,

¹³² *Mensajes Presidenciales 1934-1938...*, ppdo. 77-79.

¹³³ Cf. *Memoria... 1938*, p. 151. Para los aspectos centrales de la difusión de la radio en Colombia, aspecto que nosotros no tratamos, una crónica de gran utilidad es la de Hernando Tellez Benítez, *Cincuenta años de radiodifusión en Colombia*. Medallón, 1974. Puede verse igualmente, aunque con menos riqueza de información, Reynaldo Pareja, *Historia de la radio en Colombia*. Bogotá, 1984. Supremamente interesante para conocer los orígenes de la radio en Colombia y su funcionamiento en la década del 30 resulta ser el pequeño boletín *Radio. Organo de la Liga Colombiana de Radioaficionados*.

medio de difusión desperdiciado en “interminables jeringonzas, en machacar música de bodegón” (y) en anunciar chismes de almoneda”. Según López de Mesa, aún este maltrato del lenguaje y de la música sería disculpable, si no se le uniera lo que se llamaba entonces “conferencias”, las que el definía como “larguísimos discursos en que hombres de la más desemejante y hasta contradictoria ideología... asestan a la cabeza del pueblo... todos los golpes de su fantasía desbordada”, aunque es de reconocer que desde la distancia y carentes de archivos sonoros nosotros no tenemos como comprobar la justeza de sus acusaciones o la estrechez de sus criterios.¹³⁴ Lo cierto es que el Ministro no dejaba de reclamar que la radio fuera considerada como un *servicio de Estado*, “pues una arma de esta eficacia... no puede dejarse al azar de las conveniencias comerciales. López de Mesa deseaba que se impusiera a cada estación privada de radio, por mandato de ley, un mínimo de programación cultural, dentro de lo que el llamaba los criterios “de amenidad, brevedad y sencillez” y reclamaba del Congreso una pronta legislación con relación al radio y al cine, “dos estupendas creaciones de la técnica y del arte”, para evitar que el “mercader y el demagogo” se hicieran amos absolutos de esos medios, aunque lo enfático de sus palabras puede hacer perder de vista que se trataba de una radiodifusión incipiente y de un cine muy en sus comienzos.¹³⁵ Pero sus palabras son importantes porque a través de ellas el Ministro va perfilando la idea básica de divulgación cultural que animaría en el futuro próximo la creación de la Radiodifusora Nacional de Colombia, idea que el expresaba con su fórmula habitual de procurar “un acercamiento espiritual, sentimental y cultural” entre el país, su capital y sus regiones.¹³⁶

El ministro de Educación siguiente, Darío Echandía, enfrentó en 1936 en términos similares los debates parlamentarios que le correspondieron en el momento de someter el programa cultural liberal al Congreso, y reiteró los ataques contra la radio privada, de la que decía que por falta de “control previo” desvirtuaba las potencias del medio, acudiendo al cultivo de los más elementales y menos elaborados sentimientos populares, con lo cual se ponía en peligro la labor cultural

¹³⁴ La difusión de radiorreceptores parece no ser aun muy grande en ese año, pero su capacidad de multiplicar las transmisiones sí, ya que, como lo hace notar López de Mesa, en ocasiones los radios eran conectados a “altoparlantes” para difusión masiva. De acuerdo con los datos de Reynaldo Pareja en *Historia de la Radio en Colombia*, op. cit., p. 21, no había en Colombia muchos aparatos de radio a principios de los años 30s. Pareja informa que para 1932, según cálculos optimistas, había en Colombia cinco mil aparatos para una población de más de ocho millones, y que un radio podría costar alrededor de 80 pesos, en el momento en que un salario campesino era de 20 centavos y un salario urbano básico de un peso.

¹³⁵ Sobre el crecimiento de la radiodifusión en los años 30s cf. Reynaldo Pareja, *Historia de la radio en Colombia*, op. cit., pp. 31-32, y *Radio*, No 5, marzo de 1934, en donde se incluye un directorio de las emisoras existentes en el país. Lo claro es que las principales ciudades del país disponían por lo menos de una emisora. Sobre el cine, del que aquí no nos ocupamos, baste decir que se le asignaba los mismos fines educativos, nacionalistas y de conocimiento del país para las mayorías populares, que distinguen el proyecto cultural del liberalismo. “Cuando el Ministerio disponga de esa colección de películas podrá hacerse en las escuelas una demostración objetiva de lo que es la patria colombiana, de las costumbres de sus pobladores, de los aspectos económicos y geográficos, en fin, de todos aquellos factores de la nacionalidad que presentados a los ojos de los niños en las escuelas y del público en los teatros culturales, constituirán una útil enseñanza”. *Memoria... 1938*, p. 61.

¹³⁶ *Memoria... 1935*, p. 80.

emprendida por el Gobierno. Darío Echandía volvía a recordar que en la campaña cultural del Gobierno la radio y el cine ocupaban un primer plano, y que la radio era el instrumento central para establecer en el país por primera vez “una auténtica universidad popular a cuya enseñanza se acoja la totalidad de la población colombiana...”, y recordaba a los parlamentarios que en una buena cantidad de países la radio era considerada de “interés nacional y finalidad educativa”, pudiendo el Estado “reservarse para sí su monopolio en unos casos... y su dirección y control en otros”.¹³⁷

De la misma manera que su antecesor, Echandía iba bosquejando en medio de su crítica el modelo de radio cultural y educativa que el Gobierno liberal se proponía, dentro del que incluía el fomento del espíritu nacionalista, la vinculación entre las regiones, el servicio a la industria y a la agricultura, la información veraz sobre el movimiento de precios, y la educación de la mujer, del niño, el estudiante, del maestro y del campesino, que era lo que el llamaba “la universidad del aire”. Pero Echandía afirmaba sobre todo que, sin definir normas claras acerca de “los límites de la radiodifusión privada” y mientras no se reconociera oficialmente que la radio era por esencia un servicio educativo, y que “como tal debe desarrollarse bajo la inspección directa del Gobierno”, era muy poco lo que podría avanzarse en la reforma cultural, razón por la cual el Gobierno había demorado la entrega de los radorreceptores a las escuelas públicas, pues “en las actuales circunstancias no tendría [esa entrega] resultado distinto al de inquietar a todos los municipios del país con la desatada propaganda política de ciertas estaciones”, lo que además contribuía a mantener “la cultura del pueblo en el nivel indeseable que las radiodifusoras particulares parecen haber hallado aceptable”.¹³⁸

La situación resultaba ser que, para 1936, la vieja HJN, que se encontraba en los orígenes de lo que llegaría a ser la Radio Nacional, venía funcionando de manera normal y continua, con cerca de ocho horas de transmisión diaria, con música de diversos géneros, noticias científicas, informaciones de carácter general “y un noticiero político en que se dan informes generales sobre las medidas tomadas por el Gobierno y sobre sus diversas actividades”.¹³⁹ Y en 1938 la Memoria

¹³⁷ *Memoria... 1936*, p. 56. Sobre la reacción unánime, pública y beligerante de los empresarios de la radio contra los proyectos de “estatización” que se proponía cf. Hernando Téllez Benítez, *Cincuenta años de radiodifusión en Colombia*, op. cit., p. 37.

¹³⁸ *Idem*, p. 57. En realidad, como se lo hizo ver la liga de Radioaficionados de Colombia, el Gobierno no conocía en ese momento todas las implicaciones técnicas de la instalación de la radio y no disponía siquiera de las conexiones suficientes en el extranjero para la compra de los receptores. La Liga, una organización de radioaficionados de clase media urbana, con la presencia de algunos extranjeros entre sus miembros, al parecer muy influida por la radiodifusión francesa y con una gran disposición para colaborar, había redactado un Memorandum para el gobierno, y había sido pionera en la redacción de un proyecto de ley para la regulación de la radio privada. Cf. *Radio* No 12, diciembre de 1934.

¹³⁹ Cf. *Memoria... 1936*, Tomo II, Apéndice, p. 17. En su defensa de la actividad radial, la Liga Colombiana de Radioaficionados había citado las palabras del Presidente López Pumarejo, anteriores a su posesión, en las cuales elogiaba la radio, precisamente como una posibilidad de comunicación política. López Pumarejo había escrito: “El radio, que habrá de llevar durante la próxima administración ejecutiva a cada uno de los municipios de la República, noticias fieles de los asuntos que embarguen la atención oficial, facilitará la circulación de ideas e incitará constantemente al pensamiento popular a que tome parte activa en el examen de los problemas de mayor volumen”. *Radio*, No 5, marzo, 1934.

del Ministro de Educación consignaba que en los catorce meses anteriores se habían dictado 300 conferencias de historia nacional, “referentes a los hechos interesantes de la República”, 345 acerca de temas educativos, 178 de divulgación literaria y 75 de agricultura y ganadería, agregando con cierto tono que hoy llamaríamos populista, que en el archivo de la emisora se encontraban más doscientas cartas “escritas sin ortografía y con letra torcida, que por estas razones son las más interesantes, y en las cuales se solicitaban ampliaciones sobre puntos tocados en las conferencias”.¹⁴⁰

A mediados de 1939 la Radiodifusora Nacional se encontraba lista para entrar oficialmente en actividad, según informaba el Ministro de Educación. Se disponía de un edificio nuevo, de un equipo técnico que aseguraba un amplio cubrimiento y de un presupuesto moderado pero que permitía funcionar, por lo cual el ministro consideraba que se estaba a punto de disponer en términos estrictos de “un poderoso medio de propaganda cultural”.¹⁴¹ A partir de febrero de 1940, momento de su inauguración oficial, y hasta 1948, la Radio Nacional conocería la que puede ser llamada su “época de oro”, tanto desde el punto de vista de su influencia social, de su capacidad técnica y de su nómina de colaboradores, como en relación con un conjunto de definiciones programáticas que materializaban no solo el programa cultural del liberalismo desde finales de los años 20s, sino nuevas definiciones que planteaban de una manera original la relación entre exigencia de calidad y divulgación popular, y entre una radio de carácter oficial, la autonomía de los creadores intelectuales y la intención de una información política veraz.¹⁴²

En relación con el último punto mencionado puede recordarse que la Radio Nacional se definía de manera oficial como una “institución pura y ampliamente nacional”, como un medio de difusión de la actualidad nacional e internacional y como “una cátedra viva y animada que sirva de medio de comunicación entre el Estado y el pueblo”, repitiendo con el último punto un propósito enunciado por López Pumarejo desde la épocas de las campañas electorales en búsqueda de su primera presidencia.¹⁴³

¹⁴⁰ *Memoria...1938*, pp. 151-152.

¹⁴¹ *Memoria... 1939*, p. 78.

¹⁴² Algunas críticas recibidas me convencen que este es un juicio que debe precisarse. En realidad la Radiodifusora Nacional conoció otras “épocas doradas”, particularmente entre 1956 y 1965, bajo la dirección de don Darío Achury Valenzuela, intelectual liberal por excelencia, lo que quiere decir hombre de amplísima cultura y de tolerante espíritu. Pero durante este período, *la estrategia política* de la que formaba parte la Radio Nacional, a la manera de un dispositivo esencial, ha dejado de existir, por la sencilla razón de que la República Liberal, como proyecto, se encuentra agotada. La reorientación de la emisora -que fue tomada por los intelectuales liberales más radicales el 9 de abril para arengar al pueblo- se percibe con claridad desde los días siguientes al levantamiento popular. Sobre los años en que don Darío Achury dirigió la Radio Nacional cf. Rubén Sierra Mejía, “Una revista que aun puede leerse: BOLETÍN DE PROGRAMAS de la Radiodifusora Nacional de Colombia”, en GACETA [Ministerio de Cultura], mayo/diciembre, 1999, pp. 84-91.

¹⁴³ La definición se encuentra en *La obra educativa del Gobierno en 1940*, Tomo III, p. 104.

Hay que detenerse un momento a considerar la manera como los intelectuales liberales a la cabeza del Ministerio de Educación Nacional se plantearon el difícil problema de las relaciones existentes entre una estación de radio de carácter oficial y la imparcialidad requerida por la información política, pues al parecer se encontró una fórmula de solución de esta dificultad, que tenía como garantía las propias calidades intelectuales de los hombres de pluma que se asociaron a la empresa de Gobierno, lo que al parecer permitió no sólo pluralidad de criterios en la información, si no, sobre todo, realizar una distinción más o menos clara entre los intereses generales de una sociedad y la política concreta de un Gobierno. Por lo menos este fue el propósito planteado, aunque la manera como tal propósito se materializó puede seguir siendo hoy ocasión de debate, como fue ayer ocasión de enconadas disputas.¹⁴⁴ De cualquier forma, el objetivo manifiesto fue el de mantener la Radio Nacional sustraída a “toda influencia de secta o partido”, exponiendo con claridad y sobriedad - dos virtudes extrañas al fanatismo político colombiano- la obra del Gobierno, pero

*teniendo únicamente en cuenta los intereses superiores de Colombia, con el fin de fomentar entre los colombianos el hábito de colaboración y difundir la consciencia de la personalidad de la Nación.*¹⁴⁵

El mismo tema era recreado en 1946, en un momento en que una nueva ola de fanatismo político se encontraba en ascenso, cuando se reiteraba que la Radio Nacional era el instrumento de comunicación entre el Gobierno y el pueblo, y que la transmisión de alocuciones presidenciales y demás información oficial no eran realizadas con un criterio de propaganda a un régimen, si no con el de criterio de simple información, lo que le permitía a la Radio Nacional, según sus directores, disponer de un prestigio de imparcialidad “que la vinculaba estrechamente a los más altos intereses nacionales”.¹⁴⁶

¹⁴⁴ Laureano Gómez, tal vez el más importante opositor a los proyectos culturales del liberalismo, creía imposible la existencia de cualquier margen de autonomía y de libertad de crítica entre los intelectuales liberales asociados al proyecto de reforma cultural. En un artículo de 1937, titulado precisamente “Darío Samper, poeta del régimen”, escribe lo siguiente (lo que de paso nos permite conocer el tono y la intransigencia de la oposición conservadora): “En resolución, este folleto detestable [el libro de poesía de Samper], mal oliente, asqueroso, es de aquellos que no tienen cabida en ninguna biblioteca y que las personas cultas se apresuran a arrojar a la basura. Esto hubiéramos hecho sin vacilación alguna, y no hubiéramos gastado el tiempo en hojearle ni en escribir estas líneas, si no fuera -pásmese el lector- porque ha sido editado por el Gobierno de Alfonso López y es publicación oficial de Ministerio de Educación Nacional”. Laureano Gómez, *Obras Completas*, Tomo I. Crítica sobre literatura, arte y teatro. Bogotá, 1984, p. 67. Ahí puede verse igualmente, en p. 73, un ataque contra una *Antología* de poesía hecha por Darío Achury Valenzuela. Parece ser que en general a Laureano Gómez las búsquedas recientes en el campo del arte y la literatura no le causaban ninguna simpatía. Cf. por ejemplo en p. 120 su ataque contra Neruda, o en p. 68 su ataque contra Barba Jacob, y los varios artículos contra León de Greiff.

¹⁴⁵ *La obra educativa del Gobierno en 1940*, Tomo III, p. 104.

¹⁴⁶ *Memoria... 1946*, p. 253. Desde su comienzo la radio se vinculó en Colombia a la actividad partidista, por fuera de cualquier criterio de imparcialidad. Las campañas conservadoras para suceder a Abadía Méndez hicieron uso de la naciente radio. El liberalismo hizo lo mismo en la campaña de 1934, época en la que la *Voz de la Víctor* mantenía un “radioperiódico” titulado precisamente *La República Liberal*, y que se declaraba

La Radio Nacional incluyó también abundante información política en las épocas pre y electorales, cumpliendo una importante función de educación cívica, ya que se trataba sobre todo de la “divulgación de las normas [electorales] que nos rigen”, lo mismo que del suministro de resultados electorales “desde las oficinas del ministerio de Gobierno, a medida que son recibidos allí”, una función más bien elemental, pero que en el contexto de las formas de politización de la sociedad colombiana resultaba esencial, pues cada uno de los poderes particulares que se expresaban en los partidos en pugna intentaba producir su propia información, para contradecir la del opositor y en todo caso reclamar la victoria o su escamoteo.¹⁴⁷ Para una sociedad que ha conocido dificultades mayores para integrar a su vida práctica el carácter general de la Ley, que define a toda sociedad moderna, y que encuentra grandes trabas para producir instancias de definición general que se coloquen por fuera de los intereses particulares, la idea de poder contar con una fuente segura de información debía resultar un propuesta atrayente, aunque resulta difícil saber cómo fue acogida.

Desde luego que la Radio Nacional no intentaba negar su carácter de órgano oficial de expresión del Gobierno, y por ello cumplía con su función de publicitar los actos oficiales y exponer ante el país “el criterio del Gobierno en la resolución de los problemas nacionales”, pero sus portavoces aclaraban que “nunca, ni antes ni ahora, la Radiodifusora Nacional ha intervenido en la simple lucha electoral de los partidos, ya que, como entidad pública que es le está vedado el hacerlo”¹⁴⁸, lo que constituía no sólo una respuesta a sus críticos del partido conservador, sino una prueba de su intento de construir instancias neutras, imparciales, colocadas por encima del interés particular y con algún margen de autonomía respecto del Gobierno que soportaba su presupuesto.

Por fuera de la información política -y de la programación musical y de divulgación científica y cultural, que son aspectos conocidos-, una de las tareas más importantes adelantadas por la Radio Nacional fue la relacionada con el conocimiento de las distintas regiones del país, entendidas en ese momento como departamentos, intendencias y comisarías, tipos de unidades político administrativas que no coinciden en Colombia con las regiones socioculturales. La idea era la de favorecer el conocimiento entre las gentes de las distintas regiones respecto de su historia, de sus costumbres y su estado de progreso material, para tratar de hacer vivir a todos los

“vocero sostenido y activo del liberalismo”. Las transmisiones de las posesiones presidenciales se iniciaron con la de Olaya Herrera y sólo empezaron a perder audiencia con la aparición de la televisión.

¹⁴⁷ *Memoria... 1946*, p. 253. La Radio Nacional impulsó también lo que podrían llamarse elementos de formación en las instituciones políticas de la sociedad, a través de los programas que llamó de “cultura administrativa”, en los que se informaba acerca de las distintas tareas que cumplían los ministerios y dependencias oficiales. “De esta manera la Radio Nacional ofrece constantemente una visión integral de la vida administrativa del país, con una objetividad tan consisa como exacta”. Para una sociedad con bajísimos niveles de cultura política respecto de las propias instituciones que la rigen este tipo de informaciones resulta relevante. Era por lo menos un intento de que los oyentes “apropiaran” las instituciones que los regían, y por esa vía la República misma.

¹⁴⁸ *Memoria... 1943*, Tomo II, p. 39. Las cosas desde luego no resultaron siempre tan claras de manera práctica, según lo indica una observación que, como de pasada, se hace respecto de la actitud de la Radio Nacional en 1946 con ocasión de un paro general que se anunciaba y que mereció a la emisora “una noble felicitación del señor presidente de la República”. *Memoria... 1946-1947*, Tomo III, p. 85.

colombianos “el mismo ritmo vital”, ya que la insularidad y el desconocimiento podrían acarrear “tremendas consecuencias, como son el debilitamiento del espíritu colombiano y la tibieza en la profesión de los ideales democráticos”, razón por la cual era empeño del Gobierno “ofrecer cotidianamente a través de la Radiodifusora Nacional una visión veraz y detallada de la vida de cada una de las secciones de la República”¹⁴⁹

Ese mismo empeño de integración nacional, que expresaba una cierta idea de Nación, formada sobre la base de unidad territorial y espiritual, y de sintonía en un mismo tiempo histórico, trató de reforzarse a través de la recreación de la historia nacional que realizó la Radio Nacional, pues la “historia patria”, con toda seguridad mitologizada y repleta de héroes en medio de masas anónimas, fue uno de los elementos más constantes de la programación. Se trataba desde luego de un intento de refuerzo de una memoria colectiva nacional -seguramente a partir de relatos para nosotros hoy muy tradicionales- que se articulaba con el empeño de “difundir el presente de la Nación” y su inscripción, como veremos más adelante, en el mundo Occidental y democrático: La historia nacional fue pues un objeto privilegiado del trabajo de divulgación cultural de la Radio Nacional, bajo el siguiente esquema:

*La historia del país en sus distintas épocas y en sus episodios de mayor trascendencia se difunde así mismo, y a través de los micrófonos de la Radio Nacional, por medio de conferencias que a la amenidad de la forma unen la imparcialidad del juicio, cuando de los hombres, de las ideas y de los hechos de la cultura colombiana se trata. Para que la historia y su saludable influjo arraige en las masas, algunos escritores jóvenes han dramatizado los hechos de singular relieve...sin que la exactitud haya sufrido menoscabo ni la justicia quebranto, al ser transfundidas en la carne palpitante drama.*¹⁵⁰

Entre 1940 y 1946, con la excepción de un breve cierre de tres meses por fallas técnicas, la Radio Nacional funcionó de manera continua, amplió su programación, vio crecer la nómina de sus colaboradores, y al aparecer aumento el número de sus oyentes, según las corresponsalías que llegaban a la emisora en Bogotá, lo que puede resultar cierto si tenemos en cuenta que desde el principio se trató de aumentar su cobertura, y que, como afirmaba Germán Arciniegas en 1942,

¹⁴⁹ *La obra educativa del Gobierno*, Tomo III, p. 105. La información sobre las diferentes regiones del país se encontraba enmarcada en lo que fue uno de los intentos, también por evaluar, del Gobierno liberal: el de descentralizar. En el campo de la cultura se decía que “El empeño de descentralizar la cultura, así sea en sus formas más sencillas, requiere la cooperación de todas las secciones del país. Se pretende ante todo extender los beneficios de la inteligencia a todas las comarcas, sin distinciones, sin preferencias, buscando en todo caso, el cabal cumplimiento de estrictas normas de justicia y equidad”. *Informe de la Dirección de Extensión Cultural y Bellas Artes sobre sus labores en el primer semestre de 1941 <Agosto>*. [en máquina], p. 8. Un balance detallado de cada una de las actividades que comprendía el programa cultural del liberalismo muestra que, por lo menos en medida mínima, el objetivo de descentralizar se logró, tal como se refleja en el proyecto de escuelas ambulantes, en la cinematografía y en la difusión del libro.

¹⁵⁰ *La obra educativa del Gobierno en 1940*, Tomo III, p. 106. Para observar la manera como el “pasado científico nacional” era invocado como patrimonio y como forma de identidad cf. *La obra educativa del Gobierno en 1940*, Tomo II, p. 215-217.

siendo ministro de Educación, la estación se escuchaba en 150 municipios “que cubren la totalidad del territorio nacional”, lo que se sabía por cuanto se había tenido el cuidado “de solicitar informes que permitan construir el mapa de audición...”.¹⁵¹ En 1943, cuando se habían efectuado más de 10 000 horas de transmisión, la Radio Nacional había ampliado y diversificado sus labores de divulgación oficial y educativa, incluyendo ahora temas de la vida cotidiana (“Escenas de actualidad”) que enseñaban un poco de civismo y de legislación nacional básica, lo mismo que muchísima información nacional e internacional que compraba a la A.P. (en otro momento a la U.P.), resúmenes semanales de la actualidad para los colombianos que vivían en el extranjero, y mantenía programas noticiosos e informativos en los que se comentaban la actualidad diaria, tal como la presentaba la prensa escrita, se editorializaba sobre el principal suceso del día, y se hacían amplias crónicas sobre el curso de la Segunda Guerra Mundial.¹⁵²

Para 1944 se consideraba que el avance era grande en cuanto a programación y se contaba con un plan de mejora técnica que permitiría cubrir sin falta todo el territorio nacional, “así como muchas de las naciones vecinas y los Estados Unidos”; se contaba con una abundante correspondencia de oyentes de todo el país que seguían con atención la emisora, y se esperaba tener muy pronto un laboratorio de experimentación pues “la ciencia de la radio”, como se decía en la época, “ha progresado... especialmente durante la guerra de una manera extraordinaria”.¹⁵³

Por esa misma época la Radio Nacional había incorporado estilos muy modernos de periodismo radial, como lo fueron las conferencias y las entrevistas que la Segunda Guerra había convertido en un verdadero género, y por sus estudios pasaron todas las figuras importantes de la cultura que llegaron en esos años hasta la ciudad de Bogotá. De la misma manera la emisora estrechó sus lazos con los más importantes profesores de la Universidad Nacional, los que fueron constantes divulgadores del pensamiento moderno desde sus micrófonos, lo mismo que cedió sus espacios a tareas de divulgación de investigaciones realizadas por el Instituto Etnológico Nacional. Así mismo realizaba transmisiones de “control remoto”, regularmente desde el Palacio presidencial, pero se embarcó también en lo que parecía en esos años una empresa imposible, como fue la transmisión desde Popayán, a más de setecientos kilómetros de Bogotá, de la ceremonia de grado *Honoris Causa* que la Universidad del Cauca concedió al Presidente Alberto Lleras.¹⁵⁴

¹⁵¹ *Memoria... 1942*, p. II.

¹⁵² *Memoria... 1943*, pp. 37-39. Ahí mismo se encuentra la información completa sobre cada uno de los programas y la manera como se dividían en las 12 horas diarias de transmisión.

¹⁵³ *Ministerio de Educación Nacional. La Extensión Cultural en 1944*, pp. 34 y ss. En realidad el contrato de nuevos equipos se había hecho desde 1940, pero “las restricciones impuestas por la guerra a la exportación de material de radio en los Estados Unidos” habían demorado la llegada de los equipos, que en ese momento ya se encontraban en puerto. El mismo texto se detiene en el hecho de que la televisión ya ha empezado a ser objeto de explotación comercial en Europa y en los Estados Unidos, y recomienda que el país fije sus ojos en esa nueva novedad. Esa tarea la cumplirá el Gobierno del Rojas Pinillo, pero en el marco de otra orientación cultural.

¹⁵⁴ *Memoria... 1946*, p. 249 y ss., y *Memoria... 1947*, Tomo III, p. 67 y ss. Ahí pueden leerse los nombres de las conferencias y de los conferencistas que participaron a nombre del Instituto Etnológico Nacional, cuyas investigaciones constituían la primera recreación moderna de la historia indígena del país..

Posiblemente, en el campo estricto de la cultura intelectual, la mayor novedad se encuentra en la aparición de los programas de “comentario”, un espacio en el que a nombre propio y bajo responsabilidad personal intelectuales de diferentes tendencias expresaban sus opiniones y pensamiento respecto de problemas de la ciencia, de la cultura o de la sociedad. Se pueden citar los nombres de los primeros que trabajaron en esta nueva modalidad, para tener un idea de los criterios amplios de selección y de las calidades intelectuales de los participantes: Gerardo Molina, Eliseo Arango, Fernando Plata Uricoechea, José Pratt, Gerardo Valencia, Fernando Charry Lara.¹⁵⁵

V.

Aunque no tenemos ningún procedimiento seguro para establecer cuál fue la magnitud real de la audiencia de la Radio Nacional y mucho menos para establecer cuáles fueron sus efectos culturales de mediano plazo, si los hubo, sobre sus radioescuchas -lo que además no es nuestro objetivo-, si podemos en cambio afirmar que hacia el año de 1947 la emisora se encontraba en uno de sus mejores momentos, lo que se muestra, entre otras cosas, por la forma técnica y profesional como se preparaba para la IX Conferencia Panamericana que debía celebrarse en Bogotá en 1948.¹⁵⁶

Cabe entonces preguntarse por las condiciones que hicieron posible el funcionamiento continuo e intelectualmente enriquecedor en el plano de la divulgación cultural de una institución que existía en una sociedad de “débil formación cultural” como la colombiana. La condición más general que hizo posible su marcha continua y su perspectiva cultural novedosa entre 1940 y 1948 tiene que ver, en primer lugar, como resulta obvio, con la centralidad que a la radiodifusión otorgaba el proyecto cultural del liberalismo, lo que le garantizó el apoyo estatal y un presupuesto menos estrecho que el de otras instituciones culturales de esos años. Pero la continuidad de su trabajo cultural tiene que ver también, sobre todo, con otras dos condiciones, de orden diverso y en principio sin conexión interna inmediata, en las que vale la pena detenerse.

En primer lugar el hecho tuvo que ver con las calidades del grupo de sus colaboradores y con su forma de reclutamiento, de la que se decía que no tenía que ver con otra cosa más que con los méritos intelectuales y artísticos, lo que de ser estrictamente cierto significaba la introducción de un verdadero elemento de racionalización en el logro de una posición en la Administración Pública, algo que ha resultado muy difícil de conquistar para la sociedad colombiana.¹⁵⁷ Es claro que lo que podría ser llamado de manera amplia la “Generación de los Nuevos” se encontraba casi toda del lado de los ideales de la República Liberal y de su idea de “extender la cultura”, además que algunos de ellos habían participado directamente en la formulación del ideario a

¹⁵⁵ Idem. Meses después entraría a funcionar un programa de debates intelectuales llamado “El Pro y el Contra”, que parece haber sido también una ocasión propicia para la discusión de ideas. Cf. *Informe de la Dirección de Extensión Cultural y Bellas Artes... 1941 (en máquina)*.

¹⁵⁶ *Memoria... 1947*, p. 80 y ss.

¹⁵⁷ El criterio está expuesto en *La obra educativa del Gobierno en 1940*, Tomo I.

finales de los años 20s.¹⁵⁸ A este grupo se uniría, llegando a ser un elemento de gran valor, algunos de los pocos intelectuales europeos, principalmente españoles, que llegaron a Colombia huyendo del Fascismo. Todo ese grupo intelectual, de filiación sin duda moderna, tuvo en algún momento que ver, poco o mucho con el trabajo de la Radio Nacional.¹⁵⁹

Más importante aún, pero en la misma dirección, fue el que, en el ambiente de libertad espiritual que favoreció el fin de la Hegemonía Conservadora, el grupo que se ligó a las tareas de la Radio Nacional -y más en general a la Sección de Extensión Cultural del Ministerio de Educación Nacional- logró poner en marcha criterios de amplitud y diversidad cultural que eran inéditos en el pasado reciente, que lo afirmaban en los elementos distintivos de lo que se llama la *autonomía del campo intelectual*, y que a pesar de cierta intención cosmopolita no resultaban excluyentes de las tradiciones nacionales -"vernáculos" se decía-, a las que por demás se prestó muchísima atención, bien que dentro del límite que impone la representación de lo "popular" como *folklore*. Tal apertura cultural -que de paso muestra las posibilidades de las propias instituciones culturales de orden estatal, bajo ciertas condiciones- se manifestó no sólo en las declaraciones formales al respecto que aparecían continuamente en publicaciones como la *Revista de las Indias*, sino ante todo en una forma práctica de hacer que se permitía reunir de manera amplia diferentes tradiciones culturales y puntos de vista, bajo la idea de la existencia de una cultura universal que podría llegar a ser patrimonio de todos los pueblos. Es eso por ejemplo lo que puede observarse en la selección del repertorio musical, respecto del cual se escribía:

*En cuanto al criterio general para la selección de autores e intérpretes se ha seguido, como es obvio, una norma puramente artística, dándole representación, en cuanto es posible, a compositores de todas las nacionalidades, escuelas, épocas y tendencias.*¹⁶⁰

Fue ese grupo intelectual, relativamente separado de la actividad política práctica, lo que le permitía ejercer de manera más firme su propia autonomía cultural, el que pudo impulsar, por un corto número de años, un ideario político y cultural que reconocía la existencia de *intereses*

¹⁵⁸ Sin embargo la Radio Nacional acogió gentes no sólo de tendencias políticas variadas, sino pertenecientes a más de una generación. Como se escribía en *La obra educativa del Gobierno en 1940*, Tomo III, p. 104: "Hombres de todas las generaciones del país, cuya probidad intelectual es una garantía de la nobleza y finalidad de la misión que ejercen han venido exponiendo desde la Radio Nacional cursos de historia y geografía patrias...".

¹⁵⁹ Para 1943 se mencionan como colaboradores permanentes o especiales a Hernando Téllez, Eduardo Caballero Calderón, Rafael Maya, Eduardo Carranza, Rafael Maya, José Pratt, Jorge Zalaméa, Oswaldo Díaz y Bernardo Romero, entre otros. Cf. *Memoria... 1943*, Tomo II, p. 39 y ss. Pero igualmente colaboraban con la Radio Nacional León y Otto de Greiff, Víctor Mallarino, Gabriel Giraldo Jaramillo, Carlos H. Pareja, Carlos Martín, Daniel Arango, Gerardo Valencia y Alejandro Vallejo, entre otros. Existía una Sección de Crónica Religiosa, a cargo de la Curia Primada, que realizaba su sección a través de la Facultad de Teología de la Universidad Javeriana. Cf. *Informe de la Dirección de Extensión Cultural... 1941*, p. 11.

¹⁶⁰ Informe de la Dirección de Extensión Cultural... 1941, p. 13. Es lo mismo que se afirmaba respecto del repertorio teatral, otra de las actividades fuertes de divulgación de la Radio Nacional: "El repertorio ha abarcado desde la tragedia griega y el teatro de Shakespeare, hasta la moderna comedia norteamericana, sin olvidar el teatro clásico español y francés, y algunas obras modernas de los más destacados autores nacionales y extranjeros". *Memoria... 1946*, pp. 249-250.

generales, que valoraba de manera especial la existencia de la dimensión pública de la sociedad, y que distinguía entre información política y propaganda del régimen, entre divulgación cultural y fanatización en las creencias de un partido cualquiera, y que al mismo tiempo se hacía eco de la existencia de opiniones plurales, de la riqueza naciente de puntos de vista en una sociedad que se encontraba tratando de sacar las primeras conclusiones de una fase inicial de modernización.¹⁶¹

El segundo elemento que favoreció enormemente el impulso inicial de la Radio Nacional tiene que ver con la Segunda Guerra Mundial, pues los Estados Unidos y la Gran Bretaña, potencias de la radio, intensificaron su trabajo diplomático y cultural sobre los países latinoamericanos, a quienes consideraban sus “aliados naturales” en el conflicto. Particularmente la Embajada Norteamericana y las agencias oficiales de información y prensa de los Estados Unidos fueron una fuente constante de apoyo, seguramente interesado, en el campo técnico, en el plano informativo y en el intercambio cultural, y ello con criterios mucho más amplios y menos inquisidores que los que luego se impondrían cuando e abre por entero la fase de la Guerra Fría. En este punto hay que recordar que la Radio Nacional siempre expresó un alto espíritu americanista, como un decidido interés por la situación internacional, como se ve por ejemplo en la forma constante como la Segunda Guerra fue recreada a sus oyentes. Pero muchas más informaciones de importancia para la cultura democrática y para la situación política del país tenían espacio en la emisora, ya fueran noticias acerca del transcurrir inglés o francés bajo la Guerra, ya fueran las elecciones en los Estados Unidos, el discurso de posesión del presidente norteamericano o las posiciones norteamericanas respecto de las relaciones interamericanas. De hecho la sección de comentarios sobre la Segunda Guerra Mundial se inició con el auspicio de la Oficina de Asuntos Interamericanos de la Secretaría de Estado de los Estados Unidos.¹⁶²

No hay que creer desde luego que se trataba simplemente de que el “soplo de Moscú” tratara de ser contrarrestado por el “soplo de occidente”. Por lo demás, como es de sobra conocido, el período de la Guerra fue un período de “baja intensidad” en la propaganda contra el comunismo, en razón de la alianza que unos y otros sostenían contra el nazismo.¹⁶³ Pero a los elementos de “buena vecindad” interesada que produjo la Guerra hay que sumar la forma extrema como el conflicto fue percibido por muchos de los intelectuales liberales, quienes entendían que en la Guerra se jugaba en buena medida el porvenir de la civilización.

¹⁶¹ Esta posición de apertura cultural es diferente desde luego de algunas posiciones extremas de dirigentes liberales como López de Mesa, quienes tenían, por ejemplo, una idea simplista de la “homogeneidad nacional” y una cierta distancia frente a muchas de las creaciones y formas de hacer de raigambre popular, en cuya crítica no dejaban de manifestarse muchos de sus prejuicios. Respecto de la “extrema uniformidad” nacional cf. por ejemplo su idea de la creación de un “vestido masculino nacional”. *Memoria... 1935*, p. 43.

¹⁶² Cf. por ejemplo Hernando Téllez Benítez, *Cincuenta años de radiodifusión en Colombia*, op. cit., p. 47 y 78.

¹⁶³ Una breve Nota de la *Revista de las Indias* informando respecto de una exposición de pintura soviética da bien el cuenta del clima de tolerancia que en ese momento se vivía: “Se destacó en todos los discursos [con que se inauguró la exposición] el papel decisivo que la Rusia de todos los tiempos ha desempeñado en la suerte de Europa, así como el significado que para el mundo entero tiene su victoriosa lucha actual contra el ejército alemán. *Revista de las Indias*, No 65, mayo, 1944, p. 129.

Quien ofreció más testimonios explícitos de esa percepción y de la consciencia de los peligros que entrañaba la guerra, y trató de sacar sus consecuencias para la cultura nacional, fue precisamente Darío Achury Valenzuela, el director por muchos años de la Sección de Extensión Cultural del Ministerio de Educación Nacional, y uno de los principales animadores de la *Revista de las Indias*. Lo insólito de la posición de Darío Achury no tiene que ver sólo con sus consideraciones acerca del momento crucial por el que atravesaba la humanidad, sino con el papel que asignaba a las sociedades de la región como nuevos garantes de la civilización democrática, frente a las dificultades por las que pasaban las naciones europeas.¹⁶⁴ Pero en la versión de Achury Valenzuela la defensa de la democracia (el gran legado de la cultura de Occidente) exige, necesariamente, de un lado la participación popular, y de otro lado la construcción de una cultura nacional, que son los dos hechos que considera esenciales para la supervivencia de la democracia.

*El advenimiento de una cultura propia será desde todo punto de vista imposible si no se le da un ámbito propicio y un clima adecuado a su natural germinación y desarrollo. De aquí la necesidad de crear en torno a los problemas y a los hechos de la inteligencia una inquietud y de lograr que el pueblo participe activamente en esta empresa de defender el legado de una cultura en cuanto a sus valores universales, y de mantener y acrecentar las formas de una cultura vernácula que promete florecer... en el seno de la tierra americana”.*¹⁶⁵

Resulta dramático, pero es de fuerza subrayarlo, que pasada la Guerra los colombianos no se encontrarán con una democracia sólida y una cultura intelectual en ascenso, sino en las propias puertas de una aguda etapa de violencia política que arruinaría los elementos de estabilidad democrática que a lo largo del siglo, en medio de grandes dificultades, la sociedad se había conquistado. Ese proceso de violencia marcará el fin de un proyecto de extensión cultural, que al mismo tiempo era un intento de participación popular, de redistribución de los bienes culturales y de formación de Nación, aunque muchos de sus criterios nos resulten hoy completamente inadecuados. Pero las instituciones que soportaban el peso del proyecto, en la medida en que éste perdió fuerza y otras representaciones del orden social y de la cultura se constituyeron en hegemónicas, fueron desapareciendo, o simplemente vieron modificados sus propósitos, colocados en otro orden de exigencias, puestos al servicio de otros propósitos, abriendo en lo inmediato para el país, en términos de su cultura intelectual, a partir de 1948, una situación que esta bien caracterizada en un texto de Gonzalo Sánchez:

¹⁶⁴ Darío Achury escribía: “Espectadores perplejos de una contienda demoniaca en que padecen rigurosa prueba los valores del espíritu y de la inteligencia, desconcertados por las diarias sorpresas que nos depara el suceder vertiginoso de hechos imprevistos, los pueblos del Continente americano se encuentran súbitamente enfrentados al problema trascendental de crear con materiales e instrumentos propios una cultura indígena”. *Informe de la Dirección de Extensión Cultural y Bellas Artes...* 1941, p.1.

¹⁶⁵ Idem, p. 4.

*Para la cultura, que no podía expresarse en toda su vitalidad, la Violencia representa, en términos de cronología intelectual, y de 'lucro cultural cesante', una generación perdida, o al menos una 'generación invisible'. Ella es, si no la muerte, un borrón en la memoria cultural del país.*¹⁶⁶

Ese borrón debió afectar de muchas maneras, no solo la memoria intelectual, sino la memoria *social popular*, en cuanto a los elementos de Nación que, muy primariamente se había tratado de construir, y que buscaban un punto de enganche con la historia anterior del país. Desde luego que el futuro no reclama la restitución de ese proyecto, *hoy anacrónico desde tantos puntos de vista*, pero el carácter inacabado de algunas de sus tareas nos exige volver de *otra manera* sobre mucho de sus puntos. Así por ejemplo sobre aquel que tiene que ver con la necesidad de que la nación sintonice sus relojes y los colombianos vivan, por lo menos de una manera aproximada, en un tiempo histórico similar, a pesar de todas sus diversidades, tarea que intentó la Radio Nacional:

*Servicio de la mayor importancia para todo el país, es la señal horaria que trasmitimos desde el Observatorio Astronómico de Bogotá y que marca la hora oficial para toda la República. Este servicio se presta diez veces al día.*¹⁶⁷

¹⁶⁶ Gonzalo Sánchez, "Intelectuales...", en *Análisis Político*, op. cit., p. 126.

¹⁶⁷ El actual canto exaltado con que se glorifica en el país la heterogeneidad y la diversidad, no debe hacer perder de vista, si no se quiere de nuevo construir una falsa oposición de las que tanto gustan al "espíritu nacional", que homogeneidad y heterogeneidad no son dos términos excluyentes entre los cuales se deba inexorablemente escoger. Así como no existe sociedad sin prohibición, no existe ninguna sociedad históricamente viable sin algún grado mínimo de homogeneidad. Cf. al respecto las observaciones de Peter Wade en "Entre la homogeneidad y la diversidad.. La identidad nacional y la música costeña en Colombia", en *Antropología en la Modernidad: Identidades, etnicidades y movimientos sociales en Colombia*. Bogotá, 1977.

LA POLÍTICA DE DIFUSIÓN DEL LIBRO Y LA CULTURA EN COLOMBIA DURANTE LA *REPÚBLICA LIBERAL* (1930-1946)

Una primera aproximación*

Renán SILVA**

Grupo de investigaciones en Historia, Cultura y Sociedad

INTRODUCCION

La *República Liberal* -entendida esta expresión en su acepción más trivial, es decir como los *gobiernos liberales de partido* de la primera mitad del siglo XX en Colombia- no ha sido un terreno privilegiado del análisis histórico en Colombia, aunque el sorprendente declive de la otrora rozagante y prometedora *Nueva Historia* de Colombia ha vuelto esta afirmación válida para casi todos los períodos de la historia nacional.¹⁶⁸

Desde luego que antes y después de la llamada Nueva Historia se tenían análisis de esta singular fase de la vida nacional. Pero tanto antes como después, el poco trabajo existente se ha caracterizado por el examen más bien formal, predominantemente institucional o constitucional, de

* Proyecto de investigación *Las Culturas Populares en Colombia durante la primera mitad del siglo XX*. Universidad del Valle y Fundación para la Investigación de la Ciencia y la Tecnología del Banco de la República. Para la recolección del material documental en el que nos apoyamos aquí, particularmente en lo que tiene que ver con la correspondencia, inventarios de Bibliotecas Aldeanas y otros documentos de la Biblioteca Nacional, fue fundamental el trabajo de Guillermo Vera, quien localizó y revisó buena parte del *Archivo de don Daniel Samper Ortega* en las oficinas de la Dirección de la Biblioteca Nacional. Hemos podido utilizar esas informaciones por gentil autorización de Carlos José Reyes, actual director de esa Institución. Carlos Viáfara y Nazly González, asistentes de investigación del Centro de Investigaciones -CIDSE- de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle, se encargaron de la preparación de todo el material estadístico en que este trabajo se ha apoyado. Alix María Tafur y Olga Lucía Villa, de la Secretaría del CIDSE, me han ofrecido valiosa ayuda técnica y administrativa. Todos sean agradecidos.

** Sociólogo e historiador. Profesor del Departamento de Ciencias Sociales e investigador del Centro de Investigaciones, CIDSE, de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle (Cali, Colombia).

¹⁶⁸ Daniel Pécaut con su *Orden y Violencia, 1930-1954*. 2 tomos. Bogotá, Siglo XXI editores, 1987, y Marco Palacios con su libro *Entre la Legitimidad y la Violencia. Colombia, 1875-1994*. Bogotá, Norma, 1995, son dos autores que han contribuido, aunque a partir de diferentes enfoques, de manera sustantiva al conocimiento de la política y de la sociedad de estos años, y por esa vía a nuestra comprensión de la *República Liberal*. La expresión “República Liberal” fue acuñada por los propios liberales, pero su uso acentuado a partir de 1934. Cf. por ejemplo el “Discurso de aceptación de la candidatura presidencial...” de Alfonso López Pumarejo: “Queréis fundar la República liberal y hacia este propósito confluyen clamorosamente todas vuestras actividades y las mías”, en *Obras Selectas*. Bogotá, Cámara de Representantes, 1979, p. 75.

este período, que en su conjunto es *presentido* como un momento de cambios prácticos y de reorientaciones programáticas de la sociedad colombiana, aunque regularmente ha sido evaluado tan sólo en términos de *propósitos* y no de *realizaciones*.

En los pocos estudios existentes, incluido el libro renovador de Alvaro Tirado Mejía -que en realidad trata sólo sobre el primer gobierno de López Pumarejo y no sobre el conjunto del proceso-¹⁶⁹, libro que desde los años 80s constituye el marco general con base en el cual es interpretado el período, los énfasis son puestos en las modificaciones constitucionales, en la oposición del partido conservador, en la apertura de un amplio campo de derechos sociales -más bien incumplidos de manera práctica- y en la aparición por primera vez en el país de algunas instituciones -por ejemplo educativas- que parecían llamadas a colmar las aspiraciones de una sociedad que buscaba enrutarse por los caminos del crecimiento económico y de la participación política, acorde con los propios presupuestos que esa sociedad había creado en las dos décadas anteriores -décadas de las que, por lo demás, poco sabemos-, pero también con las nuevas necesidades que se le planteaban a una sociedad que intentaba el camino de un proyecto de desarrollo nacional moderno y democrático.

En el campo de la *Historia Cultural* del período -y la *cultura* nos parece ser en esos años uno de los dominios que muestran elementos de cambio más originales- los estudios son aun menos numerosos que en ámbitos como los de la política partidista, las reformas constitucionales, la cuestión agraria o el inicial proceso de industrialización, que han sido los dominios más favorecidos por los pocos estudios existentes-, con el agravante de que el análisis de la política cultural ha sido reducido al análisis de la política educativa¹⁷⁰, que fue sin lugar a dudas un elemento significativo del proceso, pero que el análisis debería enmarcar en un elemento comprensivo mayor, que es la *política cultural de masas*, cuyo objetivo central era el de *ampliar la noción de ciudadanía* -y en cierta manera fundarla- y producir en los masas trabajadoras la conciencia de sus *derechos* -no siempre equilibrado con el conocimiento de sus deberes en una sociedad moderna-, para lo cual resultaba básico la ampliación de los instrumentos que hacen posible la existencia de una cultura intelectual mínima extendida al conjunto de la población.¹⁷¹

Con este trabajo quisiéramos contribuir, de manera muy inicial, a reanimar el debate historiográfico en torno a la política cultural de la República Liberal, proponiendo algunas reflexiones provisionales (y parciales) en torno a uno de los elementos mayores de tal política: el

¹⁶⁹ Alvaro Tirado Mejía, *Aspectos políticos del primer gobierno de Alfonso López Pumarejo, 1934-1938*. Bogotá, Procultura-Instituto Colombiano de Cultura, 1981.

¹⁷⁰ Cf. por ejemplo el juicioso libro de Aline Helg *Former les élites, civiliser le peuple*. Paris, L'Harmattan, 1980

¹⁷¹ La idea de la República Liberal como “revolución intelectual y cultural” está desde el principio en el pensamiento de López Pumarejo. Cf. por ejemplo “Discurso de posesión”, en *Obras Selectas*, op. cit., p. 111 y ss. Cf. igualmente A. Tirado Mejía, *Aspectos políticos del primer Gobierno de López Pumarejo*, op. cit., p. 411, en donde se transcribe la afirmación de López Pumarejo, de que más importante que el ministerio de Guerra era el ministerio de Educación, a cuya cabeza “sí pondré precisamente un liberal”. El carácter de reforma cultural y no simplemente educativa está señalado brevemente por Tirado Mejía en p. 91 y ss.

libro y la lectura, para lo cual nos proponemos exponer algunos resultados de nuestras recientes investigaciones sobre tres puntos precisos: los mecanismos de difusión y de circulación del libro, las políticas de impulso de la práctica de la lectura en las “aldeas” -para utilizar una palabra que estimaban tanto los liberales de esos años, aunque no la hayan definido más que de manera aproximada- y el intento de creación de una *comunidad de lectores*, puntos que apenas han sido considerados por la historia cultural en el país, por lo menos para el caso de la primera mitad del siglo XX, y de los cuales el tercero es el que resulta de mayor complejidad y en el que menos hemos logrado avanzar.¹⁷²

Desde el punto de vista del *enfoque* de este trabajo baste decir que nos parece una necesidad no separar en exceso el “problema del libro” del conjunto de la dinámica social de esos años y particularmente del conjunto de la política cultural -en el sentido amplio de la expresión-, para evitar la producción de un *objeto de análisis* excesivamente recortado y fragmentario, olvidando que se trata de un punto en una red. Para que la historia del libro, de la lectura y del lector pueda ser constituida como un objeto con entidad propia, lo primero que hay que reconocer es que forma parte de un conjunto mayor, única forma de poder inscribir tal historia singular en el campo mismo de la historia cultural, en relación con la cual el “libro” y la lectura adquieren y definen sus perfiles más singulares. El análisis histórico es siempre un análisis contextual y la actual tendencia a producir objetos puramente fragmentados es el resultado de ignorar, en nombre de la “autonomía” del análisis cultural, los sistemas de relaciones en el marco de los cuales algo puede ser construido como un objeto de relativa autonomía. La historia del libro, como parte de la historia cultural, siempre será por principio *historia social*, aunque no en el sentido reduccionista de un enfoque que anula el papel activo de la vida social y reduce el papel de individuos, grupos y categorías a determinaciones sociales y a “intereses” definidos de antemano y por fuera de las dinámicas singulares de los procesos.

Pero en el caso *particular* de los estudios sobre el libro y la lectura en el período de la República Liberal, posiblemente más que en otros períodos, habrá de tenerse en cuenta que las políticas respecto del libro y su difusión formaban parte de una política más general y de unas definiciones de sociedad en torno de las cuales lo realizado sobre el libro adquiere su sentido. Así, por ejemplo, como lo repetiremos a menudo a lo largo de estas páginas, es en relación con el proyecto de construcción de una Nación que consideraba como una exigencia la *extensión y democratización de la cultura*, bajo el supuesto de que para el logro de esa meta era necesario acudir a *todas las formas modernas de comunicación de la cultura y de la técnica* (el impreso y el libro, pero también el cine, el radio y las conferencias culturales), marco en el cual resulta posible comprender el papel asignado al libro y a la lectura. Por ello el análisis del libro y la lectura no puede separarse del dispositivo general del que ellos formaban parte, aunque no

¹⁷² Respecto de las diferencias y complementariedades entre una historia del libro y una historia de la lectura y del lector cf. Roger Chartier, “De la historia del libro a la historia de la lectura” [1987], en *Libros, Lecturas y Lectores en la Edad Moderna*. Madrid, Alianza Universidad, 1993, p. 13 y ss.

dudamos que estudios posteriores puedan *individualizar* con mayor precisión los problemas específicos del libro y la lectura.¹⁷³

Este problema logra captarse mucho mejor cuando se tiene en cuenta que la sociedad colombiana era -como lo sigue siendo hoy en día- una sociedad de *alfabetización tardía*, lo que quiere decir que sus intentos de conquistar la meta universal del alfabetismo y del hábito de la lectura, del ingreso de la mayoría de la sociedad en la *cultura de lo escrito*, coincide con un momento en que, por lo menos formalmente, la sociedad tiene a su disposición conquistas culturales como lo son el radio y el cine, las que, dependiendo de contingencias precisas que no resultan posibles de determinar previamente, pueden ser aliadas del libro y la lectura, o bien sus enemigas.

Será parte de nuestro enfoque también el evitar la reducción del problema al análisis de unas “políticas”, entendidas éstas como un *conjunto de propósitos acerca de cuyas realizaciones jamás logramos enterarnos*. Mucho menos trataremos de estudiar -si ello fuera posible- una especie de realidad autónoma que las recientes modas denominarían “el *discurso sobre el libro*”. Por el contrario, la dirección -o por lo menos la intención- de este trabajo será, como en la “vieja historia cultural”, el análisis de un conjunto de eventos, de realidades prácticas, si se quiere de “hechos”, en torno del libro, de la lectura y de los lectores, atentos al mismo tiempo a establecer cuál es el sistema de *representaciones culturales* en los cuales se encuentran inmersos. La historia cultural no es el análisis escindido de un conjunto de discursos que *a posteriori* crearían -o no- tipos específicos de prácticas. Es más bien el análisis *integrado y diferencial de prácticas y de representaciones* en torno de objetos definidos de manera cuidadosa y e inscritos en el campo de esa realidad de difícil definición llamada la “cultura”, o más bien el sistema de relaciones culturales en una sociedad dada.¹⁷⁴

Desde el punto de vista de las fuentes que hemos utilizado para la realización de este trabajo -fuentes que no citamos aquí sino parcialmente-, debe decirse que recopilamos informaciones de la más diversa índole y de los más diversos orígenes, y que hemos utilizado las habituales fuentes institucionales, sobre todo las *Memorias* de los ministros de Educación, pero intentando leerlas de *otra manera*, buscando en ellas la descripción de un conjunto de eventos prácticos, antes que la reiteración formal de un conjunto de propósitos, y en todo caso colocando en relación esos dos tipos de realidades.

Igualmente hemos tratado de rastrear, hasta donde ha sido posible en un trabajo inicial como este, las realidades locales y regionales, pues ellas son el punto en que verdaderamente puede ser observado un conjunto de orientaciones en funcionamiento práctico, el lugar en que de manera efectiva puede verse cómo esas orientaciones se redibujan, adquieren coloraciones y perfiles

¹⁷³ Es esta característica la que hemos tenido en cuenta en la construcción del *Anexo estadístico* que acompaña este trabajo, en el cual incluimos cifras y datos que ilustran el conjunto de la política cultural de la República Liberal y no solamente de su política respecto del libro y la lectura.

¹⁷⁴ Cf. al respecto Marcel Mauss “Ensayo sobre los dones. Motivo y forma del cambio en las sociedades primitivas” [1923], en *Sociología y Antropología*. Madrid, Tecnos, 1979, p. 155 y ss.

nuevos y singulares. Por lo demás, y en el caso particular del que tratamos aquí, esas realidades regionales y locales son un punto esencial para intentar alguna aproximación a los problemas de la articulación entre la Nación y sus unidades constitutivas de base -el municipio, la “aldea”-, a través del análisis de las formas singulares de apropiación de una política observada en sus funcionamientos prácticos, para lo cual, por lo demás, habrá que ser enormemente *descriptivos*, aunque se pueda de antemano recibir la condena o simplemente la mirada condescendiente de los defensores de esquemas aparatosos que a veces de manera curiosa se presentan como *teoría*.

En este trabajo hacemos uso de todas las estadísticas que hemos podido reunir en torno del libro, y en general de la política cultural de ese período, y ello no solamente por la riqueza de datos numéricos que se encuentran para esos años -así resulten regularmente fragmentarios-. A la riqueza de la información estadística que se encuentra para este período -lo que hemos llamado “la pasión estadística de la República Liberal”- y que constituye una excelente vía para abandonar el camino formalista del análisis de la política cultural como propósitos -cumplidos o incumplidos-, se agrega la necesidad de contrariar el prejuicio de que en la historia cultural el lugar de lo cuantitativo es nulo o casi nulo, en virtud de la materia “cualitativa” con la cual trataríamos, prejuicio bien expresado en la condena que en los años 60s hacía Hernando Téllez de los esfuerzos de estadística cultural que, a partir de los datos de lectura y lectores en la Biblioteca Luis Ángel Arango, intentó Fernán Torres de León¹⁷⁵, intentos que de haber sido continuados constituirían hoy una magnífica base para un análisis de la cultura intelectual de los usuarios de una institución que ha sido determinante para la formación de estudiantes de secundaria y universidad en el principal medio urbano moderno del país, lo mismo que para un amplio espectro social, sin lugar a dudas “popular”, que durante años ha pasado allí sus días para saciar su pasión por el libro, releer la prensa y las revistas de actualidad, o simplemente olvidar por unas horas la sensación de derrota que produce el desempleo, la falta de una familia o de amigos.

El *prejuicio antiestadístico*, que es simplemente el reverso de la posición aristocratizante en el campo de la cultura, resulta aun más dañino en dominios de investigación en los cuales antes de lanzarse a las “síntesis interpretativas” conviene establecer mínimamente los hechos y su

¹⁷⁵ Cf. Hernando Téllez, “Estadística y Cultura”, en *Textos no recogidos en libro*, 2 Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1979, pp. 662-665. Téllez afirma no cuestionar el intento estadístico en sí, pero ajeno a las realidades de una sociología descriptiva -sin la cual toda interpretación se convierte en lo que el análisis cultural tiende a convertirse en Téllez, esto es en “opiniones y comentarios” sin otro fundamento que la intuición- le parece que Torres de León falla porque no ofrece “opiniones”, “ya que la mentalidad estadística olvida casi siempre los juicios de estimación”. A esta particular incompreensión del objeto sociológico que podría construirse con la ayuda de los datos recolectados, Téllez suma su “mentalidad aristocrática” en el campo de la cultura -ya que “La cantidad siempre conspira contra la calidad”, según sus “estimaciones”-, mentalidad a la que repugna la estadística, pues su terreno es desde luego el de los “juicios de estimación”, de los cuales jamás se aclara el fundamento conceptual ni empírico. Walter Benjamin, a quien le debemos “juicios de estimación” que aun nos acompañan en nuestro presente, pensaba, por el contrario y con muy juicio, que nuestra época es precisamente la de las *masas, del número y la cifra*, y agregaba que “La cantidad se ha convertido en calidad: el crecimiento masivo del número de participantes ha modificado la índole de su participación”. Cf. “La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica”, en *Discursos Interrumpidos I*. Madrid, Taurus, 1982. Cf. particularmente p. 15 y ss.

magnitud, su sociografía y su geografía, para conocer estrictamente el radio de influencia del fenómeno sobre el cual se está hablando, como resulta ser el caso de la historia cultural en nuestro país. Sociedades con grandes progresos en el conocimiento histórico y en las cuales las disciplinas históricas han recorrido -a veces con exceso de datos y cierta ausencia de conceptualización- una larga etapa cuantitativa, como resulta ser el caso de la sociedad francesa, entre otras, han abordado desde finales de los años 70s un trabajo de historia cultural de corte estrictamente cualitativo y de fuerte acento conceptual e interpretativo. Pero allí abundan las monografías regionales y los datos y porcentajes básicos de los problemas hace tiempo han sido bien establecidos para la historia cultural desde la Modernidad temprana hasta el presente (siglos XVI al XX). Pero algo va de la llamada *Escuela de los Anales* a la incipiente historiografía nacional, donde en ocasiones ni siquiera sabemos exactamente de qué hablamos cuando repetimos sin mayor discernimiento lo que parece ser *otra* agenda de investigación, tal como nos la entrega una serie arbitraria de traducciones, no siempre muy confiables.¹⁷⁶

Sin embargo debemos advertir respecto del uso que hacemos de las estadísticas recopiladas, que ellas no constituyen el núcleo ni la base de las argumentaciones que presentamos, y son más bien citadas de manera referencial dentro de la narrativa, a la manera de ilustraciones (no de demostraciones sino de “mostraciones”), razón por la cual el conjunto de estadísticas se encuentra a manera de *Anexo*; además estas estadísticas son presentadas con el propósito de llamar la atención sobre la riqueza de fuentes numéricas con las que se encontraría un trabajo más cuidadoso que el nuestro; abundancia de fuentes que representa, desde luego, una característica estructural del período, un índice en los avances de la construcción del Estado y de lo público, y un elemento empírico clave en el análisis de la historia administrativa del Estado.¹⁷⁷

¹⁷⁶ Sobre las peripecias francesas en este dominio cf Roger Chartier, “Historia intelectual e historia de las mentalidades. Trayectorias y preguntas” [1982], en *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Barcelona, Gedisa, 1992, p. 13 y ss. Particularmente cf. p. 23 y ss. -Hay que advertir que en opinión de los entendidos la traducción al castellano de ese libro es perfectamente ininteligible.

¹⁷⁷ El Ministerio de Educación, a partir de su reorganización a comienzos de los años 30s, la Biblioteca Nacional, sobre todo entre 1931 y 1938, y la Contraloría General de la República en los años 40s, parecen haber sido enormemente orgullosos y cuidadosos de su trabajo estadístico, que desde luego tiene las limitaciones propias de aquella época. Así por ejemplo, en la carta que envía el Contralor Gonzalo Restrepo al ministro de Educación Jorge Eliécer Gaitán, en la presentación del trabajo “El problema de la instrucción en Colombia a la luz del censo de 1938”, le dirá que: “Consecuente con el criterio que guía a esta institución en el sentido de poner al servicio de las demás ramas de la Administración Pública todos aquellos datos estadísticos que considera puede constituir un buen material de trabajo... [para el] progreso de la Nación, tengo el gusto de adjuntarle una serie de cuadros y gráficos que en mi sentir pueden serle de grande utilidad en el estudio del problema educacionista del país”. Cf. *Anales de Economía y Estadística*, T. III, No 2, abril, 1940, p. 6. En la misma dirección escribe Luis A. Bermúdez, Jefe del *Grupo de Estadística Cultural* de la Contraloría, en la presentación de su trabajo “Diez años de educación y cultura en Colombia”, al tiempo que señala el contagio “por el espíritu de investigación que se apodera de la Contraloría General de la República”. Cf. *Anales de Economía y Estadística*, Tomo V, No 3, febrero, 1942.

POLÍTICA EDUCATIVA LIBERAL, LIBRO Y CULTURA

En julio de 1930, Eliseo Arango, ministro de Educación Nacional, caracterizando el tipo de institución que hasta ese momento era el Ministerio del ramo -hasta hace unos pocos años llamado de *Instrucción y Salubridad Públicas*- escribía: “Es necesario que el país no se siga engañando con una oficina que lleva el nombre de Ministerio de Educación. Lo que principalmente existe es un despacho encargado de suministrar recursos para las leproserías, caridad y beneficencia, y que tiene modestos aportes para la enseñanza”¹⁷⁸. El ministro no exageraba y la afirmación no era simplemente polémica.

Fue necesaria la llegada al Ministerio, en 1931, de un convencido del proyecto liberal en el terreno de la educación y de la cultura, como lo fue Julio Carrizosa Valenzuela, y fueron necesarios cambios importantes en la correlación de fuerzas parlamentarias, no sólo para que se lograra cierto consenso en torno de la necesidad de reformar ese Ministerio e intentar enrutar los destinos de la educación nacional por otros caminos, sino para comenzar de manera práctica las tareas que podrían modificar la concepción de la educación, y del papel del Estado en la educación, que hasta entonces habían sido dominantes.

En la perspectiva del ministro Carrizosa, quien por fortuna estuvo en la dirección de Ministerio algo más de dos años y logró tener como colaboradores a intelectuales muy valiosos y con cierta formación cosmopolita -como el destacado pedagogo Agustín Nieto Caballero-, el centro de la política educativa reformista debería ser el magisterio, pues de él dependía la suerte de la infancia y en las pequeñas “aldeas” constituía el más valioso intelectual, si se dejaba de lado al tradicional abogado -o aficionado al derecho- y a los curas párrocos, estos últimos una autoridad intelectual y sobre todo moral para los habitantes de una sociedad católica y rural, y quienes en principio no se encontraron muy a gusto con las reformas, en la medida en que el partido Conservador y la jerarquía eclesiástica, sus dos orientadores mayores, vieron en ellas un elemento *disruptor del orden social*, creador de una burocracia innecesaria, y en general un elemento que bajo su aire de modernidad simplemente buscaba separar a los fieles de la Iglesia y llevarlos por las sendas del materialismo y de otros “ismos” destructores de la nacionalidad, aunque no sea fácil identificar a qué elementos se referían en sentido estricto los opositores, en un campo de reformas que apenas empezaba a formularse y que en el fondo nunca constituyó más que un intento moderado de recrear al escuela primaria nacional, a través de la introducción de saberes modernos como la psicología, la pedagogía de la escuela nueva y de los centros de interés, la metodología de la enseñanza -como saber especializado-, y la consideración de la infancia como una realidad social y psíquica específica.¹⁷⁹

¹⁷⁸ *Memoria del ministro de Educación al Congreso de 1930*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1930, p. v. Datos presupuestales en pp. v y vi. Y para la distribución de textos y útiles escolares, que era uno de sus grandes aportes presupuestales, pp. 9-22.

¹⁷⁹ Una presentación sencilla, pero no esquemática, de las reformas educativas liberales y de sus horizontes pedagógicos innovadores es la de Jaime Jaramillo Uribe en *Travesías por la Historia*. Bogotá, Presidencia de la República, 1997, p. 351 y ss.

La oposición conservadora y clerical a las medidas de reforma cultural es uno de los aspectos mejor documentados por la historiografía del período liberal -por ejemplo en el libro citado de Tirado Mejía¹⁸⁰-, aunque no se ha señalado siempre con claridad que esa oposición no sólo representaba una política de partido, sino que expresaba el *tradicionalismo de buena parte de la sociedad*, y que la reacción contra el proyecto educativo fue desigual según las regiones.¹⁸¹ En 1938, terminando el primer gobierno de López Pumarejo, el ministro de Educación, Joaquín Castro Martínez, hablaba del entusiasmo que por la reforma escolar existía en los departamentos y mencionaba la existencia en curso de un “movimiento social debido al esfuerzo hecho por el Gobierno para proponer y resolver en primer término todas las cuestiones relativas a los intereses culturales de la Nación”.¹⁸²

Sin embargo, el ministro también señalaba los “obstáculos provenientes del sectarismo político o de la incompreensión con que suelen analizarse aquellos cambios” y mencionaba “campañas sistemáticas y enconadas luchas” para que la educación no cambiara y levantar frente a las reformas “preocupaciones que en el fondo no son otra cosa que la reacción de intereses... por la nueva acción del estado en la Educación”.¹⁸³ Con respecto a las reacciones de la Iglesia y de los párrocos en los municipios el ministro escribía: “Es frecuente que algunos párrocos secunden y aun inicien el ataque o la resistencia a las medidas educacionistas del Gobierno”, agregando que los funcionarios civiles continuamente presentaban quejas respecto de un clero empeñado en oponerse a las reformas, y que al tiempo intentaba ganar para su causa a los padres de familia, propagando “noticias falsas y temores injustos acerca de la formación de sus hijos y del porvenir que les aguarda si entran en establecimientos oficiales”, situación que en ocasiones había llegado hasta “los ataques violentos en los recintos de las escuelas”, lo que demostraba, en palabras del

¹⁸⁰ Alvaro Tirado Mejía, *Aspectos políticos del primer Gobierno de López Pumarejo*, op. cit., p. 55 y ss., p. 262 y ss. y p. 383 y ss., entre otras.

¹⁸¹ Aun la reacción del clero contra las medidas educativas, si bien fue un hecho dominante, no fue general, por lo menos si hemos de creer a las palabras del ministro de Educación en 1938, quien indicaba que “Numerosos son los sacerdotes católicos que coadyuvan al mejoramiento escolar. El Ministerio registra constantemente la intervención de los párrocos en los programas de construcciones escolares, en la organización de restaurantes escolares, granjas, talleres, etc.; en la vigilancia de los maestros y en la propaganda entre los padre de familia para que cooperen y secunden el esfuerzo oficial. *Memoria del ministro de Educación al Congreso de 1938*. Bogotá, Editorial ABC, 1938, p. 9.

¹⁸² Idem, pp. 5-6. *La Memoria del ministro de Educación al Congreso de 1934*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1934, es una de las más ricas en informaciones departamentales, casi todas las cuales testimonian el inmenso interés y expectativa que despertaba la reforma educativa liberal. Cf. por ejemplo el caso de Antioquia, departamento de mayorías conservadoras pero de gran interés por la escuela y la educación, al punto de hablarse de “la extensión educativa de conformidad con el programa del señor doctor Alfonso López”, aunque no siempre las orientaciones nacionales coincidieran con las “apropiaciones regionales”, pues en Antioquia se hablaba de extender la enseñanza en las zonas rurales con el fin de contrarrestar la campaña educativa de los protestantes, lo que no era estrictamente el objetivo originalmente fijado. Cf. pp. 116-118, y más en general pp 103-118. Igualmente Cf. pp. 185-188 para el caso del Huila, en donde también se afirmaba de manera explícita la aceptación del nuevo programa liberal y pp. 240-241 para el departamento de Santander

¹⁸³ Idem, p. 6.

ministro, “hasta donde puede llegar la ciega pasión de las gentes en quienes se exalta el fanatismo y se estimula la violencia”.¹⁸⁴

Posiblemente las reacciones conservadoras y las del clero, difíciles de diferenciar, tuvieron más que ver con su desacuerdo respecto de la *movilización social y cultural* del magisterio, que ahora era llamado a organizarse en diversas clases de asociaciones corporativas, siempre en términos de su especificidad docente¹⁸⁵; aunque también con su oposición a la “despolitización” del magisterio, del que ahora se afirmaba que debía reunir calidades de saber, títulos de formación pedagógica obtenidos en las escuelas normales; y con su rechazo de que el Ministerio de Educación se convirtiera en una oficina técnica de inspección y vigilancia, con controles centrales, puntos sobre los cuales nunca dejó de insistir el ministro Carrizosa, y los que aparecían ante las fuerzas más tradicionalistas en el campo escolar como elementos que desestructuraban o aflojaban los lazos políticos y culturales que ligaban al maestro con el régimen conservador de los cincuenta años anteriores, mientras el conjunto de la sociedad soportaba, según los conservadores, una *intervención estatal dirigista* que amenazaba los fundamentos de la vida privada, las mentes de los niños y una vieja tradición que debería ser defendida a toda costa.¹⁸⁶

EL NUEVO LIBRO ENTRE LOS MAESTROS

En esa nueva política educativa y cultural hacia el magisterio la *difusión del libro*, y sobre todo de una *nueva clase* de libro, resultó esencial, y desde el principio se determinó que en el Ministerio de Educación en Bogotá funcionaría una *Biblioteca y un Museo Pedagógicos*, que deberían contener obras y documentos que se consideraban esenciales para hacer marchar lo que el ministro llamaba “el movimiento que ahora se inicia”. La idea de Carrizosa era la de replicar tales bibliotecas y museos en cada uno de los departamentos del país, y por ello informaba en 1932, que ya se encontraban apropiadas por parte del poder central las sumas destinadas a la compra de tales bibliotecas y que ya se habían realizado los pedidos al extranjero.

¹⁸⁴ Idem, p. 7. El ministro llamaba también la atención sobre el fenómeno de creación de “escuelas destinadas a competir con las del Gobierno y a disputarles el personal de niños, rodeándolas de su prestigio confesional”, pero agregaba en el mejor tono liberal: “En este punto el Gobierno tiene la satisfacción de dar las más amplias garantías y hasta cooperar en el buen desarrollo de algunas de estas escuelas, cuando por el personal directivo, por la organización que se les da y por la eficacia de la enseñanza se hacen dignas de esa ayuda”. p. 8.

¹⁸⁵ Cf. *Memoria... 1934*, op. cit., para observar por ejemplo la manera como en Cundinamarca se hacía eco del ideal del maestro titulado y la renovación de las viejas generaciones de maestros. Cf. pp. 171-180.

¹⁸⁶ Cf. *Memoria del ministro de Educación Nacional al Congreso de 1933*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1933, pp. 3-51, en donde Carrizosa Valenzuela expone el ideario educativo de los liberales. Es claro que en su oposición local los párrocos encontraban el apoyo de numerosos *maestros liberales y conservadores*, en ejercicio desde muchos años atrás, quienes sentían las exigencias de titulación y de calificación, las nuevas formas de selección del magisterio y el nuevo ambiente de discusión y de estudio de materias que les eran completamente ajenas, como una amenaza a la estabilidad laboral y a toda una forma de vida que ahora veían en proceso de transformación.

Así, en la culminación de una reunión con maestros que habían venido de distintas regiones del país a tomar parte en un curso acerca de las nuevas orientaciones pedagógicas, el ministro declaraba esperar que los maestros “que hoy nos acompañan, regresen al lugar de su actividad [y] encuentren allí los libros, las revistas, los elementos que aquí [en Bogotá] aprendieron a conocer y puedan multiplicar su eficacia y mantener su ánimo, para poder seguir progresando en su carrera y contagiando su fervor”.¹⁸⁷ Carrizosa pensaba además, ya en el año 1932, que la Biblioteca Nacional debería ser la gran aliada del Ministerio de Educación en “el movimiento que ahora se inicia”, pues estaba llamada a ser la institución que desde la capital del país difundiera de manera centralizada los libros “de interés general a todos los departamentos”, además de que su Sección de Biblioteca Infantil debería ser “un modelo para todas las similares que han de crearse en el país”.¹⁸⁸

Para el año de 1934 el Ministerio de Educación había puesto en marcha ya un plan sistemático de dotación a todos los municipios y cabeceras escolares de una biblioteca con destino al maestro, y anunciaba en ese momento haber enviado ya 500 de tales “pequeñas bibliotecas destinadas a los maestros”, pero anunciaba estar en posibilidad de repartir 1500 más, a todos los lugares de los cuales recibiera solicitud. Al parecer las respuestas fueron desiguales según las regiones, pero las peticiones no dejaron de llegar, y en gran medida en torno de ellas logró agruparse de manera más estrecha el incipiente “movimiento pedagógico” que se reunía en torno a las *Sociedades Pedagógicas*, que fueron en parte el soporte de la difusión del *nuevo libro pedagógico*, junto con los inspectores escolares.

La idea de las Bibliotecas Pedagógicas o del Maestro parece haber calado fuerte en muchas regiones, no siempre las más ricas y prósperas, como en el caso, por ejemplo, del departamento del Magdalena, que a pesar de su pobreza mantenía una Biblioteca Pedagógica compuesta de 550 volúmenes, que habían sido dotados por el Ministerio de Educación y que además de su uso entre los maestros eran también prestados al público. Como afirma el informe respectivo, “De estas obras se remitieron en el curso del año buen número a los inspectores de educación, para que las hicieran leer por turno a los maestros... con el fin de que ellos estuvieran enterados del movimiento y renovación que contempla la educación pública”.¹⁸⁹ Había además otras bibliotecas de obras didácticas en escuelas municipales fuera de la Santa Marta, capital, formadas por los maestros a partir de colecciones de libros enviadas por el Ministerio, y que, según escribía quien informaba, “han prestado un concurso positivo en la formación del personal docente, al mismo tiempo que han servido de centro de interés para los educandos”.¹⁹⁰

¹⁸⁷ *Memoria del ministro de Educación Nacional al Congreso de 1932*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1932, p. 13. El proyecto arrancó de manera práctica, como lo sabemos por diversas fuentes. El director de la Biblioteca Nacional, don Daniel Samper Ortega, menciona el hecho en 1933, en su Informe de actividades, cuando habla de las bibliotecas pedagógicas que viene repartiendo el Ministerio, según pedidos realizados por la Inspección Nacional de Educación, de cada uno de cuyos títulos la Biblioteca Nacional recibía copia.. Cf. *Memoria... 1933*, op. cit., p. 217.

¹⁸⁸ Cf. *Memoria... 1932*, op. cit., p. 13.

¹⁸⁹ Cf. *Memoria... 1934*, op. cit., p. 200.

¹⁹⁰ *Idem*.

El mismo papel activo del libro y de la lectura se comprueba en el caso de otro departamento supremamente pobre como el de Nariño, en donde existía una Biblioteca Pedagógica de más de 1500 volúmenes obsequiados en parte por el Ministerio y en parte comprados por el gobierno departamental, pues se había determinado la fundación de una biblioteca pedagógica por cada una de las siete zonas escolares en que se encontraba dividido el departamento.¹⁹¹ Situación similar se constata en el Huila, en donde, según los informes, “la Biblioteca Pedagógica tuvo un movimiento ordenado en el sentido de la distribución de libros a los inspectores para que estos los hicieran conocer de los maestros, quienes los devolverían *con resúmenes escritos sobre sus impresiones*”.¹⁹²

Lo interesante de este fenómeno de difusión del libro y de la práctica de la lectura entre los maestros, es su conjunción con un elemento muy notable en la evolución educativa de esos años, y que potenciaba el papel de la lectura. Se trata de las *Sociedades Pedagógicas* (o *Liceos Pedagógicos*), que arriba mencionamos, formas de reunión y de encuentro entre los maestros, que fueron generales en el país en los años 30s y 40s, y en donde, como en el caso del Huila, se ponían en consideración los resúmenes elaborados sobre los textos leídos, dando lugar a “importantes resoluciones sobre renovación de los métodos pedagógicos”. Estas Sociedades Pedagógicas, que agrupaban a los maestros que parecían como más abiertos a la renovación educativa, se combinaban con “asambleas (o reuniones) pedagógicas” que congregaban a los propios Inspectores de educación, frente a los cuales las direcciones departamentales pedía no continuar viéndolos como enemigos del maestro sino como instrumento de renovación escolar.¹⁹³

Departamentos como el Valle del Cauca, del que no sabemos qué tanto avanzó en las reformas educativas de la escuela primaria, no estuvo completamente ajeno al proceso de difusión del nuevo libro pedagógico, pues por este mismo año, 1934, ponía en marcha una Biblioteca Pedagógica, en Cali, la capital, “para el servicio docente”, a la que tendrían acceso “todos los maestros de la localidad y de fuera del lugar...”.¹⁹⁴

El departamento de Caldas, de gran dominio conservador y con fuerte influencia de la Iglesia y de la religión católicas -al igual que Antioquia-, parece haber sido en estos años el campeón de las iniciativas de renovación pedagógica y de impulso a la circulación del *nuevo libro* pedagógico. Según lo indica la detallada *Memoria* del Ministerio de Educación en 1934, parte del impulso vino de los Inspectores de educación, figuras controvertidas y a veces combatidas por los maestros y otras autoridades, pero que fueron de gran importancia en el proceso de renovación

¹⁹¹ Idem, p. 212. La Biblioteca Pedagógica de Pasto, la capital de Nariño, prestaba servicio a domicilio y contaba además con un radioreceptor para uso comunitario. La pobreza de infraestructuras del departamento queda patente en el hecho de que se luchaba por tener siquiera un “excusado” por cada cincuenta alumnos. Cf. p. 210.

¹⁹² Idem. El resaltado es nuestro.

¹⁹³ Idem, p. 186.

¹⁹⁴ Idem, p. 273-274. Sobre la Inspección escolar y los inspectores de educación, tema básico para comprender las reformas educativas de estos años, no conozco ningún trabajo.

escolar. Ellos fomentaron las “Escuelas de Preparación” -reuniones periódicas de maestros para recibir conferencias sobre didáctica y pedagogía-, las Sociedades Pedagógicas, que fue sin lugar a dudas la más extendida forma “moderna” de sociabilidad magisterial durante ese período y el lugar de difusión y discusión del nuevo libro de pedagogía, y por último los “Derroteros Escolares”, que eran especies de guías de trabajo formuladas por los Inspectores escolares y consagradas, por lo menos en el caso del departamento de Caldas, “al estudio de las obras pedagógicas, las más interesantes de las cuales ha llevado cada uno [de los maestros] a su biblioteca particular. De este modo un buen número de nuestros maestros está bien informado del movimiento educacionista y se preocupa de preferencia por mejorar los conocimientos sobre psicología escolar”.¹⁹⁵

Además el departamento de Caldas, un ejemplo que tiende a *no reflejar el conjunto del país*, había organizado en Manizales una Biblioteca Pedagógica (y un Museo Escolar), con el fin principal “de que sea el centro de estudio de los maestros, quienes pueden consultar allí la generalidad de las obras más nuevas sobre ciencias de la educación y observar el material educativo que requiere la escuela activa”.¹⁹⁶ Por fuera de toda esta novedad cultural, los maestros de esa región podían disponer de la revista *Cátedra*, órgano oficial de la Dirección de Educación, del cual en 1934 habían aparecido tres números, “con material muy interesante e inédito por lo general, pues se ha dado preferencia a los trabajos de las Sociedades Pedagógicas, lo que ha convertido esta publicación en tribuna en donde expone su pensamiento el magisterio caldense”.¹⁹⁷ El informe concluye señalando que “Los 123 números editados en los 13 años de existencia de la revista [*Cátedra*] contienen 3693 páginas, en las cuales se encuentra un verdadero acopio de la doctrina pedagógica y de toda la legislación nacional y departamental expedida en estos años en relación con la educación pública”.¹⁹⁸

El departamento Caldas es desde luego un *caso ejemplar* de renovación pedagógica y de difusión de un nuevo tipo de libro, pero el análisis de la situación de conjunto muestra que ninguna de las regiones fue completamente marginal al fenómeno de cambio cultural, aunque la velocidad de éste y el grado de profundidad del suceso puedan haber sido tan diversas. Llama también la atención el caso de Caldas, porque vuelve a poner de presente, como en el siglo XIX lo hizo Antioquia, la posibilidad de que una región de orientación conservadora y clerical pudiera ser la principal avanzada de reformas de inspiración liberal, lo que puede haber sucedido en estos años también en el caso de Boyacá, en donde las novedades en torno a los métodos pedagógicos nuevos se hacían sentir desde los años 20s, lo que recuerda que en buena medida la innovación

¹⁹⁵ Idem, p. 136, y más en general pp. 133-167. Las estadísticas revelan que Caldas era en ese momento una de las regiones de más avance educativo en el país. Cf. p. 136-138, y en donde además había un desarrollo notable de las escuelas nocturnas para obreros -palabra que más exactamente quiere decir trabajador pobre o artesano, y no propiamente obrero industrial.

¹⁹⁶ Idem, p. 164.

¹⁹⁷ Idem.

¹⁹⁸ Idem. Ahí mismo se señalaba a la aparición del número 124 de *Cátedra*, se manifestaba el propósito de darle completa continuidad y se anunciaba el recommienzo de su paginación.

de los gobiernos liberales encontró apoyo en ciertas regiones que por su cuenta ya habían avanzado en el camino no de la reforma educativa, pero sí de la reforma pedagógica y en la creación de formas de “sociabilidad” que resultaron básicas como soporte de los cambios educativos, como en el caso de las sociedades pedagógicas, que son anteriores a la llegada del liberalismo al gobierno, y para las cuales muchos de los departamentos incluso contaban con normas de funcionamiento definidas, que formaban parte de su legislación escolar.

Un caso de evoluciones similares a las del departamento de Caldas se comprueba en el departamento de Santander, una región de perfiles ideológicos, de dominios partidistas y de relaciones con la Iglesia católica diferenciadas, y en parte opuestas, a las que se encuentran en Caldas y Antioquia; una región en donde los intereses por la alfabetización y por la escuela se remontan al propio siglo XVIII Ilustrado, habiendo encontrado esta tendencia nexos y continuidades en el siglo XIX, primero en el momento del inicial constitucionalismo colombiano y la fragmentación del país en provincias, después de la Revolución de 1810, y luego, hacia 1870, cuando el liberalismo federalista y radical intentó una reforma escolar que ya ponía sobre el tapete las relaciones entre educación y democracia política. En esos dos momentos se puede comprobar en la región santandereana un inmenso interés por difundir la cultura y por extender la escuela pública y toda forma nueva de conocimiento.

En Santander parecen haber calado hondos los ideales de reforma cultural del Gobierno liberal, el que encontró, por lo demás, una dirigencia educativa compuesta por intelectuales valiosos, todos ligados al partido liberal, como era el caso, en 1939, de Mario Galán Gómez, quien se desempeñaba como director de Educación y era un abierto defensor de las ideas liberales en educación¹⁹⁹, y quien se empeñó en la difusión del libro y de las bibliotecas ambulantes, compuestas sobre todo por libros didácticos, “pero igual [por] los libros que mejor representan la historia del país”.²⁰⁰

El siguiente director de Educación, Horacio Rodríguez Plata -político, educador e historiador muy conocido en el país- profundizará las orientaciones que, de creer a Galán Gómez, estaban presentes desde 1930, y mencionará la “campana de lectura que se encuentra en marcha”, por lo cual se ha creído conveniente “facilitar a los lectores la adquisición de libros que yacen en lo estantes de las bibliotecas sin utilidad para nadie, por medio del establecimiento de bibliotecas circulantes”, pues, según Rodríguez Plata, se ha comprobado que las gentes prefieren leer en sus

¹⁹⁹ Cf. *Informe del director de Educación Pública al Gobernador de Santander. 1939*. Bucaramanga, Imprenta del Departamento, 1939, cf. pp. 6-7 para la afirmación del ideario educativo liberal. Galán Gómez establece el año de 1930 como el de la reorientación de la educación en esa región y habla de haberse “desatado una verdadera agitación pedagógica, por lo que hace a los procedimientos y métodos de enseñanza”.

²⁰⁰ Idem, p. 26. Cf. también *Informe de la dirección departamental de Educación. 1940*. Bucaramanga, Imprenta del Departamento, 1940, pp. 18-19 en donde Galán Gómez vuelve sobre las mismas ideas e informa que la Biblioteca Ambulante del magisterio tiene ya 850 vols (aunque recoge unos pocos títulos, como veremos enseguida).

casas y que la lectura a domicilio siempre ofrece mejores resultados, cuando no se está habituado a permanecer “una o más horas en un salón de lectura, bien sea por falta de tiempo o por la incomodidad” de las salas.²⁰¹

Rodríguez Plata parece haber puesto también sus esfuerzos en las “campañas de lectura” - campañas para difundir el libro y para impulsar la lectura-, e ideó un mecanismo, que también existió en otras regiones, que era el de interrogar a los lectores, en este caso maestros, con relación a las lecturas realizadas. Así por ejemplo, envió a todos los maestros una circular sobre la “Biblioteca Circulante del Magisterio”, en la que se leía:

Señor Maestro: Interesado vivamente en establecer una mejor conexión cultural con el magisterio... este despacho ha resuelto encaminar los trabajos personales de los maestros hacia una serie de cuestionarios sencillos, basados en las obras de lectura que se han distribuido con el objeto de saber el alcance del programa cultural que se ha venido trazando [...]

*Los presentes cuestionarios de historia relativos a la Revolución de los Comuneros no tienen por objeto clasificar al personal en grupos más o menos inteligentes, sino recibir una confirmación eficiente de los resultados benéficos de la Biblioteca Ambulante del Magisterio y apreciar racionalmente los esfuerzos de los maestros, tendientes siempre a la superación...*²⁰²

En realidad la promocionada “Biblioteca Circulante” tan sólo estaba constituida por tres títulos, que se enviaban a los maestros que lo solicitaban. El libro de Arciniegas, del que se habían adquirido 166 ejemplares, un libro sobre Francisco de Paula Santander, escrito por Juan de Dios Arias, del que se habían adquirido 488 ejemplares y el *Tratado de Higiene* de Laurentino Munoz, del que existían 130 ejemplares, aunque las adquisiciones de esos mismos títulos parecen haber sido mayores, si se tiene en cuenta la cantidad que permanecía aun en depósito. A eso tres títulos se agregaron luego al parecer 400 ejemplares de un *Tratado de Psicología* y 500 ejemplares de *Sugestiones sobre cálculo y medida*.²⁰³

²⁰¹ *Régimen de la Educación Pública en Santander. Disposiciones reglamentarias dictadas en Santander durante los meses de febrero y marzo de 1941.* Bucaramanga, Imprenta del Departamento, 1941, p. 7. Rodríguez Plata no deja de agregar que: “El libro que se pone en manos de un ciudadano es un poder espiritual que logrará tarde o temprano su manifestación en los hechos y realizaciones”. Rodríguez Plata escribe en un lenguaje muy cercano al de Galán Gómez, y parafrasea los “tópicos” de la República Liberal sobre la educación, como cuando escribe: “La educación del pueblo ha constituido para el Gobierno una de las preocupaciones fundamentales, y la organización de todas las formas de cultura popular... ha sido preocupación de cada uno de los ilustres mandatarios que desde 1930 han dirigido los destinos del país”. p. 9, y más en general pp. 47-51.

²⁰² Idem, pp. 53-54. El libro sobre los Comuneros a que se refiere la circular es el del joven intelectual liberal y dos veces ministro de Educación del Gobierno liberal, Germán Arciniegas, *La Revolución de los Comuneros*.

²⁰³ Idem, Anexos, pp. 189-190. Por otra parte, a las “Bibliotecas Escolares” se habían remitido 785 ejemplares de la *Aritmética* de Martínez y Caro y 500 ejemplares de la *Historia de Colombia* de Carmen B. Pinzón. En 1943 se agregarían 643 ejemplares de *Folklore Santandereano* y 174 ejemplares del *Censo General del*

En todo caso, el departamento de Santander manifestó un enorme interés por los ideales educativos liberales y fue uno de los departamentos que más esfuerzos comprometió, no sólo en la campaña de alfabetización, sino en el conjunto del dispositivo puesto en marcha, como lo prueba su actitud positiva frente a la difusión del cine educativo, “para estudiantes y para el público en general”, pues

*Para facilitar la extensión del servicio [de cine] a todos los municipios, el Departamento adquirió una pequeña camioneta y el Ministerio envió dos proyectiles [sic] portátiles, gracias a lo cual pudieron gozar del cine educativo los alumnos de todos los vecindarios dotados de carretera.*²⁰⁴

EL LIBRO Y LAS MISIONES CULTURALES

Pero esta idea de *difusión amplia del libro entre los maestros de escuela* era sólo un elemento de un dispositivo mayor de elevación del nivel cultural del conjunto de la *sociedad subalterna*, que es distintivo de la política liberal durante todo el período, y que intentaba apoyarse en los *medios modernos de comunicación*, incluyendo el libro, las reproducciones artísticas, el disco, el radio y el cine, formas de difusión cultural que la República Liberal nunca consideró como elementos que se opusieran unos a otros.²⁰⁵ El intento de un uso simultáneo de todas formas que permitían la reproducción masiva de los bienes culturales y la colocación del libro como un elemento central inseparable de las otras formas de difusión cultural, será uno de los elementos más característicos de la política que adelantarán los liberales entre 1930 y 1946.²⁰⁶

El elemento que articulaba el conjunto del dispositivo de renovación cultural y con el que se buscaba no limitar la “campaña educacionista” al marco puramente escolar y magisterial, parece

Departamento de Santander. 1938. Cf. Informe del ejecutivo de Santander a la Asamblea Departamental. 1943. Bucaramanga, Imprenta del Departamento, 1943.

²⁰⁴ *Informe del Director de Educación Pública al Gobernador del departamento. 1941. Bucaramanga, Imprenta del departamento, 1941, p. 54.*

²⁰⁵ El balance de lo que en cortos meses hizo la Biblioteca Nacional a través de la radio es verdaderamente asombroso, si se tiene en cuenta las condiciones del país. Samper Ortega menciona: la información sobre el conflicto colombo-peruano, audiciones dedicadas a cada uno de los países americanos, 55 conferencias de divulgación científica, 300 conferencias de carácter histórico, 45 conferencias de sociología, 300 sobre educación, 178 de divulgación literaria, 75 conferencias sobre agricultura y numerosos cursos de extensión universitaria, todo ello al parecer entre julio de 1932 y junio de 1933. Cf. *Memoria... 1933*, op. cit., p. 226 y ss.

²⁰⁶ Cf. *Memoria... 1932*, op. cit., p. 13. Daniel Samper Ortega, el director de la Biblioteca Nacional, por ejemplo, *no opone el radio al libro*. Por el contrario, utiliza la H.J.N., una de las pocas emisoras existentes a principios de los años 30s y que era manejada por la Biblioteca Nacional, para hacer propaganda a los libros, para ofrecer los horarios de apertura de la Biblioteca y para anunciar la *Biblioteca Circulante*, institución dependiente de la Biblioteca Nacional y que realizaba préstamos domiciliarios de libros. La emisora se utilizaba además para amonestar a las editoriales e imprentas que incumplían con la norma legal que obligaba a enviar a la Biblioteca Nacional copia de cada de los títulos que fueran sacados al mercado. Cf. *Memoria... 1933*, op. cit., p. 217.

haber sido desde estos años las llamadas *Misiones Culturales* -combinación de cine, libro, fonógrafo, conferencias y espectáculos folclóricos-, que en principio quedó en manos de la Biblioteca Nacional, institución que iba perfilándose como el pivote central de todo el proyecto (ella misma en proceso de reorganización para ponerse a tono con las nuevas demandas que se le planteaban), y que Daniel Samper Ortega, el director de la Biblioteca Nacional, definía como instituciones que tendrían por objeto

*recorrer los pueblos, en especial aquellos en donde el influjo educativo del Gobierno llega más difícilmente, para dictar conferencias, distribuir libros, exhibir películas docentes y aun practicar exposiciones de grabado que tiendan a formar el buen gusto,*²⁰⁷

finalidad para la cual buscaba el concurso de la Federación de Cafeteros, la Sociedad de Agricultores, el Ministerio de Industrias “y otras sociedades e institutos similares”, es decir todo lo que fuera *cuerpo organizado con capacidad de acción sobre la sociedad*, y de los cuales se pensaba que podían ser instrumentos de divulgación del libro y sobre todo de las cartillas técnicas elementales en las cuales ya se pensaba, -aunque dentro de estos “cuerpos”, y hay que mencionarlo, nunca se pensó en la Iglesia, que era sin lugar a dudas en la sociedad colombiana de esos años, la institución más coherente y homogénea, con mayor acumulación de experiencias pedagógicas y posiblemente con mayor ascendiente sobre la sociedad, lo que muestra un aspecto decisivo de la diferencia entre la *República Liberal* y el período llamado de *Hegemonía Conservadora* (1880-1930).

Según el pensamiento de los liberales en esos años, no se podían difundir la cultura y los conocimientos técnicos sino sobre la base de conocer los medios sociales locales sobre los cuales se esperaba influir. Es por eso que una de las tareas centrales de las Misiones Culturales era la recolección de las informaciones básicas que permitieran la formación del primer gran *Censo Cultural de la República*, punto en donde también se concretaba lo que atrás llamamos la “pasión estadística de la República Liberal”. El Censo, que efectivamente se realizó, y en parte se publicó²⁰⁸, estaba ya en marcha en 1933, bajo la dirección de la Biblioteca Nacional y con la cooperación del Ministerio de Gobierno, e incluía datos acerca de todos los fenómenos significativos de la vida de las comunidades locales, tanto en el plano de la “civilización material” (condiciones de vida y de producción agrícola y ganadera, mercados, carreteras, enfermedades de hombres y animales, infraestructuras materiales en relación con agua, luz, telégrafo, etc.) como

²⁰⁷ *Memoria... 1933*, op. cit., p. 223-224. Samper Ortega pensaba que si las Misiones Culturales se generalizaran por toda la República, siquiera una vez al mes -lo que nunca se logró-, “se habrá dado un paso de la mayor trascendencia en la educación de las masas y uno de los más bellos ejemplos al mundo entero”. El nombre de la institución cambiará y en otros años se hablará más bien de *Escuelas Ambulantes*, pero la idea es la misma. Samper Ortega, además, asegura haber expuesto la idea desde de las “misiones ambulantes” desde 1930. Cf. *Senderos*, junio, 1934, pp- 2-3.

²⁰⁸ Cf. al final Anexo estadístico.

en el plano de la cultura intelectual (escuelas, bibliotecas, número de volúmenes existentes, salas culturales, etc.).

El llamado Censo Cultural incluía también, en formulario separado y de manera pormenorizada toda la información relacionada con lo que se podría llamar las “elites intelectuales locales” (escritores, hombres de letras, academias y sociedades literarias y científicas, periódicos y revistas de publicación local, libros publicados, con sus respectivos datos editoriales, etc.), información con base en la cual la Biblioteca Nacional pensaba componer una bibliografía básica, para la cual ya había recopilado en 1933 los nombres y características culturales de más de 2000 intelectuales residentes fuera de Bogotá y asentados en pequeñas poblaciones.

Toda esta información recopilada, que era suministrada por párrocos, alcaldes, maestros, y de manera individualizada por los eruditos locales, tenía un objetivo múltiple, pues debería servir en primer lugar a la Biblioteca Nacional para completar muchas de sus colecciones incompletas de libros y periódicos, pero además debería permitir conocer los intereses intelectuales de los eruditos locales, de tal manera que la Biblioteca Nacional pudiera realizar las adquisiciones de los libros correspondientes y “correrles noticia de los libros que sobre cada tema vayan llegando... o sean publicados en el país”, de forma que se pudiera aumentar el número de lectores y “facilitar a quienes viven fuera de la ciudad el poder pedir los libros que les interesen”, a través de cada una de las bibliotecas departamentales que deberían formar la red bibliotecaria que desde Bogotá debería organizar y controlar la Biblioteca Nacional.²⁰⁹

Igualmente la información recopilada debería permitir establecer cuáles eran las condiciones culturales mínimas, sobre todo en el campo del libro y de las bibliotecas, de las comunidades locales, de manera que el Ministerio de Educación pudiera responder con conocimiento de causa a las necesidades culturales que se encontraran insatisfechas. Y aun más que ello, la información debería permitir establecer las condiciones sociales y económicas de las aldeas, de tal manera que sobre esa base y sobre la base del conocimiento de los niveles de cultura general, pudiera pensarse en una política de difusión del libro que tuviera como punto de partida las mayores necesidades, carencias y problemas respecto del trabajo, la técnica, los incrementos de la producción, el cuidado del cuerpo y la higiene general, para producir libros, cartillas y folletos que permitieran una relación estrecha entre *lectura y utilidad*, de forma que las “bibliotecas campesinas y de aldea” no fueran simplemente la expresión de los gustos y de los deseos de quienes desde la ciudad controlaban el conjunto del proceso.²¹⁰

²⁰⁹ La idea de una red bibliotecaria nacional que tendría como eje central a la Biblioteca Nacional y sería el organismo regulador de la difusión del libro sobre las capitales departamentales y los municipios, se encuentra formulada desde temprano, desde 1931 por lo menos, en Daniel Samper Ortega. Más adelante volveremos con detalle sobre este punto. Cf. el Informe que como director de la Biblioteca Nacional presenta en 1934 Samper Ortega, y con el cual cubre el período 1931-1933 de su gestión en *Senderos*, junio, 1934, pp. 2-3.

²¹⁰ Cf. *Memoria... 1933*, op. cit., pp. 224-226.

REDEFINICIONES DE LA CANASTA ESCOLAR

La idea de las “misiones culturales” (o “ambulantes”) se introdujo en el propio *Estatuto* de la Biblioteca Nacional, en 1934, pues su director, don Daniel Samper Ortega, era un convencido de la bondad de esta iniciativa, llamada, según él, a revolucionar la biblioteca y la lectura, pues se trataba por primera vez de ir en busca del lector, sin esperar que este viniera a buscarlo a la biblioteca, según un esquema que el ya había estado probando en Bogotá a través de la *Biblioteca Circulante* -préstamo a domicilio de libros, distribución por medio de mensajeros, localización de una colección de libros fuera de la Biblioteca en lugar público y visible-, servicio que se regularizará a partir de 1936 y que funcionara de manera continua hasta 1940, para ser relanzado enseguida y desaparecer al poco tiempo, aunque las informaciones sobre la continuidad de este servicio tienden a ser fragmentarias.²¹¹

Hacia 1934 continuaba el trabajo de difusión del libro entre los maestros y de formación de las Bibliotecas Escolares, como un aspecto central de la política educativa del Gobierno, ya que según las autoridades educativas “toda escuela debería poseer una pequeña biblioteca de obras de consulta para el maestro y de lectura para los alumnos”. Según el ministro, “para atender, siquiera en parte esta necesidad, [se] ha continuado repartiendo a los municipios y a las escuelas más importantes, las bibliotecas que [se] pidieron al exterior”, las que habían sido “escogidas con un criterio muy claro de nuestras necesidades”. Se trataba según las palabras del ministro, de “obras pequeñas, primorosamente editadas y escritas por autoridades en la materia” y en las cuales se encontraban todas las asignaturas que los maestros dictaban, aunque se reconocía que en razón de las dificultades presupuestales los pedidos no se habían renovado en los últimos meses.²¹²

A principios de los años 40s la iniciativa de difundir el libro entre los maestros continuaba, ahora bajo el nombre de *Biblioteca del Maestro*, y se había agilizado la publicación de una serie de textos económicos que los maestros deberían recibir de manera gratuita o a su precio de costo,

²¹¹ Cf. G. Hernández de Alba y J. Carrasquilla Botero, *Historia de la Biblioteca Nacional*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1977, pp. 256-257. La idea de la Biblioteca Circulante en Bogotá, había sido ensayada desde los años 20 por la Biblioteca Nacional, por ejemplo bajo la dirección de Monseñor López Lleras, quien aspiraba a extenderla al resto del país (sin ninguna clase de organización ni de recursos que permitieran concretar la idea). Cf. *Memoria del ministro de Instrucción y Salubridad Públicas al Congreso. 1925*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1925, p. 181. *La Revista de las Indias*, No 42, junio, 1942, por su parte, informaba en esa fecha de la reapertura en mejores condiciones de este servicio: “Nuevamente ha sido abierta al público la Biblioteca Circulante. Después de algún tiempo de clausura, en que se ampliaron y pre isaron los catálogos, en que se escogieron y completaron los volúmenes, este elemento de cultura, de difusión del libro y de evidente movimiento intelectual ha vuelto a aparecer entre nosotros”. pp. 132-133.

²¹² Cf. *Memoria del ministro de Educación Nacional al Congreso de 1934*. Tomo 1. Bogotá, Imprenta Nacional, 1934, p. 30. Pero el ministro menciona también como un elemento del problema la dificultad que existía para encontrar buenos textos escritos en el país, por ejemplo sobre historia nacional: “Debo llamar la atención hacia la falta que hace un texto de historia patria para las escuelas primarias, escrito en forma narrativa y amena, e ilustrado con episodios de los principales acontecimientos. Si las circunstancias lo permiten, considero que el Ministerio debería abrir un concurso para llenar este vacío”.

“para formar su biblioteca de autores nacionales y extranjeros”, aunque se incluían también “estudios científicos e históricos, cartillas de higiene escolar, biografías, etc.”. Es posible que una colección especializada de libros, bajo el título indicado, no se hubiera en rigor creado en los años 40s, como si lo fue a principios de los años 30s, , pero lo cierto es que los envíos continuaban haciéndose, ya que entre julio de 1940 y julio de 1941 “se despacharon 40000 volúmenes de obras pedagógicas para maestros y alumnos”.²¹³

En buena medida fueron los avances presupuestales en materia de educación en esos años el respaldo de una política ampliada de difusión del libro, función que, como sabemos cumplía muy a medias el Ministerio de Educación desde años atrás, pero que ahora adquiría elementos nuevos pues, por una parte, el libro había sido una realidad relativamente ausente de la vida de la escuela pública elemental, tanto para el maestro como para el niño, como, por otra parte, ahora se ligaba el libro por primera vez de manera decidida con un intento de formación de una nueva cultura, en la que destacaba la exigencia de calidad intrínseca de los textos de acuerdo con lo que se estimaban las modernas “ciencias de la educación” y con un esfuerzo por fortalecer la *campaña nacionalista* del gobierno a través del libro que se difundía e introducía en la escuela.²¹⁴

Los dirigentes educativos liberales constatan, en primer lugar, que la escuela carecía de textos para la enseñanza de los conocimientos básicos que debía proporcionar la escuela, y que los pocos que existían “acumulaban sin orden y sin sentido de utilidad los más insípidos y desventurados trozos de literatura” anacrónica, a lo que se unía, como en el caso de la Historia Sagrada, “la mezquindad de la presentación y la fealdad irredimible de las ilustraciones”, característica que parecía distinguir a todo el libro escolar.²¹⁵

Lo cierto es que los responsables del proyecto trataron de ampliar la hasta el momento muy reducida “canasta escolar” (cuadernos, lápices y cartillas), incluyendo lápices de color, cuadernos de dibujo y un grupo más amplio de impresos y de libros -incluido el libro infantil-, todo lo que hasta hace poco se consideraba “como una ambición desmesurada de chiquillos y maestros”,

²¹³ Cf. *Memoria del ministro de Educación Nacional presentada al Congreso de 1941*. Bogotá, Prensas de la Biblioteca Nacional, 1941, p. 94. Pero la distribución ya no corría a cargo de la Biblioteca Nacional, que anteriormente había compartido esa función con el Ministerio de Educación, y la iniciativa dependía de la sección de Publicaciones de la oficina de Extensión Cultural.

²¹⁴ Cf. por ejemplo *Memoria... 1930*, op. cit., pp. 9-22, en donde aparece información ilustrativa -y cuantificable- sobre los tipos, clases y formas de los textos que se distribuían, y por lo tanto que presumiblemente se leían, por parte de maestros y escolares. -Sobre la base de las *Memorias* el mismo ejercicio puede hacerse para los años anteriores.

²¹⁵ Cf. *Memoria del ministro de Educación al Congreso de la República en 1936*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1936. p. 39. Cf. p. 29 para constatar el aumento de los presupuestos en educación, p. 36 para el crecimiento de los gastos en materiales escolares desde 1931. La revista infantil *Rin Rin*, que promocionaba el Ministerio y que al aparecer su tercer número ya contaba con 11000 suscriptores, fue pensada como un sustituto provisional frente a la carencia de libros para los niños en la escuela. El ministro llamaba a la revista “texto de lectura universal en Colombia” aunque reconocía sus deficiencias, por falta de colaboradores “especializados en literatura infantil y con el indispensable criterio pedagógico”. Cf. pp. 39-40.

según la propias palabras del ministro Darío Echandía²¹⁶, prestando especial atención *al libro de aprendizaje de lectura*, para lo cual se contrató la impresión de 25000 cartillas que hacían uso del “método ideovisual” (?), “adoptado a nuestras peculiaridades e ilustrado con motivos de nuestra vida, en una palabra nacionalizado, para sorpresa de quienes reputaban que el país carecía de autores, artistas e impresores que pudieran competir en este terreno con los extranjeros”, con lo cual se pensaba, además, estar encontrando otra vía de “nacionalizar la enseñanza” y de colocar las bases de una nueva industria nacional, la del libro, “que aparte de su valor comercial, significará el vínculo más rápido y elocuente que pudiera hallar nuestra cultura para su difusión exterior”.²¹⁷

Más allá del libro, el impreso y la imagen fueron también instrumentos de alfabetización y de “aculturación” de los que intentó hacer uso la nueva política educativa, siempre bajo la perspectiva nacionalista, y se contrató la impresión de “frisos” escolares, que deberían ser colgados en cada aula de escuela pública, con el resultado, en palabras de los responsables del Ministerio, de “calidad artística superior, impresión comparable a la mejor europea [y] reducción de costo”, según las palabras orgullosas y seguramente un tanto desproporcionadas del ministro Echandía, quien reiteraba que así se abría el camino para la producción de todo el material gráfico necesario para la enseñanza” (en este caso de las ciencias naturales), pero con el beneficio de la “nacionalización de los motivos”, habiendo eliminado la enseñanza de faunas y floras “que no interesaban al niño por no hacer parte de su vida y medio ambiente”, según su prédica nacionalista, la que complementaba escribiendo que la enseñanza de la botánica se haría “con base en el café, en el banano, el arroz, el maíz, la patata, etc.”, cultivos en los cuales parecía encontrar el ministro cierto “aire nacional”, por diferencia con la enseñanza de la botánica que tomaba como ejemplos la vid o el olivo o cualquiera otra planta exótica entre nosotros “y ajena a los intereses de los educandos”.²¹⁸

El interés por la escuela primaria y por la difusión en ella de textos que pugnaban entre “científicos y nacionalistas”, al lado de la lucha porque la escuela elemental enseñara al niño los fundamentos de toda educación ciudadana, deben ser considerados en el marco de la idea que de las relaciones entre educación y democracia sostenían los liberales en el Gobierno, y de manera particular el ministro Darío Echandía. Como lo indicara en distintas ocasiones el ministro, mientras el principio democratizador no se impusiera en el conjunto de la sociedad, lo que en su opinión tenía como requisito la modificación de complejas condiciones económicas y sociales, “las masas colombianas sólo tendrán acceso a la escuela primaria”, por lo cual el repertorio de sus

²¹⁶ Idem, p. 39.

²¹⁷ Idem, p. 40. Igualmente se contrató con una casa japonesa, “a razón de dólar y medio” la elaboración de diez mil mapas de Colombia, “cuya ausencia del ámbito escolar era una de las cosas más deprimentes y extravagantes de la vieja escuela”. p. 39.

²¹⁸ Idem, p. 41. El ministro Echandía aspiraba a llevar la actitud nacionalista -que por fortuna nunca exageró demasiado-, a todo el material de enseñanza (libros y láminas). El Ministerio intentaba también en ese año (1936) la elaboración de textos de historia y geografía “patrias” y “la impresión de nuestros fabulistas y cuentistas infantiles”. Cf. p. 42.

habilidades técnicas y conocimientos cívicos no podría rebasar, entre tanto, el nivel de lo que enseñanza la escuela básica, por lo cual

*En esos cuatro años fugaces de la escuela primaria tenemos que resolver el más grave de los negocios: darle a conocer al niño su tierra propia en forma tal que espontáneamente la ame, concientemente la respete, prácticamente la utilice e intelectualmente la entienda en la enorme diversidad de sus aspectos.*²¹⁹,

“grave negocio” difícil de solucionar por fuera de una política de ampliación del conocimiento elemental técnico y cívico, que no podía apoyarse más que en una política de difusión del libro en la escuela y de cualificación del maestro, pero política que, de todas maneras, encontraba su gran obstáculo en lo que tanto López de Mesa, el ministro de Educación anterior, como Echandía, continuador de su política, habían repetidamente señalado: la carencia de buenos libros nacionales para llevar a la escuela primaria (y en general a las zonas rurales y populares urbanas). El ministro Echandía reconocía que resultaba imposible recomendar texto alguno de enseñanza de historia o geografía, de botánica o de zoología para los niños y maestros, o de sociología colombiana para los docentes, y que por el momento se había intentado como solución tan sólo evitar el uso de los pocos viejos textos conocidos, e intentar que los maestros utilizaran los nuevos folletos que editaba el Ministerio y que contenían los programas de la enseñanza reformada, como sustitutos del libro, como “auténticas guías científicas que acompañen al maestro en cada una de sus clases...”²²⁰.

El Ministro Echandía trataba de hacer virtud de las carencias -de hecho le parecía ya un triunfo el abandono de los viejos libros- e informaba que la ausencia de textos “modernos” resultaba ocasión propicia para “fomentar la producción científica colombiana”, razón por la cual el Ministerio había llamado en su apoyo “a un distinguido grupo de intelectuales y hombres de ciencia en solicitud de que elaboren para el Gobierno los textos de que carecemos”, política que en parte fue materializada, sobre todo en lo que tiene que ver con las cartillas de difusión popular -mucho menos que con los propios libros escolares, que originalmente eran el objetivo central-, como se observa cuando se considera las cartillas que fueron distribuidas a través de las Bibliotecas Aldeanas, como veremos más adelante.

Se trataba de una política que buscaba no sólo la mejora sustancial de los textos usados en la enseñanza, sino al mismo tiempo estrechar los lazos entre la *intelectualidad moderna del país* y los *proyectos culturales de la República Liberal*, pues para la producción del “nuevo libro” se

²¹⁹ Idem, p. 44. El ministro agrega enseguida que era eso lo que entiende por “nacionalización de la enseñanza”, señalando a continuación uno de los elementos que le parecía caracterizar la “vieja escuela”: “el repugnante espectáculo de un niño que recitaba de carrerilla las capitales europeas, los [nombres] de los reyes españoles, las definiciones gramaticales o los versillos ortográficos, pero que ignoraba cuál era la capital de su propia patria...” p. 44.

²²⁰ Idem, p. 85. El ministro Echandía escribía que “es preciso dar a los útiles [escolares] un sentido que no riña con los programas de enseñanza que los reformadores de la educación sustentan”. p. 37.

trataba de realizar contratos formales, con sus respectivos obligaciones y derechos de autor, que al mismo tiempo estimularan la producción intelectual nacional e incorporaran “al plan de la reforma instruccional a una serie de valores intelectuales que permanecen ajenos, si no indiferentes, a la labor gubernamental”.²²¹

De todas maneras y a pesar de los esfuerzos por aumentar el *flujo* de textos escolares para estudiantes y maestros, el Gobierno encontró innumerables problemas para su *distribución*, en primer lugar porque ésta no llegaba a ser equitativa entre los departamentos ni correspondiente con las necesidades, y por los problemas casi insolubles que planteaba la llegada del libro a las zonas rurales alejadas, casi inaccesibles por su geografía, por la falta de vías de comunicación y por la carencia de un sistema organizado de correo nacional y departamental, aunque al parecer el problema central consistió en que llegados los libros y textos a los departamentos, se les consideraba por parte de los responsables de la entrega en las escuelas, como bienes privados de los que podían disponer a su antojo, dándose “el caso lamentable de que un cincuenta por ciento de los útiles destinados a los niños colombianos se extraviaban en el camino”, como parecía ocurrir con los cuadernos escolares, que podían terminar “en mercancía negociable que llegaba a manos de los niños, pero yo no como servicio gratuito del Estado, sino como especie comprada en las tiendas del lugar”. De manera específica citaba el ministro el caso de las *Bibliotecas Pedagógicas*, con las que se había dotado a las oficinas departamentales de Educación, para permitir a los maestros “la actualización y renovación de sus conocimientos profesionales”, con el resultado de que buena parte de ella se había extraviado en manos ajenas, por falta de controles, “aunque también por ignorancia de su función”.²²²

DE LA POLÍTICA ESCOLAR A LA POLÍTICA DE CULTURA POPULAR

Como lo hemos repetido líneas atrás, la política escolar era sólo una parte de la política cultural del Gobierno liberal. Desde principios de los años 30s había sido planteado por casi todos los ministros de Educación, que el *problema del analfabetismo era en Colombia un problema que desbordaba las posibilidades de la escuela formal*, pues el rasgo cultural dominante de la sociedad en términos de su cultura intelectual era el analfabetismo y el semianalfabetismo de los

²²¹ Idem, p. 86. Pero las cosas no siempre salieron bien en relación con la redacción de nuevos textos. El ministro de educación escribía en 1937, con ocasión de una compra de libros para enviar a las bibliotecas municipales, que “No podemos indefinidamente seguir esperando el texto [de Historia de Colombia] que le encargó el Ministerio a Juan Lozano y Lozano”, por lo cual había que comprar y hacer uso de la *Historia de Colombia de José Alejandro Bermúdez*. Cf. Carta del ministro de Educación para Daniel Samper Ortega, enero 11, 1937. Biblioteca Nacional, Archivo Samper Ortega. Asuntos Varios, 1937.

²²² Idem, p. 37. El Ministerio intentó como remedio, no sabemos con cuánta fortuna, determinar responsabilidades penales sobre los funcionarios encargados de la distribución, “De tal manera que si el material [escolar] no llega a sus únicos destinatarios, que son los niños, el Gobierno se hallará capacitado para comprobar la culpabilidad que existiere y exigir la correspondiente sanción y devolución”. p. 38.

grupos populares, en razón de la cual vivían estos grupos aferrados al empirismo, ajenos a la técnica, y sobre todo rodeados de gentes “naturalmente interesadas en que perdure situación tan propicia para ellas”.²²³

Era en virtud de esa constatación que se había adelantado la idea de un proyecto de *cultura popular* que incluía el uso de todas las formas modernas de comunicación, que antes hemos mencionado (el radio, el cine y la música, más la “palabra viva”, a través de las conferencias educativas), el impulso de las escuelas nocturnas para trabajadores en la ciudad²²⁴ y la promoción de las *escuelas ambulantes* que fueran por los campos a la manera de brigadas de alfabetización, de promoción de la lectura y de conocimientos relacionados con la higiene, la economía agraria, la agricultura y nociones de comercio, en parte con el apoyo de las cartillas e impresos que con este fin venía editando el Ministerio de Educación.²²⁵

Sin embargo es notable que en la definición de las escuelas ambulantes, tal como se reiteraba hacia 1938 y como se repetirá después de 1940, el elemento más destacado al lado de la introducción en la cultura escrita y en formas mínimas del conocimiento técnico aplicado al trabajo, resulta ser aquel que aspira a *ampliar la noción de ciudadanía* por la vía del conocimiento de los *derechos* a los cuales se accede como miembro de una sociedad. En palabras de Darío Achury Velnzuela, entre el perfeccionamiento de la sociedad y la difusión de la cultura había una estrecha relación, que él describía con las siguientes palabras:

La cultura, como cultivo y difusión de los conocimientos humanos, no debe circunscribir su acción y sus beneficios a determinadas zona urbanas. Conviene repetir hasta la saciedad... que el Estado tiene la obligación de difundir, por los medios de que dispone, las adquisiciones de la cultura, haciendo que ella penetre y

²²³ Idem, p. 51. Este es un ejemplo típico, y repetido constantemente por los dirigentes culturales liberales, de la manera como ellos entendían la relación entre intereses sociales, que ellos no dudaban en llamar de “clase” y la extendida ignorancia de las masas, sobre todo en el campo. Difundir la cultura y particularmente extender el conocimiento de los derechos legales les parecía, por tanto, una de las formas de atacar los tipos de relaciones sociales arcaicas que predominaban en la sociedad campesina. Este era un punto central en los discursos del presidente Alfonso López Pumarejo, entre 1934-1938.

²²⁴ Idem, p. 53. El ministro Echandía escribía: “Por el momento y mientras esta clase [social] se acostumbra a la escuela, sus programas se han limitado a la corrección del lenguaje, la lectura y la escritura” y cierto goce cultural que sirviera para establecer competencia “entre la taberna y estos nuevos centros de honesto esparcimiento, que son a la vez, base de solidaridad social”. p. 53.

²²⁵ Idem, p. 52. Cf. en p. 52-53 la experiencia del maestro ambulante Francisco Toro en Antioquia, para tener un ejemplo de la dedicación de algunos de estos maestros ambulantes, que continuaban la tradición de “entusiastas de la educación”, tan notable en el país desde el siglo XVIII. En 1936 el Ministerio contaba con el apoyo de setenta maestros ambulantes pagados oficialmente, más un número mayor pero no calculado de maestros pagados por los departamentos y a veces por los municipios, y un número superior, imposible de calcular, de “brigadistas voluntarios”, que echaban sobre sus hombros las nuevas tareas de alfabetización y promoción popular.

*arraige en el alma colectiva a modo de permanente incitación al progreso y al perfeccionamiento.*²²⁶

La decisión del gobierno liberal seguía siendo la de difundir la cultura, la de extender la cultura, particularmente en el mundo campesino y aldeano, del cual ellos pensaban con justas razones que había sido secularmente mantenido por fuera de todo beneficio cultural, aunque tal afirmación podría hacerse, seguramente con matices, respecto de los pobladores pobres de las ciudades, aun en el caso de Bogotá.

La síntesis de estas ideas y la concreción de esos esfuerzos serán hechos que se expresen de manera clara, sobre todo a partir de 1938, en una nueva reorganización de la División de Extensión Cultural y Bellas Artes -y de su Sección de Cultura Popular- del Ministerio de Educación, División que definía sus tareas de la siguiente forma:

*La extensión cultural es aquel ramo de la educaciónj que comprende todas las actividades y todos los medios para la difusión y divulgación de la cultura general... Para despertar el interés, el entendimiento y el entusiasmo sobre los cuales puede apoyarse tan gigantesco esfuerzo en favor de la educación, el Gobierno Nacional necesita de todas las clases y capas sociales del pueblo colombiano. A esta tarea se dedica la extensión cultural.*²²⁷,.

agregando a continuación que sus tareas no podrían limitarse a la capital del país y que el contenido de su actividad marchaba en dirección de “fundar la unidad cultural de la Nación colombiana”, para lo cual era necesario llamar en su apoyo a todos los “espíritus de selección”, que deberían recorrer el país para ilustrar a los que “por muchos motivos no tienen oportunidad de dedicarse al estudio de las altas disciplinas del espíritu”.²²⁸

Así pues, Misiones Culturales y Censo Cultural, al lado de la decisión de utilizar todas las formas modernas de comunicación social (radio, cine, disco, libro, altoparlantes en las plazas municipales y en vehículos²²⁹) y del intento de vincular a la alta intelectualidad de manera práctica al proyecto,

²²⁶ Ministerio de Educación Nacional. *La obra educativa del Gobierno. 1940*. Tomo III. Bogotá, Imprenta Nacional, 1940, p. 61.

²²⁷ República de Colombia. Ministerio de Educación Nacional. *Segundo Curso de Extensión Cultural. Octubre-noviembre, 1937*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1937, p. 3.

²²⁸ Idem. En ese año ya se habían organizado “conferencias culturales”, que movilizaban a la alta intelectualidad, en Medellín, Barranquilla y Santa Marta y se preparaban similares eventos en Popayán, Cali y Tunja. Pero la “aldea colombiana”, que debería ser el gran centro de la campaña de cultura popular, en parte seguía siendo ajena al trabajo de difusión cultural. El primer gran ciclo de conferencias había tratado sobre la “ciencia contemporánea”. El segundo trataría sobre “América del Sur”. Para la realización de estos ciclos resultó muy importante la colaboración de los escasos emigrados españoles republicanos.

²²⁹ En algunos momentos y dependiendo de los recursos y facilidades se utilizaron pequeñas avionetas que desde el aire distribuían volantes de propaganda acerca de los eventos culturales que se organizaban.

son los instrumentos que fueron abriendo la política cultural y educativa de los liberales *más allá de la escuela y del trabajo de cualificación de los docentes*, dejando ya más o menos establecidas las líneas de lo que después de 1938 se llamará *Extensión Cultural*, deendencia que, sobre todo a través de su *Sección de Cultura Popular*, intentará responder de manera más coherente a los problemas de la difusión de la educación entre todas las categorías de gentes, más allá del mundo de la escuela, en cuyas fronteras, en parte, seguía encerrada la política de difusión del libro hasta 1934, a pesar de que los contornos mayores de la política cultural de masas del liberalismo se encontraban ya formulados, aunque de manera más bien implícita, en los dirigentes educativos liberales de 1930-1933, y aun desde los años 20s, si se tienen en cuenta, por ejemplo, los planteamientos que un intelectual como Luis López de Mesa, una de los ideólogos culturales más decididos de la República Liberal, había hecho a través de sus escritos y de la labor de agitación cultural que se concretó en la revista *Universidad*.²³⁰

El ministro de Educación Joaquín Castro Martínez, en 1938, daba también una definición de la tarea de “extensión cultural” en su forma acabada, cuando escribía que, teniendo en cuenta la desproporción entre las necesidades del país y el grado de preparación de sus clases asalariadas, se habían creado por todo el país unas “comisiones ambulantes” encargadas de difundir por el campo “aquellas nociones indispensables para que el individuo conozca sus propios derechos y obligaciones, arregle mejor su vida y utilice más eficazmente los elementos que la técnica moderna ofrece para facilitar e incrementar la producción”²³¹, al tiempo que declaraba como misión de los maestros ambulantes “una tarea tan vasta y oportuna como la de la escuela primaria”, tarea que consistía en “la propaganda de nociones y prácticas que capacitan al hombre para reclamar mejores condiciones de subsistencia y para ofrecer un trabajo más apreciable”.²³²

Es posible preguntarse brevemente, aunque la respuesta sea difícil, sobre los posibles efectos sociales y culturales de este tipo de “comisiones ambulantes”, a veces al parecer más centradas en la *propaganda de los derechos* a que daba lugar la Constitución de 1936 -y tal vez un posible factor de politización y aun de sectarización política- que en la enseñanza de simples conocimientos técnicos y en la promoción de la lectura y la escritura.

En cuanto a los efectos propiamente culturales de las Misiones Ambulantes, por ejemplo su alcance alfabetizador y su papel en la introducción del libro y el fomento de la lectura en las zonas campesinas y en las pequeñas aldeas, se encuentran aquí y allá, de manera muy dispersa e inorgánica, observaciones que permitirían dar una respuesta positiva a estos interrogantes, aunque quedan dudas sobre la profundidad de su acción, por el propio carácter discontinuo del proyecto,

²³⁰ Cf. por ejemplo *Universidad*, agosto, 1927, en donde Luis López de Mesa habla ya sobre “bibliotecas aldeanas” y sobre la idea de difundir el libro por todo el país. Igualmente cf. la entrevista de López de Mesa con Germán Arciniegas en *El Tiempo (Lecturas Dominicales. Suplemento Semanal)*, abril 29, 1928, pp. 337-338.

²³¹ *Memoria del ministro de Educación al Congreso de 1938*. Bogotá, Editorial ABC, 1938, p. 55 y en general pp. 55-60.

²³² *Idem*, p. 56.

regularmente aquejado por falta de recursos económicos, técnicos y humanos, según lo hacen notar todas las *Memorias* de los ministros de Educación y la mayoría de los informes de las direcciones departamentales de Educación.²³³

Sin embargo esta iniciativa fue una de las que despertó más dudas y recelos por parte de los conservadores, quienes veían en ellas la ocasión de introducir en el campo ideas disolventes que afectaban las tradiciones del país, o un simple instrumento de propaganda del Gobierno y una de las principales causas de que las gentes del campo adquirieran ahora un tono reivindicativo, nuevo, no porque antes no existiera, sino principalmente porque la voz era levantada alegando el respaldo del Gobierno liberal. En todo caso, después de 1935 -y sobre todo entre 1940 y 1946-, mucho más que la política escolar tradicional, el proyecto de “cultura popular” -uno de cuyos ejes centrales fueron las *Escuelas Ambulantes*- será el elemento distintivo de la *política cultural liberal*, que por esta vía adquirirá su verdadero carácter de *política de masas*, teniendo como instrumento central de su impulso primero a la *Biblioteca Nacional* y luego a la *Sección de Extensión Cultural* del Ministerio de Educación, todo ello con efectos notables sobre la *política de difusión del libro en medios populares*.

ESCUELAS AMBULANTES Y PATRONATOS ESCOLARES

Esa nueva política de cultura popular, apoyada en la Sección de Extensión Cultural, reorganizada en 1938, definirá como sus elementos centrales los *Patronatos Escolares* y las *Escuelas Ambulantes*, los dos pilares de la campaña de desanalfabetización; los conciertos educativos al aire libre, las conferencias culturales, el radio, la campaña de cinematografía, las Bibliotecas Rotativas y las Ferias del Libro -de las que nos ocuparemos en un trabajo posterior.²³⁴

Las Escuelas Ambulantes, que fueron al parecer un desarrollo de las “misiones culturales” o “misiones ambulantes” conocidas desde 1933-34, constituían una especie de expedición por los municipios del país que, tras el anuncio de la visita, llegaba a las poblaciones, casi siempre en día de mercado, permaneciendo durante dos o tres días -como promedio-, dictando conferencias, presentando espectáculos de diversión popular, películas educativas y audiciones de música, para todo lo cual se congregaba a la población en la plaza central, a través de un llamado previo hecho por las autoridades locales.²³⁵ De manera resumida el ministro Gaitán señalaba que la

²³³ En 1938 el ministro de Educación hacía notar “la falta de unidad [y] la desconexión hasta ahora inevitable[s] de todos aquellos elementos] destinados a prestar el servicio educativo”, con el perjuicio consiguiente para quienes más necesitaban de la atención y ayuda del Estado. Cf. *Memoria... 1938*, op. cit., p. 6.

²³⁴ Cf. *Ministerio de Educación Nacional. La obra educativa del gobierno. 1940*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1940. p. 38 y ss. Las definiciones básicas del proyecto en esta nueva fase corrieron por cuenta de Jorge Eliécer Gaitán, ministro de Educación en ese año. Cf. p. ix y ss. Cf. igualmente Anexo estadístico, en donde se encuentran los ejemplos centrales y los datos básicos de la tarea de difusión cultural.

²³⁵ “Para que la acción de las Escuelas Ambulantes mantenga una corriente viva de cultura, mediante un adecuado ajuste de fechas y previo aviso oportuno a las autoridades municipales, se organizarán grandes

Escuela Ambulante, a la que diferenciaba de la escuela tradicional y a la que concedía objetivos distintos, había sido creada “para que sea un agente poderoso del servicio social y tenga como radio de acción la comunidad misma”, desarrollando “todo lo que tienda a elevar el nivel de vida material y moral de las comunidades”.²³⁶

La dotación de las Escuelas Ambulantes corrió por cuenta del Gobierno central, en cuanto a libros, películas y a los funcionarios encargados de la tarea, y contó con el apoyo de las propias comunidades, los departamentos y los gobiernos locales, pero la parte fuerte del gasto (la compra de los vehículos), fue realizada al parecer por la empresa privada. Con las sumas recolectadas se realizó el montaje de nueve equipos de escuelas -cine discoteca y biblioteca-, entre las cuales se dividió el país por zonas, que empezaron a recorrer, con resultados desiguales, pero cubriendo buena parte del país.²³⁷

Las Escuelas ambulantes parecen haber sido uno de los medios más eficaces para la promoción del libro y de la lectura, pues ellas llevaban vehículos especialmente acondicionados como “bibliotecas”, que comprendían “obras literarias, históricas, de divulgación científica, agrícola, etc.”, una parte de las cuales era dejada en préstamo por unos días en la población, como medio de “complementar y ampliar los temas tratados en la visita de la Escuela Ambulante”, recuperada luego y trasladada a otra población que estuviera en turno de visita, dando de esta manera oportunidad a las poblaciones “de ponerse en contacto con obras y autores que en forma trashumante recorrerán la mayoría de los municipios del país”, como decía el ministro Gaitán en la formulación original de un proyecto que marchó, por lo menos por un tiempo²³⁸ ; o como se decía en otra parte:

*Las Bibliotecas Rotatorias están destinadas a proporcionar a las gentes de provincia medios gratuitos para leer buenos libros; para adquirir conocimientos útiles o para ensanchar los que posean sobre literatura, historia, geografía, ciencias sociales y económicas, filosofía, pedagogía e industrias manuales. Los libros serán distribuidos a gusto de los lectores de cada población y serán cambiados permanentemente en forma tal que cada uno tenga un servicio completo de biblioteca.*²³⁹

En realidad los libros sí eran “distribuidos a gusto de los lectores”, pero el Ministerio pensó desde el principio en un mecanismo de “control de la lectura”, con el cual creía poder determinar y controlar algunos de sus efectos y al tiempo establecer el “nivel intelectual del país”, exigiendo a

concentraciones campesinas... y así en este medio actuarán las Escuelas”. *Ministerio de Educación. La obra educativa... 1940.* Tomo III, p. 66.

²³⁶ Idem, p. 66.

²³⁷ Los nombres de las empresas aparecen copiados en Idem, p. 19, y constituyen en su mayoría las más grandes empresas nacionales y extranjeras existentes en ese momento en el país. En las fotografías de las camionetas en que se transportaban las bibliotecas y los otros equipos, se lee de manera clara “Tropical Oil Company”. Cf. Anexo fotográfico.

²³⁸ Idem, p. 39. Cf. Anexo estadístico.

²³⁹ Ministerio de Educación Nacional. *La obra educativa... 1940*, pp. 64-65.

los usuarios responder un “sencillo formulario”, expresando su opinión sobre las obras leídas, “lo que por lo menos los obligará a pensar sobre lo que han leído o aprendido de los libros”, formas de control que ya habían sido intentadas desde las primeras campañas de lectura escolar después de 1930, al tiempo que ponía énfasis en las conferencias culturales que se dictaban -en la plaza de mercado o parque principal, con el uso de micrófono- y que eran preparadas desde Bogotá por los responsables del proyecto, y que funcionaban a manera de orientadores del cine visto, del libro leído, de la música escuchada.²⁴⁰

Resulta aventurado arriesgar cualquier evaluación de las Escuelas ambulantes en términos de sus resultados “cualitativos”, en cuanto a la alfabetización, difusión del libro y promoción de la cultura, pero, si damos fe a las estadísticas culturales elaboradas por los propios responsables del proyecto, debe reconocerse que el esfuerzo, por lo menos en su aspecto más “externo”, fue formidable, si se tienen en cuenta las condiciones del país; pero no se puede dejar de notar que pocos meses después de iniciada la tarea, ya eran claras las dificultades. De todas maneras, según Achury Valenzuela, la primera gira de las Escuelas Ambulantes, a principios de los años 40s, “visitó 218 municipios, en el brevísimo tiempo de ochenta días”, habiendo sido destinado el primer grupo, que visitó 114 municipios, a los departamentos de Cundinamarca, Boyacá y Santanderes; mientras que el segundo grupo cubrió 104 municipios de los departamentos Tolima, Caldas, Valle, Cauca y Nariño, y tres del Putumayo (por fuera de algunos otros de Cundinamarca). El tercer grupo había sido destinado a los tres departamentos de la Costa Atlántica, pero aun no se conocía el número de municipios visitados pues en razón del invierno y del mal estado de las carreteras no se tenía noticia al respecto. Y en la segunda gira, meses después, se habían visitado 306 municipios, pertenecientes a esos mismos departamentos, pero algunos de los cuales no se habían beneficiado en la ocasión anterior.²⁴¹

En cualquier caso la empresa tenía mucho de actividad expedicionaria sobre un territorio social y culturalmente desconocido, y los relatos que sobre las “giras” existen dejan claro que se trataba de enfrentar un medio geográfico inhóspito, con difíciles vías de comunicación, cuando existían, y que en muchas ocasiones hubo necesidad de abandonar los vehículos y continuar la marcha a pie, cargando en mulas los libros y proyectores, para llegar a muchas de las poblaciones visitadas.²⁴² Achury Valenzuela señala también, como parte de los resultados, que en los municipios visitados por las Escuelas Ambulantes se habían distribuido 5025 libros, se habían dado 460 conciertos de

²⁴⁰ Idem. Las conferencias eran preparadas por la *Sección de Cultura Popular*, a principios de los años 40s dirigida por Luis David Peña, pero siempre supervisada por Darío Achury Valenzuela, como director de Extensión Cultural, y en realidad el gran artífice y conductor práctico de la idea, más allá de cada uno de los ministros, que no dejaban de tener períodos cortos en su cartera. Pero no conocemos ninguna de las conferencias leídas -aunque hay muchos datos acerca de sus títulos o temas-, como no conocemos ningún formulario de respuesta de los lectores de la Biblioteca Rotatoria respecto de sus impresiones de lectura.

²⁴¹ *Informe de la Dirección de Extensión Cultural y Bellas Artes sobre sus labores en el primer semestre de 1941* <agosto>. Mecanografiado, pp. 21 y 37. Para ampliaciones cf. Anexo estadístico de este trabajo.

²⁴² Idem. El propio Achury Valenzuela señala la novedad del evento, cuando recuerda que a muchas de esas poblaciones era la primera vez que llegaba algún sistema de corriente eléctrica.

música “brillante y popular”, a los que han asistido 399075 personas, y se habían proyectado 1276 películas educativas, con una asistencia de 413891 espectadores.²⁴³

Respecto del contenido de la Biblioteca Rotatoria no se encuentran informaciones precisas, pero tenemos indicaciones acerca del número total de sus volúmenes, 4984, de los cuales 1021 habían sido obsequiados por la empresa privada y el resto adquiridos por el Ministerio. Al parecer se trataba de volúmenes que correspondían a un corto número de títulos, pero no existe, o no conocemos, un inventario preciso de tales obras. Para 1941 se indica la siguiente distribución de libros de la Biblioteca Rotatoria, según materias:

CLASIFICACIÓN Y ORGANIZACIÓN DE LA BIBLIOTECA ROTATORIA

Literatura y Arte: 2291 vols.

Filosofía y ensayos: 526 vols.

Cartillas, folletos y revistas: 333 vols.

Pedagogía y obras didácticas: 144 vols.

Literatura infantil: 637 vols.

Manuales prácticos: 230 vols.

Historia y biografías: 332 vols.

Higiene y educación física: 213 vols.

Colecciones varias: 83 vols.

Geografía: 45 vols.

Ciencias sociales y económicas: 128 vols.

Diccionarios y obras sin clasificar: 22 vols.²⁴⁴

La labor de las Escuelas Ambulantes y de la Biblioteca Rotatoria no puede ser entendida sino por relación con un proyecto que no se planteaba simplemente la extensión y difusión de la cultura, dos términos en realidad constantemente repetidos en este período, sino que colocaba la idea de extender y difundir en el horizonte de una perspectiva más general, que es verdaderamente en donde se encuentra *el núcleo central del proyecto liberal* y en función del cual deben entenderse sus políticas de extensión de la cultura intelectual y de difusión del libro y otros instrumentos de cultura (el cine, el radio, la música): la idea de construir una sociedad más “incluyente”, más participativa, la meta de incluir como uno de los términos básicos del proyecto de desarrollo nacional a la mayoría de la población, que, por decirlo así, se encontraba fuera de la “sociedad política” y de la “sociedad cultural” y hasta de las convenciones morales dominantes formalmente en la sociedad. Es en ese marco en el que debe comprenderse el proyecto cultural de los liberales y su política cultural de masas. Como lo escribía Darío Achury Valenzuela, gran cerebro del proyecto y director de Extensión Cultural por esa época:

²⁴³ Idem, p. 6. La información pormenorizada de las giras de cada una de las Escuelas Ambulantes se encuentra en el Anexo estadístico.

²⁴⁴ Idem, pp. 25-26.

Desde hace algunos años a esta parte se ha hablado con insistencia rayana en la terquedad de la necesidad de incorporar al patrimonio social la densa población de campesinos, obreros y jornaleros... Los beneficios de la civilización no han llegado a una vasta porción de nuestra humanidad campesina y el Gobierno Nacional se propone liquidar, con la colaboración de los particulares, esta situación, mediante la extensión de la cultura, así sea en sus formas más simples y rudimentarias, a todo lo largo del territorio nacional.²⁴⁵

En esa perspectiva de integración nacional y de la conformación de una sociedad más “incluyente”, deben ser comprendidos los *Patronatos Escolares*, que fueron el mecanismo complementario que le servía de apoyo en cada uno de los municipios a las Escuelas Ambulantes. Los Patronatos escolares fueron organizaciones de “notables” locales, hombres y mujeres, con apoyo de la empresa privada y dependientes (teóricamente) de la Dirección de Extensión Cultural, diseñados como el soporte de la idea de “fomentar y vigorizar la cultura intelectual y el mejoramiento del nivel de vida de las clases populares”, en el marco de una campaña que intentaba “la creación de una conciencia cívica en las clases populares, a fin de vivificar en ellas, a partir de su vida escolar, el sentido de la ciudadanía, la emoción nacional humana y lograr de este modo su gradual participación efectiva en las actividades de la colectividad”, como lo decía en un lenguaje enteramente moderno su documento de creación, con toda seguridad redactado por Darío Achury Valenzuela.

Sin embargo, de manera práctica y local, y de forma perfectamente explicable si se tienen en cuenta las tradiciones culturales y políticas predominantes en el país, los Patronatos Escolares parecen haber funcionado bajo una perspectiva patronalista y paternalista, que recordaba los viejos programas de “caridad y beneficencia”, a lo cual ayudó el elemento de “asistencia social” a las “clases desfavorecidas” que incluía este tipo de institución, pues ella se ocupaba además de la promoción cultural, de tareas tales como las de suministrar calzado, organizar programas de alimentación en las escuelas, conseguir textos escolares, tareas que en cierta manera las elites locales habían desarrollado en muchas otras ocasiones por fuera de la política liberal que ahora incluía ese elemento dentro de su labor.

Aún así, o más bien, en buena medida dentro de ese *modelo asistencialista* que recordaba los viejos patronatos de comienzos de la industrialización antioqueña, los nuevos Patronatos Escolares lograron movilizar importantes fuerzas de las comunidades locales para tratar de intensificar la participación en ciertos ámbitos de la cultura intelectual y recreativa, y se empeñaron sobre todo en la difusión de nociones prácticas de “vida arreglada” y en la tarea de alfabetización, ya que una de sus funciones principales fue la de la de “estimular e intensificar el rápido aprendizaje de la lectura y la escritura de las personas no mayores de veinticinco años, mediante

²⁴⁵ *Ministerio de Educación Nacional. La obra educativa... 1940, op. cit., Tomo III, p. 13.*

la colaboración de quienes voluntariamente se comprometen en este nobilísimo empeño cultural”, empeño para el cual el Estado y la empresa privada ofrecían una parte de los recursos.²⁴⁶

Los Patronatos Escolares, tal como lo muestran las cifras y otras informaciones que hemos recopilado y que aquí aparecen a manera de Anexo, fueron un elemento real de una “alfabetización” acelerada, pero pronto abandonada como propósito nacional; y en unión de las Escuelas Ambulantes fueron un elemento que, al parecer, antes que producir efectos reales y duraderos sobre los porcentajes de analfabetismo, sirvieron más bien como instrumento de promoción de una *cultura elemental*, en el sentido un poco vago que puede tener esta expresión cuando se aplica al aprendizaje de hábitos de higiene, de normas de comportamiento, y de algunas formas mínimas de contacto rápido con la cultura escrita, el cuaderno y el libro, sin que se pueda descontar que en algunas ocasiones quienes aprendieron a leer y algunos de aquellos que aprendieron a escribir, por esos métodos “acelerados” y poco continuos, hubieran permanecido después en contacto con la escritura y la lectura.²⁴⁷

ALGUNOS ELEMENTOS DE BALANCE

Achury Valenzuela, el director de Extensión Cultural en estos años, anota, en agosto de 1941, como resultado del trabajo de los Patronatos Escolares en el campo estricto de la educación elemental de adultos, entre agosto de 1940 y agosto de 1941, la fundación de 499 escuelas de desanalfabetización, con una asistencia de 22660 alumnos, de los cuales algo más de 5000 habían recibido ya su título de “alfabetos”. Pero la cifra era mayor, más del doble, si se tiene en cuenta el trabajo realizado desde su inicio a principios de 1940, pues la matrícula completa de los asistentes a tales escuelas en dieciocho llegaba a 58806.²⁴⁸ Desde luego que se trata de datos completamente relativos, no sólo por la incertidumbre de las cifras, sino particularmente por la naturaleza propia del fenómeno que intentaban medir.

Pero más allá de las cifras, lo que sí se puede afirmar con cierta seguridad es que la acción cultural y social de los Patronatos Escolares, como la de las Escuelas Ambulantes, estuvo aquejada del mal radical que pesó sobre toda la política cultural de la República Liberal: la *discontinuidad*, pues más allá de los años 1940-1942 parecen haber perdido toda impulso

²⁴⁶ *Ministerio de Educación. La obra educativa...1940*, pp. 83-85. Pero la “desanalfabetización” era solamente uno de los aspectos de la acción de los Patronatos, que se ocupaban también de actividades cívicas generales, del apoyo a las escuelas ambulantes, y de la asistencia con recursos económicos a los escolares más pobres (vestido escolar, becas escolares, higiene de los niños, etc.).

²⁴⁷ Hasta agosto de 1941, según Achury Valenzuela, en su *Informe de la Dirección de Extensión Cultural y Bellas Artes*, op. cit., pp. 6-8, se habían creado en todo el país 604 Patronatos, lo que no dejaba de ser una ampliación sensible de la “escuela”, si aceptamos que cada patronato sostuvo por lo menos una escuela, y si tenemos en cuenta la debilidad del sistema escolar formal, sobre todo por fuera de las grandes ciudades. Cf. Anexo estadístico, *Patronatos Escolares*, en donde se muestran los resultados -aparentes- de desanalfabetización en procesos de enseñanza de 90 días.

²⁴⁸ *Idem*.

nacional, quedando simplemente como esfuerzos aislados de comunidades en las cuales la idea prosperó sobre la base de esfuerzos puramente locales, luego que el Gobierno central se encontró con las habituales dificultades presupuestales que se oponían a cada uno de sus proyectos. Su pérdida de significación fue correlativa al decaimiento del proyecto de escuelas ambulantes, sobre la base del cual encontraban en gran parte su fuerza original, y sus logros en materia de lucha contra el analfabetismo deben haber perdido casi todo su efecto después de 1946, cuando la política liberal de difusión del libro y la escritura fue perdiendo los contornos que originalmente la habían definido, aunque sobre puntos de esta naturaleza es difícil concluir de manera tajante.

Pero la capacidad de movilización social de elites locales, de ninguna manera caracterizadas por su pertenencia exclusiva al partido liberal en el Gobierno, queda fuera de toda duda, como lo muestran los listados de fundación de Patronatos y de “escuelas de desanalfabetización”, en donde aparecen como fundadores y responsables las autoridades municipales, pero también la Iglesia y los colegios católicos, y en general hombres y mujeres de al parecer la más variada condición sociocultural, pero todos empeñados, seguramente no por las mismas razones, en el proyecto alfabetizador. Ello muestra de alguna manera que por momentos los proyectos de la República Liberal, *en este caso* -particularmente entre 1940y 1942, y *en este terreno* por lo menos, lograban en ciertas regiones constituirse en patrimonio colectivo y unir fuerzas e intereses sociales disímiles en torno de propósitos que pueden ser llamados *nacionales*, aunque en el campo general de las relaciones políticas la República Liberal hubiera concluído en 1946, no sólo con una marcada división interna del partido liberal, sino, lo que será más significativo para la historia reciente del país, con una acentuada y al parecer insuperable división entre liberales y conservadores, que resultó ser mucho que un episodio pasajero de luchas entre fracciones políticas.

En 1941, Darío Achury Valenzuela, el director de Extensión Cultural, afirmaba que la campaña “desanalfabetizadora” dejaba resultados positivos, pero que en relación con los tres millones de analfabetas existentes sus resultados no se podrían considerar como un gran avance. Achury pensaba ya, cuando la campaña no había cumplido aun dos años de estar en marcha, que era necesario reformarla, creando escuelas especiales para este objetivo, con maestros no voluntarios sino remunerados, acompañando tal creación con la impresión masiva de cartillas elementales, adaptadas para campesinos y obreros, y potenciando el contenido “civilizador” y cívico de estas instituciones, a través del énfasis en los “deberes ciudadanos, protección del niño, defensa de la familia y al menos un criterio moral menos vago del que apenas si trata de aparecer en todas las actividades de nuestro pueblo”.²⁴⁹

Darío Achury señalaba también, como explicación de los resultados apenas regulares del proyecto, aspectos relacionados con factores institucionales del propio sistema cultural del país en

²⁴⁹ *Informe de la dirección de extensión Cultural y Bellas artes... 1941*, op. cit., p. 63.

el campo educativo, pero no dejaba de señalar, brevemente, una de las dificultades mayores del proceso de introducción de las clases asalariadas y campesinas en la *cultura escrita*, cuando hablaba de

*la natural apatía de las clases populares, a las cuales es extremadamente difícil de convencer de la utilidad de la lectura.*²⁵⁰

Como lo sabemos hoy, el ingreso en la cultura de lo escrito, la pasión y el hábito de la lectura, son siempre resultados de un largo proceso de acumulación de esfuerzos históricos que demandan de propósitos comunes y de esfuerzos colectivos de varias generaciones y gobiernos, del empeño en una política constante que se caracterice por su continuidad y duración, que despierten consensos en torno de las metas posibles y deseables en el terreno de la cultura, más allá de la actitud ciertamente voluntarista y bien intencionada de un grupo de dirigentes de una oficina gubernamental que, si bien realizaba una tarea con la cual el Gobierno liberal se identificaba, nunca dispuso del tiempo ni de los recursos que la podrían hacer una campaña exitosa, al tiempo que enfrentaba una oposición feroz, apoyada en el tradicionalismo de buena parte de la sociedad y en su propia falta de unidad como partido.²⁵¹

Lo cierto es que la campaña no sólo no lograba el consenso del conjunto de los dirigentes políticos y sociales del país, sino que en ocasiones despertaba su rechazo, pues, según Achury, “hay quienes miran la campaña en que se ha empeñado el Gobierno Nacional por llevar la cultura al pueblo”, sintiendo “nostalgia de aquellos años oscuros en que la cultura, en sus formas más rudimentarias, se imponía al pueblo por bedeles iracundos a golpe de férula...”.²⁵² Pero en el campo de las elites intelectuales tampoco la campaña de cultura popular del Gobierno liberal parecía encontrar un consenso amplio, que fuera garantía de su continuidad. Según Achury Valenzuela:

Conviene, finalmente, insistir sobre un hecho singular que entraña en sí un desequilibrio que, de persistir, constituiría el principio de una crisis de la inteligencia entre nosotros. Se trata del impresionante contraste que se ha establecido, por una parte, entre el pueblo que ha sabido corresponder a todos los estímulos culturales con fervor y entusiasmo crecientes, y por otra, la frialdad, rayana en el

²⁵⁰ Idem. En otras partes Achury hablará de resultados “modestos pero significativos”, e insistirá en las penosas circunstancias económicas en que se había adelantado la campaña, y en ciertos cambios institucionales que amenazaban con debilitarla aun más. Cf. *Memorandum del Director de Extensión Cultural y Bellas Artes para el Presidente de República, Doctor Eduardo Santos. Octubre 10, 1941*. Biblioteca Luis Angel Arango. Ministerios Varios. Carpeta No 5, p. 23.

²⁵¹ Sobre la significación profunda, “antropológica” diríamos, del ingreso en el mundo de la lectura y de la escritura, es decir en el universo de “lo escrito” cf. F. Furet y J. Ozouf, *Lire et écrire. I*. Paris, Les Editions de Minuit, 1977, particularmente “Trois siècles de métissage culturel”, p. 349-369, en donde el proceso es mencionado como “l’histoire de une mutation anthropologique”.

²⁵² Idem, pp. 4-5.

*escepticismo, que se ha apoderado de quienes deberían ser los naturales mentores y los guías intelectuales de aquel pueblo.*²⁵³

Sin embargo, se puede pensar, sin “malinterpretar” el proceso, que más allá de los resultados prácticos en torno a la alfabetización y a la mejora de los niveles culturales de la población, el proyecto de extender y difundir la cultura del liberalismo, haya tenido como uno de sus frutos, según lo escribía en 1945 Achury Valenzuela -quien aun permanecía en la Dirección de Extensión Cultural- el de despertar grandes expectativas entre la población más humilde respecto de sus necesidades y potencialidades culturales, lo que se expresaba en una multiplicada capacidad de reclamo, respecto de lo que consideraba un *derecho*. Por lo menos eso pensaba Achury Valenzuela:

*En el Informe del año anterior se anotaba que la agitación producida en todos los núcleos sociales alrededor de las campañas de cultura, era ya un índice inequívoco de la cultura misma; que los reclamos, las críticas, los elogios o la censura que suscitan las distintas actividades oficiales están demostrando cómo se ha logrado crear ya en el espíritu popular una inquietud saludable sobre temas que le eran completamente ajenos y que comienzan a constituir hoy factores fundamentales de su vida. Las exigencias que se formulan hoy a la Sección de Cultura Popular en todas las ramas de su labor... están indicando que se han fomentado necesidades nuevas que el Estado no podría dejar ya de satisfacer, y que se han contraído nuevas obligaciones que no sólo es indispensable mantener sino mejorar, alentar, estimular por todos los medios posibles*²⁵⁴.

LIBROS Y CULTURA POPULAR: LAS BIBLIOTECAS ALDEANAS

El suministro de *útiles y textos escolares* para la escuela pública era una de las funciones que el Ministerio de Educación cumplía desde mucho tiempo atrás. A partir 1930 esa tarea de difusión

²⁵³ *Ministerio de Educación Nacional. La obra educativa... 1940*, op. cit., Tomo III, pp. 223-224. Debe recordarse que en el pensamiento de Achury Valenzuela la relación de elites intelectuales y masas en el plano de la cultura constituía uno de los “tópicos” más frecuentes. Achury piensa siempre en una relación “dialogada” y complementaria, y le parece que en la falta de conexión entre unas y otras se encuentra el origen del descalabro de cualquier proyecto de construcción de una Nación. Así por ejemplo: “En este empresa de extender los beneficios de la cultura a todas las zonas sociales, conviene no perder de vista las relaciones entre el intelectual y el pueblo, de las cuales depende en grado máximo la posibilidad de crear y difundir una cultura”. Cf. *Informe de la Dirección de Extensión Cultural y Bellas Artes*, op. cit., p. 5.

²⁵⁴ *Ministerio de Educación Nacional. La Extensión Cultural en 1945*. Bogotá, Prensas de la Biblioteca Nacional, 1945, p. pp. 45-47. Achury no dejaba de reconocer que después del “vertiginoso ascenso” que se constata entre 1940 y 1942, los años de 1943-1945 son de caída en la intensidad de la campaña de cultura popular, y que era necesario *cambiar para mejorar*, porque por fuera de las dificultades presupuestales existían problemas graves en la organización misma de la campaña, dirigida por una oficina, Extensión Cultural, cuyo estatuto tenía desde 1938 algo de provionalidad, a pesar del papel esencial que había jugado.

del libro, que apenas presentaba resultados mediocres, se había incrementado en cantidad y en calidad, a través de una definición más amplia de la “canasta escolar”; y se había complementado por medio de la difusión del *nuevo libro pedagógico*, como un apoyo a la campaña de reforma escolar.

A principios de 1935 el Ministerio de Educación creará la llamada *Biblioteca Aldeana*, que constituyó el primer esfuerzo continuo por dotar a los pequeños municipios colombianos de una *biblioteca básica que no estuviera restringida a los medios escolares*, aunque los incluyera, sino abierta a todos los habitantes de lo que los intelectuales liberales llamaban las *aldeas*, un nombre un poco ajeno a las nomenclaturas nacionales, pues en el lenguaje corriente más bien se decía, como se dice hoy, *pueblos*, aunque tal vez la aspiración de dotar de libros a cualquier *vecindario* de más de 500 habitantes les hubiera sugerido la palabra.²⁵⁵

A pesar de los tropiezos encontrados, el proyecto de crear “bibliotecas aldeanas” en cada uno de los municipios -y en muchas veredas y corregimientos- del país, puede ser considerado como el primer gran esfuerzo orgánico por difundir de manera masiva un grupo de libros entre los cuales se *pensaba* que existía cierta *coherencia interna* que permitiría no sólo incrementar la lectura, si no sobre todo incrementarla *a partir de un conjunto homogéneo* de libros, que garantizara tanto un acervo elemental de conocimientos técnicos aplicables al trabajo, como la difusión de una serie de nociones básicas para la vida en sociedad y la introducción en la vida popular de las “aldeas” de los modelos de conducta que ofrece la lectura “edificante” y los gustos y placeres que produce la lectura de “imaginación”.

Los intelectuales y funcionarios liberales que concibieron y concretaron el proyecto de difusión del libro en el campo y en los medios populares urbanos eran optimistas frente a las posibilidades de transformación cultural que para las “masas” representaba el camino emprendido, pero no hubo en ellos en sentido estricto una mentalidad tecnocrática o de “ingeniería social” que hubiera fijado un plazo corto para que los resultados se presentaran, a pesar de su regocijo con los éxitos iniciales del proyecto, aunque sí se encontraban convencidos que tal éxito, de presentarse, no podría ser sino obra de su partido, al que identificaban de manera casi absoluta con el

²⁵⁵ La *Biblioteca Aldeana* era uno de los componentes centrales de un proyecto general de difusión de la cultura, de aumentos en la productividad del trabajo, de mejoras en la salud, de socialización amplia y enriquecedora entre los miembros de los vecindarios, de conocimiento del medio social y geográfico y de sus necesidades, de estetización de la vida en sociedad -en una palabra un proyecto *civilizatorio*, en el sentido de Norbert Elias-, que incluía como uno de sus grandes apoyos el uso de los medios modernos de comunicación social, y entre ellos el libro y la biblioteca. El proyecto se llamó *cultura aldeana* y como proyecto global de cambio cultural no parece haber rendido mayores frutos. La concepción general del proyecto de cultura aldeana puede leerse en *Memoria del ministro de Educación [Luis López de Mesa] al Congreso. 1935*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1935. La legislación básica al respecto se encuentra en *República de Colombia. Leyes expedidas por el Congreso Nacional en las sesiones extraordinarias de 1934-1935. Edición oficial...* Bogotá, Imprenta Nacional, 1935.

“progreso”, lo que terminó identificando en la mentalidad popular durante mucho tiempo en nuestro país cambio cultural con liberalismo en el poder.²⁵⁶

El relativo éxito del proyecto tuvo seguramente que ver con elementos diversos, pero es indudable que sin el trabajo previo de *reorganización de la Biblioteca Nacional* por parte de don Daniel Samper Ortega, quien dirigió la Biblioteca entre 1931 y 1938, nada o casi nada se hubiera logrado, pues fue la Biblioteca Nacional y no el Ministerio de Educación, la encargada de la organización, del control, de la asesoría y de la inspección de las *Bibliotecas Aldeanas*. Por eso hay que mencionar siquiera un momento la labor de Samper Ortega, quien por más de una razón fue la cabeza del proyecto.²⁵⁷

Como lo dice sin exageración Samper Ortega, hasta su llegada a la Biblioteca Nacional,

*Pensábase que la Biblioteca era un hacinamiento de libros, propios apenas para entretener a los desocupados o para laboriosas pesquisas eruditas; pero no se había imaginado que el libro es una de las palancas mayores para las fuerzas dormidas del país y para la creación de riqueza pública y privada*²⁵⁸,

y es precisamente esa vieja concepción la que él modificará sustancialmente, no sólo a través de mejoras y cambios técnicos elementales, sino sobre todo a través de un proceso de apertura hacia el exterior que le permitió a la Institución aumentar sus adquisiciones a través del canje y de la compra de libros modernos, de definición de un perfil “americanista” para la Biblioteca -rasgo

²⁵⁶ Esta es la línea que recorre muchas de las páginas de la revista *Educación* y de la *Revista de las Indias*, los dos órganos oficiales del Ministerio de Educación, que comentaron ampliamente las *Memorias* de los ministros de esa cartera y glosaron siempre de manera favorable las acciones de los ministros al terminar su período, o aplaudieron los nombres de cada uno de los recién llegados al despacho de educación.

²⁵⁷ Sobre Samper Ortega y su labor al frente de la Biblioteca Nacional cf. Carlos José Reyes, “La Biblioteca Nacional en el siglo XX. Aspectos principales del desarrollo de la Biblioteca Nacional hasta el presente”, y “Daniel Samper Ortega, un visionario de la cultura”, en *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. 83, No 792, enero-marzo, 1996, pp. 766-705, e idem, Vol. 82, No 790, julio-septiembre, 1995, pp. 63-70. Muy convencional, pero útil para precisar algunas cronologías, resulta ser G. Hernández de Alba y J. Carrasquilla, *Historia de la Biblioteca Nacional*, op. cit. El Archivo Samper Ortega, en donde se encuentra gran parte de su correspondencia como director de la Biblioteca, ofrece una visión de Samper Ortega más rica en detalles y en matices, pero ratifica siempre su carácter de dirigente cultural que modificó todo el funcionamiento anterior de la Biblioteca Nacional. Su apertura hacia el extranjero, sus relaciones con editoriales norteamericanas y francesas, sus compras sistemáticas de libros colombianos, los contactos americanistas, la preparación de la gran Exposición del libro en 1938, sus relaciones con los parlamentarios liberales para impulsar proyectos de ley que crearan la “red bibliotecaria nacional”, o para comprar bibliotecas de eruditos como Laureano García Ortiz -la que años después comprará el Banco de la República-, sus luchas por la construcción del nuevo edificio, su batalla contra los parlamentarios que intentaban imponerle nombramientos de empleados o hacer usos privados de los libros que la Biblioteca distribuía, etc., pero sobre todo su infinita disposición para leer y responder toda la correspondencia que llegaba desde la provincia a la dirección de la Biblioteca, consultando sobre un libro, solicitando una “Biblioteca Aldeana” o informando sobre el mal funcionamiento de la biblioteca de un lejano pueblo, son aspectos que pueden ser estudiados -entre otros- a partir de ese Archivo.

²⁵⁸ *Memoria... 1938*, op. cit., p. 122.

que años después caería en el olvido-, de reorganización y puesta al servicio de los libros existentes, de compra de colecciones de libros de eruditos locales, y, ante todo la voluntad cumplida de abrir la Biblioteca hacia el *exterior* para que fuera en *búsqueda del lector*, contrariando toda la tradición anterior, que reposaba en la simple idea de *conservación de libros y documentos hurtados a la consulta pública*.²⁵⁹

La “búsqueda del lector” había sido ya planteada en 1925 por Monseñor Rudesindo López Lleras, el director ese año de la Biblioteca Nacional, pero, a más de no haberse concretado nunca, su idea descansaba sobre bases por completo distintas de las que diseñaría a partir de 1931 Samper Ortega, pues al hablar de la “lectura popular” López Lleras la asimilaba simplemente a un proceso “moralizante” y paternal con el cual se buscaba alejar a los obreros de Bogotá del “crimen y la taberna”. López Lleras pensaba en la creación en Bogotá de salas de lectura con amplios horarios, a las que pudieran concurrir los obreros, para que se dedicaran a la lectura de “libros instructivos o simplemente amenos”, por algunas horas, con el resultado de que

*Cuántos no se alejarían por medio de este sistema de la taberna y aun del crimen; y si a esto se agrega que por lo menos una vez a la semana fuera un hombre docto y de buena voluntad a dictar una conferencia moralizadora e instructiva sobre algún tema que tuviera atractivo para los obreros... no habría palabras para ponderar lo que ganaría nuestro pueblo.*²⁶⁰

²⁵⁹ Cf. G. Hernández de Alba y J. Carrasquilla, *Historia de la Biblioteca Nacional*, op. cit., p. 249 y ss para un resumen de su plan de reorganización y p. 264 y ss para un recuento de sus labores entre 1934-1938. Pero algunos cambios se anunciaban desde los propios años 20s. Así por ejemplo la introducción parcial de las “tarjetas móviles”, como forma nueva de fichero en 1921, y el inicial concurso de organismos internacionales con departamentos especializados en bibliotecología, como la Unión Panamericana. Cf. *Memoria del ministro de Instrucción Pública al Congreso*. 1921. Bogotá, Imprenta La Luz, 1921, p. 138-139, y *Memoria del ministro de Educación Nacional al Congreso*. 1929. Bogotá, Imprenta Nacional, 1929, p. 46 y ss. Hacia 1936 y después de una visita de la experta norteamericana Janeira Brooks, una de las preocupaciones mayores de Samper Ortega es la de generalizar en la Biblioteca el *Sistema Dewey* de clasificación. Cf. Carta de Daniel Samper Ortega para Jorge Zalamea, Secretario General del ministerio de Educación, octubre 19, 1936. Biblioteca Nacional. Archivo Samper Ortega. Correspondencia. 1936. El cambio en el funcionamiento de la Biblioteca debió ser rápido y se notó pronto, como lo observaba en 1933 la revista *Educación*. Cf. Senderos, Vol. 1, marzo, 1934, pp. 53-54, en donde se reproduce un artículo elogioso sobre la “nueva” Biblioteca Nacional.

²⁶⁰ *Memoria del ministro de Instrucción y Salubridad Públicas al Congreso*. 1925. Bogotá, Imprenta Nacional, 1925, p. 171. La idea moralizante de la lectura (“alejar de la taberna”) se mantiene en algunos de los dirigentes educativos liberales, como Darío Echandía -cf. *Memoria... 1936*, op. cit., p. 29-, , pero con matices y al lado de *otra representación* global de la función de la lectura, y desde luego sin incluir el “alejar del crimen” que menciona Monseñor López Lleras, lo que indica un poco su idea sobre lo “popular”; López Lleras, además, intentó practicar ciertas formas de censura sobre la lectura, a partir de su cargo de director de la Biblioteca. Sobre este último punto cf. Armando Solano, “La Biblioteca”, en *Glosas y Ensayos*. Bogotá, Colcultura, 1980, p. 31.

Samper Ortega, industrial y funcionario, pero ante todo un *hombre de letras*²⁶¹, piensa, por el contrario, que la lectura es ante todo una forma de redignificación de la vida, de acceso a la ciudadanía, de ampliación de horizontes, y además una forma del conocimiento necesario que todo hombre debe tener del pasado de su sociedad y de sus tradiciones. Será pues la Biblioteca Nacional, a través de su director y de un grupo pequeño de funcionarios mal pagos y de apenas regular calificación pero de enorme dedicación, los que sostendrán durante años el proyecto de *Bibliotecas Aldeanas*, que será luego, después de 1945, completamente abandonado.

Sobre los orígenes del proyecto de *Biblioteca Aldeana* se ha dicho casi siempre que tienen que ver de manera directa y total con las ideas de Luis López de Mesa, concretadas en 1935, con su llegada al Ministerio de Educación. El punto no es realmente importante. Una lectura de las publicaciones de la joven generación de intelectuales liberales -incluido López de Mesa, el mayor de todos ellos- en los años 20s, muestra que el programa liberal para la cultura se encontraba en plena elaboración intelectual en esos años, y formaba parte del esbozo de un proyecto nacional, que los liberales consideraban ligado a su conquista del poder, pero es cierto que su formulación primera, en los años 20s, corresponde a Luis López de Mesa.²⁶²

En un plano más inmediato y de realizaciones prácticas, Samper Ortega comenzó a concretar el programa de difusión cultural, a través de la organización incipiente de las “misiones culturales”, las que ya habían realizado experimentos de llevar el cine y el libro a las “aldeas”, antes de 1935.²⁶³ Pero López de Mesa amplía y concreta la idea, le da una expresión “conceptual” (el “Proyecto de cultura aldeana”) y diseña lo que sería el *ideal* de una *biblioteca de aldea*.²⁶⁴ Samper Ortega lo recordaba en 1937, en una carta al ministro de Educación, en donde recuerda los pasos iniciales de la “campaña educativa” a través del cinematógrafo, cuando, en 1934 el Ministerio de Educación y la Biblioteca Nacional

filmaron en Bogotá la primera película, la intitolada “Hagamos Patria”, tendiente a demostrar a los altos poderes del Gobierno la forma en que podrían establcerse las

²⁶¹ Cf. por ejemplo su propia definición como “literato” y como “amante del arte”, en 1926, cuando aun se desempeñaba como hombre de empresa, habiendo ya publicado dos de sus novelas, en *El Tiempo, Lecturas Dominicales*, “Una hora con Daniel Samper Ortega”, diciembre 19, 1926.

²⁶² “Vamos a difundir el libro por todas las aldeas colombianas, fundando las Bibliotecas Aldeanas, de servicio oficial gratuito”, decía López de Mesa en 1927. Ahí afirma López de Mesa que la idea de l vine de México y de Gran Bretaña. Cf. *Universidad*, No 44, agosto, 1927.

²⁶³ Cf. *Senderos*, Vol. 1. No 5, junio, 1934, en donde en la presentación de un artículo sobre las “misiones culturales en España, tomado de una revista italiana, Samper Ortega escribe: “hemos tratado de formar un ambiente propicio a la idea de organizar unas misiones culturales ambulantes, compuestas de cine sonoro, libros para préstamo y cartillas para obsequiar a los campesinos”. p. 223.

²⁶⁴ Idem. “La Biblioteca Aldeana debe constar, como núcleo de iniciación, de un centenar de obras fundamentales de la cultura humana, que podemos distribuir en cuatro grupos: una selección de literatura universal... una selección de obras nacionales... una selección de manuales de instrucción... por último auquellos libros de consulta, como el diccionario, el compendio de historia, de geografía, etc., que faciliten la tarea de interpretación y esclarecimiento autodidácticos”. Efectivamente ese será el modelo de 1935.

*misiones educativas en cinematografía, combinadas con el reparto de cartillas a los campesinos y con bibliotecas ambulantes. Esta última idea sufrió, durante la gestión ministerial del Doctor López de Mesa una importante variación, consistente en reemplazar la biblioteca ambulante que se sugería en la película por la biblioteca fija en cada aldea.*²⁶⁵

López de Mesa ofrecerá su definición de Biblioteca Aldeana en su *Memoria* de 1935, cuando se refiere al proyecto general de *Cultura Aldeana*. Dirá allí que el objetivo es la creación de

*un modelo de biblioteca aldeana con unas cien obras célebres de la intelectualidad colombiana, con otras tantas de autores extranjeros, con cartillas de información técnica elemental y un buen diccionario enciclopédico; para lo cual hasta donde sea posible, aprovechará los servicios de la Biblioteca Nacional, mejor provista al efecto para estas funciones...*²⁶⁶

Desde el principio se pensó que tales bibliotecas, que más que *escolares* eran *populares* -aunque esta distinción nunca fue precisada de manera práctica y los tipos de libros seleccionados introducirían nuevas confusiones-, estuvieran bajo el control de los Concejos municipales, o de la primera autoridad civil en los corregimientos, y se creó un *Reglamento* que obligaba al Concejo municipal para poder tener derecho a la Biblioteca, “a protegerla, emplearla bien y aumentarla cuando esté a su alcance”²⁶⁷, para lo cual debería conseguir un local para el funcionamiento, pagar un empleado para la atención del público, invertir en la construcción de un estante de madera para colocar los libros, y dedicar alguna parte de su presupuesto a la compra de libros, medida ésta con la que se buscaba, “más que el incremento de las bibliotecas populares... despertar en cada población el sentimiento de que es necesario hacer algo por la cultura”, según Samper Ortega²⁶⁸, palabras que serán repetidas casi al pie de la letra año por año en las *Memorias* de los ministros, en las circulares a las bibliotecas y en la correspondencia que Samper

²⁶⁵ Biblioteca Nacional. Archivo Samper Ortega. Asuntos varios, 1937. [En adelante B.N.A.S.O.]. Carta de enero 7 de 1937. La carta presenta el interés, también, de narrar la historia de las primeras cámaras de cine llegadas al país, como parte del proyecto liberal de Educación. -En sentido estricto no existe nada que se llame “Archivo Samper Ortega”. Se trata de “cajas de papeles” referidas a la gestión de Samper Ortega, que se encuentran en la oficina de la dirección de la Biblioteca Nacional. Gran parte de este trabajo se base en ese “archivo”. Las referencias que ofrecemos, puramente tentativas, son las que aparecen marcadas de forma manuscrita encima de cajas o legajos.

²⁶⁶ *Memoria del ministro de Educación... 1935*, op. cit., p. 62.

²⁶⁷ *Idem*.

²⁶⁸ Cf. Carta para el presidente del Consejo municipal de Entreríos (Antioquia). Abril 9, 1935. B. N. A.S.O. Correspondencia. Secretaría. 1935. Los corregimientos estaban dispensados de la obligación de compra de libros, por su propia carencia de presupuestos.

Ortega mantenía con cada una de las bibliotecas ya fundadas y con un sin número de corresponsales que desde las más distantes poblaciones se dirigían a él.²⁶⁹

Polémico resultó en esta reglamentación sobre todo el punto relacionado con quién debería controlar los libros y dirigir la Biblioteca, asunto secundario del que resultó en ocasiones un enfrentamiento, casi siempre atravesado por la política partidista, entre los maestros o directores de escuela y los secretarios y presidentes de Concejo municipal, lo que terminó siendo una causa de malos funcionamientos. A esto se sumó la propia intervención de los Inspectores de Educación o de “biblioteca”, quienes argumentaron en algunas ocasiones a favor de los concejos y en otras a favor de los maestros. Así por ejemplo, desde Ibagué, el Inspector de Educación señalaba que los maestros, “en general personas muy ocupadas”, manejaban mal las bibliotecas, según había podido observarlo “en la gran mayoría de los municipios”, por lo que reclamaba que se pasaran al concejo en los lugares en que no lo estuvieran.²⁷⁰ Pero la opinión contraria también existía, y es por lo demás más numerosa en la documentación. El propio Tomás Vargas Rueda, el sustituto de Samper Ortega en la dirección de la Biblioteca Nacional, tendrá posición favorable a los maestros como responsables de las Bibliotecas Aldeanas, luego de establecer un primer balance sobre su funcionamiento en los años anteriores.²⁷¹

A la reglamentación básica inicial por el camino se le fueron agregando otras obligaciones, como la de mantener al día la estadística de los lectores, llevar cuadernos de registro, referenciar técnicamente cada una de las obras adquiridas localmente, asegurar horarios de funcionamiento que permitieran la consulta por todo el “público”, sin permitir que la biblioteca se convirtiera en escolar, cuando funcionaba en locales de escuelas o colegios, o en privada, cuando se encontraba en manos de los secretarios de Concejo municipal y funcionando en local cerrado, bajo llave, lo mismo que se impuso la obligación de comunicar todos estos resultados a la Biblioteca Nacional.²⁷²

Para comenzar el proceso de adquisición de la *Biblioteca Aldenana*, proceso que fue ampliamente promocionado a través de la prensa y del radio y de circulares especiales de los Inspectores de educación, los municipios debían elevar una petición en que manifestaran su

²⁶⁹ Cf. por ejemplo *Memoria... 1936*, op. cit., p. 44, en donde se recuerda que el objetivo de la pequeña suma de dinero es el de “ir creando en las municipalidades la convicción de que están obligados a hacer todos los años algo por la cultura general del pueblo”.

²⁷⁰ Cf. Carta de noviembre 26, 1936, para Gustavo Uribe, Director de Educación Primaria, de Daniel Samper Ortega. B.N. A.S.O. Correspondencia. 1936.

²⁷¹ Cf. Carta de junio 20, 1939, para el ministro de Educación, de Tomás Rueda Vargas. B.N. A.S.O. Correspondencia. 1939.

²⁷² “El Ministerio de Educación ordenó que a Cundinamarca y a Antioquia se les remitieran las bibliotecas sin acuerdo previo [del Concejo municipal]. Por fuera de estos dos casos, en todos los demás siempre ha existido acuerdo. Existe control y hasta se llegará si es necesario a la reclamación judicial de los libros, si los libros y la biblioteca no marchan”, advertía en tono firme Samper Ortega en 1936, recordando que la marcha del proyecto se encontraba perfectamente controlada, lo que no era sino relativamente cierto. Cf. *memoria... 1936*, op. cit., p. 44.

interés y compromiso²⁷³, aunque los departamentos de Cundinamarca y Antioquia, como ya lo mencionamos, fueron liberados de la obligación de esa solicitud inicial y los envíos comenzaron tan pronto como se dispuso de los primeras cartillas que fueron la base de arranque de las Bibliotecas Aldeanas, lo que debió ocurrir, según todos los indicios, en el primer semestre de 1935, cuando ya se hicieron los primeros envíos de cartillas, como parte de una “biblioteca aldeana” que se encontraba en camino, aunque regularmente se da el año de 1936 como el año oficial de arranque del proyecto.²⁷⁴

EL CONTENIDO DE LAS BIBLIOTECAS ALDEANAS

“Determinado el Gobierno -escribía Samper Ortega en 1938- a dotar a cada aldea de una base de libros apropiada para el campesino, quedaba por resolver el problema de cuáles habían de ser esos libros”. En realidad la pregunta, en sus elementos más distintivos, había sido respondida desde 1935 por el propio Samper Ortega y por el ministro de Educación Luis López de Mesa, aunque hay que anotar que el resultado a que se llegó tuvo algo de aleatorio, pues resultaba imposible disponer con facilidad del material que se buscaba, ante la carencia comprobada de libros nacionales adecuados, las dificultades de importación, la urgencia de comenzar el proyecto y la escasez de recursos que no dejó nunca de pesar sobre la iniciativa.

En 1935 López de Mesa había definido el contenido de la *Biblioteca Aldeana* de la siguiente manera: ella estaría compuesta en primer lugar por una “colección de cartillas técnicas, nacionales y extranjeras”, algunas de ellas ya editadas por el Ministerio de Educación, o a punto de ser editadas.²⁷⁵ El ministro López de Mesa incluía 16 cartillas, aunque la lista se amplió después en

²⁷³ Cf. Carta para Daniel Samper Ortega del Inspector Nacional de Educación en Antioquia, en donde informa haber difundido por todos los municipios la información acerca de las obligaciones que entrañaba el recibo de la Biblioteca Aldeana. B.N. A.S.O. Mayo 12, 1936. Correspondencia General. 1933-1936.

²⁷⁴ Cf. *Senderos*, Vol. IV, julio-agosto, 1935, en donde se copia la circular para alcaldes y corregidores, en donde se anuncia que ya se tienen listas las cartillas llegadas del extranjero que se van a repartir, y se copia la lista completa de las 221 obras que formarán una Biblioteca Aldeana. Pero en el número anterior de *Senderos*, Vol III, No 14, abril, 1935, Samper Ortega informa sobre el reparto de la cartilla No 1 y el nuevo reparto de los Nos 2,3,4 y 5, a quienes acusen recibo del primer envío y copia la lista de los primeros cincuenta municipios favorecidos. En el siguiente número de *Senderos*, Vol. III, 16-17, mayo-junio, 1935, informa que ya han sido fundadas 69 bibliotecas aldeanas.

²⁷⁵ “1. *La vida de las plantas*, por Enrique Pérez Arbeláez. 2. *Las huertas y las granjas escolares*, por Luis H. Osorio. 3. *Las aves de corral*, por Salvador Castello P. 4. *Los animales domésticos*, por Fidel Ochoa. 5. *Las doce plagas mayores*, varios autores. 6. *Nociones de Puericultura*, por Calixto Torres Umaña. 7. *Enfermedades de los órganos de los sentidos y de la dentadura*, por Luis Merizalde y Miguel Ángel Atuesta. 8. *Nociones elementales de dibujo*, por Miguel Díaz Vargas. 9. *Nociones básicas de la escuela elemental*, por G. Uribe. 10. *Nuestros alimentos*, por varios autores. 11. *Corrección del lenguaje*. 12. *Cantos escolares*. 13. *Edificaciones escolares y moblaje* [¿Arquitectura aldeana y rural?], por Gonzalo Restrepo Álvarez. 14. *Educación física*, por Rafael Tanco. 15. *Educación religiosa*”. 16. *Educación Cívica*”, y algunas otras cuyo nombre no se menciona y que se encontraban en preparación. Cf. *Memoria... 1936*, op. cit., pp. 20-21. La lista aparece con algunas variaciones de título en otros documentos, pero este parece haber sido el núcleo inicial, aunque al

por lo menos cinco títulos más, y las presentaba como de “información” para los maestros”, aunque por su parte Samper Ortega las definía como destinadas a llevar al campesino “los rudimentos más indispensables” en cuanto al conocimiento técnico y social.²⁷⁶

Esa disparidad de juicios sobre el mismo objeto, las *cartillas*, pone de presente no sólo las vacilaciones que hubo en cuanto al *destinatario* de las *Bibliotecas Aldeanas*, sino en cuanto a los conocimientos mismos que deberían difundirse según quién fuera el destinatario; y la lista de cartillas demuestra que, al igual que pasó con el resto de las “colecciones”, en realidad ellas estaban destinadas tanto al maestro como al alumno, al tiempo que servían también al campesino y al trabajador alfabetos. Lo cierto es que a la lista de las cartillas se llegó a partir de lo que había ya: una iniciativa anterior y diferente a la de las *Bibliotecas Aldeanas*, iniciativa adelantada por el Ministerio de Educación, que había logrado el concurso de intelectuales y de “entusiastas de la educación” para su elaboración, teniendo en cuenta, como diría el ministro Darío Echandía, su *carácter nacional*, es decir afirmado en las características del país y de sus sociedades campesinas.

Aun así, muchas de las cartillas fueron revisadas por otros expertos más que colaboraron por petición de Samper Ortega, algunos de los cuales ofrecieron también cartillas campesinas en cuya redacción trabajaban por su cuenta.²⁷⁷ Pero Samper Ortega, quién sabe con cuánta razón, pensaba que para la redacción de las cartillas habían resultado esenciales las estadísticas culturales, el “censo Cultural”, en el que venía trabajando desde su llegada a la Biblioteca Nacional, pues el futuro del país dependía de sus tres grandes riquezas: el hombre, la agricultura y la industria, por lo cual todo conocimiento difundido debería apoyarse en un análisis previo de esos tres elementos. Como lo escribe Samper Ortega: “A la Biblioteca Nacional le interesaba saber en qué forma podría ella ayudar al Gobierno a sembrar ideas que concurriesen a buscar la mejoría de estos tres factores”, que era la razón profunda que se encontraba detrás de sus esfuerzos de “Censo Cultural” que, como sabemos, no estaba limitado simplemente al conocimiento de las “infraestructuras materiales de la cultura” -como diría Antonio Gramsci-, sino

parecer las cartillas de educación cívica y religiosa y de corrección del lenguaje no se escribieron, no se imprimieron o no se distribuyeron, pues no aparecen registradas en fechas posteriores. En la lista del ministro no aparecen los autores, que nosotros tomamos de una carta de Samper Ortega para G. Durana, de febrero 5, 1937. Al final fueron 13 las cartillas repartidas y no 16. Las que luego se agregaron, meses después, no se incluían como parte de la “colección”. B. N. A.S.O. Asuntos Varios. 1937.

²⁷⁶ Para las definiciones y clasificaciones de López de Mesa cf. *Memoria... 1935*, po. cit., p. 6 y ss. Para las de Samper Ortega cf. *Memoria... 1938*, op. cit., p. 139 y ss. Tomás Rueda Vargas, fiel a su “ideología”, dirá que fueron establecidas “primordialmente para campesinos”. Cf. Carta para el ministro de Educación, de febrero 27, 1939. B.N. A.S.O. Correspondencia. 1938.

²⁷⁷ Cf. por ejemplo la carta de Jorge Castro, de octubre 11, 1934, quien escribe desde Baranquilla, anunciado que acepta ser *examinador de cartillas* y ofrece para publicación su *Cartilla de Agricultura y Ganadería*. Desde Barranquilla, en esa misma fecha, otro candidato a examinador de la cartilla *Monografía para el cultivo del algodón*, ofrece su colaboración, pues le parece que tales textos son muy importantes para la “formación del alma agríola nacional”. Adjunta un ejemplar de su *Cartilla para Maestros*, pues encuentra que los maestros deben tener el papel de “mediadores frente a las masas” en el proceso de cambio cultural. B.N. A.S.O. Correspondencia General. 1933-1936.

a obtener los datos mínimos que indicaran los niveles de *civilización material* de las comunidades rurales entre las cuales trataban de difundirse las bibliotecas aldeanas, que, como cualquier otro libro, deberían servir al crecimiento de la “riqueza y progreso material y espiritual”, según pensaban los ideólogos liberales.

Don Daniel Samper Ortega reconocía que en la elaboración de las cartillas se habían cometido grandes errores por improvisación, por falta de colaboradores “dispuestos a trabajar con escasa o ninguna remuneración”, pero sobre todo por falta absoluta de sencillez para redactar, lo que ponía de presente la ignorancia respecto de lo que el llamaba “la mentalidad campesina”, pero a pesar de ello le parecía que “ellas [las cartillas] han redituado más a los verdaderos intereses del país, que todas las publicaciones que pudieramos llamar de ‘alta cultura’, necesarias también en un país civilizado, pero no siempre orientadas con la debida seriedad”.²⁷⁸ Samper Ortega admitía que, incluso más allá de sus defectos, las cartillas podrían haber resultado inútiles, “dado el bajo nivel intelectual de nuestras masas” -con lo cual debería referirse sobre todo a las grandes cuotas de analfabetismo de la sociedad rural colombiana, que sería siempre la ambigüedad básica que pesaría sobre el proyecto de difusión del libro y de ampliación de la sociedad de lectores-, pero aun así le parecía que la experiencia había sido positiva y que sus errores deberían perdonarse por su carácter inédito.²⁷⁹

El segundo tipo de libros incluidos en la Bibliotecas Aldeana, que López de Mesa denomina como de “información para la segunda enseñanza” y Samper Ortega como de “conocimientos generales”, estaba compuesto por textos adquiridos un poco por azar y para tratar de subsanar la dificultad de no encontrar un equivalente en la escasísima producción nacional. Lo que se buscaba en principio eran textos adecuados para el estudio de los rudimentos de las diferentes ciencias, un poco a la manera de introducción a disciplinas modernas que hasta ahora empezaban a ser estudiadas en la enseñanza secundaria y que debían resultar muy poco útiles en bibliotecas que tenían por primer objetivo “aldeas campesinas”. Lo que se encontró en el mercado norteamericano fue un conjunto de libros, en castellano, producidos por la Casa Appleton Century Company, que resultaban al parecer más o menos adecuados a su fin, y sobre todo económicos, lo que debe haber precipitado la decisión. Se trataba de un conjunto de textos que de manera extraña combinaban la iniciación a la Antigüedad clásica, con lo último en ciencias naturales elementales y algo de filosofía y economía política. Samper Ortega pensaba que con

²⁷⁸ Cf. Memoria... 1938, op. cit., p. 144. La idea de “alta cultura” y “cultura popular” -una forma moderna de división de lo social- es aceptada y tematizada por los liberales, pero ellos piensan que se trató de una pareja que puede dialogar y alterarse mutuamente. Alta cultura y cultura popular es el par correspondiente a elites intelectuales y masas en el plano de la vida intelectual.

²⁷⁹ Idem, p. 146. En idem, p. 145 Samper Ortega informaba que de cada título se habían repartido entre las Bibliotecas Aldeanas cerca de 10000 ejemplares, lo que constituía para mediados de los años 30s una compra grande, sólo comparable a las adquisiciones que se hacían de “best-sellers” religiosos como el Catecismo del Padre Astete, del cual el Ministerio había realizado compras enormes sobre todo en los años 20s, las que, después de un paréntesis, reiniciaría a principios de los años 50s. Cf. *Memoria del ministro de Educación al Congreso. 1950.*

ello podía “subsanarse momentáneamente la dificultad, pero que no se debía abandonar “la aspiración de reemplazar en el futuro estas cartillas por libros colombianos y escritos con criterio colombianos”, aunque dada la naturaleza de los libros es difícil saber qué podía ser en tal caso un “criterio colombiano”.²⁸⁰

La tercera clase de libros dentro de esta serie estaba compuesto por un grupo de obras conseguido en España, producido por la editorial Seix Barralt, y que Samper Ortega calificaba como “libros de perfeccionamiento”, al parecer producidos con fines docentes, o por lo menos utilizados aquí con fines docentes y para el perfeccionamiento de la cultura de los maestros, entre quienes llegaron a ser muy populares y de gran uso para la preparación de sus cursos, pues según los informes de los Inspectores de educación eran utilizados con frecuencia y estudiados en las Sociedades Pedagógicas.²⁸¹ Muchas fuentes confirman este uso docente de los textos de Seix Barralt, que se enviaron sistemáticamente a los maestros, y que eran caracterizados como “cuadernos... que constituyen obras de síntesis de lo que pudieramos llamar guía del maestro en la escuela”.²⁸²

Samper Ortega consideraba que se trataba de libros que podían ser definidos como de “conocimientos generales”, y por eso buscó complementarlos con un grupo más de pequeños manuales que trataban sobre oficios prácticos muy diversos, estos sí al parecer de un nivel elemental, pues se referían a oficios como la panadería, la pastelería, confitería, cerrajería, mecanografía y construcción de muebles, los que deberían en el futuro complementarse con “con las cartillas que publique el Ministerio, atendiendo a las necesidades y deficiencias de las regiones del país”, tal como ellas podían deducirse del Censo Cultural que desde años atrás la Biblioteca Nacional había adelantado.²⁸³ Así pues, cartillas elementales -algunas de aplicación práctica en el trabajo-, libros de ciencia, historia de la Antigüedad y filosofía (lógica y economía política), más los textos para enseñanza primaria de Seix Barralt, unidos a los manuales para el aprendizaje de oficios prácticos -un conjunto bastante dispar- era la base esencial de la *Biblioteca Aldeana*, tal

²⁸⁰ Cf. *Memoria... 1935*, op. cit., 21 y *Memoria... 1938*, op. cit., p. 146-147. La lista de los libros -llamados “cartillas” por Samper Ortega, era la siguiente: *Historia de Grecia*, por C.A. Fyffe; *Historia de Roma*, por C. Greighton; *Economía Política*, por W.S. Jevons; *Lógica*, por W.S. Jevons; *Microbiología*, por H.W. Conn; *Antigüedades Griegas*, por J. P. Mahaffy; *Fisiología*, por M. Foster; *Astronomía*, por J. Norman Lockyer; *Geología*, por A. Geikie, y *Biología*, por H.W. Conn. Como se ve, un conjunto amplio y a la vez dispar, que desde el punto de vista del aprendizaje no debería dejar de plantear dificultades, pese a su carácter introductorio, si se tienen en cuenta los niveles culturales de sus ambiguos destinatarios.

²⁸¹ *Memoria... 1935*, op. cit., p. 21-22. El grupo estaba compuesto por 21 compendios, definidos por López de Mesa como libros “para la enseñanza elemental”. Tres textos de aritmética, dos geometría, tres de gramática, y uno de Geografía, más un resumen de la historia de España, un resumen de historia universal, una introducción a la botánica, una introducción a la zoología, uno más sobre el cuerpo humano, una introducción a la física y otra a la química, un resumen de historia del arte y un resumen de historia del comercio.

²⁸² Cf. Educación, Año III, Bogotá, julio-agosto, 1935, p. 498. Ahí se indica además, que los 21 cuadernillos contienen las “normas esenciales de la metodología moderna de enseñanza de las principales materias en las escuelas primarias”.

²⁸³ *Memoria... 1938*, op. cit., p. 148.

como resultó de la idea de biblioteca ideal para las aldeas de López de Mesa, pero sobre todo de las “colecciones” que fue posible conseguir en el mercado.

El complemento -que llegó a ser más bien el elemento básico de la *Biblioteca Aldeana*- de todo ese variado primer grupo de libros estuvo constituido por la popularísima Colección Araluce, un conjunto de ochenta y tres libros (según otras informaciones ochenta y cinco, algunas más hablan de cien) que reunía lo mejor de la literatura universal “al alcance de una inteligencia infantil (de diez a catorce años de edad, que corresponde también al desarrollo de nuestros campesinos)”, según palabras de López de Mesa.²⁸⁴ Samper Ortega llamaba a este “tramo” de la *Biblioteca Aldeana*, “obras de entretenimiento” e insistía en su buena presentación, en la introducción de las láminas y el color, y en ser una colección de bajo precio, condición que resultaba esencial, ya que se trataba de hacer compras masivas, inusuales en la tradición de los anteriores gobiernos. Realmente la Colección Araluce llegó a ser un objeto aprestigiado y leído, y por sus títulos, se puede afirmar que en realidad si se trataba de un intento de abarcar obras realmente clásicas de la literatura universal (basicamente europea, a pesar de incluir la Antigüedad clásica y dos o tres obras del Oriente), aunque nada podemos decir, sin leerlos, de las *versiones* que se ofrecían de tales clásicos, pues se trataba de “*versiones resumidas*” de los textos originales, como ocurre en general con las colecciones de divulgación popular.²⁸⁵

La Colección Araluce, cabeza visible de lo que se llamó “obras de entretenimiento”, estaba acompañada por otra más, producida por esa misma casa editorial, y compuesta por biografías de grandes hombres -la moderna literatura *edificante* que reemplazaba las viejas *Vidas de Santos*, populares aun en el siglo XX-²⁸⁶, a la que se sumaban los conocidos libros de J.H. Fabre, una singular colección de textos que recreaba basicamente el mundo animal, a la manera de una especie de “zoología fantástica”, pero reposando sobre los insectos, con la acostumbrada moralización que siempre los autores establecen a partir de el mundo animal, desplegando antes que la imaginación una especie de clandestina *zoologización de la sociedad*, con su respectiva *humanización de la zoología*, pero que en fin, no dejaban de ser textos que facilitan seguramente el vuelo de la fantasía.²⁸⁷

²⁸⁴ *Memoria... 1935*, op. cit., pp. 22-24.

²⁸⁵ *Memoria... 1935*, op. cit., p. 147. Cf. Anexo “Inventarios y Colecciones” para leer los nombres de los títulos que conformaban la Colección Araluce. En una visita rápida que hicimos en el mes de julio de 1999 a un grupo de bibliotecas de poblaciones de Cundinamarca, que alguna vez fueron bibliotecas aldeanas, no pudimos encontrar un sólo ejemplar de esta Colección.

²⁸⁶ Una lista parcial de algunos de tales “grandes hombres”, que en realidad lo fueron, es la siguiente: Carlomagno, Benjamin Franklin, Miguel Angel, Cervantes, Vasco Núñez de Balboa, Gutemberg, Leonardo da Vinci, Julio César, el Capitán Cook, George Washington, Edison, Beethoven, Satnley, Colón, entre otros. Cf. *Memoria... 1938*, op. cit., p. 147.

²⁸⁷ Los llamados “libros de Fabre”, de origen español, se mencionan continuamente en los inventarios, y parecen haber sido objetos muy apreciados y leídos -si tomamos como indicio su continua desaparición de las Bibliotecas Aldeanas-, aunque no conocemos los títulos completos de esta colección, que parece no haber sido muy amplia en títulos.

Este conjunto de textos : cartillas del Ministerio de Educación, colecciones Appleton y Seix Barralt -junto con los manuales de oficios-, colección Araluce -en sus dos ramas-, más los libros de J.H. Fabre, fueron, de manera práctica, los textos básicos de una Biblioteca Aldeana; y entre ellos, los textos efectivamente leídos de manera masiva, fueron aquellos que llevaban el rótulo de “obras de entretenimiento”, si hemos de creer a los pocos cuadernos en que quedaron registrados los lectores, a los indicios que se encuentran en la correspondencia que algunos directores de Bibliotecas Aldeanas mantenían con Samper Ortega y a los pedidos que continuamente tuvieron que hacerse de tales obras ante la demanda existente.²⁸⁸

Pero la *Biblioteca Aldeana* contenía *más en su diseño ideal*, si hemos de creer a las palabras de López de Mesa. Recordemos que el había hablado de “un modelo de biblioteca con unas *cien obras célebres de la intelectualidad colombiana*”, cien obras que aparecían como el elemento central de una “biblioteca de aldea”. Esas “cien obras célebres”, que se estuvieron enviando a cada una de las *Bibliotecas Aldeanas* tan pronto empezaron a editarse a principios de 1936, estaban constituidas por lo que se llamó la *Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana*, la más completa Selección que hasta ese momento se había hecho del “pensamiento nacional”, y que fueron uno de los más grandes motivos de ataque al proyecto de Biblioteca Aldeana y a la política de publicaciones del Gobierno liberal.²⁸⁹

La *Selección* en su *conjunto* tampoco parecía ser lo más adecuado para una *Biblioteca Aldeana* originalmente pensada como una biblioteca campesina y popular en una sociedad con bajos niveles de lectura y con inexistencia de hábitos de lectura bien establecidos, más allá de los grupos de intelectuales, de los profesionales de la enseñanza (los maestros y profesores), de gentes “obligadas” a leer -como los estudiantes de medios urbanos- temporalmente y de cierta corriente de lectura femenina que se mantenía desde el siglo XVIII.

Sin embargo, la correspondencia recibida por Samper Ortega mientras estuvo como director de la Biblioteca Nacional, ya que el autor de la *Selección* terminó siendo a través de su cargo, de manera directa e indirecta, su gran promotor; los datos de registro de obras leídas en las

²⁸⁸ Por fuera de estos grupos de libros las Bibliotecas Aldeanas recibieron un mapa de Colombia y un atlas geográfico. López de Mesa había pensado también en una especie de sección “miscelánea”, en la que incluía publicaciones diversas del Ministerio de Educación -entre ellas las Fábulas de Rafael Pombo y una Guía del arte colombiano-, además de los quince volúmenes de *Informes de la Comisión de Cultura Aldeana*, que no llegaron a publicarse, y el *Diccionario Larousse Ilustrado*, que efectivamente se envió. Cf. Memoria... 1935, op. cit., pp. 28-29.

²⁸⁹ Cf. Anexo “Inventarios y colecciones” para leer la lista completa de la *Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana*. La *Selección* ha tenido gran importancia en la historia de la literatura nacional y en la propia imagen que los extranjeros han tenido de la cultura intelectual colombiana. Su importancia es indudable, tanto por las obras que incluyó como por su amplia circulación. De la *Selección Samper Ortega* no existe ninguna historia, aunque los materiales para escribirla son abundantes y fáciles de obtener. Sobre el interés en el extranjero por la *Selección* -desde luego entre eruditos del mundo académico- cf. por ejemplo las cartas de mayo 8, 1935, para un profesor norteamericano, en B.N. A.S.O.. Correspondencia. Secretaría. 1935, y carta de marzo 3, 1936, para un erudito mexicano, en Idem, Correspondencia General, 1933-1936.

Bibliotecas Aldeanas y los propios pedidos que se le hacían de las distintas obras que formaban la *Selección*, muestran que llegó a tener una cierta acogida y a ser relativamente conocida más allá de su esfera inicial de influencia entre los intelectuales, y sobre todo muestran que llegó a ser una fuente de lectura escolar y popular grande a través de las *Bibliotecas Aldeanas*, en la medida en que fue llegando a estas, aunque desde luego de una manera selectiva, como siempre ocurre con toda lectura. Es posible que la *Selección* haya llegado a ser por esa época una de las fuentes de la imagen que muchos lectores “cultos” y “populares” tuvieron de lo que constituía el “pensamiento y la cultura nacionales”, lo que por lo demás era una de sus objetivos.²⁹⁰

A la decisión de difundir la *Selección Samper Ortega* se llegó también por “defecto” antes que por una posibilidad de elección entre distintas alternativas posibles. La idea era que uno de los núcleos básicos de los libros que deberían llegar a cada una de las “bibliotecas de aldea” estuviera constituido “por lo que hemos producido en casa, es decir por obras colombianas, y una colección de esta naturaleza no se improvisa en un día”, como escribía el propio Samper Ortega. Entonces el Ministro López de Mesa decidió contratar con la Editorial Minerva, quien tenía listas las planchas para una edición de libros colombianos en la que Samper Ortega venía trabajando por su cuenta y riesgo, a pesar de sus temores de no encontrar “capitalista que quisiera publicarla”. Editorial Minerva tenía ya listos para su propia edición ochenta de los cien volúmenes de la *Selección*, en edición de bolsillo, pero acordó con el Ministerio de Educación la impresión de una edición oficial, de distinto tamaño, con destino a las *Bibliotecas Aldeanas* y a la difusión del pensamiento colombiano en el extranjero.²⁹¹

²⁹⁰ Cf. *Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana. Indices*. “Avertencias preliminares”. Bogotá, Editorial Minerva, 1937. Uno de los textos más notables escritos en el país hasta el presente, acerca no sólo de los criterios formales para construir una “antología” de esta naturaleza -asunto de grandes litigios en la historia literaria nacional-, sino sobre todo como exposición metódica de la forma concreta como Samper Ortega procedió. En la exposición de sus criterios de Selección y de las limitaciones que contiene su trabajo hay una novedad absoluta: el intento de establecer *criterios autónomos* que se remiten estrictamente a un cierto *canon literario* (“No hay que confundir el prestigio político con la capacidad literaria”, escribe Samper Ortega) y a la voluntad de establecer un balance sobre la tradición nacional. Samper Ortega escribe: “Leer metódicamente todo cuanto sea posible leer de lo que se ha escrito en Colombia; escoger dentro de tales lecturas, sin antipatías ni preferencias por un autor o por un bando político; descartar con entereza cuanto nos aparezca inferior, aun a riesgo de disgustar a los pontífices e incluir cuanto juzguemos digno de ser conocido, pese a las excomuniones de los diversos cenáculos no son faenas ni riesgos que gusten de tomar la mayoría de nuestros escritores consagrados”. p. 9. El texto, explícito en las ideas que afirma, insiste en la dificultad de la labor emprendida (pp. 12-13), en los límites de su trabajo (pp. 13-14), en el carácter original de la selección (pp. 14-15), en lo arbitrario de toda clasificación en “géneros literarios” (pp. 15-16 y 19-24), en la imparcialidad de la escogencia - “ni criterios políticos ni de generación”- (pp. 16-17), en la colaboración obtenida de otros especialistas (pp. 17-18), en el tipo de prólogos y en las erratas existentes (pp. 18-19 y 24-29). Como balance de su propio trabajo Samper Ortega escribía: “Si alguna vez se ha hecho en Colombia un esfuerzo honrado, ecuánime y tenaz, que se inspire tan sólo en el vehemente deseo de asertar y servir, ha sido con ocasión de esta biblioteca de autores colombianos. Mi conciencia ciudadana queda tranquila y eso me basta”. p. 18.

²⁹¹ La primera edición “oficial” fue de dos mil ejemplares. Por su parte la editorial Minerva hizo por lo menos dos ediciones de la *Selección*. Cf. Carta de julio 8, 1936, de Samper Ortega para una educadora de manizales, que quería tener la *Selección* en su colegio. B.N. A.S.O. Correspondencia General. 1933-1936.

La *Selección Samper Ortega* -que era un nombre comercial registrado- terminó siendo conocida de manera popular como “Biblioteca Aldeana de Colombia” y en parte parece haber sido uno de los contenidos dominantes de las bibliotecas escolares y municipales al lado de la Colección Araluce de literatura, lo que le mereció nuevos ataques al proyecto de Cultura Aldeana y de Bibliotecas Aldeanas. De un lado ataques de parte de los autores que no habían sido elegidos para formar parte de una selección que se presentaba como representando lo mejor de la tradición nacional. De Otro lado, por parte de los conservadores, quienes conocían la ligazón entre Samper Ortega y el partido liberal, y señalaban en la *Selección* un intento partidista de dirección de la cultura campesina y popular. Y en fin, animadversión o reservas por parte de casi de todo el mundillo intelectual, indispuesto con la *Selección*, al pensar que “el Ministerio confió a un determinado ciudadano la tarea de señalar los mejores autores del país, para formar de este modo una biblioteca colombiana”.²⁹²

La *selección* terminó gozando de un cierto respaldo e interés nacional -además de ser muy apreciada en el extranjero en donde se difundió como presentación oficial de la “cultura nacional”- a pesar de las reservas y resistencias de sus oponentes; y agotada la edición oficial, el Ministerio de Educación hubo de ser nuevas compras a la Editorial Minerva de la llamada “edición privada”, que meses después se encontraba en el mercado, aunque sus tomos iban apareciendo con retardo respecto de la primera.²⁹³ Pero siempre pesó sobre ella la identificación -no muy justa si se mira con atención su contenido- que se hacía entre la *Selección* y la política liberal, hecho que terminó reforzado por su relativamente amplia distribución en el extranjero, y por las propias reseñas elogiosas que de ella se hicieron en prensa, realizadas siempre por intelectuales liberales que eran amigos o “copartidarios” de Samper Ortega, como don L. E. Nieto Caballero, el mismo que en la Cámara de Representantes, meses atrás, había tenido que defender la *Selección* de la acusación que le hacían los conservadores de ser un instrumento partidista.²⁹⁴

La *Biblioteca Aldeana* tuvo como grupos básicos de libros estos que hemos señalado, pero por el camino no sólo algunos municipios hicieron sus propias compras, a veces por intermedio de la propia Biblioteca Nacional, a veces por su propia cuenta, sino que también recibieron pequeñas

²⁹² *Memoria... 1938*, op. cit., p. 149. Igualmente *Selección Samper Ortega... Indices*, op. cit.

²⁹³ Esta es la razón por la cual en algunas bibliotecas municipales de Cundinamarca los ejemplares que aun se encuentran de la *Selección* corresponden a la edición privada. Este es el caso de las bibliotecas de La Mesa, de Mosquera y de Facatativá. En términos editoriales la edición e impresión de la *Selección* Samper Ortega fue un gran reto para la Editorial Minerva -posiblemente sin antecedentes locales-, pues se trataba de la impresión de 100 mil ejemplares (1000 ejemplares de cada título) de la edición oficial y 100 mil más de su propia edición. Minerva tuvo que subcontratar con las imprentas Optima, Renacimiento, Diario Nacional, A.B.C. y Selecta, luego de romper su contrato con un periódico en el cual se había pensado hacer la impresión de los libros. Cf. *Selección Samper Ortega... Indices*, op. cit., p. 24.

²⁹⁴ Cf. “Literatura colombiana” por Luis Eduardo Nieto Caballero, *El Tiempo*, mayo 25, 1937. Igualmente *El Tiempo*, mayo 22, 1937, “La *Selección* Samper Ortega”, en donde se vuelve a repetir la idea de que se trataba precisamente de una “selección”, para contestar a los que se creían excluidos.

donaciones de intelectuales locales y de personas interesadas en la cultura.²⁹⁵ Pero a más de todo ello Samper Ortega “decretó”, como una especie de política práctica, tan sólo aprobada por él, la compra de mil ejemplares de toda obra nacional aparecida en el mercado, y en muchas ocasiones de obras llegadas del extranjero a las librerías de Bogotá, de tal manera que las *Bibliotecas Aldeanas* fueron enriqueciéndose un poco al azar y como el resultado de un deseo un tanto arbitrario de difundir el libro, pero sin mucha atención a un plan especial frente al libro por difundir, y mucho menos a unas definiciones previas acerca de la lectura. Se trató más, según resulta de las facturas de compra que se encuentran en el Archivo Samper Ortega, de la puesta en práctica de un “criterio liberal”, concretado en los gustos y en las apetencias de Samper Ortega.²⁹⁶

Además de las compras de Samper Ortega y de donaciones diversas, fueron agregándose muchas de las publicaciones que el Ministerio de Educación hacía, al punto que llegó a constituirse una especie de nuevo grupo de libros, que resalta en los inventarios. Una “miscelánea” dentro de la cual podemos destacar algunos títulos, de aparición repetida: *El diario de un peatón*, de Germán Arciniegas, *Proclamas y discursos de El Libertador*, *Páginas artísticas de la Revista Javeriana*, *Nociones de higiene escolar*, *Conferencias culturales de 1939* (Programa de Extensión Cultural del Ministerio de Educación en el Teatro Colón), *Historia de la Literatura Colombiana*, de Antonio Gómez Restrepo, *Estatutos de las Normales Rurales*, *Etnología Guajira*, de Gregorio Hernández de Alba, *Cuaderno del Trópico* (poesía de Darío Samper, que había merecido virulentos ataques de Laureano Gómez), *Estudios de la Comisión de Cultura Aldeana*, *Tratado de taquigrafía*, *Sueños de Luciano Pulgar*, *El Moro*, *Cantares de Boyacá*, *Memorias de la Guerra de los Mil Días*, *Mapa cafetero de Colombia*, *Acta de la Independencia*, *Nuestro lindo país colombiano*, de Samper Ortega, *Atlas Histórico Universal*, *Cómo hacer productivo un pequeño negocio*, *Los gusanos de la papa*.²⁹⁷

²⁹⁵ Los municipios recurrieron en múltiples ocasiones ante la Biblioteca Nacional, para que les realizara compras de libros en las librerías bogotanas. En Cundinamarca podemos citar, entre otros los casos de Albán, La Mesa, Zipacón. Par el Tolima existe el caso repetido de El Líbano. Poblaciones de Antioquia y de Caldas también solicitaron esa colaboración. Cf. B.N. A.S.O. Correspondencia General. 1936. A la biblioteca de Bojacá hizo una pequeña donación de libros el antropólogo Gregorio Hernández de Alba, pero esta situación se repitió muchas veces más. Cf. B.N. A.S.O. Caja No 5. Carpeta 69. Depósito Bibliográfico. 1935. Eruditos locales, asociaciones de maestros y algunos sindicatos obsequiaron libros también a los municipios para sus bibliotecas aldeanas.

²⁹⁶ Cf. Carta de Samper Ortega para el ministro de Educación, de julio 24, 1937, en donde solicita la compra de mil ejemplares del recién aparecido “Cancionero Boyacense”. Samper Ortega agrega, y “de cualquiera otro [libro colombiano] recientemente hecho, en el cual la cantidad de ejemplares llegue a mil, que es la que se compra cuando los libros van destinados a dichas bibliotecas aldeanas”. B.N. A.S.O. Asuntos Varios. 1937.

²⁹⁷ A estos habría que agregar una serie amplia de libros que aparecían a los conservadores como “propaganda del régimen” y de los que lo menos que puede decirse es que constituían una exposición de las realizaciones del Gobierno liberal y de su ideario. Así por ejemplo, “Carta del Presidente López”, “Manifestación liberal al Presidente López”, “Documentos relacionados con la renuncia del Presidente López”, “Mensajes del Presidente López al Congreso de la República en 1937 y 1938”, “Gestión administrativa del Ministerio de Educación al Congreso de 1936”, “Caudillos Liberales”, etc., que aparecen en muchos de los

La biblioteca ideal pensada por el Ministerio de Educación y concretada en términos prácticos sobre todo por el esfuerzo de la Biblioteca Nacional, fue objeto de numerosas críticas, empezando por aquellas de los lectores que, apoyados en su juicio -cualquiera que el fuera- decidieron dejar de lado muchos o algunos de sus volúmenes que nunca abrieron, parte de los cuales fueron regresados a la Biblioteca Nacional, con el pedido de que fueran cambiados por otros, según se lee en muchas peticiones de secretarios de Concejo municipal o maestros habilitados como bibliotecarios. Sus propios creadores también expresaron, con buen juicio, las limitaciones del proyecto desde el punto de vista de su contenido, pues no se les escapaba cuánto había de azaroso en la formación de los grupos de libros que conformaron su núcleo. Por su parte la *opinión intelectual del país*, casi siempre bajo una perspectiva partidista y con mucha incompreensión frente al proyecto, esgrimió diversas razones para objetar la conveniencia *no del proyecto en sí*, sino más bien del *tipo de libro* que terminó siendo dominante en las “Aldeanas” - aunque en el fondo siempre hubo motivos doctrinarios y partidistas-, razones que en 1936 el ministro de Educación Darío Echandía resumía de la forma siguiente:

*Hay quienes objetan la lectura de los clásicos en ediciones especiales para niños y para un pueblo que jamás tuvo la ocasión de adquirir la alta cultura; quienes critican con opuesto criterio, que se de especial importancia a la enseñanza artesanal, técnica e industrial, tachándola de excesivamente materialista; quienes estiman que la Selección Samper Ortega peca de academicismo y aun de cierto espíritu de grupo.*²⁹⁸

LA DISTRIBUCIÓN DE LAS BIBLIOTECAS ALDEANAS

De todas maneras el proyecto marchó, y en el primer semestre de 1935 ya se habían establecido las 69 primeras *Bibliotecas Aldeanas*, a las que se habían despachado 37758 cartillas y se preparaba un nuevo despacho de otras 50000, mientras llegaban los libros centrales que deberían formar las bibliotecas y se avanzaba en la impresión de la *Selección Samper Ortega*.²⁹⁹ Pero el verdadero paso adelante se dio entre los finales de 1935 y el primer semestre de 1936, período en el cual se establecieron 674 Bibliotecas Aldeanas, a las cuales se enviaron 95462 volúmenes, éstos sí ya pertenecientes a las colecciones que deberían formar parte de tales bibliotecas según el diseño del proyecto. De tales bibliotecas se decía que 28 funcionaban con toda la corrección deseable, compraban libros y remitían estadísticas de lectores a la Biblioteca Nacional; que 208 funcionaban correctamente, según los informes existentes, pero no enviaban los cumplidamente

inventarios de las Bibliotecas Aldeanas. Aquí citamos, como ejemplo, el “Inventario de la Biblioteca Aldeana de Campoalegre -Huila-. !940”. B.N. A.S.O. Caja No 17. Carpeta No 310. Depósito Bibliográfico. 19401945.

²⁹⁸ *Memoria... 1936*, op. cit., pp. 78-79.

²⁹⁹ *Memoria... 1935*, op. cit., p. 24. La cifra debe considerarse con reserva, pues las 50000 cartillas de que se habla parecen volver a incluirse en los envíos de 1936, y las otras 37758 parecen incluir los envíos que el Ministerio hacía habitualmente a las escuelas.

los datos que mostraban su funcionamiento práctico; que otras 260 funcionaban en colegios, escuelas, sindicatos, bajo forma correcta, per diferente del proyecto original, para un total de 496, de las que se podían decir en términos generales que marchaban, faltando ajustar el funcionamiento de 178, que si bien habían recibido los libros y cuyos concejos municipales habían aceptado el patronazgo respectivo, “por una u otra razón” no estaban operando correctamente, aunque se estaban tomando las medidas de control necesarias, esperándose que “para finales del año [1936] “estarán organizadas... o los libros recogidos”.³⁰⁰

Los los problemas de distribución fueron mayúsculos, porque además de tratar de convencer a los Concejos municipales para que produjeran el Acuerdo oficial de fundación de la biblioteca³⁰¹, hubo de derrotar las fuerzas del “interés privado” que, sobre todo cuando comenzó a parecer la *Selección Samper Ortega*, se lanzaron tras los libros, sin reparar en que su destinatario era de manera exclusiva la biblioteca pública organizada según las normas que la convertían en “Aldeana”, aunque hay que reconocer que tras muchísimas de las solicitudes de libros que recibía la Biblioteca Nacional de todas partes del país, se encontraba un genuino interés por la lectura de parte de eruditos locales y de instituciones escolares que querían incrementar sus bibliotecas o fundarlas por primera vez. Desde luego que hubo aprovechamientos personales y toda clase de recomendaciones políticas, para apropiarse privadamente de los libros. Pero ahía también interés, curiosidad y una enorme competencia por un recurso escaso.³⁰²

A estas dificultades se sumó el problema de la accidentada geografía nacional, que dificultaba llegar a muchas de las “aldeas” que se interesaron en los nuevos libros que se ponían a su disposición, y sobre todo la ineficiencia de un sistema de correos y de trenes, que no sólo demoraba las entregas, sino que a veces ignoraba con exactitud la localización de ciertas poblaciones cuyo nombre se repetía en más de un departamento. La numerosa correspondencia sostenida por los municipios y con el propio Ministerio de Educación -que transmitía cada una de las cartas a la Biblioteca Nacional, es prueba de las dificultades y de los equívocos, tanto en los casos en que se uso el envío directo, como en aquellos otros en que se acudió al apoyo de las Direcciones Departamentales de Educación.³⁰³

³⁰⁰ *Memoria... 1936*, op. cit., pp. 44-45. -Para esa época, y sobre la base de datos de lectura de 238 Bibliotecas Aldeanas, en el mes de agosto, se informaba de un total de 27059 lectores, es decir un promedio aproximado de 114 lectores mensuales por biblioteca.

³⁰¹ El Gobierno intentó de muchas maneras estimular a los Concejos municipales para que dictaran los acuerdos de fundación oficial de las bibliotecas. Así por ejemplo: “El Gobierno ofreció también a los municipios que dicten un acuerdo comprensivo de estos puntos obsequiarlos con un aparato radio-receptor, ayudarles en la construcción de sus casas sociales y auxiliarlos con médico, botica y abogado de pobres”. *Memoria... 1938*, op. cit., p. 151.

³⁰² Cf. Anexo “Dossier: Lectura popular y República Liberal”. Muchas de las peticiones de funcionarios educativos, como los Inspectores de educación, de maestros y de instituciones escolares fueron asumidas por el Ministerio de Educación, a partir de compras particulares, cuando se trataba de la selección samper Ortega.

³⁰³ Cf. por ejemplo la correspondencia enviada a Samper Ortega en julio-agosto de 1936 por las autoridades municipales de El Retiro (Antioquia), acerca de la pérdida de los libros enviados para la biblioteca de esa población. B.N. A.S.O. Correspondencia dirigida a los Ministerios. 1936.

Según datos de septiembre de 1936, el total de la edición contratada con Minerva había sido de 2000 ejemplares de cada ejemplar de las cien obras que componían la *Selección*, y para esa fecha ya se habían fundado 512 Bibliotecas Aldeanas -en el sentido estricto de la denominación-, mientras que al exterior se habían enviado 632, y para instituciones educativas, prensa y funcionarios se habían repartido 239, lo que quería decir que restaban 488 “bibliotecas aldeanas”, que Samper Ortega cuidaba celosamente, pues con ellas esperaba lograr su sueño de 1000 bibliotecas aldeanas.³⁰⁴

Según datos de noviembre de 1937, hasta ese momento el número total de colecciones despachadas, bajo el nombre de “Bibliotecas Aldeanas”, era de 1031 (aunque de ese total se debe restar los libros enviados a particulares y al extranjero, los que no incluían sino la *Selección Samper Ortega*). De ese número global, 37 bibliotecas habían sido creadas a principios de 1935; 587 habían sido fundadas entre 1935 y 1937, para un total de 624 bibliotecas. Pero además de esas 624, el Ministerio de Educación y la Biblioteca Nacional habían repartido por diversos conceptos, 351 colecciones de libros, para un total de 975 bibliotecas, cifra a la que había que sumar las primeras 56 “bibliotecas” enviadas a los departamentos de Cundinamarca y Antioquia, aun antes de que sus Concejos municipales firmaran los acuerdos respectivos.³⁰⁵

A pesar de todas las dificultades que encontraba la fundación de las bibliotecas y el envío de libros, tal como lo menciona repetidamente la documentación, para 1938 se reportaban cifras positivas de despachos de libros, pues a los 95462 enviados entre 1935 y 1936, se agregaban 176510 enviados entre junio de 1936 y junio de 1937, para un total, en esos años, de 274896 libros, lo que constituía una cifra desconocida en el pasado.³⁰⁶ Y en cuanto a la organización de las Bibliotecas Aldeanas -a pesar de su funcionamiento desigual, sobre el que volveremos más adelante-, las cifras mostraban no sólo el éxito de la campaña, sino un suceso desconocido en la historia del país. De confiar en las cifras que a manera de balance se presentaban en 1938, los resultados de la campaña serían los siguientes:

³⁰⁴ De estar bien el hecho el conteo, la empresa se constituyó en un éxito, pues Tomás Rueda Vargas informaba, en 1939, de la existencia de 1250 Bibliotecas Aldeanas. Cf. Carta para el Ministerio de Economía Nacional de febrero 27, 1939. B.N. A.S.O. Correspondencia. 1939. -Las compras de los demás libros traídos del extranjero oscilaron entre 1000 y 15000 ejemplares, aunque debieron existir más compras “al detal”, que no podemos establecer. Cf. Carta de Samper Ortega, de octubre, 28, 1936, para el director de provisiones del Ministerio de Educación. B.N. A.S.O. Correspondencia. 1936.

³⁰⁵ Cf. B.N. A.S.O. Asuntos Varios. 1937. -Desde luego que todos estos datos, a pesar de los cuidados “estadísticos” de Samper Ortega, deben ser relativos y contener algún margen de inexactitud. Pero la cifra de 1000 bibliotecas repartidas sí parece confirmarse, aunque hay que distinguir entre las *Bibliotecas Aldeanas* propiamente dichos y los envíos particulares de la *Selección*... En una entrevista de mayo de 1937, Samper Ortega resumía así su labor: Desde 1935 se habían fundado Bibliotecas Aldeanas en 613 municipios y 26 corregimientos. Se habían repartido a colegios, sindicatos y entidas oficiales 265. Las guarniciones militares habían recibido 62, y los ministerios 23, más una cantidad -que no definía aquí- que se habían enviado al extranjero o habían tenido otros usos. Cf. “Una gran biblioteca ambulante se inaugura en el presente mes”. *El Tiempo*, mayo 21, 1937.

³⁰⁶ *Memoria... 1938*, op. cit., pp. 153-156. Cf. igualmente Anexo estadístico.

BIBLIOTECAS ALDEANAS. 1938. Bibliotecas por municipios

	BIBLIOTECAS	MUNICIPIOS
Antioquia	95	99
Atlántico	11	20
Bolívar	28	55
Boyacá	67	124
Caldas	37	42
Cauca	29	32
Cundinamarca	78	110
Huila	24	24
Magdalena	27	32
Nariño	41	49
Norte de S.	22	33
Santander	51	74
Tolima	33	39
Valle	34	35
Intendencias y Comisarías	28	31

Fuente: *Biblioteca Nacional. Informe de la Subdirección*. Noviembre 22 de 1938, p. 28. B.N. A.S.O. Asuntos Varios. 1938.³⁰⁷

Desde el punto de vista del número de lectores -que al parecer la estadística hace corresponder a la suma de lectores en el lugar más aquellos que tomaban prestado el libro y lo llevaba a su casa, lo que quiere decir que se incluye la lectura a domicilio, que estaba considerada en los reglamentos de las Bibliotecas Aldeanas y que al parecer fue dominante- el Sudirector de la Biblioteca Nacional informaba los resultados a través del siguiente cuadro:

³⁰⁷ El *Informe* menciona también la existencia de 203 bibliotecas más, “en diversas facultades [universitarias], brigadas del ejército, cárceles nacionales, direcciones de educación, escuelas varias, dependientes de los gobiernos nacional, departamental y municipal”, pero que no pertenecían estrictamente a la categoría de Bibliotecas Aldeanas. Este Informe, escrito por quien acompañó a Samper Ortega desde su llegada a la Biblioteca Nacional, constituye uno de los mejores balances de la transformación de esa Institución entre 1931 y 1938. Las mismas cifras se encuentran en *Memoria... 1938*, op. cit., p. 154.

LECTORES DE LAS BIBLIOTECAS ALDEANAS POR DEPARTAMENTO. 1937

Intendencias y	
Comisarías	8506
Atlántico	18415
Antioquia	70152
Nariño	25050
Valle	26626
Magdalena	14907
Cauca	27691
Santander del N.	11997
Tolima	12960
Huila	5628
Santander	13260
Bolívar	11548
Cundinamarca	15857
Boyacá	10853

Fuente: *Biblioteca Nacional. Informe de la Subdirección*. Noviembre 22 de 1938, p. 30. B.N. A.S.O. Asuntos Varios. 1938.³⁰⁸

FUNCIONAMIENTOS LOCALES

El examen de diversas fuentes, especialmente los Informes de las direcciones Departamentales de Educación y la Corresponencia que se encuentra en el Archivo Samper Ortega, permite un acercamiento menudo a los funcionamientos prácticos de las Bibliotecas Aldeanas, ya que estas fueron sometidas a controles permanentes, tanto por los Inspectores de educación, como por la propia Biblioteca Nacional.³⁰⁹

Pero más que los informes estadísticos, contruídos a partir de los datos enviados por los municipios a la Biblioteca Nacional, las mejores informaciones y descripciones provienen de las visitas realizadas por los “Inspectores de Biblioteca”, un cargo que en verdad no parece haber

³⁰⁸ El mismo cuadro en *Memoria... 1938*, op. cit., p. 155, en donde además Samper Ortega agrega el total de la población por departamento y establece sobre esa base el porcentaje de lectores, que desde luego es puramente indicativo, porque no existe cálculo ninguno de la población analfabeta y porque además es imposible saber cuál es el número de lectores de un libro prestado a domicilio.

³⁰⁹ Cf. por ejemplo *Informe del Subdirector de la Biblioteca Nacional. Noviembre 22. 1938*. B.N. A.S.O. Asuntos Varios. 1938, en donde se menciona la función de control y se describen los instrumentos de control estadístico de que se disponía. “Para conseguir estos datos, la Biblioteca Nacional envía periódicamente formularios, tarjetas, reglamentos, instrucciones, etc., a fin de conseguir el mejor resultado posible... Así mismo indica a las bibliotecas aldeanas cuáles son las obras, textos, manuales o métodos diversos que deben adquirir en las librerías...”. p. 7. Este tipo de información le permitía dar a la Biblioteca Nacional algunos datos precisos como el de la existencia de un promedio de 350 volúmenes por biblioteca, aunque nuestra propia búsqueda nos indicaría que ese promedio era menor, cercano a los 200 volúmenes.

existido nunca de manera oficial, y que en unos casos era cumplido por los Inspectores de educación y en otros por los empleados encargados de manejar los proyectores de cine de la Campaña de Cultura Popular, a los que Samper Ortega encargó de la misión de vigilar el funcionamiento de las Bibliotecas Aldeanas.³¹⁰

No todas las Direcciones departamentales de Educación, desde luego, presentaban informes completos y bien documentados de las bibliotecas aldeanas, pero se cuenta con algunos que permiten hacer mínimas inferencias, como en el caso del departamento de Santander, para los años que van de 1938 a 1943. Según tales informes, que tienden a repetirse en otros departamentos, los funcionamientos eran bastante desiguales, sin que haya ningún elemento que pueda ser aislado a priori como “causa” de una mejor o peor manera de operar.

En el caso de Santander, por ejemplo, la situación es bastante contrastada, lo que resulta aun más fácil de notar, porque los informes eran realizados por “zonas escolares”, sin ningún balance general. De esta manera, verbo y gracia, el inspector de la zona 5a informaba en 1938 que las bibliotecas de Vélez, Puente Nacional, Jesús María y Bolívar habían sido fundadas de tiempo atrás, pero funcionaban mal, habiéndose él mismo dedicado a su reorganización, al tiempo que comenzaba a interesar en el proyecto a los municipios de Guepsa, La Aguada y Sucre, “quienes esperan en este momento que les lleguen los libros”, refiriendo a continuación que la Biblioteca Nacional de manera continua había estado mandando libros a la región, por lo cual había estado funcionando la “Biblioteca Circulante”, formada por 83 libros de la Colección Araluce.³¹¹

Por su parte el Inspector de la zona 4a ofrecía el cuadro de un funcionamiento mucho mejor, en las poblaciones de Socorro, Suaita, Oiba y Simacota, en donde “se han llevado estadísticas de lectores y obras leídas y en las visitas frecuentes que he practicado he exigido el resumen de lo que se ha leído”.³¹² El Inspector agregaba a continuación que había procurado “estimular en los niños el amor por la lectura, recompensando, ya en una forma, ya en otra, a los que han sabido relatar mejor el resumen de lo que se ha leído”.³¹³

Al Inspector le parecía que los avances en la lectura por parte de los niños se encontraban detenidos, en razón del “anticuado sistema de enseñanza por el método fonético constructivo...

³¹⁰ Sobre la base de la información estadística y de los informes, a veces muy detallados, de los “inspectores de biblioteca”, Samper Ortega, quien seguía de cerca el proceso, parecía encontrarse muy bien informado. Por eso arriesga opiniones sobre funcionamientos concretos, por ejemplo cuando en una entrevista con el periódico *El Tiempo* declara, en 1937, que se consideran bien organizadas en Antioquia las bibliotecas de El Carmen, Caldas, Eliconia, corregimiento de Pueblitos, Puerto Berrío y San Pedro; y en el Atlántico las de Barranquilla y Galapa. En Bolívar, las de Caño de Loro y Cartagena. En Boyacá, las de Boavita y Samacá. En Caldas, las de Supía y Neira. En el Cauca, las de Piendamó y Popayán. En Cundinamarca, las de Gachancipá, Pasca, Mosquera y Viani. En el Huila, las de El Hato y sSan Agustín. *El Tiempo*, mayo 21, 1937.

³¹¹ Informe del Director de Educación Pública de Santander. 1938, op. cit., p. 27.

³¹² *Idem*, p. 41.

³¹³ *Idem*.

error máximo de la vieja pedagogía”, la que se contentaba con enseñar un cúmulo de sonidos, sin el sentido de lo que significan”, habiendo introducido él ahora el ventajoso “método de la lectura ideovisual”, abriendo un amplio campo al interés de los alumnos, “y hoy se ven pequeñuelos de siete y ocho años leer en sus ratos de ocio revistas y hasta periódicos, sin que ninguna presión externa los obligue a ello, solamente por el deseo de darse cuenta y ocupar su imaginación”.³¹⁴

El Inspector cerraba su informe con un balance muy positivo, señalando que “la biblioteca escolar ha completado esta real obra de cultura y los escasos volúmenes que la componen han paseado ya varias escuelas urbanas y rurales, llevando hasta los campos su influencia bienhechora”, clamando por que el Gobierno “multiplique estas bibliotecas para que vayan a muchos rincones olvidados a despertar el gusto literario y el deseo de enriquecer el espíritu con nuevas ideas”.³¹⁵ Un cuadro que confirma la llegada del libro a la escuela rural y urbana, su papel en la intensificación de la lectura y en la mejora de los procesos de leer y de aprender a leer, pero que muestra que, por lo menos para ese caso, el uso de la Biblioteca Aldeana era escolar antes que popular (aunque la diferencia misma puede no tener mayor sentido, pues al fin y al cabo se trata de niños de origen popular).³¹⁶

Por su parte el Inspector de la zona 6a, con cabeza en Zapatoca, declara que estaban establecidas y funcionando correctamente las bibliotecas aldeanas de Zapatoca, de Betulia, El Palmar y el corregimiento de La Fuente, y estaban por establecerse las de El Hato, Cabrera y Galán, en donde los Concejos municipales se habían demorado en adoptar sus responsabilidades reglamentarias, y cuando lo hicieron las existencias de libros se habían temporalmente agotado. Pero el Inspector había recibido por cuenta del Ministerio de Educación la Colección Araluce y se encontraba distribuyendo esos libros “y unos pocos ejemplares de la Colección Perla”.³¹⁷

Este mismo Inspector declaraba que había pedido al Ministerio de Educación la Colección de textos de Seix Barralt, que le fueron despachados, aunque se quejaba de su posterior desaparición; que había difundido las circulares acerca de los reglamentos de las Bibliotecas Aldeanas, complementándolas con “otras indicaciones, que creí necesarias, fundado en observaciones hechas en varios lugares”, y que las Bibliotecas Aldeanas de Betulia y Zapatoca

³¹⁴ Idem.

³¹⁵ Idem. En todo caso parece ser una práctica de la lectura que cubrió más a los jóvenes y a los niños escolarizados, que a los adultos ligados al trabajo, aunque la enseñanza de la lectura y la escritura tuvo cierta importancia para éstos en regiones como Boyacá, el Tolima (y muy tempranamente en Caldas y Antioquia, pero ya no en el marco del proyecto de Bibliotecas Aldeanas).

³¹⁶ Un Inspector confirmará en 1939 este uso predominantemente escolar de las bibliotecas enviadas. “En un buen número de municipios existe la Biblioteca Aldeana, de la cual los alumnos han venido haciendo uso...”. Y señala que falta afición por parte de los particulares a asistir a la biblioteca y tomar prestados los libros, por lo cual, “Prácticamente dichos libros sólo fueron empleados para el servicio de las escuelas”. Cf. *Informe del Director de Educación Pública al Gobernador de Santander. 1939*, op. cit., p. 21. -Pero desde luego, existen los casos contrarios.

³¹⁷ Idem, pp. 85-86. Ignoramos cuál es la “Colección Perla”. Otros informes mencionan la “Colección Sopena”, que tampoco hemos logrado identificar en el Archivo Samper Ortega.

habían sido premiadas por su buen funcionamiento con 25 obras especiales enviadas desde Bogotá. En general le parecía que el proceso marchaba, y que en esas dos poblaciones y en San Vicente, “el público se acostumbra a la lectura”, concluyendo con las siguientes palabras: “Ultimamente se han recibido algunas obras de la Selección Samper Ortega de autores nacionales. Con esto queda cumplido el deseo que me permití expresar... al encargado de la Biblioteca Nacional, en el sentido de dar preferencia a la literatura autóctona”.³¹⁸

Lo que se comprueba en el caso del departamento de Santander es, en términos generales, el de un funcionamiento contrastado, con grandes desigualdades entre unos municipios y otros, desigualdades difíciles de adscribir a un elemento fácilmente identificable, por fuera de la dinámica local, del papel de los inspectores escolares, de algunas tradiciones anteriores y de muchos elementos de “azar”, que los historiadores no gustan ponderar (y que incluso no están dispuestos a aceptar). Si el asunto pudiera reducirse a una simple medida estadística, que permitiera obviar las descripciones ricas en detalle, pero excesivamente particulares, habría que decir, para el caso de este departamento, que a principios de los años 40s -pero desgraciadamente no por mucho tiempo- las bibliotecas aldeanas estaban generalizadas, que su público era mayoritaria, pero no exclusivamente, escolar, que contaba con un número importante de volúmenes (18328) en sus 58 bibliotecas, correspondientes a 58 municipios de un total de 74, y que de esas 58 bibliotecas, 52 habían sido creadas durante los últimos cinco años dentro del proyecto de Bibliotecas Aldeanas.

Se trataba además de bibliotecas que eran de manera repartida dirigidas por maestros y por Concejos municipales, pero también por particulares -hombres y mujeres “entusiastas de la educación”- y por bibliotecarios nombrados, y en el caso de Santander con muy poca presencia, o ninguna, de religiosos en la dirección de las bibliotecas. En conjunto eran controladas, vigiladas y apoyadas de cerca por la Biblioteca Nacional, pero empezaban a ligarse a la vida municipal, aunque la lectura pública de biblioteca fuera minoritaria frente al préstamo domiciliario. Muchos otros informes y listas de lectores muestran además que sus usuarios eran hombres y mujeres, aunque los no frecuentes datos que se pueden obtener parecen favorecer ligeramente la lectura por parte de varones, pero sobre este punto es muy difícil concluir porque la información estadística no introduce esta diferenciación.³¹⁹ Aunque la mayoría de las bibliotecas (52 de 56) pertenecían formalmente a las “Aldeanas”, tendían a confundirse de manera práctica con las bibliotecas escolares, por cuanto en muchos casos funcionaban en locales cedidos por los coelgios, ante la falta de una edificación o local propio, lo que a veces debería dificultar su percepción como *biblioteca pública*, por parte de la comunidad.

³¹⁸ Idem, p. 86. Pero otras bibliotecas más, de otras zonas, también poseían y apreciaban la *Selección Samper Ortega*, como lo menciona otro informe, hablando de la Biblioteca Aldeana de San José de Guanetá: “Cuenta con algunas obras de importancia como la Selección Samper Ortega... *La Escuela Nueva*, de orientación pedagógica, la *Colección Araluce*... *El Tesoro de la Juventud* y el *Diccionario Enciclopédico Hispanoamericano*... fuera de algunas revistas a las que está suscrito el establecimiento”. Cf. *Informe del Director de Educación Pública al Gobernador de Santander*. 1939, op. cit., p. 145.

³¹⁹ Cf. “Bibliotecas que prestan servicio público en el Departamento de Santander”, en *Informe del Director de Educación de Santander*. 1941. Bucaramanga, Imprenta Departamental, 1941, p. 20.

Otro caso que puede ser examinado para rastrear los funcionamientos prácticos de las Bibliotecas Aldeanas resulta ser el departamento de Cundinamarca, que fue una de las regiones sobre las cuales la Biblioteca Nacional pudo ejercer mayor vigilancia, posiblemente por la propia cercanía de parte de sus municipios a Bogotá³²⁰ Podemos apoyarnos en tres o cuatro situaciones, bien diferenciadas, a partir de las visitas de 1936, para tratar de trazar un cuadro esquemático del funcionamiento práctico de las Bibliotecas Aldeanas en Cundinamarca, tal como lo hicimos en el caso del Departamento de Santander.

La visita a la Biblioteca Aldeana de Engativá se realizó el 30 de junio de 1936, por parte del “Inspector de Bibliotecas”, que en realidad era el operario de la máquina de cine con la que se proyectaban películas en los municipios de esa región. Lo que se encontró es que la biblioteca estaba establecida formalmente y debería funcionar en los locales del Concejo municipal, en donde se encontraban los libros (109 volúmenes), pero el “salón de lectura” se encontraba siempre bajo llave, pues el Secretario del Concejo y “director” de la “biblioteca” residía en Bogotá y nunca se encontraba para abrir el salón de lectura o para permitir el préstamo domiciliario. El municipio había conseguido un auxilio de cinco (5) pesos para la compra de libros, pero la Gobernación del departamento había objetado el acuerdo municipal, por problemas de destinación presupuestal. Así pues se trataba de una biblioteca *inexistente*.

El visitador, que tenía autorización para modificar la situación, decide de inmediato el nombramiento de una maestra como directora de la biblioteca y se trasladan los libros a la escuela pública, para su puesta inmediata en servicio, organización de la estadística de lectores y catalogación de los libros existentes. Por su parte los concejales se comprometen a pagar con sus dineros propios el estante en el que se colocarán los libros.

El visitador no deja de observar que se trata de una población de gran pobreza -hablando incluso de mendicidad de los propios escolares- y anota que no existe organización de restaurantes escolares o de otras formas de auxilio a los niños que acuden a la escuela pública. El ambiente cultural es de gran abandono, no existiendo ninguna actividad cultural o recreativa, ningún profesor que enseñe música o canto, por fuera de la maestra que enseña “cancioncillas al oído”.³²¹

³²⁰ Cf. por ejemplo la carta de Samper Ortega, de agosto 19 de 1936, para Abelardo Forero Benavides [¿Gobernsdor?] informándole de la visita que se hará a la Bibliotecas Aldeanas de La Mesa, Tena, Quilipe, Tibacuy, Nilo, Nariño, Agua de Dios, Anapoima, Ricaurte, El Colegio, Girardot. Samper ortega solicita que se envíen telegramas anunciando la visita, porque en ocasiones anteriores el visitador ha sido mal recibido. B.N. A.S.O. Correspondencia General. 1933-1936. Las visitas se repitieron continuamente durante los años siguientes, pero se intensificaron de manera particular en 1940, meses después de haber llegado Tomás Rueda Vargas a la dirección de la Biblioteca Nacional.

³²¹ Cf. Memoria... 1936, op. cit., pp. 47-48. El visitador debería observar de acuerdo con las instrucciones recibidas, no sólo la situación de la Biblioteca Aldeana, sino también completar las estadísticas culturales de la población -para el *Censo Cultural*-, investigar la existencia de cualquier clase de actividades artísticas, analizar la situación de la escuela y de los escolares e informarse sobre la existencia de “tesoros artísticos” y de vestigios arqueológicos. En el caso de Engativá el visitador consigna que la población fue fundada en 1537 y

Otra población visitada en esta misma “correría” fue la de Bojacá, a donde habían sido remitidos 109 volúmenes desde septiembre de 1935, a los que se sumó una donación hecha por Gregorio Hernández de Alba, de 27 volúmenes más, sin que aun los libros empezaran a prestar ningún servicio, y esto por cuanto los acuerdos municipales sobre compra de libros y de un estante para colocarlos habían sido objetados por la Gobernación del departamento. La Biblioteca era dirigida por Jorge Melo, el secretario del Concejo municipal, quien no cumplía ninguna de sus funciones, razón por la cual el visitador hubo de relevarlo del cargo, pasando la dirección de la “biblioteca” a manos del director de la escuela de niños, y siendo instalados los libros en un local contiguo a la oficina de telegrafía, ya que no se encontró otro mejor. Se hizo el catálogo de los libros con que se contaba, y se instruyó al nuevo director acerca de las estadísticas que debería realizar sobre lectores y volúmenes leídos. Por su parte el Concejo municipal se comprometió con una nueva partida de 50\$ para la compra del estante en el que se colocarían los libros. Al final de la visita se consideró que con las nuevas disposiciones la Biblioteca Aldeana podría ahora sí comenzar a funcionar.³²²

Pero a diferencia de Engativá, Bojacá parecía tener mejores recursos culturales, pues poseía, por lo menos, un radio receptor para uso público, los niños mostraban disposiciones artísticas -según la opinión del visitador-, y a pesar de la pobreza del municipio funcionaban restaurantes escolares. El visitador además consignó que en los alrededores se encontraba abandonada una casa que había sido alguna vez morada pasajera de El Libertador.³²³

Desde luego había Bibliotecas Aldeanas en Cundinamarca que funcionaban muy bien. Es el caso, por ejemplo, de la biblioteca de Fontibón, dirigida por un erudito local de nombre Camilo Jiménez, director de un colegio, pedagogo y escritor de varias obras editadas sobre historia, biografía y materias educativas. La Biblioteca, que disponía de 208 volúmenes y de 81 folletos, funcionaba en un salón escolar, pero de fácil acceso para el público. Los libros se encontraban bien conservados, encuadernados y catalogados, en un estante adecuado y se llevaban estadísticas acerca de sus usuarios. El salón de lectura no era muy utilizado, porque los usuarios

que la iglesia parroquial es una bella joya, dentro de la cual se encuentran “valiosas pinturas religiosas, fácilmente atribuibles a Vásquez Arce y Ceballos, que representan diversas escenas de la Virgen María...”. p. 48.

³²² La Biblioteca tuvo que haber mejorado su funcionamiento luego de la visita, pues existen informaciones acerca de lectores y de volúmenes leídos que lo señalan. Cf. “Lista de lectores de la Biblioteca Escolar del municipio de Bojacá y volúmenes leídos [1938-1939]”. B.N. A.S.O. Caja No 5. Carpeta 69. Depósito Bibliográfico. 1935. (A pesar de la fecha ahí se encuentran las estadísticas de lectura de los años citados. A pesar del nombre de “Biblioteca Escolar”, se trata de la misma “Biblioteca Aldeana” sobre la cual trata el informe de la visita de 1936).

³²³ Idem, pp. 51-52. Además el visitador realizó en la iglesia parroquial un catálogo completo de las obras de pintura existentes, las que encontró de gran valor. -La población de Facatativa mostraba un funcionamiento igual de irregular en cuanto a su Biblioteca Aldeana, pero a diferencia de Bojacá, hacía grandes esfuerzos en cuanto a la asistencia de los niños, pues los restaurantes escolares se encontraban bien provistos y alimentaban 175 niños. Había cierta actividad “musical”, pues una profesora competente enseñaba música de manera gratuita. Idem, pp. 52-54.

preferían tomar los libros en préstamo y llevarlos para su casa. Por su parte el Concejo municipal había aprobado un acuerdo de auxilio de 220 pesos para la Biblioteca -una suma importante-, pero el acuerdo había sido objetado por el tesorero del municipio, sin aparentes motivos, aunque las informaciones indican que había un trasfondo de pugnas políticos-familiares.³²⁴

La población de Madrid, muy cerca geográficamente de las anteriores, mostraría el caso de un funcionamiento adecuado y en cierta manera muy bueno. La Biblioteca Aldeana, que para esa fecha disponía de 187 volúmenes -133 pertenecientes a los envíos de la Biblioteca Nacional y 54 a donaciones particulares-, era dirigida por una mujer que, a pesar de trabajar “ad honorem”, mantenía al día su información estadística y los libros se encontraban catalogados y en buen estado de conservación. Funcionaba en una escuela municipal, pero con completas facilidades de acceso, aunque aquí también la gente prefería tomar los libros en préstamo y leer en su casa, en este caso porque el local no ofrecía las mejoras condiciones como sala de lectura. A raíz de la visita del “Inspector”, el alcalde se comprometió con la dotación de una sala adecuada de lectura, en un edificio en refacción que la alcaldía poseía en la plaza principal. Igualmente adquirió el compromiso de conseguir sueldo para la bibliotecaria y para la adquisición de libros.³²⁵

Pero sin lugar a dudas el primer lugar como biblioteca modelo lo tenía la Biblioteca Aldeana de Mosquera, también dirigida por una mujer, y que contaba con 700 volúmenes, discriminados así: 134 recibidos de la Biblioteca Nacional entre abril de 1935 y mayo de 1936, y 466 obtenidos a través de donaciones de particulares y de instituciones. Funcionaba en un local cómodo, cedido por el municipio, tenía estantes y muebles adecuados, libros en orden y estadísticas perfectamente bien llevadas. Pero además poseía una Revista, “La voz de Mosquera”, que era dirigida por el intelectual y escritor Octavio Quiñones Pardo, hombre de letras muy ligado a la República Liberal, lo que nuevamente nos pone de presente la importancia de las élites locales par el sostenimiento del proyecto de Bibliotecas Aldeanas.

Las autoridades municipales habían destinado sumas importantes para el apoyo de la Biblioteca y para la compra de libros, y además habían asegurado en el Congreso de la República -no sabemos a través de qué medios- un auxilio para la construcción de un edificio con destino a la Biblioteca municipal (o Aldeana), tarea que pensaban acometer en año siguiente. Además, en Mosquera funcionaba como dependencia de la Biblioteca una escuela nocturna, a la que concurría un centenar de alumnos, funcionaban restaurantes escolares y a los estudiantes más pobres se les auxiliaba con médico y medicinas por cuenta del municipio.

³²⁴ Idem, pp. 45-47. El visitador se refiere al hecho de que el tesorero niegue las partidas aprobadas con las siguientes palabras, un poco retorzantes pero indicativas de su propio compromiso cultural: “El inspector denuncia este hecho singularísimo... que en ciertas entidades del servicio público municipal de Fontibón priman los odios y malquerencias sobre los intereses culturales de la comunidad, uno de cuyos efectos más protuberantes ha sido la denegación de la partida que favorecía a la Biblioteca, porque esta se halla servida por una persona no bien vista en ciertas esferas del gobierno del lugar”. p. 46.

³²⁵ Idem, pp. 49-50. Madrid poseía además restaurantes escolares, un radio receptor de uso público y se habían realizado búsquedas “arqueológicas”, encontrándose huellas de sociedades indígenas (esqueletos humanos, pedazos de vasijas de barro, un posible cementerio).

Mosquera tenía también un aparato de radio para el servicio público, y Antonio Quiñones Pardo, hermano de Octavio y también hombre de letras y curiosidad intelectual, había conseguido un proyector de cine, que había puesto al servicio de la Biblioteca, aunque faltaba conseguir las películas.³²⁶

Al final de su recorrido por las Bibliotecas Aldeanas de Cundinamarca, el visitador proyccionista de cine, convertido en “Inspector de Bibliotecas”, presentaba un balance general de la situación, en donde antes de repetir de nuevo sus observaciones particulares o generalizar en cuanto a las Bibliotecas y a su funcionamiento, se detenía en las condiciones culturales y sociales, que eran el contexto real del proyecto de difusión del libro y de la lectura de los gobiernos liberales, y que no debieron dejar de tener importancia en cuanto a la marcha general del proyecto. Samper Ortega ha copiado esas palabras en su Informe de 1936 y de esa manera pasaron a la *Memoria* del ministro de Educación en ese año:

La cultura está por lo común relegada a un tercero o cuarto plano dentro de las actividades públicas de los municipios. En unos lugares la notoria senectud de los alcaldes, y en otros la deplorable situación del fisco municipal -que hace pensar con pavor cómo pudo haberse dado carácter de municipios a regiones de tan incipiente economía- impiden y de tal manera desfavorecen el desarrollo de una cultura siquiera elemental entre los habitantes, que, puedo afirmarlo sin temor, sólo la natural inteligencia de sus pobladores, las condiciones climatéricas que los rodean, los trabajos a que se entregan y, en parte, los alimentos con que se nutren, han sido los únicos factores que medio han contribuido a salvarlos de la barbarie.

Con excepciones muy contadas, los municipios viven dentro de una pavorosa desolación y en condiciones realmente misérrimas. En muchos de ellos, la radio -entre las 8 y 9 de la noche- lanza sus voces a las plazas solitarias, sin que nadie se preocupe de escucharlas. No se tienen salones de reunión, de conferencias o simplemente de tertulia, que favorezcan el intercambio cultural. Faltan cinematografía, expedientes de emulación, imanes culturales que atraigan a las gentes de los pueblos. Los libros de la Biblioteca Aldeana los llevan a sus casas muy contadas personas, para distraerse un rato antes de dormir, nunca con propósitos autodidácticos.

Las industrias comunes de cada región -ordinariamente la agricultura y la ganadería- se adelantan en una forma primitiva cuando del proceso individual se trata, o sin beneficio alguno para el arrendatario, en el caso de las grandes haciendas. Solamente el cine y la radio, habilmente combinados; los auxilios directos que la nación les ofrezca, la creación de premios y concursos que digan relación con las industrias o naturales inclinaciones de cada pueblo, serían, en mi

³²⁶ Idem, pp. 48-48. El propio Octavio Quiñones Pardo, hombre de conocimientos musicales, estaba dispuesto a enseñar música de manera gratuita en la escuela nocturna. p. 49.

*creencia, las únicas palancas capaces de levantar este bajísimo nivel de la cultura nacional, del cual no presento ahora sino una parte mínima.*³²⁷

A su manera el visitador acertaba sobre las dificultades mayores, pero no únicas, a que se enfrentaba el proyecto de Bibliotecas Aldeanas en una sociedad como la colombiana de finales de los años 30s, en la cual, además de las propias penosísimas condiciones de vida material de la mayoría de sus habitantes, había tasas de analfabetismo que limitaban cualquier política de impulso de la lectura y de difusión del libro.

Pero a las dificultades de la vida material diaria, se sumaban de manera aguda factores políticos y culturales que dificultan en cualquier sociedad el acceso al libro y el hábito de la lectura, sobre todo formado a partir de la “lectura pública en biblioteca”. En primer lugar herencias históricas de muy escasa participación en la vida del municipio, o incluso de total exclusión de toda vida democrática, que tuviera como una de sus costumbres mayores la expresión formal y respetada de la opinión. En segundo lugar la inexistencia de “medios culturales vivaces”, de elites intelectuales que facilitarían la circulación de las ideas, que obraran como “avanzadas” de la difusión cultural y de su promoción, para poder afectar conjuntos sociales que, cuando no eran analfabetos, estaban caracterizados por una escasa familiaridad con el libro y con la lectura. Aquí se trataba de sociedades de muy bajas rentas en términos individuales y familiares, con escasa circulación de ideas y con una ausencia casi total en sus municipios de instituciones de cultura intelectual que favorecieran la implantación de bibliotecas públicas y la difusión de la costumbre de leer. Además comunidades con mercados reducidos, viviendo en veredas aisladas de las cabeceras municipales y con grandes dificultades de comunicación y de desplazamiento.³²⁸

De manera particular el proyecto de Bibliotecas Aldeanas debió ser afectado desde sus raíces, por la carencia del contexto institucional y comunitario en relación con el cual había sido originalmente planteado: el proyecto de Cultura Aldeana, que era el que en gran medida le otorgaba su sentido y el único que podría llenar el vacío de “un vasto público que identificara en la biblioteca el instrumento preciso para la satisfacción de un deseo, de una necesidad de aculturación”, tal como lo dice Armando Petrucci, para el caso italiano.³²⁹

³²⁷ Idem, pp. 53-54. Sin embargo es interesante notar de qué manera el visitador mantiene su idea positiva respecto de la “naturaleza humana”, pues su correría por los pueblos de una ninguna manera lo había convertido en un adepto de las “antropologías de las razas”, que, cada vez que observan un defecto en un funcionamiento humano, concluyen sobre la imposibilidad de cualquier proyecto de reforma cultural.

³²⁸ Sigo aquí, con las diferencias que no pueden perderse de vista, el análisis de Armando Petrucci en “Lectura pública y bibliotecas en Italia desde la unificación hasta hoy”, en *Alfabetismo, Escritura y Sociedad*. Barcelona, Gedisa, 1999, pp. 244-269.

³²⁹ Pero el análisis, excelente por tantas razones, de Petrucci, conduce a una sin salida, por lo menos para el caso colombiano de los años 30s y para los avatares que en su implantación práctica conoció el proyecto de Biblioteca Aldeana, pues Petrucci postula en el comienzo del proceso de difusión de las bibliotecas públicas la existencia de “un público lector”, conformado y conocido con anterioridad. “En realidad, la creación de cualquier red de distribución de un producto cultural (sea de elite o de masas) debería basarse siempre en la existencia de un público perfectamente individualizable e individualizado, en función del cual la red misma

A pesar de sus enormes dificultades, de sus ambigüedades frente a una política de “desalfabetización, de sus alzas y bajas, y aunque ninguna medida estadística nos permita demostrarlo, la experiencia parece haber tenido sentido, en una sociedad que tan escasamente ha experimentado en este terreno, y de hecho fue continuada por algunos años más, a pesar de que, en 1940, cuando su llegada al Ministerio de Educación, Jorge Eliecer Gaitán, un ministro seriamente comprometido con la difusión y extensión de la cultura, hubiera arremetido contra el proyecto, pues le parecía que sus frutos eran realmente pocos. Es por eso que decidió enfrentarle como alternativa distinta -y no complementaria- las Escuelas Ambulantes y los Patronatos Escolares, que le parecían más eficaces (y en parte más espectaculares).

Esta nueva dirección de política cultural, que se apoyaba en los logros que desde 1938 había tenido la División de Extensión Cultural y su Sección de Cultura Popular, será causa directa de la salida de la dirección de la Biblioteca Nacional de don Tomás Rueda Vargas, quien en su carta de renuncia escribía al Presidente Santos:

*En cuanto a las [Bibliotecas] Aldeanas, yo tuve en mi primer momento de entrada a la Biblioteca Nacional idéntica impresión a la que ha experimentado el ministro [J.E. Gaitán]: que era una sección inútil. Estudiando detenidamente la cuestión y viendo diariamente la correspondencia que llega de los pueblos, me persuadí en poco tiempo de la utilidad de este servicio. Si no fuera una impertinencia me gustaría que algún día pudieras revisar rápidamente algunas de las cartas que llegan de aldeas remotas y pequeñísimas, para ver hasta qué punto ha penetrado en esas pobres gentes aisladas y desamparadas la noción de una multitud de cosas que llevan nuestros libros, únicos agentes de cultura y de alivio de ellos. Es cierto que hay algunas descuidadas, pero esas van eliminándose o procuramos estimularlas y levantarlas. Se me dirá que no hice conocer esos detalles al ministro, pero debo advertir que el traslado de esa sección [Bibliotecas Aldeanas] a la de Extensión Cultural lo conocí primero por la prensa...*³³⁰

Las Bibliotecas Aldeanas seguirían funcionando por unos años más -¿cuántos?- a cargo del Ministerio de Educación, ya sin el concurso de la Biblioteca Nacional, y en la documentación de los años 40s son escasamente mencionadas, como si se tratara de un objeto menor o de una especie en vía de desaparición (que efectivamente lo era).

En parte los Gobiernos liberales, a partir de 1938, van a privilegiar un instrumento nuevo de difusión del libro -instrumento que examinaremos con detalle en un trabajo próximo- : Las *Ferías del Libro*, una novedad importante que obedece a una visión distinta de la sociedad, del mercado del libro, del papel de lo urbano en la formación cultural del país. Era un signo de que palabras

debería ser estructurada...”. Claro, como Petrucci lo escribe, “debería basarse”, condición ideal que no podían encontrar los promotores de las Bibliotecas Aldeanas, a pesar de sus deseos.

³³⁰ Cf. Carta de Tomás Rueda Vargas de abril 1, 1940, para el Presidente de la República, doctor Eduardo Santos. B.N. A.S.O. Correspondencia. 1940.

como “aldea” y “aldeana”, estaban comenzando su viaje de regreso, aunque claro, los fondos culturales de una vieja sociedad campesina y “aldeana” resistirán en el país los embates de lo moderno, de la modernización y de la modernidad hasta el presente.

Desde luego que había mucho más en el quiebre del proyecto de Bibliotecas Aldeanas, y el asunto no puede ser dirimido por medio de parejas simples como “tradicción” y “modernidad”, que no remiten sino a determinaciones estructurales muy generales, que dejan de lado lo que de rico, variado y aleatorio tienen los procesos históricos, cuando se les ve en las dimensiones de la política y de las luchas culturales, en este caso entre fracciones intelectuales del liberalismo, que tenían diferentes proyectos culturales, cristalizados en torno de ideas distintas acerca del futuro de la sociedad. Pero que también tenían intereses específicos, como intelectuales, a partir de los cuales construían sus proyectos e intervenían en las luchas por la hegemonía intelectual y cultural. Y más allá de ello, la propia sociedad, sobre todo en su dimensión de “aldea”, de comunidad, con su historia rica y concreta pero desconocida, la única historia que nos puede tal vez decir en donde se encuentran hoy algunos ejemplares de la colección Appleton, quien fue el último justo que construyó su moral y amplió su imaginación leyendo la biografía de los grandes hombres o la selección de grandes obras de la literatura de la Colección Araluce, el penúltimo maestro que enseñó guiándose por los folletos de Seix Barralt, o el último campesino que al regreso de faenas, por la tarde, ya cansado, trató de desentrañar esa cartilla que hablaba de los males que causaba el gusano de la papa. Pero nada podemos decir sobre ello.

En cambio podemos terminar recordando que en 1946 aun funcionaban las Bibliotecas Aldeanas, según la información que reportaba la *Memoria* del ministro de Educación de ese año:

Número de Bibliotecas Aldeanas que funcionan en el país actualmente y obras despachadas a las mismas, de junio de 1945 a marzo de 1946.

DEPARTAMENTOS	No. DE BIBLIOTECAS	VOL. DESPACHADOS
Antioquia	96	204
Atlántico	12	14
Bolívar	34	42
Boyacá	72	35
Caldas	42	28
Cauca	39	56
Cundinamarca	93	91
Huila	28	76
Magdalena	46	56
Nariño	56	55
N. de Santander	27	92
Santander	60	96
Tolima	50	120
Valle del Cauca	46	36
Arauca	5	72
Caqueta	11	18
Putumayo	8	18
TOTALES	725	1110

Fuente: *Memoria... 1946*, op. cit.

ENCUESTA FOLCLÓRICA NACIONAL. 1942.*

Instrucciones para el posible lector.

Renán SILVA**

Grupo de investigaciones en Historia, Cultura y Sociedad

1. UN MUNDO POR CONOCER

La idea de conocer el país, de establecer la variedad regional de sus “tipos humanos” -como se decía-, no fue una idea exclusiva de los intelectuales liberales en el período de la República Liberal (1930-1946). A tal idea colaboraron, desde los años 20s, intelectuales provenientes de los dos partidos políticos, aunque pertenecientes a campos distintos del saber, campos que reunían tanto a practicantes de una *sociología espontánea* dominada por los temas del “carácter nacional” y la preponderancia del “factor racial” en la cultura, como a gentes venidas del campo de la *medicina*, convertidos en hombres de gobierno y en orientadores de la educación, todos ellos dominados por el viejo molde positivista de que los hechos sociales se explicaban mejor por factores naturales relacionados con la raza y el clima, y por las condiciones “naturales”.³³¹

Lo que es distintivo de la República Liberal en este punto es el haber acentuado los “factores sociales” de las configuraciones culturales y el haber construido una cierta “antropología positiva” del “pueblo colombiano”, el que en enfoques más conservadores y tradicionalistas era visto precisamente como la “causa” del atraso del país y de su propio fracaso histórico, tal como aparecía ante sus ojos después de la Guerra de los Mil Días y la posterior pérdida del Canal de Panamá, una *mutilación del cuerpo del país* que costó trabajo asimilar a las elites intelectuales, a pesar de las frases ingeniosas con las que se la quiso enfrentar (“me han entregado un país y devuelvo dos”, se dice que dijo el presidente de la República).

La construcción de una “antropología positiva” por parte de los intelectuales liberales parece haber sido en gran medida simplemente el reverso de una nueva actitud positiva frente a lo popular, que llegaba hasta los elogios a veces desmedidos -en todo caso no eran el producto de ninguna forma de análisis científico o histórico-, que se encuentran en los discursos del Presidente

* Proyecto de investigación *Las Culturas Populares en Colombia durante la primera mitad del siglo XX*. Universidad del Valle. Facultad de Ciencias Sociales y Económicas y Fundación para la Investigación de la Ciencia y la Tecnología del Banco de la República.

** Sociólogo e historiador, profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle, Cali, Colombia.

³³¹ Se trata de un patrón de interpretación común en América Latina desde finales del siglo XIX, fuertemente influenciado por una modalidad de las doctrinas positivistas. Cf. al respecto el caso del médico brasileño Nina Rodríguez, uno de los objetos centrales de crítica de Gilberto Freyre en su *Casa Grande y Senzala. Formación de la familia brasileña bajo el régimen de economía patriarcal*. Tomo 1. [1933]. Buenos Aires, EMECE, 1943.

Alfonso López Pumarejo, por cuya cuenta corrió una revaloración de lo “popular” que era al mismo tiempo una crítica de la dirigencia política tradicional del país en los cincuenta años anteriores.³³²

Es indudable que esa “actitud positiva” frente a las posibilidades de los grupos populares y de lo “popular”, traída y llevada continuamente en el discurso político de los liberales, iniciada por López Pumarejo, moderada por la lejana frialdad elitista de Eduardo Santos y exaltada al extremo por el verbalismo eficaz de Jorge Eliécer Gaitán (“el pueblo es superior a sus dirigentes”), por fuera de los dividendos electorales que pudiera ofrecer, se entroncaba con la idea de un *nuevo proyecto nacional*, para cuya construcción era necesario ampliar las bases sociales de la política en Colombia, bases hasta el presente reducidas a una participación al tiempo pasiva y fanática, que condenaba a las gentes pobres del campo y la ciudad a la posición de clientelas de dos partidos tradicionales.

Conocer la sociedad, y sobre todo conocer la “vida popular” -la aldea colombiana-, para transformar sus condiciones sociales y culturales, fue propósito esencial del Proyecto de *Cultura Aldeana* propuesto en 1935 por el ministro de Educación Luis López de Mesa, como una especie de “expedición” a través de las regiones colombianas, de la cual debería resultar un conjunto de estudios en que apareciera, “como en fototipia, cordialmente interpretado” el país, a través de una serie de informaciones, de datos y estadísticas, que constituyeran “la sustancia prima de un análisis de nuestra nacionalidad”.³³³

El Proyecto de Cultura Aldeana tuvo en realidad pobres resultados, pero la idea de conocer la “cultura popular” se mantuvo, y a principios de los años 40s la vemos reaparecer con toda su fuerza en las “misiones culturales” que recorrían el país en campaña alfabetizadora, llevando el cine, el libro y las conferencias culturales, y asimilando como una de sus funciones el estudio y conocimiento de lo “popular”, que era planteado como el elemento que debería garantizar el éxito de las tareas de extensión cultural a cargo de la Sección de Cultura Popular del Ministerio de Educación.

Por lo demás, la creación en el Ministerio de Educación de una Sección especial llamada de “Cultura Popular”, a finales de los años 30s, marca el momento central en el proceso de creación y de visibilidad completa de esa nueva realidad (la “cultura popular”), evolución que, desde el

³³² Desde luego que intelectuales liberales también produjeron análisis pseudo antropológicos -¿o “pre-antropológicos?”- del “pueblo colombiano”, de los cuales se podrían extraer visiones negativas de lo “popular”, como resultan ser los casos, bien diferenciados por lo demás, de Armando Solano, con su “teoría” sobre la melancolía de la raza indígena” y de Francisco Socarrás -un excelente educador, por otra parte-, quien intentaba explicar los fenómenos de la violencia colombiana a partir de las raíces indígenas (el “espíritu pijao”, por ejemplo). Sobre la construcción de lo popular por parte de los intelectuales cf. Genevieve Bolleme, *El pueblo por escrito. Significados culturales de lo “popular”* [1986]. México, Grijalbo, 1986.

³³³ Cf. *Memoria del ministro de Educación al Congreso de la República de 1935*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1935, p. 60.

inicio de la República Liberal en 1930, en donde se mencionó ampliamente la expresión “cultura popular”³³⁴, era fácilmente previsible por la lógica misma de la retórica que se había movilizad, de los proyectos culturales que se habían iniciado y de la dinámica popular que se había desatado, dinámica a la cual los intelectuales liberales harán una gran contribución, a través de su propia revalorización de la cultura popular, en el plano de la investigación etnográfica y de la realización de encuestas como, precisamente, la Encuesta Folclórica Nacional de 1942, de la que nos ocuparemos en las siguientes páginas.³³⁵

2. LA ENCUESTA FOLCLORICA NACIONAL.

Hasta donde llegan nuestros conocimientos la *Encuesta Folclórica Nacional* realizada en Colombia por Ministerio de Educación Nacional en 1942 no es nunca mencionada por los historiadores que se han ocupado de la política cultural de la República Liberal. De manera extraña tampoco es mencionada por quienes han intentado trazar la historia de la antropología nacional³³⁶, aunque puede que la investigación folclórica de la cultura forme parte de la historia de esa disciplina –como sucede en tantas otras sociedades– o por lo menos de su *prehistoria imaginaria*; se trata de un *silencio* que no sabemos bien interpretar, pero al fin y al cabo un silencio *revelador*, aunque no vacilamos en reconocer que pueden existir menciones de tal Encuesta que en una lectura descuidada hemos pasado por alto. En cualquier caso, y para evitar juicios rotundos, modulemos nuestra expresión y digamos que la Encuesta Folclórica Nacional de 1942 [E.F.N. en adelante] es muy poco mencionada en las historias colombianas de las ciencias sociales, aunque la iniciativa y su aplicación no dejan de ser un hecho sobresaliente, que por lo demás la prensa de la época y la importante *Revista de las Indias* no dejaron de registrar con atención.

De manera más inexplicable, la mencionada E.F.N. no es tampoco muy mencionada en sus textos y testimonios autobiográficos por parte de aquellos que fueron actores de primer orden en el nacimiento de las ciencias sociales en Colombia y que habían tenido como lugar de formación la Escuela Normal Superior, habiendo conocido allí de manera directa la “Metodología de las Encuestas Folclóricas” que había preparado el Padre Marcelino de Castelví, a pesar de que

³³⁴ Cf. por ejemplo *Memoria del ministro de Educación Nacional al Congreso de la República en 1936*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1936, en donde el ministro Darío Echandía moviliza constantemente el tópico de la “cultura popular”. “Como habéis visto en el curso de este capítulo, una de las actividades predilectas del Ministerio a mi cargo es la que hace referencia a la cultura popular, la que se propone como objetivo final ofrecer a las grandes masas obreras y campesinas toda suerte de oportunidades para el mejoramiento espiritual y económico de su vida...”. p. 58.

³³⁵ En 1936 Gustavo Santos, el director de la Sección de Bellas Artes, había planeado y realizado ya una encuesta sobre la “cultura popular”, aunque centrada básicamente en aspectos de la formación y educación artística en los municipios. No sabemos nada de los resultados de esa encuesta, por fuera de haber encontrado algunos de los cuestionarios que se aplicaron.

³³⁶ Cf. por ejemplo Jaime Arocha y Nina S. De Friedemann, Editores, *Un siglo de investigación social. Antropología en Colombia*. Bogotá, Etno, 1984, un libro rico en informaciones, pero irritante por sus interpretaciones simplificadoras, muy a tono con el ambiente ideológico de los años 70.

posteriormente no hubieran cultivado esa orientación, la que parece haber quedado como patrimonio del grupo menos destacado de los antiguos alumnos de la Escuela Normal Superior y de una serie de aficionados de muy buena intención y de escasa preparación en las ciencias sociales. Sin embargo todos aquellos pioneros de la ciencia social en el país la recordaban, como pudimos comprobarlo con ocasión de algunas entrevistas adelantadas por ejemplo con Virginia Gutiérrez de Pineda, Roberto Pineda y Luis Duque Gómez entre otros, y con el historiador Diego Castrillón, miembro directo del equipo que intentaba después de 1943 hacer el análisis del material recolectado. Igualmente la recordaba don Ernesto Guhl, quien nada tuvo que ver con ella directamente, pero quien al llegar a Colombia buscó informarse de todo cuanto se hubiera estudiado acerca de la sociedad rural colombiana.

El hecho cierto es que la E.F.N. pasó largos años *perdida para la investigación* y fue sólo una mención rápida realizada por don Jaime Jaramillo Uribe lo que nos condujo a interesarnos en su búsqueda, a identificar algunos pocos ejemplares que contenían respuestas de los maestros de escuela al cuestionario que se les envió y a trazar un proyecto de investigación que nos permitió después de una búsqueda de varios años localizar lo que parece ser la casi totalidad de los cuestionarios salvados entre los más mil formularios que en 1942 se aplicaron en diferentes localidades del país.

La observación en la cual don Jaime Jaramillo mencionaba la E.F.N. se encontraba al final de su ponencia sobre “Historia y métodos de investigación en la cultura popular”, en donde luego de plantear la necesidad de iniciar un estudio sistemático sobre el folclore nacional, o lo que mencionaba como la “personalidad social básica” de los colombianos, recordaba la investigación emprendida por el Ministerio de Educación en 1942 y la masa de materiales que produjo el cuestionario enviado a los maestros, describiendo la situación en los siguientes términos:

Esa información permaneció por varios años en algún rincón del Ministerio y, finalmente, parte de ella fue trasladada al Instituto Colombiano de Antropología y allí se interrumpe su historia. Ignoramos si alguien hizo algún uso [de esos materiales]³³⁷”.

Con estas indicaciones intentamos rastrear el lugar donde probablemente se encontraban las encuestas. Después de una larga búsqueda, precedida, como atrás mencionamos, por algunas entrevistas a personas relacionadas con el surgimiento de la antropología en Colombia o con los propios trabajos de elaboración o de intento de análisis de la E.F.N., logramos localizar parte del material recopilado por los maestros en el Archivo del hoy Ministerio de Cultura, entidad central de la que depende el Instituto Colombiano de Antropología, y de esta manera pudimos formarnos una primera idea de la E.F.N., la que empezamos a complementar con una investigación de

³³⁷ Cf. Jaime Jaramillo Uribe, “La Historia y las culturas populares”, en Pablo Mora y Amado Guerrero, Compiladores, *Historia y culturas populares. Los estudios regionales en Boyacá*. Tunja, Instituto de Cultura y Bellas Artes de Boyacá, 1989, p.243.

prensa y de revistas que nos permitiera no sólo hacernos a las dimensiones precisas de la investigación adelantada, sino también al contexto social e intelectual de lo que puede denominarse como *estudios culturales* en los años 40 en Colombia.³³⁸

Pero antes de avanzar algo más en esta noticia acerca de la E.F.N., vale la pena señalar al posible lector de las transcripciones que hemos realizado³³⁹, en qué consistió la llamada E.F.N. La Encuesta Folclórica Nacional fue una iniciativa importante de la Sección de *Extensión Cultural* del Ministerio de Educación Nacional, es decir de aquella dependencia que en el Ministerio se encargaba de los programas de difusión cultural y en particular de los programas de “Cultura Popular”, Sección esta última que fue estrictamente la oficina encargada de poner en marcha la E.F.N., la que se aplicó entre mediados de 1942 y finales de 1943, cuando aun se estaban recibiendo algunas respuestas.

No sabemos estrictamente nada acerca de quiénes prepararon de manera directa el cuestionario, ni cómo se decidió en qué municipios y veredas debería aplicarse, como desconocemos también las *Instrucciones* que acompañaron al formulario que se distribuyó a los maestros de escuela encargados de la tarea.. Sabemos simplemente que se distribuyeron mucho más de mil formularios, pues se habla en las publicaciones de prensa de esos años de haber recibido cerca de “un millar” de respuestas, a partir de las cuales la recién organizada Comisión Nacional de Folclor pensaba adelantar descripciones y análisis acerca de las formas culturales básicas del “pueblo colombiano”.

Aunque los organizadores de la E.F.N. usaron la palabra “Encuesta”³⁴⁰, hay que advertir al lector que no se trataba de una encuesta en el sentido preciso en que la sociología usa hoy tal expresión, y que se trataba más bien de un cuestionario “abierto”, con una cantidad de preguntas al parecer no muy bien formuladas (en el lenguaje de los sociólogos diremos que las había unívocas, multívocas y equívocas) y que se ordenaban según una clasificación que es constante en los cuestionarios de la investigación que aparecen en los Manuales clásicos de investigación folclórica, como el de Arnold Van Gennep. Es decir cuestiones referidas por una parte a la vida material (vivienda, usos del suelo, cultivos, técnicas del trabajo campesino, etc.) y por otra a la vida espiritual (magia, supersticiones, formas de “medicina popular”, etc.), aunque el Cuestionario de 1942, combinando varias orientaciones y tratando de adaptar las fórmulas canónicas al medio local, incluyó muchos más elementos, entre ellos los relacionados con las sociedades indígenas, con la escuela y los niveles de instrucción, y con la presencia de toda clase de influencias

³³⁸ Cf. al respecto R. Silva, “República Liberal y Cultura Popular en Colombia”, en Jairo Tocancipá, editor, *La Formación del Estado Nación y las Disciplinas Sociales en Colombia*. Popayán, Universidad del Cauca, 2000, pp. 51-89, y de manera un poco más amplia R. Silva, *República Liberal y Cultura Popular en Colombia, 1930-1946*. Cali, Universidad del Valle, CIDSE, 2000, en donde intento explicar los supuestos sociales y culturales de la investigación de inspiración “folclorista”.

³³⁹ El conjunto de la E.F.N. recuperada y transcrita puede consultarse en el Centro de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas –CIDSE- de la Universidad del Valle.

³⁴⁰ Los maestros usan de manera repetida en sus respuestas la expresión “el levantamiento del folclore nacional”, que es una expresión que efectivamente aparece utilizada también en la documentación oficial.

modernas en la vida campesina, por ejemplo respecto del baile, de la música, del vestido, de la presencia del radio y del fonógrafo, para mencionar sólo algunas de las cuestiones presentes en el cuestionario, cuestionario que, sobre la base de nuestra reconstrucción –pues no se dispone del formulario original-, el lector encontrará al final de esta presentación.

Hay que advertir así mismo al lector sobre el tipo de respuestas enviadas por los maestros, sobre su extensión y características, lo mismo que sobre el estado de conservación de lo que se salvó de su total destrucción. Como hemos insinuado, los maestros no respondían un cuestionario propiamente dicho, sino que más bien elaboraron pequeñas o amplias “monografías” a la manera de lo que podría llamarse “historias de mi pueblo”, monografías en las que a veces se limitaron a seguir el cuestionario, mientras que en otras el maestro o los maestros se explayaron, incluyendo de manera extensa datos e informaciones que no estaban originalmente considerados, aunque la línea que en conjunto prima es la de seguir de cerca las preguntas originalmente planteadas.

El resultado fue un conjunto extraordinariamente desigual de pequeñas o largas monografías que informan no siempre con exactitud, pero siempre arrojando datos de gran interés, sobre la vida “pueblerina” en Colombia en los años 40, aunque siempre se lamentará que los maestros, posiblemente como producto de las propias orientaciones de las investigaciones que se inclinan por el folclor, hubieran dedicado la mayor parte de su esfuerzo a la transcripción de “coplas y cantares” y mucho menos tiempo a una descripción de mayor profundidad de la vida social y cultural de las comunidades que habitaban. Pero en cualquier caso, a partir de la E.F.N. se dispone de una serie de informaciones sobre fenómenos que de otra manera simplemente ignoraríamos y aquí se nos comunican a partir de su percepción local, lo que aumenta su importancia.

Puede hacerse desde ahora la pregunta acerca de procesos anteriores de investigación en los cuales hubiera sido utilizado el conjunto o una parte del material que produjo la E.F.N. Las búsquedas bibliográficas que adelantamos cuidadosamente, nos permitieron, por una parte, constatar alguna utilización parcial de los materiales de la Encuesta Folclórica Nacional en pequeños estudios monográficos, como aquel que realizó Antonio Panesso Robledo acerca del folclor antioqueño y que fue publicado en uno de los primeros números de la *Revista Colombiana de Folclor*³⁴¹, y por otra parte nos permitió establecer usos más recientes por parte de un antropólogo que había logrado recuperar algunos de los cuestionarios y empleando algunas breves informaciones para intentar trazar el origen de una pequeña población campesina. Pero como balance general lo que se comprobó es que la E.F.N. ni en la época de su aplicación ni en los años posteriores fue objeto de una lectura sistemática, lo que para los años recientes se explica, entre otras razones, porque nadie sabía en donde se encontraba la mayor parte de los cuestionarios que se habían respondido, aunque no se descuenta que una cierta valoración negativa por parte de los antropólogos más jóvenes acerca de las investigaciones de los

³⁴¹ Cf. Antonio Panesso Robledo, "El folklora antioqueño", en *Revista Colombiana de Antropología*, No.2, Vol. 2, p. 13 y ss.

folcloristas y de los materiales que ellos acumulan, haya también actuado para frenar la búsqueda de los ejemplares supervivientes de la E.F.N. y para analizar el proyecto intelectual en que se apoyaba tal iniciativa.³⁴² De todas maneras, lo que puede sí afirmarse con seguridad es que la E.F.N. forma parte de lo que los historiadores llaman “sectores dormidos de la documentación”, es decir grupos de informaciones que, aunque existentes, son ignorados por quienes podrían hacer de ellos parte del apoyo de sus análisis.

En cuanto a los ejemplares supervivientes, por fuera de los que logramos identificar en el Archivo del Instituto Colombiano de Antropología, logramos establecer que en el Patronato Colombiano de Artes y Ciencias se podría encontrar un grupo grande de los cuestionarios respondidos por los maestros en 1942, lo que prontamente comprobamos³⁴³. Igualmente comprobamos después de meses de trabajo, y de esto no dudamos ya, que de las más de 1000 encuestas aplicadas que mencionaban varios informes de prensa en 1943, la mayor parte había desaparecido, sin que se conozca exactamente las razones de tal desaparición, las que por lo demás pueden achacarse antes que a una acción deliberada, simplemente a la fuerza del descuido de las instituciones oficiales y a la ausencia de una cultura documental arraigada entre los propios estudiosos de las ciencias sociales. Así, para señalar un sólo ejemplo de ese olvido y descuido que mencionamos, de las al parecer 55 encuestas que se realizaron en el Departamento del Cauca, no se encuentra una sola. Y en el caso de las encuestas correspondientes al Departamento Antioquia parece claro que la mayor parte de ellas se perdió en alguno de los cambios de sede de la Comisión Nacional de Folclore, que era el órgano que debería encargarse del análisis del material recolectado, según los planes del Ministerio de Educación.

Pero un elemento central -concreto como el descuido oficial, pero menos etéreo que la falta de “memoria histórica”-, que debe mencionarse para entender la suerte de los ejemplares de la E.F.N. respondidos por los maestros, tiene que ver de manera precisa con el olvido en que después de 1946 cayó el proyecto cultural del liberalismo, el que fue sustituido por iniciativas diferentes en las que poco eco encontraba la investigación de las sociedades campesinas bajo la

³⁴² Nadie puede poner en duda las diferencias existentes entre las orientaciones de la moderna antropología y los estudios de los folcloristas. Sin embargo, en otras comunidades intelectuales de ciencias sociales, el trabajo de los folcloristas, cuando resulta de alta calidad –hecho no poco frecuente- es apreciado. En Colombia parecería darse una situación paradójica: mientras buena parte del trabajo de los antropólogos se parece de manera práctica y a veces se confunde con aquel que hacen los folcloristas, de manera formal y sobre todo en el nivel de la retórica (culturalista, postmoderna) se busca acentuar diferencias y distancias, que resultan ser casi siempre más imaginarias que reales. Esto ha tenido, entre varias, la consecuencia desafortunada de dejar en la ignorancia trabajos valiosísimos sobre el país propuestos por investigadores rigurosos del folclor. Cf. por ejemplo el ignorado trabajo de George List, *Música y Poesía en un pueblo colombiano [Music and Poetry in a Colombian Village. A Tri-Cultural Heritage]*. Indiana University Press]. Bogotá, Patronato Colombiano de Artes y Ciencias, 1994.

³⁴³ Daniel Mesa Bernal, miembro de la Comisión Nacional de Folclore en 1946, en una ponencia presentada en el Congreso de Antropología de 1997 sobre “Ritos Fúnebres de judíos y antioqueños”, mencionaba que en 1950 había transcrito junto con Libardo Ospina algunos textos tomados de las encuestas “que se encuentran en el Patronato”. Cf. *El folclore en las dos Américas*. Bogotá, 1997?, p.93.

óptica que había diseñado la República Liberal, al punto que se puede decir que es simplemente un “milagro” del propio olvido, o la acción no reconocida de algún “justo”, los que permitieron que por lo menos una parte mínima de los cuestionarios de la E.F.N. se hubiera salvado, hasta el momento en que alguien decidió guardar los formularios salvados en carpetas corrientes y colocar sobre ellas alguna marca que permitiera una identificación mínima.

En el cuadro siguiente podemos observar la distribución de encuestas que finalmente pudieron recuperarse en los dos archivos mencionados.

CUADRO No 1

NÚMERO TOTAL DE ENCUESTAS RECUPERADAS DISTRIBUIDAS SEGÚN EL ARCHIVO EN DONDE SE ENCUENTRAN

DEPARTAMENTOS	ICAN*	PATRONATO**	TOTAL
Bolívar	69	16	85
Boyacá		28	28
Caldas	13		13
Caquetá	6		6
Cundinamarca	42		42
Guajira		3	3
Amazonas	1		1
Meta	25		25
Nariño	41		41
Vichada	1		1
Santanderes		32	32
Tolima		8	8
TOTAL			

*ICAN. Instituto Colombiano de Antropología.

** Patronato Colombiano de Artes y Ciencias.

El cuadro anterior, que comprueba la desaparición de la mayor parte del material, (288 encuestas contra el “millar” de respuestas recibidas), reafirma la idea general del ambiente de indiferencia institucional existente después de 1946 respecto de la Encuesta Folclórica Nacional y el bajo

aprecio en que se tenían las tareas de la Comisión Nacional de Folclor³⁴⁴. Es posible que existan más formularios, aunque no lo hemos podido comprobar. Es probable que otros investigadores, con diferentes intereses, hayan accedido al material resultado de la Encuesta Folclórica Nacional, aunque poco sabemos al respecto. Podemos sin embargo mencionar que dos entre los muchos trabajos escritos por el antropólogo Jorge Morales tienen como soporte materiales de la Encuesta de 1942. En su artículo “Historia local y tradición oral”, presentado como ponencia en un Congreso de Antropología, Morales recoge parte de un testimonio tomado de una de las encuestas realizadas por una maestra de Guapotá, sobre la base del cual argumenta acerca de los orígenes de la población y de la formación de su toponímico. Se trata de un cuestionario de los que se encontraban en el archivo del Patronato Colombiano de Artes y Ciencias, encuesta que por lo demás no logramos localizar. De la misma manera, en el artículo “El armadillo en el folclore colombiano”, incluido en la misma revista, Morales transcribe algunas coplas, sin precisar el lugar en que se encuentran registradas o a qué encuesta o encuestas corresponden, aunque es claro que la procedencia de las informaciones es la E.F.N.³⁴⁵ También ha hecho utilización de materiales provenientes de la E.F.N. el investigador Daniel Mesa Bernal en su trabajo sobre ritos fúnebres – un capítulo de gran riqueza dentro de las informaciones que incluye la E.F.N., quien cita a partir de los ejemplares existentes en el Patronato Colombiano de Artes y Ciencias e incluye partes de algunos de los cuestionarios respondidos en Antioquia, pero que nosotros no logramos localizar en el propio Patronato, en donde Mesa Bernal informa que se encuentran.³⁴⁶ Es seguro que se

³⁴⁴ Jorge Anez, nombrado por el Ministerio de Educación como miembro permanente de la Comisión Nacional de Folclore, en mayo 12 de 1950, ofrecía tiempo después su propia visión del problema: “Confieso que sentí una gran sorpresa y una enorme desilusión al enterarme de la manera como el Ministerio tenía organizada la Comisión de Folclore: en primer lugar, la Comisión carecía de autonomía para reunirse dado que para ello dependía del jefe de la Sección de Extensión Cultural, quien citaba a las reuniones, mas como este empleado tenía múltiples ocupaciones a qué atender, las sesiones de la Comisión eran muy esporádicas: en el año de 1950 hubo sólo cuatro sesiones. Como a la Comisión no se le había asignado una oficina especial donde pudiera laborar, las juntas de la Comisión se verificaban en diversos departamentos del Ministerio, tales como el Instituto Etnológico ayer, el de Extensión Cultural hoy. Así, las Actas de las sesiones, las comunicaciones llegadas de organismos similares de otros países, los trabajos realizados, en una palabra, todo el historial y el archivo de la Comisión, estaban diseminados en esas oficinas. En resumen: que la Comisión de Folclore nunca había tenido autonomía ni había contado con oficina propia ni mucho menos con mecanógrafa ni ningún empleado, ni tenía el archivo que le pertenecía ni archivadores donde guardarlo, caso de que se lo dieran, o, lo que es lo mismo, ningún medio con qué hacer su labor. Y mientras la Comisión de Folclore no signifique nada para el Gobierno ni sea una entidad digna de apoyo, mientras el Ministerio de Educación Nacional no le proporcione los elementos para trabajar, la buena voluntad de sus miembros, que gustosamente trabajan *ad honorem*, de nada servirá sin la cooperación oficial”. Jorge Anez, *Canciones y recuerdos*. Bogotá, Ediciones Mundial, 1970. Tercera Edición, p. 301 y ss.

³⁴⁵ Cf. *El Folclore en la dos Américas*, o.p. cit., p. 12 y ss. y, *Nueva Revista Colombiana de Folclore*. Vol.5, No. 17, 1997. P.132 y ss.

³⁴⁶ Daniel Mesa Bernal, *Ritos Fúnebres de Judíos Antioqueños*. Bogotá, 1993. Cf. particularmente p. 42, en donde Mesa Bernal cita la E.F.N. e informa que “En 1951 con el doctor Libardo Ospina copiamos los textos que poseo; los documentos originales se encuentran en el Patronato Colombiano de Artes y Ciencias. Las informaciones sobre ritos fúnebres de Antioquia y el antiguo Caldas se tomaron en parte de las respuestas enviadas... por...” y cita a continuación 29 encuestas de poblaciones de la región citada, encuestas que nosotros no pudimos encontrar.

hayan presentado otras utilizaciones que nosotros desconocemos, pero en general puede considerarse que la mayor parte del material que nosotros transcribimos es inédito.

En cuanto al material recopilado por nosotros y distribuido en los archivos mencionados, podemos decir, si tomamos como cierta la cifra arriba mencionada ("un millar" de respuestas), que este corresponde en conjunto a casi un 30 % del total de encuestas que fueron respondidas. Considerado desde el punto de vista regiones de origen y de las "remisiones" de encuestas que fueron realizadas, la situación resulta ser la siguiente:

CUADRO No 2

NUMERO DE REMISIONES DEL TOTAL DE ENCUESTAS, DISTRIBUIDAS POR REGIONES

	Bolívar	Boyacá	Caldas	Caquetá	Vichada	Cundinamarca	Guajira
Remisiones	85	28	13	6	1	42	3
	Amazonas	Meta	Nariño	Santand/	Tolima		
Remisiones	1	25	41	32	8		

En realidad hablamos de "remisiones" y no de encuestas, ya que parte del material corresponde más a esta categoría. Incluso, este término fue adoptado por las autoridades regionales (inspectores y directores de educación) al remitir en "paquete" el material enviado por los maestros. En líneas generales, la situación que se presentaba era la siguiente: el Ministerio distribuyó, a través de las autoridades locales, los cuestionarios entre los maestros y en algunos casos las instrucciones para responder. Los maestros a su vez, luego de diligenciarlos, los regresaban a las autoridades seccionales o los enviaban directamente al Ministerio. Como en cada región, municipio o localidad existían varias escuelas (urbanas, rurales, alternas, mixtas), los maestros por comisión de los directores de escuela, de los centros pedagógicos o por iniciativa propia, se repartían diferentes ítems del cuestionario. En algunos casos reunían las contribuciones colectivas y enviaban la encuesta completa, con distintos tipos de letra, firmando cada uno la parte realizada o, lo que fue frecuente por diversas circunstancias, enviaban tan sólo una o algunas de las partes que formaban el cuestionario. Como esta situación es repetida, resulta pertinente hablar de "remisiones"³⁴⁷. Por esta circunstancia el número registrado en el cuadro anterior, corresponde más a remisiones que a encuestas. Aunque también se presentó la situación

³⁴⁷ Para ilustrar esta situación podemos citar las cuatro remisiones realizadas por los maestros de escuela, urbanas y rurales, de Villavicencio, enviadas en diferentes momentos y que comprenden sólo 4 de los 14 numerales de la encuesta, aquellos relacionados con geografía, poesía, música y danza, y habla regional. La misma situación se presenta en Enciso (Santander), donde tres maestras, comisionadas por el Centro Pedagógico, remiten en tres entregas 6 de los 14 ítems.

contraria, en la cual cada uno de los directores de escuela³⁴⁸ o "maestros entusiastas"³⁴⁹, las diligenciaba separadamente.

Si ahora observamos el material recopilado desde otro punto de vista (encuestas completas o incompletas), la situación se presenta de la siguiente manera:

CUADRO No 3

	Bolívar	Boyacá	Caldas	Caquetá	Vichada	Cundinamarca	Guajira
Completa	42	21	9	6	1	21	3
Incompleta	42	7	4			21	
Total							
	Amazonas	Meta	Nariño	Santanderes	Tolima		
Completa	1	13	39	1	4		
Incompleta		12	2	30	4		
Total							

Cuando se miran las encuestas una por una y sobre todo cuando se transcriben, como hemos debido hacerlo, la situación aparece un poco más compleja, pues las encuestas completas en sentido estricto, *son bien pocas*, y esto deberá tener en cuenta siempre el posible lector, quien en muchísimos casos dispondrá de informaciones que tomadas separadamente aparecen como fragmentarias, pero que observadas de manera conjunta, a partir de cada una de las regiones –en realidad Departamentos e Intendencias-, adquieren su sentido. En realidad, por ejemplo en el

³⁴⁸ Boyacá es un buen ejemplo. Los maestros de las escuelas, rurales y urbanas, responden separadamente el cuestionario, en Coper 5 y en Muzo otros 5. Esta situación se presenta en otras regiones. Podemos mencionar un caso más, en Zambrano (Bolívar), donde los directores de las dos escuelas urbanas, envían separadamente su encuesta. Con la idea de ofrecer un contraste, podemos citar el caso de directores de escuela, o maestros, que al parecer trabajaron conjuntamente y en lugar de enviar una encuesta firmada por los dos, lo que también fue frecuente, enviaron con alguna variación la misma encuesta, separadamente. Incluso varían los dibujos, como sucede en las encuestas enviadas desde San Vicente (Caquetá). La encuesta del director de la Escuela tiene sello de registro del Ministerio, al contrario de la encuesta de la directora, que no lo tiene. La misma situación en Cundinamarca, donde las dos encuestas del Municipio de Vergara - casi idénticas -, coinciden hasta en el número de páginas. El margen de variación es mínimo. Para terminar, lo mismo ocurre con las dos encuestas remitidas desde San Antonio de Tena, donde al parecer colaboraron más de nueve maestros en la realización de las dos encuestas.

³⁴⁹ Un maestro de Purificación (Tolima), aunque recibió la comunicación demasiado tarde y sin las instrucciones, escribe: "No conozco el folklore, pero me entusiasma demasiado y por lo mismo me apresuro a recoger las informaciones que mis escasos conocimientos crean más convenientes y precisos, para dar cumplimiento [a la tarea]".

caso de encuestas que corresponden a un mismo municipio, unas se complementan con otras, pues en tanto un maestro contestó algunos de los numerales solamente, otro maestro completa la información con sus propios numerales, lo que en algunos ocasiones se da también para el caso de páginas perdidas, caso que es bastante frecuente.

Si bien, es indudable que la mayor parte de las encuestas fue diligenciada con atención y cuidado, las azarosas formas de conservación del material atentaron contra este propósito, al desaparecer una o varias de sus primeras páginas y con ellas aspectos relacionados sobre todo con los primeros ítems del cuestionario, es decir, con las informaciones referidas a la geografía y a la historia y en algunos casos a la vivienda³⁵⁰.

Otras encuestas, a pesar de encontrarse formalmente completas, correspondiendo al cuestionario diligenciado por los maestros, al realizar éstos la tarea arbitrariamente dejaron de lado con frecuencia uno o más puntos significativos del cuestionario³⁵¹. Muchas otras encuestas, aunque no sabemos la razón de esto, resultaron excesivamente lacónicas frente a la riqueza de aspectos sobre los que interrogaba el cuestionario originalmente enviado a los maestros; y frente a las necesidades de información que plantea una investigación que intente ser algo más que una ordenación y clasificación de "coplas folclóricas", cada una de las encuestas resulta completamente insuficiente, con excepciones desde luego.³⁵²

A veces, cuando se observan algunas de las respuestas de ciertos maestros y se repara en la formas de respuesta y extrema brevedad de las frases que las componen, uno está tentado a pensar en la posible influencia de modelos culturales como los que se encuentran presentes en la estructura interna del Catecismo del Padre Astete. Sin embargo más allá de esta afirmación puramente hipotética, lo que puede resultar cierto –pues es un motivo que se alega constantemente por parte de los maestros- es que como buena parte de los cuestionarios fueron recibidos por los maestros cuando ya apremiaba el tiempo de regresarlos con las respuestas correspondientes, muchos optaron entonces por la vía fácil de la extrema brevedad, sin descontar, por lo demás, el hecho de que la mayor parte de los educadores comprometidos con el “levantamiento del folclor nacional” –como se decía-, recibieron el cuestionario sin las instrucciones acerca de cómo debería diligenciarse³⁵³.

³⁵⁰ Como se aprecia en el cuadro, Bolívar es la región que presenta mayor número de remisiones y de encuestas. Es la única región, donde la separación entre unas y otras se hace tenue, pues los maestros trabajaron, individualmente o en grupo, cada encuesta. Pero, 42 de las encuestas carecen de las primeras páginas.

³⁵¹ Varias de las encuestas remitidas desde Boyacá presentan esta característica. En 5 de las 21 encuestas registradas como completas se dejaron de contestar ítems esenciales para un análisis en términos históricos y sociológicos.

³⁵² Un caso extremo está representado por una encuesta remitida por una profesora de Yati (Bolívar), que en una página a máquina, responde todo el cuestionario, cuestionario que constaba más o menos de 14 numerales y de cerca de 84 preguntas abiertas, respondido por algunos otros maestros en por lo menos una cincuenta de páginas.

³⁵³ El director de la escuela de El Rosal (Nariño), en la carta de presentación que acompaña la encuesta, ilustra parte de lo afirmado, al escribir: “En cuanto al contenido del artículo 1º, no hemos recibido ninguna instrucción

Los formularios incompletos que se encuentran dentro del material que hemos logrado recopilar corresponden en unas ocasiones a fragmentos de una encuesta³⁵⁴, a remisiones de ítems³⁵⁵, y por supuesto, a encuestas que carecen de una o varias páginas. Algunas de las remisiones enviadas, contienen material gráfico. A veces en forma abundante, como sucede con 10 encuestas de Bolívar, en las que los maestros acompañan las descripciones con dibujos realizados por ellos, fotografías, planos e insertan algunos himnos con su respectiva notación³⁵⁶. El material gráfico mencionado está relacionado a veces con la situación geográfica (mapas del municipio, o representación de accidentes naturales³⁵⁷), con los tipos de vivienda (fotografías de casas, iglesias, calles o dibujos de fachadas), con el vestuario (trajes tradicionales³⁵⁸ o actuales), con los muebles y objetos domésticos (dibujos de los distintos utensilios de cocina³⁵⁹, casa o labranza) e incluyen a veces fotografías de recitadores³⁶⁰ o de personajes considerados como importantes. En Cundinamarca se presenta una situación semejante, guardadas las proporciones. Así por ejemplo sucede con el material anexo a las encuestas de Guaduas (un plano y 15 fotografías), de San Roque (esquemas de muebles, utensilios de cocina y bocetos de trajes regionales), de Llanadas (esbozo de cultivos, al lado de un plano del municipio) y de La Unión (un mapa). Las encuestas de los municipios de Restrepo, Buenavista, El Calvario y San Martín (en el Meta), incluyen, respectivamente, planos del Municipio. Y en las de Supía y Quipe (Caldas), ocurre igual situación. Las dos del Caquetá, que son encuestas similares, reproducen cinco esquemas sobre industrias de la región. La de Leticia en el Amazonas, más lacónica en cuanto al material gráfico, se reduce a la reproducción de un pentagrama. Pero debe tenerse en cuenta que en una buena cantidad ocasiones, los maestros anuncian el envío de material fotográfico, pero este no aparece

relativa al folclore y como es llegado el tiempo de retirarnos a vacaciones, por eso dejamos cumplido ese deber [que] quizá satisfaga en algo a ese Ministerio”. Otro ejemplo de esas elaboraciones apresuradas por el tiempo lo representa el caso del profesor de la escuela de Zambrano (Bolívar): “Damos término a este informe hoy 29 de septiembre de 1942, después de haber comenzado a copiar datos a fines de julio y de comenzar este escrito el 12 del presente. Nos ha favorecido en esto el acopio que ya habíamos hecho anteriormente, debido a otros informes que el suscrito ha rendido al señor Alcalde en distintas ocasiones para fines de estadística, y últimamente para la Geografía de Bolívar. Dejamos sin pasar en limpio varios datos y entre estos unos diálogos entre campesinos pasadores y comadres, imitando su lenguaje, y el vocabulario de construcción de nuestras casas, canoas, de los materiales [usados], etc. Pero el plazo se vence mañana a pesar de que la Resolución respectiva señala 90 días de término para este trabajo y haber recibido este encargo hace 60 días”.

³⁵⁴ Son 5 las remisiones con estas características. Contienen datos literarios, sin firma y sin lugar de procedencia.

³⁵⁵ Por fuera del caso de Villavicencio, citado antes, podemos mencionar la situación del Departamento de Santander, para cuyo análisis solo contamos con una encuesta completa, la de Encino.

³⁵⁶ Este es el caso de dos encuestas enviadas, la una desde Llanadas (que además incluye dibujos sobre los utensilios domésticos) y la otra desde Turbaco, formulario en donde hay pentagramas y letras de canciones.

³⁵⁷ La encuesta de Sincelajo contiene dos mapas, uno del municipio con sus barrios, realizado por el maestro, y otro de accidentes naturales, junto con varios gráficos de los tipos de vivienda predominantes. La encuesta de Turbaco viene acompañada con un mapa del municipio y algunas fotografías.

³⁵⁸ Las encuestas de Loricá incluye un dibujo y la de San Sebastián, dos.

³⁵⁹ En la encuesta de Zambrano, una de las más largas y completas (68 páginas manuscritas), el maestro realiza 80 dibujos que distribuye en 4 páginas.

³⁶⁰ La encuesta de San Marcos, incluye 3 fotografías de recitadoras y dos de personajes, 3 de la arquitectura regional y dos dibujos de los alumnos con trajes regionales.

dentro de las encuestas. Igualmente se anuncia por parte de los maestros en muchas encuestas que posteriormente harían llegar material gráfico (ilustraciones y fotografías), pero ignoramos si la propuesta fue realmente cumplida.

En general y como era de esperarse, el estado en que se encuentra el material, recolectado hace tantos años y conservado más bien por accidente y por lo tanto bajo condiciones adversas, deja mucho que desear. Por ello buena parte del material, como lo notará el lector de las transcripciones que adelante encontrará, se encuentra incompleto, pues en muchísimos casos la primera página, o algunas de las páginas interiores, se perdieron. Por fuera de lo anterior, parte del material fotocopiado resultó de condición muy deficiente. Esto tiene que ver con el hecho de que una parte de los originales se encuentre escrito en tintas tenues (rojo y azul) que no permiten ver con claridad el contenido. Algunas de las encuestas manuscritas son ilegibles, por el reducido tamaño de la letra o por la grafía propia del maestro. Al respecto, podemos mencionar que de las 288 remisiones, 193 se hicieron a máquina y las 95 restantes son manuscritas. Aún existe el caso de que al reunir lo que parecen ser las diferentes partes de una misma encuesta, se encuentra la combinación de máquina de escribir y de letra manuscrita, y la letra manuscrita ilegible, lo que impidió la transcripción completa.

CUADRO No 4

	Bolívar	Boyacá	Caldas	Caquetá	Cund/	Guajira
Máquina	66	15	9	3	29	3
Manuscrita	19	13	4	3	13	
Total						
	Amazonas	Meta	Nariño	Vichada	Santanderes	
Máquina	1	17	15	1	23	
Manuscrita		8	26		9	
Total						

Digamos finalmente para cerrar este numeral, que sólo buscaba contextualizar y presentar en términos cuantitativos aproximados la E.F.N., que hemos dejado vacías las casillas de *totales* de los cuadros, pues no tiene demasiado sentido sumar, si se quiere ser estrictamente exacto, cuando en muchas ocasiones resulta casi imposible establecer cuales son encuestas completas y cuando puede haberse dado el caso de que por la forma como encontramos el material en los archivos, hayamos unido para formar una encuesta partes que corresponden más bien a dos “remisiones”, o que hayamos separado como encuestas distintas de un mismo municipio a lo que podría haber constituido originalmente una sola encuesta. En cualquier caso, a pesar de estas dificultades, y de algunas otras que enumeraremos cuando hablemos de las características de las transcripciones

realizadas, nos mantenemos en la idea de que se trata de un material valioso para el análisis de aspectos esenciales de la sociedad rural colombiana, y sobre todo de lo que puede ser comprendido como “culturas populares”, temas sobre los cuales, cuando se trabaja en perspectiva histórica, no resultan muy abundantes los materiales que apoyen el análisis, sobre todo si se trata, como en este caso, de una historia que es casi contemporánea de nuestro presente.³⁶¹

3. Una documentación incompleta pero sugerente

Las documentaciones –los datos– con las que trabajan historiadores y sociólogos tienen, entre otras diferencias, una que resulta mayor, y es la siguiente: mientras que los sociólogos, y en parte los antropólogos, se encuentran en condiciones de construir previamente los instrumentos con los cuales recogerán su información y pueden determinar con anterioridad los tipos de datos que desean acopiar, los historiadores deben contentarse con las huellas y los rastros que los hombres y las instituciones del pasado han querido conservar o desaparecer, sobre la base de intereses y motivaciones que no tienen por qué coincidir con los cuestionarios que el historiador fabrica sobre la base de los interrogantes que el presente termina por imponerle.

Además de ello, o en razón de ello, las documentaciones en que los historiadores apoyan sus análisis tienen por lo regular un carácter incompleto y fragmentario que dificulta la conformación de series homogéneas, presentan lagunas y no siempre se encuentran en el estado de conservación que sería deseable, o simplemente no resultan accesibles en virtud de su carácter privado, sin descontar la posibilidad, real, de su desaparición completa como consecuencia de la propia acción de la sociedad o a veces de fuerzas naturales.

A esto se agrega el hecho de que, como alguna vez señalara el historiador Carlo Ginzburg, una documentación es una *relación de fuerzas*, la manifestación misma de la existencia de fuerzas sociales dominantes que, sobre la base de su propia idea de la historia, consideran valiosas y dignas de estima, y por lo tanto de *conservación*, las acciones de ciertos hombres y grupos sociales, mientras que desvalorizan, ignoran y no conservan las formas de vida y la intervención en el curso de la historia de esos otros hombres y mujeres que, por su *condición social baja*, son considerados tan solo un elemento pasivo del acontecer social. Se suma a todo ello el olvido que pesa sobre la mayor parte de la vida cotidiana, y sobre todo de la vida cotidiana de la gente corriente, envuelta en la rutina y la repetición y regularmente carente al parecer del color y la animación que permitiría a un conjunto de acciones históricas ser positivamente valoradas y conservadas. Olvido que hace tan difícil el hallazgo de registros escritos acerca de la vida de la mayoría de la población, sobre todo en lo que tiene que ver con sus aspectos más rutinarios y

³⁶¹ Sobre las posibilidades de utilización de “materiales folclóricos” en el análisis de las culturas populares en Colombia he argumentado en R. Silva, *Reflexiones sobre la cultura Popular*. Cali, Universidad del Valle/CIDSE, 2001.

mecánicos, los que, a pesar de lo que indicarían las concepciones heroicas de la historia, son también sal y sustancia de la vida social.

Por todo lo anterior, la aparición de una fuente histórica –como la E.F.N.- que de alguna manera permite describir la vida de la mayoría, de la gente corriente, y esto en sus aspectos más triviales y en apariencia monótonos, resulta esencial para el conocimiento histórico de una sociedad, máxime si esta fuente nos ofrece al tiempo la posibilidad de comparar esas existencias con las de los grupos y sujetos considerados notables y distinguidos en las sociedades. Por eso nos parece que la E.F.N., bien utilizada, puede ser una fuente de análisis importantes sobre aspectos olvidados de la sociedad rural y pueblerina de Colombia en la primera mitad del siglo XX, y esto con ventajas sobre otro tipo de documentaciones a las que se puede acceder con mayor facilidad.

En particular es de destacar en la E.F.N. el hecho de que informe de manera amplia sobre la dinámica social de pequeñas comunidades que, regularmente, en los análisis denominados como “macrosociales”, no aparecen con claridad, o no aparecen con la suficiente riqueza de detalles concretos con que las fuentes locales permiten entreverlos. Se suma a esta virtud de permitir la construcción histórica de variados aspectos de lo *local* que permite la E.F.N., otra virtud más que consiste en sus descripciones –en ocasiones detalladas, a veces puramente enumerativas y exageradamente lacónicas- de la *vida material* de las comunidades campesinas y pueblerinas, lo que puede permitir al análisis social, ahogado en la actualidad por los excesos del *culturalismo*, recobrar su equilibrio, por un nuevo énfasis en la importancia que para las sociedades tienen los niveles de tecnología, los instrumentos de trabajo, la propia alimentación y el vestuario, la vivienda, las maneras de transportarse, etc.³⁶², vistas en su propia materialidad, antes de ser incluidas en supuestas interpretaciones simbólicas, que regularmente resultan puramente aproximativas, por su falta de afirmación en los datos materiales más elementales de la vida social, considerada esta desde el punto de vista de la civilización material.

En esta dirección es posible afirmar que muchos de los recientes estudios de perspectiva general, y a veces puramente *formal*, sobre modernización y modernidad en Colombia en las décadas pasadas, podrían adquirir un complemento y un punto de contraste en informaciones como las que brinda la E.F.N., permitiendo un cuadro matizado de muchas afirmaciones “macrosociales” que, por su nivel de generalidad, corren el riesgo de ser simplemente obvias y aplicables sin diferenciación ninguna en los más dispares contextos. Así pues, una lectura atenta de lo que sobre vida material incluye la E.F.N. facilita una mirada “desde abajo” de las relaciones entre lo moderno y lo tradicional, mirada ausente en trabajos simplemente generales y por ello abstractos.

³⁶² Cf. al respecto, aunque no tenga por qué compartirse su enfoque general, Víctor Manuel Patiño, *Historia de la cultura material en la América Equinoccial*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1993 [8 tomos]. Y en otro contexto y bajo otra perspectiva, pero siempre en el marco de la “civilización material” y del análisis de las “estructuras de la vida cotidiana” cf. Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII*. Tomo I. “Las estructuras de lo cotidiano. Lo posible y lo imposible” [1979]. Madrid, Alianza Editorial, 1984, permanente testimonio de inteligencia y erudición.

Desde luego que la parte recuperada de la E.F.N. tiene, por fuera de sus limitaciones intrínsecas, producto del propio enfoque con que la información se recopiló, otras limitaciones más que se derivan de su cubrimiento, de lo que puede ser llamado la “geografía de la E.F.N.”, pues no se trata, como se diría con palabras de hoy, de una “muestra representativa” de las regiones colombianas, sino de un conjunto de informaciones recuperadas más bien como producto del azar. Sin embargo hay que decir que las encuestas recuperadas no dejan de tener, de manera aproximada, un cierto cubrimiento nacional. Las zonas andinas centrales del país –esencialmente Cundinamarca y Boyacá-, el sur de Colombia –Nariño, tanto en su parte andina como costera-, las regiones de colonización cafetera –el viejo Caldas-, la región santandereana, la costa interiorana –el extenso departamento de Bolívar, aun no separado de regiones que años después constituirían nuevos departamentos del país-, la extrema Guajira de los desiertos del norte y lo que hasta hace algunos años los colombianos llamamos los Territorios Nacionales –hoy centro neurálgico del conflicto armado colombiano, de los Llanos Orientales hasta el Caquetá- encuentran alguna forma, grande o pequeña de figuración en el material que se ha transcrito, aunque todo esas regiones encuentren presencia bajo cuotas desiguales de información, tanto por su cantidad como por su calidad.

Y ahora que mencionamos este punto de la calidad de las informaciones que se encuentran consignadas en la E.F.N. es bueno señalar al respecto por lo menos uno de los problemas centrales que desde este punto de vista permite plantear la E.F.N. Como se sabe, en ciencias sociales y en historia todo *conocimiento es indirecto, mediado*, no importa que se trate de reflexiones sobre el pasado o sobre el presente, sobre la cultura “material” o sobre la cultura “espiritual”. En este punto ninguna ventaja tienen, a pesar de lo que se dice, los practicantes de las demás ciencias sociales sobre los historiadores y las mismas dificultades deben padecer y enfrentar unos y otros: el carácter mediado, indirecto de sus informaciones, bien se trate de mediaciones impuestas por la selección que el tiempo hizo de sus materiales y del régimen de construcción de sus informaciones, bien se trate de la mediación que de manera inexorable introduce la puesta en acción de cualquier instrumento de recolección de informaciones o aun la “simple” observación “directa”, instrumento complejo si lo hay ³⁶³.

Habrá que recordar pues que las informaciones que brinda la E.F.N. no son la transmisión “directa”, “objetiva” y “veraz” de la vida de las comunidades rurales, sino su *reescritura* deformada y parcial –aunque llena de buenas intenciones- realizada por grupos de maestros de escuela, por lo general de bajísimo nivel cultural y en ocasiones portadores de extremos prejuicios sobre su “objeto de observación”, prejuicios que en ocasiones no dejan de manifestar abiertamente. Pero, como se sabe, con diferencias de grado esta es una característica de todo testimonio sobre el acontecer social.

³⁶³ Cf. al respecto Marc Bloch, *Apologie pour l'histoire ou le métier d'historien* –múltiples ediciones- [traducido al castellano bajo el título equívoco de *Introducción a la historia*].

En la E.F.N. buena parte de la unilateralidad de los testimonios viene de la propia matriz folclórica que se encuentra en la base de las orientaciones del cuestionario que se aplicó, como lo hemos explicado en otra parte.³⁶⁴ Pero viene también de los recolectores de la información. Como se sabe, Arnold Van Gennep, siguiendo una tradición de investigación de las comunidades rurales que se remonta al siglo XVIII, había establecido como principio canónico que los maestros de escuela –que en esto reemplazaban a los curas y pastores de iglesia- serían los instrumentos esenciales de la recolección del material que serviría para el análisis del folclor campesino. La selección se hacía por las razones obvias de su contacto directo con las comunidades, por el conocimiento que de tales comunidades podrían tener por ser su propio lugar de residencia y por la propia ascendencia cultural que los maestros tenían en la comunidad, en razón no sólo de su papel cultural, sino de ser en la mayoría de los casos el *intelectual por excelencia* de las comunidades. Todas estas razones pueden hoy parecernos discutibles, cuando se trata de garantizar la recolección de informaciones de cierta objetividad. Pero ninguna de esas razones se ha demostrado como completamente falsa. Así pues, los promotores de la E.F.N. también se decidieron, conociendo o sin conocer a las recomendaciones de Van Gennep, por los maestros de escuela como los grandes promotores y los realizadores directos del trabajo de campo de la E.F.N. Aunque no conocemos, como lo hemos mencionado, las Instrucciones que se escribieron para quienes en el terreno deberían llenar los cuestionarios con la información requerida, sí sabemos –pues en algunas respuestas se menciona- que los criterios incluían la habitual recomendación de preguntar a los elementos más viejos de la población y consultar los archivos locales en donde estos existieran, o intentar observar de manera cuidadosa el medio local e interrogar a los alumnos y padres de familia.

Según lo mencionan muchas de las monografías elaboradas y que aquí son transcritas, todas estas recomendaciones fueron más o menos seguidas por los maestros, quienes ampliaron además sus consultas a los propios textos de geografía, de ciencias naturales y de historia con los cuales enseñaban –muchas veces copian sin decirlo, o advirtiéndolo, partes de esos textos-, y en muchas ocasiones parecen haber conversado ampliamente con los *eruditos locales*, en las poblaciones en donde estos existían. Desde luego que nada de esto asegura *de por sí* criterios mínimos de objetividad, pero es una muestra de la manera dedicada como muchos de ellos trataron de cumplir con su papel de “investigadores sociales” –en algunas ocasiones con verdaderos logros de observación-. Pero el elemento central que desencadenó la colaboración de los maestros, y esto hay que enfatizarlo, pues forma parte de los propios antecedentes y de las propias condiciones de realización de la E.F.N., fue la manera como parte de ellos se ligó a la política cultural de la República Liberal, en el punto relacionado con la renovación educativa y pedagógica –lo que se llamaba laxamente la “escuela nueva”-, bien fuera porque de manera directa eran “fieles” del partido liberal y de los caciques liberales, bien fuera porque, a pesar de su pertenencia al partido conservador, participaban de los ideales de renovación educativa del liberalismo.

³⁶⁴ Cf. R. Silva. *Reflexiones sobre la cultura popular*, op. cit.

En muchas localidades la tarea de la E.F.N. fue adelantada por los maestros como una tarea oficial, como una obligación impuesta por el Ministerio de Educación, pero en muchas otras localidades fue cumplida con un firme espíritu de convicción pedagógica, lo que se pone de presente no sólo por el entusiasmo que en ocasiones fue adelantada la tarea, sino por el hecho de haber puesto al servicio de ella los núcleos básicos de organización en que los maestros más dinámicos se encontraban agrupados, esto es los *Centros Pedagógicos*, unidades de discusión veredal y municipal en que se agrupaban con el fin de discutir acerca de la “escuela nueva”, de leer y comentar los textos que enviaba el Ministerio y para acordar las formas de poner en marcha algunos preceptos recomendados en cuanto a la higiene de los niños o en cuanto a ejercicios de “medición” y valoración de la inteligencia infantil, forma mínima de “psicología escolar” que los Centros Pedagógicos empezaban a popularizar en el campo. De esta manera, más allá a veces de la propia recomendación o imposición del Ministerio de Educación, el entusiasmo pedagógico de los maestros y la existencia de una forma de “sociabilidad” reciente, se encuentran en la base de ese “millar” de monografías realizadas sobre la vida de las comunidades campesinas, cualquiera que hayan sido los defectos, insuficiencias y unilateralidades que se encuentren en el producto final de la E.F.N.

3. Las transcripciones.

Como las transcripciones con las que se encontrará un lector moderno de la E.F.N pueden desanimarlo de la lectura, hay que recordar de nuevo algunas de sus características. La primera de ellas es su carácter generalmente incompleto y fragmentario. Como se verá, muchas de las encuestas comienzan en lo que debería ser su página segunda o tercera y por el camino presentan saltos bruscos que deben estar relacionados con alguna página perdida. El lector notará que muchas de las respuestas acopiadas parecen a primera vista –y en ocasiones lo son- de una gran incoherencia, como producto de una elaboración demasiado apresurada, pues las encuestas llegaron tarde, pero la respuesta se exigía con la brevedad de unos pocos días, a lo que suma de manera fácilmente perceptible un escaso nivel cultural y un acceso difícil y tormentoso a ciertos temas nuevos de la pedagogía, como se notará en particular en las informaciones que se reportan acerca del “grado medio de mentalidad de los niños” y de los índices de analfabetismo.

Pero posiblemente la mayor dificultad de lectura provendrá del propio lenguaje de los maestros y de las informaciones recolectadas, y esto por varias razones. En primer lugar porque de esa sociedad nos separa ya más de medio siglo, y nos separa sobre todo la aceleración del tiempo histórico que ha conocido la sociedad colombiana, radicalmente diferente hoy de la que fue hace una cincuentena de años. En segundo lugar, porque siguiendo las prescripciones de los folcloristas, que indudablemente como lo informan los maestros fueron acogidas por el modelo de la E.F.N., buena parte de las monografías realizadas, sobre todo en lo que tiene que ver con habla regional, con narraciones y leyendas, con coplas y refranes, con poesía y romances, es decir con la mayor parte sobre lo que informa la E.F.N., quiso reproducir el lenguaje directo de las comunidades, el “habla popular” –y más aun el habla popular campesina-, al punto que

muchísimas páginas de lo que se copió no producen más que desconcierto, no sólo porque hablan de un mundo por muchos aspectos distinto al nuestro –aunque medio siglo no sea gran cosa en términos de las cronologías de los historiadores-, sino porque se quiso hacer uso de un modelo de lenguaje que pensaba que el arcaísmo lingüístico constituía por sí mismo una virtud y un revelador de la vida social, aunque ese arcaísmo nos dificulte hoy el propio acceso al sentido. Así pues, presencia de un doble arcaísmo: el del lenguaje de una sociedad que ya no es la nuestra, reforzado por ese otro proveniente los propios prejuicios de los folcloristas, al punto que en muchas de las monografías no se sabe, por ejemplo, si el maestro ignoraba las formas mínimas de la gramática, de la ortografía y de la más simple comunicación escrita, o si está tratando de reproducir a toda hora el lenguaje real o supuesto de los miembros de la comunidad. Si a esto se agrega que algunas partes de las encuestas nos resultaron imposibles de descifrar, por el tipo de letra, y se suma luego lo que deben ser nuestros propios errores de transcripción, se tiene el cuadro de algunas de las dificultades que entraña, no digamos la interpretación del material, sino simplemente la valoración de sus sentidos explícitos. Y sin embargo hay que repetir, lo que dijimos en las frases iniciales de esta presentación: se trata de páginas que, cuando se observan de manera conjunta y contextual, resultan reveladoras de aspectos de la sociedad rural colombiana, de su vida social y cultural, a los que de otra manera no podríamos acceder, y en un campo en el que no abundan las informaciones habrá que valorar más las virtudes posibles que los defectos innegables, como lo sabe cualquier historiador.

ANEXO

ENCUESTA FOLCLÓRICA NACIONAL. 1942.

CUESTIONARIO ENVIADO A LOS MAESTROS Y DIRECTORES DE ESCUELA PARA RECOLECTAR INFORMACIÓN SOBRE EL FOLCLOR

[El cuestionario que aquí presentamos es una reconstrucción aproximada que hacemos sobre la base de las respuestas ofrecidas por los maestros, que en muchas ocasiones al parecer copiaban la pregunta que había sido formulada. En la reconstrucción del cuestionario no hemos intentado, *pues sería un anacronismo sociológico*, introducir ningún principio de pertinencia sociológica ni de corrección teórica a las preguntas formuladas. Por el contrario, inclusive nos hemos apoyado en el *lenguaje natural del documento* [las encuestas respondidas]. La clasificación por items es hecha por nosotros y expresa los núcleos temáticos que se desprenden de las respuestas y de la propia concepción “folclórica” de la cultura. Hemos pues mantenido siempre el principio de clasificación general que se desprende de esta concepción: estructuras materiales de la vida cotidiana y dimensiones de la vida espiritual. Hay que señalar que el cuestionario enviado a los maestros contenía un texto de instrucciones para orientar la recolección del material y de las informaciones solicitadas, pero al aparecer casi ningún maestro recibió tales instrucciones, según lo dejan saber en sus respuestas. Nosotros tampoco lo hemos podido encontrar].

A. LUGAR GEOGRÁFICO.

¿Cómo, cuándo, en qué fecha y por quiénes fue fundada la localidad?

¿Qué dice la gente acerca de los habitantes indígenas del lugar?

¿Cómo está formada la población actual? Mestizos, indios, blancos...

¿Cuáles son los personajes históricos o los caudillos populares que perduran en la memoria de la gente?

¿Cuáles son las principales anécdotas biográficas y de la comunidad?

B. HISTORIA.

Generaciones anteriores.

Personajes históricos.

C. VIVIENDA.

¿Cuáles son los tipos de vivienda predominantes en el lugar?

¿Hay construcciones modernas?

¿Qué comodidades de higiene ofrecen las viviendas pobres?

¿Cuál es la división de los campos y de la propiedad?

D. MUEBLES Y OBJETOS DOMÉSTICOS.

¿Cuál es el nombre lugareño de los objetos domésticos?

¿Cuáles son los nombres de los objetos donde se guarda la ropa?

¿Cuáles son los nombres de los utensilios de cocina?

¿Cuáles son los nombres de los instrumentos de labranza?

¿Qué otros instrumentos se utilizan en los cultivos agrícolas?

¿Hay aparatos modernos?

E. VESTIDOS.

¿Existe un traje regional?

¿Cuál es el tipo de traje que emplean todos los días?

¿Qué trajes se emplean en los días de fiesta?

¿Cuál es el nombre regional de estos?

¿Qué usan las mujeres y los hombres como objeto especial de lujo?

¿De qué materiales se hacen los vestidos?

¿Hay sastres y modistas en la población?

F. ALIMENTACIÓN.

¿Cuáles son los platos tradicionales del lugar?

Cuál o cuáles son los platos típicos de alimentación y qué productos se consideran como base de ellos?

¿Qué platos se preparan para las fiestas?

¿Cuáles son los principales productos agrícolas de la región?

¿Cuántas comidas se sirven al día?

¿El término medio de la gente humilde qué come?

G. TRABAJO E INDUSTRIAS.

- ¿Cuáles son las industrias populares de la región?
- ¿Cuáles son las industrias predominantes en la localidad?
- ¿Cuál es la jornada de trabajo?
- ¿Cuál es el jornal promedio del peón?
- ¿En qué condiciones trabajan los arrendatarios?
- ¿Trabajan los niños y las mujeres?
- ¿Las cosechas qué fiestas originan?
- ¿Qué industrias domésticas existen?
- ¿Se conoce en el lugar el procedimiento de la “minga”?

H. INSTRUCCIÓN.

- ¿Cuántos niños concurren a la escuela?
- ¿Cuántos deberían concurrir?
- ¿Cuál es la causa de la no concurrencia?
- ¿Cuál es el grado medio de la “mentalidad” del niño de la localidad?
- ¿Los niños que se matriculan en el año escolar lo terminan totalmente o hay algunos que abandonan el estudio y cuál es la causa?
- ¿Cuál es el índice de analfabetismo en la región?

I. TRANSPORTE Y LOCOMOCIÓN.

- ¿Cuáles son los medios de transporte y locomoción?
- ¿Qué nombres lugareños tienen?
- ¿Cuál es el movimiento del mercado local?

J. BRUJERÍA Y ADIVINACIÓN.

- ¿Existe médico en la población?
- ¿Existe curandero?
- ¿Cuál es la medicina popular?
- ¿Quiénes la ejercen?

- ¿Hay adivinos? ¿Quiénes? ¿Cómo ejercen su oficio?
- ¿Cuáles son los agüeros y supersticiones más conocidos en esa localidad?
- ¿Qué costumbres especiales tienen para enterrar a los adultos que mueren?
- ¿Cuáles son las costumbres en la muerte de los niños?

K. FIESTAS POPULARES.

- ¿Cuáles son las fiestas populares civiles y religiosas?
- ¿Cómo se celebran?
- ¿Existían antes?
- ¿Hay algunas tradiciones que se han perdido?
- ¿Hay fiestas modernas?
- ¿Cuáles son los juegos usuales de los adultos?
- ¿Cuáles son los juegos más populares entre los niños?

L. POESÍAS, ADIVINANZAS Y REFRANES.

- ¿Cuáles son las adivinanzas más conocidas en la localidad?
- ¿Cuáles son los refranes más populares en la localidad?
- ¿Se cuentan chistes? ¿Cuáles?

M. MÚSICA Y DANZA.

- ¿Cuáles Son las canciones más conocidas en esa localidad?
- ¿Qué otras canciones se cantan?
- ¿Cuáles son las canciones más frecuentes que se usan para distraer o dormir a los niños?
- ¿Hay recitadores?
- ¿Hay trovadores?
- ¿Cómo se dan las serenatas en esa localidad?
- ¿Los romances populares se recitan o se cantan?
- ¿Qué conjuntos musicales existen y qué instrumentos emplean?
- ¿Se escucha la radio? ¿Hay fonógrafo?

¿Cuáles son los “aires” (canciones) populares más usados o en uso?

¿Se bailan danzas extranjeras?”

¿Cuál es el género de música que más se cultiva en esa localidad?

N. CUENTOS Y NARRACIONES.

¿Cuáles son las narraciones y cuentos más habituales en esa localidad? Escríbalos.

N. HABLA REGIONAL.

¿Existen trabalenguas?

¿Existen apodosos?

Vocabulario de la localidad: (Incluya nombres de lugares, de objetos, de plantas, de árboles frutales. De frutas, de astros, de telas, de vestidos, etc.).

REFLEXIONES SOBRE LA CULTURA POPULAR
A propósito de la Encuesta Folclórica Nacional de 1942

Renán SILVA*
Grupo de investigaciones en Historia, Cultura y Sociedad

*La cultura popular no existe por fuera del gesto
que la nombra y la constituye*
SSCV.

1.

El tema de las culturas populares resulta ser uno de los temas más difíciles con que un historiador puede enfrentarse, no sólo por la dificultad intrínseca que plantea como problema de investigación sino, tal vez en mayor medida, por tratarse de un *objeto cálido*, de un objeto investido de valoraciones profundas, regularmente inconscientes, valoraciones que operan como verdaderos *obstáculos de conocimiento*, para hacer nuestra la expresión de un apreciado sabio, quien además decía que hay objetos que “en nuestro primer acercamiento nos señalan más que nosotros a él”, de lo que me parece ser ejemplo el objeto “cultura popular”. En el caso concreto que nos ocupa, posiblemente la razón de esta dificultad profunda se encuentre en la propia definición del tema, pues un discurso académico sobre la “cultura popular” es un pronunciamiento sobre lo que por principio se considera como *alteridad*. La prueba sencilla de esta afirmación la encontramos en el hecho de que para referirnos a esa “otra cultura”, que no es la nuestra, hemos creado una categoría especial: la *categoría de cultura popular*, categoría que es precisamente una invención del mundo de los académicos, del campo intelectual, pues, por lo menos de manera corriente y en situaciones normales, las gentes de las que se predica esa pertenencia cultural no se interesan excesivamente por tal designación. Simplemente viven la vida de todos los días, con sus alegrías y sufrimientos, y la buena o mala conciencia o las discusiones y a veces divisiones y

* Proyecto de investigación *La Cultura popular en Colombia durante la primera mitad del siglo XX*. Universidad del Valle, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas –Centro de Investigaciones, CIDSE-, y Fundación para la investigación de la ciencia y la tecnología del Banco de la República. El proyecto ha contado con la asistencia de investigación de Guillermo Vera. La presente versión completa y amplía el texto presentado como *Lección Inaugural* de la sexta promoción de Maestría en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, Sede de Medellín. Las notas de pie de página, que han sido agregadas posteriormente a la presentación leída del texto, sólo quieren ofrecer las referencias precisas de los documentos citados y hacer explícitas algunas de las orientaciones teóricas de este trabajo. El texto será publicado por la Revista *Historia y Sociedad* de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional (Sede Medellín).

* Sociólogo e historiador, profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle.

enjos profundos de quienes han creado el rótulo y discuten sobre sus características los tienen más bien sin cuidado. Y si de la antropología se dijo alguna vez que constituía el gran remordimiento de Europa, por relación con su pasado (y a veces su presente) inscrito en procesos de dominación colonial, de los historiadores y sociólogos que ensayamos sobre el tema de la cultura popular otro tanto podría decirse, sencillamente variando la expresión pueblos coloniales por sectores populares, clases subalternas, masas populares, clases explotadas, o cualquiera otra denominación que se prefiera.³⁶⁵

Me parece que si el tema es en general un tema enrarecido, si nuestra ignorancia es tan grande respecto del problema, si las generalizaciones enfáticas pueden ser aquí más perjudiciales que en terrenos mejor conocidos, lo más conveniente es proponer un acercamiento sencillo y desenvuelto que al mismo tiempo pueda resultar ilustrativo de las dificultades de investigación del problema y productivo en cuanto a los posibles avances futuros de la investigación en este campo. Procederé pues de la siguiente manera: relataré ciertas de mis experiencias de trabajo en este terreno, tomando como ejemplo unas cuantas de las formulaciones y proyectos que acerca de la cultura popular realizaron algunos de los principales intelectuales liberales durante el periodo que convencionalmente se llama en Colombia la *República Liberal* –*grosso modo* entre 1930-1946-, introduciendo por el camino algunas precisiones de teoría y de método, no sin advertir que mis observaciones tienen mucho de particular, no sólo en función del periodo sobre el cual trabajo, sino en función de la propia especificidad con que los liberales colombianos de los años 30 y 40 definieron la “cultura popular”. O de dicho de otra manera, con palabras que son de R. Chartier, pero que creo poder aplicar aquí con justeza, las observaciones que propondré tienen que ver con estudios precisos en marcha y no son “el programa que los habría guiado *a priori* con toda coherencia”.

2.

La idea de conocer el país, de establecer la variedad regional de sus “tipos humanos” -como se decía-, no fue una idea exclusiva de los intelectuales liberales durante la *República Liberal*³⁶⁶. A

³⁶⁵ Cf. Para las orientaciones generales respecto del tema de las culturas populares y de los modelos básicos de inteligibilidad que han dominado este campo de estudios cf. Roger Chartier, “ ‘Cultura popular’: retorno a un concepto historiográfico”, en *Sociedad y escritura en la Edad Moderna*. México, Instituto Mora, 1995, pp. 121-138. R. Chartier escribe: “La cultura popular es una categoría académica. ¿Por qué enunciar al comienzo de este ensayo una proposición tan repentina? Con ella sólo quiero recordar que los debates que han surgido alrededor de la definición misma de cultura popular lo han hecho (y lo hacen) a propósito de un concepto que se propone delimitar, caracterizar, nombrar prácticas que sus autores nunca designan como pertenecientes a la ‘cultura popular’”. Cf. Igualmente Claude Grignon et Jean-Claude Passeron, *Le savant et le populaire. Misérabilisme et populisme en sociologie et en littérature*. Paris, Hautes Études/Gallimard/Le Seuil, 1989. Y para el examen de la relación entre los problemas de la construcción del Estado-nación y la representación de la cultura como folclor, que abordamos más adelante cf. Anne-Marie Thiesse, *La création des identités nationales*. Paris, Seuil, 1999.

³⁶⁶ La exposición detallada del problema en R. Silva, *República Liberal y Cultura Popular en Colombia, 1930-1946*. Cali, CIDSE, Documentos de trabajo No 53/2000. Facultad de Ciencias Sociales y Económicas,

la elaboración de tal idea colaboraron desde los años 20s intelectuales provenientes de los dos partidos políticos tradicionales –liberales y conservadores–, intelectuales pertenecientes a campos distintos del saber, que reunían tanto practicantes de una *sociología espontánea* dominada por los temas del “carácter nacional” y la preponderancia del “factor racial” en la cultura, como personajes venidos del campo de la *medicina*, convertidos en hombres de gobierno y en orientadores de la educación, todos ellos en general dominados por el viejo molde determinista que piensa que los hechos sociales se explican mejor por factores y condiciones “naturales” relacionados con la raza, con el clima y con la geografía, antes que por esa experiencia singular que designamos como “historia”.

Lo que parece ser distintivo de los intelectuales liberales en este punto es, en primer lugar, el haber acentuado los “factores sociales” de las configuraciones culturales y el haber construido una cierta “antropología positiva” del “pueblo colombiano”, el que en enfoques más conservadores y tradicionalistas era visto precisamente como la “causa” del atraso del país y de su propio fracaso histórico, tal como aparecía ante sus ojos después de la Guerra de los Mil Días y la posterior pérdida del Canal de Panamá, una *mutilación del cuerpo del país* que costó trabajo asimilar a las elites dirigentes, a pesar de las frases ingeniosas con las que se la quiso enfrentar (“me han entregado un país y devuelvo dos”, se dice que afirmó el Presidente de la República). En segundo lugar, fue rasgo distintivo de la *invención liberal de la cultura popular*, el haberla pensado sobre la base de una *matriz folclórica*, es decir de un acercamiento a lo “popular” que lo considera al tiempo como típico y como exótico, y sobre todo como encarnación del “alma nacional” y depositario de tradiciones intemporales que son la base de todo futuro posible, en tanto expresión de las raíces de la nacionalidad, imagen construida esencialmente a través de una simplificación idílica de la vida campesina, y todo ello a contracorriente del hecho de que la nueva sociedad en construcción se anunciaba precisamente como una sociedad urbana, moderna, inclinada por el trabajo industrial y por la asimilación del cambio como un elemento de su propia definición.

La construcción de una “antropología positiva” del “pueblo colombiano” por parte de los intelectuales liberales parece haber sido en gran medida el reverso de una nueva actitud optimista y confiada frente a las posibilidades de las clases populares, actitud que llegaba hasta los elogios a veces desmedidos que se encuentran en los discursos del Presidente Alfonso López Pumarejo, por cuya cuenta corrió una revaloración de lo “popular” que era al mismo tiempo una crítica del papel de la dirigencia política tradicional del país en los años anteriores.³⁶⁷ Esa crítica, que

Universidad del Valle. Cf. igualmente R. Silva, “Ondas nacionales: La política cultural de la *República Liberal* y la Radiodifusora Nacional de Colombia”, en ANÁLISIS POLÍTICO, Bogotá, IEPRI/Universidad Nacional. N0 41, sep./dic., 2000; R. Silva, *La política de difusión del libro y la cultura en Colombia durante la República Liberal* (1930-1946). Cali, CIDSE/Universidad del Valle, 2001, y R. Silva, *Encuesta Folclórica Nacional de 1942: Presentación de la encuesta y esbozos de un primer análisis*. Cali, CIDSE/Universidad del Valle, 2001.

³⁶⁷ Desde luego que intelectuales liberales también produjeron análisis pseudo antropológicos –¿o “pre-antropológicos?”– del “pueblo colombiano”, de los cuales se podrían extraer visiones negativas de lo “popular”, como resultan ser, por ejemplo, los casos, bien diferenciados por lo demás, de Armando Solano,

aceptaba desde luego el esquema de “elites” y “masas”, podía adquirir a veces tonos extremos, en los cuales se juntaba una dosis de demagogia y de romanticismo, con un deseo sincero por cambiar y modificar las costumbres culturales del país, como una vía regía para transformar su propia situación social y política. Este punto era expresado, por ejemplo, por dirigentes educativos liberales como Gustavo Santos, director de la Sección de Bellas Artes en 1936, quien refiriéndose a la formación del gusto artístico en la sociedad, declaraba que este proceso debería comenzar por el niño y por el pueblo, dejando a un lado “las clases dirigentes, sobre las cuales ya no podremos ejercer ninguna acción purificadora”. Santos pensaba que todos los énfasis y las prioridades en el terreno cultural deberían cambiar, y podemos desde ahora citarlo, pues en sus palabras empieza a concretarse lo que denominamos una *representación folclórica de la cultura*:

*Necesitamos que al pueblo se le haga cantar; que al niño se le haga cantar y dibujar; que a la escuela se lleve la noción de belleza. No nos interesan los productos de los conservatorios y escuelas de bellas artes tal como hoy los concebimos. En cambio nos interesa sobremanera que [en] el último pueblo de Boyacá o en una vereda de Santander, el niño salga de su escuela cantando una canción alegre, y el labriego regrese a su rancho con la visión o el recuerdo de un bello coro oído en el pueblo. Esto último forma un ambiente de arte sano; lo otro, el falso ambiente del arte capitalino, nada representa en una labor de proyecciones nacionales.*³⁶⁸

Es indudable que esa “actitud positiva” frente a las posibilidades de los grupos populares y de lo “popular”, traída y llevada continuamente en el discurso político de los liberales, iniciada por López Pumarejo, moderada por la lejana frialdad elitista de Eduardo Santos y exaltada al extremo por el verbalismo eficaz de Jorge Eliécer Gaitán (“el pueblo es superior a sus dirigentes”), por fuera de los dividendos electorales que pudiera ofrecer, se entroncaba con la idea de un *nuevo*

con su “teoría” sobre la “melancolía de la raza indígena” y de Francisco Socarrás -un excelente educador, por otra parte-, quien intentaba explicar los fenómenos de la violencia colombiana a partir de las “raíces indígenas” (el “espíritu pijao”, por ejemplo), por no mencionar el caso conocido de Luis López de Mesa. Sobre la construcción de lo popular por parte de los intelectuales cf. Geneviève Bollème, *El pueblo por escrito. Significados culturales de lo “popular”* [1986]. México, Grijalbo, 1986.

³⁶⁸ Cf. *Memoria del ministro de Educación Nacional al Congreso de la República de 1936*. Anexos II. Bogotá, Imprenta nacional, 1936, p. 18-19. Gustavo Santos agregaba a continuación la propuesta que se desprendía de sus análisis: “La Dirección Nacional de Bellas Artes, pues, se permite proponer a su señoría como resultado de su experiencia y [de] la observación de la llamada ‘realidad colombiana’ en este campo de las bellas artes, la inversión completa de los métodos que hasta ahora se vienen empleando, dejando a un lado, si es que no se reglamentan muy severamente, los institutos creados para la formación de pseudo-artistas, y dedicando todos los esfuerzos a la formación de maestros competentes, dedicados a la enseñanza de la música y el dibujo en las escuelas del pueblo, y a la formación de un ambiente adecuado en el que el arte cumpla su misión de función social”. Idem. Pero la idea de que la ciudad corrompe (“el arte capitalino”) no es muy frecuente en los liberales y pertenece más a la representación conservadora de la migración a la ciudad en los años 40s.

proyecto nacional, para cuya construcción era necesario ampliar y transformar las bases sociales de la política en Colombia, bases hasta el presente reducidas a formas de participación que condenaban a las gentes pobres del campo y la ciudad a la posición de clientelas de dos partidos políticos que funcionaban al mismo tiempo como “subculturas ideológicas” y como formas básicas de socialización primaria.

La nueva actitud frente a lo popular por parte de los liberales se expresó en una vertiente doble. Por un lado la idea de *difundir y extender la cultura*, y por otro lado la idea de *conocer las culturas populares*, a las que se consideraba como la base nueva de la nacionalidad, pues en lo popular se encontraba lo que dieron en llamar el “alma nacional”, especie de “diamante en bruto”, que si bien guardaba y amparaba los mejores recursos de la tradición histórica nacional, permanecía en un estado social y cultural de atraso -a veces descrito como “barbarie”- que impedía su vinculación a una economía moderna, a modalidades distintas de sociabilidad y a nuevas formas de desarrollo de la política.

Conocer la sociedad, y sobre todo conocer la “vida popular” -la “aldea colombiana”-, para transformar sus condiciones sociales y culturales, fue el propósito esencial del Proyecto de *Cultura Aldeana* propuesto en 1935 por el ministro de Educación Luis López de Mesa, como una especie de “expedición” a través de las regiones colombianas, de la cual debería resultar un conjunto de estudios en que apareciera, “como en fototipia, cordialmente interpretado” el país, a través de una serie de informaciones, de datos y estadísticas, que constituyeran “la sustancia prima de un análisis de nuestra nacionalidad”.³⁶⁹

El Proyecto de Cultura Aldeana tuvo en realidad pobres resultados, pero la idea de conocer la “cultura popular” se mantuvo, y a principios de los años 40s la vemos reaparecer con toda su fuerza en las “misiones culturales” que recorrían el país en campaña de difusión cultural, llevando a las aldeas el cine, el libro, los espectáculos folclóricos y las conferencias de divulgación, y asimilando como una de sus funciones el estudio y conocimiento de lo “popular”. La idea del conocimiento de las necesidades y condiciones de cada una de las regiones del país se encuentra también en el trabajo de difusión del libro a través de la “Bibliotecas Aldeanas”, que fue acompañado por la realización de un *Censo Cultural*, pero la generalización de las expresiones sinónimas “cultura popular” y “alma nacional” sólo se hará visible después de 1938, momento en que se empieza a concretarse la idea de la descripción “etnográfica” de los medios populares, a través de la recolección sistemática de informaciones sobre la vida material y espiritual del

³⁶⁹ Cf. *Memoria del ministro de Educación al Congreso de la República de 1935*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1935, p. 60. El ministro López de Mesa agregaba: “... ahí el dato sobre la tierra, la raza, la economía, la cultura, las necesidades apremiantes, los recursos utilizables... ahí, en fin, el comienzo de una sociología colombiana de sólido fundamento experimental”, lo que por lo demás muestra los últimos coletazos del viejo positivismo del siglo XIX, que de manera curiosa resultó siendo una vía de acceso a la moderna investigación empírica en ciencias sociales, tal como la desarrollarán los informes que dejó la Comisión de Cultura Aldeana, las Geografías Departamentales elaboradas por la Contraloría General de la República y los estudios pioneros de la naciente antropología colombiana de los años 40s.

“pueblo”, todo lo cual llevaría finalmente a la idea de la elaboración de una *Encuesta Folclórica Nacional* en 1942.

Así pues, las “misiones culturales” y la “biblioteca rotatoria” que pondrán en marcha los gobiernos liberales, tendrían como una de sus funciones el análisis de esa “realidad espiritual” que constituía el “hombre colombiano”, para lo cual en cada una de sus giras debería anotarse cuidadosamente

*por la observación directa, las reacciones emotivas que ellos [las conferencias y espectáculos organizados] producen en el público, [lo] que habrá de permitir un estudio preciso de nuestro nivel mental y espiritual... lo mismo para la corrección de las deficiencias que se encuentren como para el mejor aprovechamiento y más eficaz estímulo de aquellos factores que permanecen completamente ignorados y que constituyen los verdaderos elementos de nuestra cultura nacional.*³⁷⁰

En 1941 Darío Achury Valenzuela, director de los “Servicios de Cultura Popular”, presentando un balance del trabajo de divulgación cultural que se venía realizando, volvía sobre este punto, pero mostrando ya lo que consideraba sus primeros resultados, pues decía que las escuelas ambulantes habían procedido a “un rápido levantamiento del folklore” y que ya se disponía de datos sobre la situación escolar de cada uno de los lugares visitados y sobre los valores intelectuales y artísticos existentes en cada municipio, de manera que

*Así ha podido establecerse la existencia de vastas regiones -Boyacá, Nariño, Santander- en donde existen preciosos elementos del folklore nacional; grandes zonas -Nariño, Cauca, Tolima- en donde se hace indispensable una vasta campaña de higiene y de instrucción pública; regiones en donde se ha progresado considerablemente -como el Valle y Caldas- en diversos aspectos, principalmente desde el punto de vista de la sanidad, etc. Las reacciones colectivas sobre los espectáculos organizados han sido también objeto de análisis detenidos...*³⁷¹

El punto básico por destacar aquí es que las giras de las “escuelas ambulantes” fueron no sólo el lugar de elaboración de algunas observaciones “etnográficas”, más bien dispersas”, sino el *laboratorio de experimentación* de la *Encuesta Folclórica Nacional* en que seguramente debería venir trabajando el Ministerio de Educación, pues la documentación muestra que los informes de los encargados de las “escuelas ambulantes” están ya construidos sobre *el mismo patrón* que constituirá el formulario “tipo” de la *Encuesta* de 1942. Así pues, lugar geográfico, tradición histórica, vivienda, vestidos regionales, alimentación, “industrias populares” (artesanía), brujería y adivinación, fiestas populares, música y danzas de la región, poesía, leyendas y

³⁷⁰ Ministerio de Educación Nacional. *La obra educativa del Gobierno. 1940. La Extensión Cultural*. Tomo III. Bogotá, Imprenta Nacional, 1940 p. 65.

³⁷¹ *Informe de la Dirección de Extensión Cultural y Bellas Artes sobre sus labores en el primer semestre de 1941 <agosto>*. -En máquina. Biblioteca Luis Ángel Arango. Ministerios. Varios. p. 39.

vocabularios regionales -y otras cuestiones menores que luego desaparecerán en el formulario de 1942-, aparecen allí, como puntos esenciales sobre los cuales debería informarse después de cada gira de las “escuelas ambulantes”.³⁷²

De esta manera, en 1941, por la confluencia de varias circunstancias, pero bajo el impulso de la Sección de Cultura popular, el Ministerio de Educación se decide por la realización de una *Encuesta Folklórica Nacional*, cuyo cuestionario debería ser aplicado en sus comunidades a niños, padres de familia y eruditos locales por los maestros de escuela, y que tenía como objetivo el de “recoger metódicamente el folklore nacional”, para poder establecer con precisión los perfiles del “alma nacional”.

La iniciativa del Ministerio de Educación fue recibida con reservas por parte de la intelectualidad en el país, pero elogiada por la prensa y señalada como de gran importancia por el *heraldo* de la intelectualidad liberal más ligada a la política cultural de la República Liberal: la *Revista de las Indias*, en donde comentando la iniciativa y fiel a su esquema de difundir la cultura y lograr una estrecha relación entre “elites intelectuales” y “masas”, se escribía que

La cultura de un país no reside tan sólo en las pacientes obras de los eruditos ni en las obras aquilatadas de los artistas minoritarios. Es en el subsuelo de la sensibilidad colectiva en donde puede hallarse la más auténtica fisonomía de los pueblos. Y es precisamente la riqueza, la densidad y hondura de esa que podemos llamar capa vegetal del espíritu nacional, lo que da la mejor medida del genio de una nación.

El folklore resulta de la lenta y secular acumulación de experiencias artísticas elementales de un pueblo. El él palpita y alienta lo más verdadero e irrevocable de la sensibilidad, y sobre él suelen apoyarse las más altas y duraderas fábricas de la inteligencia...

Esta investigación sobre el folklore que se confía, en buena hora al entusiasmo de los maestros de escuela, es al mismo tiempo una invitación a los artistas para que salten por la ventana y vayan a respirar el viento tónico del pueblo.

Las fábulas, los decires, las coplas, los refranes, las tradiciones rurales, los viejos romances, los balbuceos musicales, las leyendas y cuentos de viejas, que ahora

³⁷² Idem, p. 39. Sobra decir que la matriz folclórica de la cual dependió la construcción del formulario aplicado en 1942 tiene su origen en una tradición de investigación en las ciencias sociales -la “investigación folklórica”- firmemente establecida en Europa desde el siglo XIX en cuanto a sus métodos, pero practicada de manera corriente desde mediados del siglo XVIII. Cf. por ejemplo Charles S. Burne, *Handbook of Folklore*. Appendix B. London, de. Folklore Society, 1914. Esa forma de acercamiento a la “cultura popular” fue puesta a circular en el país por el misionero catalán Marcelino de Castellví -quien cita entre sus fuentes el *Handbook* antes mencionado-, a partir de los trabajos realizados en su Centro de Investigaciones sobre la Amazonia Colombiana, que tenía su sede en Sibundoy. La “investigación folclórica”, como elemento sustantivo y no aditivo -como lo era unos años antes- aparece ya en 1943 en la *Memoria del ministro de Educación al Congreso de la República. 1943*. Tomo II. Bogotá, Imprenta Nacional, 1943, p. 43 y ss, en donde se le menciona como parte integral de las funciones de la Sección de Cultura Popular.

*serán compilados y ordenados, formarán un vasto arsenal de temas para uso de los artistas y revelarán toda la riqueza espiritual latente en las entrañas del pueblo colombiano.*³⁷³

El cuestionario se aplicó a partir del segundo semestre de 1942 y en junio de 1943 se informaba que ya se contaba con aproximadamente un millar de respuestas, aunque ignoramos cuántos formularios se distribuyeron, y los promotores destacaban el cuidado y buena voluntad con los cuales se había realizado el trabajo, señalando que “En esta vasta documentación hay una enorme riqueza de información folklórica, cuyo aprovechamiento en un futuro no lejano dará oportunidad a quienes se interesen por este aspecto de la cultura popular, para hacer estudios concienzudos y profundos de las diversas manifestaciones del espíritu colombiano”.³⁷⁴

Con las respuestas ya en su poder, el Ministerio procedió a conformar una Comisión Folclórica Nacional, que empezó a reunirse a partir del primero de junio de 1943, habiéndose ésta dedicado al nombramiento de miembros correspondientes en las capitales del país y en otras ciudades, y subdividiéndose en otras comisiones más, que se dedicarían cada una al análisis de aspectos particulares derivados de la información obtenida: geografía, historia, prehistoria, economía, magia, ideología, religión, juegos, fiestas, lengua, música, danzas, artes plásticas, toponimia indígena, vestidos, alimentación, etc., aspectos multiplicados que, junto con otros factores, terminarían por hacer imposible el análisis del material recolectado.

Según informaban los promotores de la iniciativa, el trabajo se percibía largo y difícil, de tal manera que para poder obtener algún resultado práctico en poco tiempo -lo que apenas resultó cierto-, se decidió la elaboración inmediata de un “Refranero Nacional”, que terminará siendo obra del Maestro Luis Alberto Acuña, uno de los más entusiastas partidarios de la investigación folclórica, mientras se avanzaba en la clasificación inicial del material, abriendo ficheros por cada uno de los municipios y de los temas en que se subdividía el cuestionario.

En 1944 la *Memoria* del Ministerio de Educación Nacional, en el apartado dedicado a las tareas de la “Cultura Popular” volvía a repetir lo que ya se mencionaba el año anterior, pero se reconocía que el análisis comenzaba a sufrir retrasos, aunque se volvía a insistir en la importancia

³⁷³ *Revista de las Indias*. No 41, mayo, 1942. Sección *Notas*. “Folklore Colombiano”, pp. 415-416. La nota aparece firmada con las iniciales E.C, que pueden corresponder a Eduardo Caballero Calderón. Sobre la actitud de los intelectuales nacionales -¿capitalinos?- respecto de la iniciativa de *Encuesta Folklórica Nacional*, la *Nota* agrega: “No está por lo demás señalar aquí la indiferencia con que por lo general han mirado los artistas colombianos ese producto del ingenio y de la emoción popular [el folclore]. El arte del pueblo, estilizado, levantado a puros planos estéticos, constituyó siempre en última instancia, la esencia de las obras fuertemente humanas, es decir clásicas, perdurables”.

³⁷⁴ *Memoria del ministro de Educación al Congreso de la República*. 1943. Tomo II. Bogotá, Imprenta Nacional, 1943, p. 44. El Ministerio debió obtener algún apoyo de la empresa privada para la realización del trabajo, o por lo menos para la impresión de los formularios, porque los cuestionarios traían en una de sus caras una propaganda del popular analgésico “Cafiaspirina”.

del material recolectado y en las nuevas tareas desarrolladas, las que, no sabemos si por necesidad de complementar los datos de la *Encuesta*, habían llevado a algunos de sus miembros a realizar trabajo de terreno en la región de Vélez, en el departamento de Santander, en donde habían aprovechado las fiestas tradicionales para “grabar directamente en disco algunas canciones típicas, estudiar el vestuario, e investigar en general sobre algunas características folklóricas”.³⁷⁵ Pero la *Memoria* ponía de presente también que, además de las dificultades intrínsecas del trabajo, las labores de la Comisión se hacían difíciles por la falta de un efectivo apoyo oficial:

*A la investigación folklórica se le reconoce hoy en día en todo el mundo una importancia excepcional, como que de ella dependen todas las relaciones de la historia, de la sociología y del arte vernáculo. Este despacho ha obtenido ya un valioso acervo de documentación que forma la base de una obra que... habrá de iniciarse con la publicación de un refranero. Pero naturalmente muy poco habrá de adelantarse, mientras no exista partida que facilite el desarrollo de estos trabajos, pues hoy sólo se cuenta con la buena voluntad de algunos folkloristas de probada vocación que se han interesado gratuitamente en esa labor.*³⁷⁶

Por su parte la *Revista de las Indias*, que fue, por fuera de la prensa diaria, tal vez la única publicación -dentro de las pocas revistas culturales existentes-, en mostrar interés por la iniciativa, continuó informando sobre los trabajos de la Comisión Nacional de Folklore, sobre la utilidad de sus investigaciones y sobre la amplitud del objeto abordado, el que, según sus palabras, arrancaba desde “el estudio geográfico, climatérico y económico” extendiéndose hasta la lengua regional, las costumbres religiosas, las artes, la música, el vestuario, la alimentación y la poesía, además de insistir en que la meta era la realización de análisis complejos que deberían superar los marcos habituales de las recopilaciones de los folcloristas, pues, por ejemplo, el “Refranero Colombiano” en el que se trabajaba, “no será un simple catálogo de los refranes y dichos más comunes, sino una obra de análisis lingüístico, literario, psicológico, de todas y cada una de las secciones del país”³⁷⁷, alta meta que quién sabe si la Comisión Nacional de Folklore podría cumplir a partir de los materiales recolectados y, desde luego, de su poca maestría en tan complejos asuntos.

Los trabajos de la Comisión no llegaron muy lejos, a pesar de cierta perseverancia en sus reuniones, aunque desde luego con modificaciones permanentes de los miembros de esa “comisión *ad honorem*”, y en 1945 se vuelve a mencionar el trabajo en curso de elaboración del

³⁷⁵ República de Colombia. Ministerio de Educación Nacional. *La Extensión Cultural en 1944*. Bogotá, Prensas de la Biblioteca Nacional, 1944, pp. 45-46.

³⁷⁶ Idem. Pero la Comisión ya debía ser conciente de la dificultad -¡la sin salida!- a que la condenaba el tipo de análisis emprendido y el propio material recolectado, pues se hablaba ahora de intentar el análisis comparativo “de los elementos folklóricos recogidos, a fin de establecer hasta donde sea posible, su identidad geográfica”. p. 51.

³⁷⁷ *Revista de las Indias*, No 54, junio, 1943.

Refranero Nacional -que a estas alturas iba apareciendo como su “obra magna”- y había vuelto a realizar, con sus pobres recursos, alguna nueva correría por el interior del país, visitando la región de Guateque, en Boyacá, en donde, con ocasión de las fiestas de San Isidro, “tuvo oportunidad de grabar en discos algunas canciones típicas, tomar directamente de los labios del pueblo una serie de obras de extraordinario valor folklórico y realizar otras investigaciones de importancia...”³⁷⁸.

Las labores de la comisión no debieron marchar del todo, ni por la vía monográfica que separaba arbitrariamente unos aspectos de otros, ni mucho menos por la vía comparativa recién anunciada, que exigía por lo demás la identificación de los elementos por comparar y la determinación de los rasgos que hacían que algo pudiera ser comparable con algo. Lo cierto es que en 1946, ahora con el auspicio del ministro Germán Arciniegas, la Comisión y sus trabajos fueron de nuevo replanteados, y se procedió a anexarla al Instituto Etnológico Nacional -una fuerte competencia que le había surgido, compuesta por jóvenes de excelente formación profesional venidos de la Escuela Normal Superior y que se encontraban en trance de fundar la moderna antropología colombiana, tan distinta de la investigación folclórica adelantada por entusiastas “amateurs”, sin ninguna formación en las modernas ciencias etnológicas, y trabajando “*ad honorem*”.³⁷⁹

La Comisión se reorganizó y a ella fue integrado como “responsable técnico” Diego Castrillón Arboleda, un joven venido desde Popayán, con gran interés por el estudio de las ciencias sociales y la historia, quien había hecho su formación como “folclorista” al lado del Padre de Marcelino de Castellví. Sin embargo la descripción de sus “nuevos” trabajos parecería confirmar que tres años después de iniciada la tarea de análisis, la Comisión se encontraba otra vez en su punto de partida, lo cual tal vez permitiría afirmar, a manera de hipótesis, que el problema no se encontraba solamente en los materiales recolectados, en su calidad y en su confiabilidad, sino en el propio punto de partida, que volvía a ser el de organizar y clasificar, sin que nunca se hubieran establecido de manera explícita los criterios a la luz de los cuales se desarrollaban estas dos operaciones básicas de todo proceso de investigación; y sin tener claro mucho menos para qué se organizaba y clasificaba un material del cuál se ignoraba todo acerca de cómo podría ser transformado en análisis.

La oficina técnica ha iniciado las siguientes tareas preliminares: organización de los ficheros, clasificación bibliográfica, creación y organización de la museología,

³⁷⁸ República de Colombia. Ministerio de Educación Nacional. *La Extensión Cultural en 1945*. Bogotá, Prensas de la Biblioteca Nacional, 1945, pp. 50-52.

³⁷⁹ República de Colombia. *Memoria del ministro de Educación Nacional al Congreso de la República en 1946*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1946, pp. 239-240. Pero Arciniegas -entusiasta de los trabajos de investigación folclórica- y sus colaboradores, seguían afirmando la utilidad de ese tipo de investigaciones, para la suerte futura del país: “Con una investigación técnica y sistemática del folklore colombiano, tendría el país una mejor visión de nuestro pueblo y la clave para la adecuada solución de muchos de sus problemas económicos y sociales. Bien conocido es el impulso que en otros países de América del Sur se viene dando en la actualidad a esos estudios...” p. 240.

*clasificación del material recogido por los maestros en la encuesta verificada en 1942, preparación de una metodología de cuestionarios especializados...*³⁸⁰.

La Comisión debió desaparecer en algún momento posterior a 1948, aunque muchos de sus miembros continuaron colocando orgullosos al lado de su firma el título de “Miembro de la Comisión Nacional de Folklore”, y los cuestionarios elaborados por los maestros se fueron poco a poco perdiendo en el olvido, sin que nadie volviera a ocuparse de ellos sistemáticamente.

Aunque no resulta forzosamente explicativo del abandonado del trabajo de análisis de la Encuesta Folklórica Nacional la caída de la República Liberal, pues si alguien estimó en alto grado el folclor en los años 50s en Colombia fueron precisamente los conservadores, la desaparición del régimen liberal sí puede mencionarse entre los elementos que condicionaron el abandono de tal trabajo, pues las nuevas orientaciones “folcloristas” de la cultura acentuarán el elemento de conservación en “burbuja” de la tradición, dejando de lado el núcleo de revalorización de la vida y las costumbres populares que había en el proyecto liberal. Esto es lo que se nota con claridad, por ejemplo, en la *Memoria* del Ministerio de Educación en 1951, a cuyo cabeza se encontraba un ideólogo conservador bastante caracterizado, el doctor Rafael Azula Barrera, quien hablaba ahora de una “campaña de defensa y conservación de nuestros monumentos nacionales”, de un “renacimiento de industrias típicas desaparecidas” y de la organización de “una labor en pro de nuestra riqueza folklórica”, agregando a continuación:

*Se trata de orientar al pueblo, por medio de publicaciones adecuadas, al mejoramiento de su lenguaje, de su romancero, de sus trajes regionales, de sus danzas, de su música autóctona. El Ministerio considera que al cuidar cada uno de estos valores está defendiendo el sentido mismo de la patria... y de las características esenciales de cada una de las secciones de la República. De esta manera los altos institutos de cultura [el Instituto Etnológico Nacional y el Instituto Caro y Cuervo] cumplirán no sólo una labor investigativa, sino que le devolverán a su vez al pueblo, depurado y ennoblecido, lo propio que de él han extraído para sus afanes científicos.*³⁸¹

Muchas de las palabras son las mismas de la época de los gobiernos liberales, ya que las dos concepciones de la cultura reposaban sobre una matriz común: *la idea folklórica de la cultura popular*, pero en la versión conservadora se anulará del todo la fuerza y el apasionamiento que se encontraba en la valoración que los liberales habían producido de la vida y cultura populares, tal como se expresaba, por ejemplo, en las palabras con que la *Revista de las Indias* mencionaba una reciente celebración del día del idioma:

³⁸⁰ *Memoria...* 1946, op. cit., p. 240.

³⁸¹ *Memoria del ministro de Educación Nacional al Congreso de la República en 1951*. Bogotá, Editorial Iqueima, 1951, p. xxviii.

*En nuestra lengua la intervención del pueblo ha sido vigorosa sobremanera. La minoría de los hombres de letras tiende a convertirse en una oligarquía filológica. Aspiran a ser la única fuente de legislación del idioma. Las academias suelen tender a marcar la distinción entre gobernantes y gobernados: legislar y naturalmente, limitar. En este idioma nuestro, que preside como numen Cervantes, el pueblo reivindica su soberanía y ha dejado oír siempre su voz con libertad romántica e irreverente. Es un idioma para la libertad.*³⁸²

Se trata desde luego de *tópicos*, y de tópicos de gran contenido demagógico y, como en el presente, discutibles cuando el problema se plantea en términos de juicioso análisis histórico y filológico –en este caso el estudio de los focos de innovación y de irradiación de una lengua y de las relaciones de dominantes y dominados en el terreno del “habla”-, pero un tópico que también puede tener las virtudes positivas de reunir, de afirmar, de convocar un colectivo, de interpretar, como decía López de Mesa, “cordialmente” un pueblo, actitud que no ha sido muy constante en nuestra historia, en donde los grupos sociales subalternos han sido alternativamente vejados y exaltados al extremo, casi siempre a partir de prejuicios que fundan su representación en el desconocimiento, pues esas clases subalternas siguen siendo *un mundo por conocer*.

3.

Podemos hacernos diversas preguntas acerca de los orígenes de la representación folclórica de la cultura y acerca de la idea de realizar “encuestas folclóricas nacionales”, pero esto puede extraviarnos por el camino fácil de las filiaciones aparentes. De hecho tal interpretación de la cultura y la idea de realizar grandes recolecciones de expresiones de la vida popular es antigua, y desde la segunda mitad del siglo XVIII constituyó, sobre todo en Alemania –en donde se produce uno de los más amplios movimientos de “descubrimiento del pueblo”-, un principio afirmativo de la idea de nación, tal como la concebía el Romanticismo. Pero en realidad la idea pertenece al conjunto de Europa y no ha dejado de estar presente, bajo distintas formas, en todos los procesos de afirmación de las identidades nacionales, de ascenso del nacionalismo y de legitimación de los regímenes comunistas, pues la idea folclórica de la cultura, con su apelación a un pueblo “único”, *sin divisiones*, también formó parte de los gobiernos totalitarios, de inspiración comunista, a pesar de cierta retórica internacionalista que también se utilizó, aunque más para la propaganda externa que para el consumo interno.

Para avanzar rápido digamos que la idea de construir la nación y reforzar los vínculos entre los miembros de la sociedad sobre la base de un conjunto de tradiciones compartidas que tenían su punto esencial de anclaje en la vida popular y campesina atraviesa todo el siglo XIX y que a principios del siglo XX se encuentra viva y actuante, al punto que todas las sociedades europeas de entre las dos guerras mundiales, *independientemente de la clase de régimen político en que*

³⁸² *Revista de las Indias*, No 16, abril, 1940, p. 463.

se sustentan, hacen uso de ella, como una vía de afirmación nacionalista y de invención de identidades colectivas. Aun en el caso de Francia, en donde siempre se ha insistido en que, a diferencia del caso alemán, la idea nacional reposaba antes que en cualquier otra realidad en la noción de una comunidad de ciudadanos iguales, la referencia al territorio, a los ancestros, a las tradiciones comunes nunca dejó de operar desde la propia Revolución francesa, pasando por la Tercera República, por el Frente Popular, y desde luego por el régimen de Vichy, gran cultor de las tradiciones folclóricas, y quien aspiraba a una Francia católica y campesina, absorbida en sus viejas e idealizadas tradiciones, al punto que Marc Bloch podía decir que el Mariscal Petain había convertido a Francia en un “vasto museo de antigüedades”.

Particularmente interesante para nosotros -por el papel que tuvieron en el proceso algunos intelectuales que son cabezas mayores de formas historiográficas que hoy siguen siendo determinantes de nuestra cultura histórica-, resulta la mención de la relación que en Francia se estableció en los años 30 entre las concepciones folclóricas y el nuevo impulso a la idea de nación. En 1938 el Ministerio de Educación Nacional francés crea una Comisión de Artes y Tradiciones Populares que, entre otras tareas, tiene la de expandir el gusto y las prácticas de la música, de los cantos y de las danzas y hacer reencontrar la dignidad de las fiestas y espectáculos de tradición popular, muy en la línea de orientación que será la de los liberales colombianos en esos mismos años, cuando buscan imponer en el país al lado de la gimnasia olímpica y la celebración de nuevos días de fiesta cívica como el Primero de mayo, los desfiles populares con trajes típicos y las danzas folclóricas que estiman representativas de la tradición, al tiempo que intentan renovar a través de múltiples decretos la celebración de las fiestas patrias y tratan de introducir en la escuela toda clase de pequeñas celebraciones nacionalistas que recreen las gestas fundacionales del país y traigan a la memoria la vida y la obra de aquellos que se estiman como los fundadores de la nación colombiana. En el caso francés serán el gran historiador Lucien Febvre y el no menos notable geógrafo Albert Demangeon quienes se encontrarán entre los primeros presidentes de Sección en la nueva Comisión de Artes y Tradiciones Populares, aunque en cargos similares estarán también en otros momentos intelectuales tan destacados, a pesar de la diferencia entre sus obras y enfoques, como Marc Bloch, Georges Dumezil, Henri Focillon y Marcel Mauss, entre otros. Pero el movimiento viene de más atrás y es completamente visible desde los iniciales años 30 en que se vuelve, en la tradición del siglo XIX, a realizar encuestas e investigaciones sobre juegos, artes y canciones populares, esfuerzo destinado a remozar un patrimonio que se piensa en camino de desaparición, pero que se considera básico para la recreación festiva de los trabajadores, ahora que empieza a aparecer el problema del tiempo libre y la diversión de las nuevas clases sociales urbanas producto del capitalismo.

En especial es importante que mencionemos aquí el Congreso Internacional de Folklore, efectuado en París a finales del mes de agosto de 1937, pues uno de sus principales impulsores y presidente del evento fue el eminente hombre de ciencia Paul Rivet, quien poco tiempo después estará entre nosotros acogido por la hospitalidad del Presidente Eduardo Santos. Rivet, quien se mueve entre el enfoque moderno de la antropología y el más tradicionalista del folclor, será en

nuestro país el fundador del Instituto Etnológico Nacional y bajo su dirección se formarán algunos de los primeros antropólogos colombianos, quienes, en las fases iniciales de su trabajo, participan en la elaboración de la *Revista Colombiana de Folklor*, antes de dar sus pasos definitivos hacia una concepción de la antropología que se distancia de la investigación propiamente folclórica y de los esquemas folclorizantes de la cultura. Rivet mismo definía el folclor bajo la noción de *supervivencia* y pensaba que su objeto estaba constituido por el estudio de todo eso que sobrevive, en una sociedad evolucionada, de costumbres, de hábitos de vida, de tradiciones, de creencias pertenecientes a un estado anterior de civilización, pero que deben figurar necesariamente como un patrimonio activo en cualquier proyecto de creación de una sociedad y una nación fuertes e integradas.³⁸³

Desde luego que no podemos precisar aquí, por falta de información, cuál fue de manera precisa el papel que pudo haber cumplido Paul Rivet en su corta estadía en Colombia, en el proyecto de la Encuesta Folclórica Nacional –y en general en la definición de una representación folclórica de la cultura-, pero sería un tema interesante de investigar, lo mismo que resultaría importante establecer el papel que en ese mismo terreno cumplió uno de sus amigos discípulo, a quien tiempo atrás había conocido en París, el profesor Gerardo Reichel-Dolmatoff, quien lo reemplazará en el momento de su partida en sus tareas en el Comité Francia Libre y en el liderazgo de la naciente investigación arqueológica y antropológica en Colombia, y quien figura también entre los colaboradores iniciales de la *Revista Colombiana de Folklor*, al lado de un grupo grande de aficionados sin mayor formación científica, partidarios todos de la investigación folclórica más tradicional y de la idea de que en el pueblo reposaba el “alma de la nación” y por lo tanto impulsores de la representación de la cultura popular como folclor.

Este breve recuerdo nos debe servir simplemente para poner de presente dos puntos de importancia. En primer lugar que, más allá del problema de las filiaciones y del escaso o nulo valor científico que la representación de la cultura como folclor puede tener –otra cosa es su significado como matriz ideológica de sistemas de representación-, los liberales no padecían en este terreno ningún anacronismo ni estaban echando mano de una vieja concepción ya borrada por la historia, una especie de fantasma del siglo XVIII ahora resucitado. Por el contrario, participaban de una tradición que el período 1930-1938 no había hecho más que potenciar en Europa, ya que nunca había desaparecido por completo de la escena, cuando de nacionalismo y de nación se trataba.

En segundo lugar esa mención nos sirve para recordar que el folclor no ha representado nunca un acervo cultural que pueda interpretarse en una sola dirección. Como lo proponen algunos analistas, el folclor debe interpretarse siempre como una materia maleable, disponible para los más variados usos, desde aquellos presentes en los regímenes totalitarios y que de manera precisa hicieron gentes como Rudolf Hess en Alemania o más tarde el dictador Chauscescu en Rumania, pasando por los que ensayó Bela Bartok, el gran músico húngaro, quien fue en su época el más

³⁸³ Cf. Sobre estos puntos Catherine Velay Vallantin, “Le congrès International de Folklore de 1937”, en *ANNALES. Histoire, Sciences Sociales*. No 2, mars-avril, 1999.

grande recolector de cantos populares, pero que al mismo tiempo inscribía su obra musical no sólo en el cosmopolitismo cultural sino en la más modernista estética musical que se pueda imaginar, hasta los usos que intentó la República Francesa en un ambiente de democracia, o el régimen de Vichy en un ambiente de entrega y claudicación, polivalencia de usos que se comprueba aun más cuando se recuerda el intento de acudir a las tradiciones folclóricas que hacía Lucien Febvre, en el momento en que comprendía la inminente ofensiva nazi sobre Francia y sobre Europa. Es que, como lo indica Anne-Marie Thiesse, el folclor y la investigación folclórica son como el sistema de objetos domésticos IKEA, que permite que con sus componentes se armen los más disímiles muebles. De hecho, en su propio uso generalizado de reforzamiento de la idea de nación moderna en el marco de la sociedad capitalista, hay inscrita una paradoja, pues se le intenta traer como ideología de legitimación de una sociedad que se define ante todo por el movimiento y el cambio, cuando el propio folclor es definido por sus defensores como la forma esencial de la tradición, es decir como una forma cultural por esencia conservadora. Es por todo ello que fijar el alcance de la propuesta liberal en los años 40 de echar mano del folclor como elemento de producción o de reforzamiento de una identidad colectiva y de un proyecto de desarrollo nacional no resulte una tarea sencilla, pues el folclor no es nunca un elemento de significado unívoco fácilmente identificable, aunque sobre el gravite siempre como rasgo estructural un cierto espíritu conservador, por la manera sin crítica como enfrenta el pasado.

4.

Nada de lo anterior significa declarar por fuera de la crítica la concepción de la cultura popular de los intelectuales de la República Liberal. Por lo demás fácilmente podemos ponernos de acuerdo en que una concepción de la cultura que busca las raíces perdidas de una nacionalidad que posiblemente ni siquiera se había formado en sus más grandes líneas, que alaba sin crítica ninguna unas tradiciones indiscutidas y más bien inventadas por los propios folcloristas, que olvida que las tradiciones son siempre invenciones y ficciones producidas por relación con el presente aunque hagan uso de materiales pasados –casi nunca tan antiguos como se pretende- y que construye una visión simplista e idílica de lo popular en donde se esconden los hechos reales de la explotación y del dominio de clase bajo expresiones globales del tipo el “pueblo colombiano”, no tiene mucho que decirle a la moderna investigación histórica de la construcción de identidades colectivas y de la formación de la nación.

Sin embargo la concepción que los liberales produjeron de la cultura popular debe seguir siendo interrogada, por lo menos por dos órdenes de razones. La primera razón tiene que ver con su permanencia a lo largo del siglo XX, al punto de que se puede sostener que esa concepción ha sido la concepción dominante, legítima, oficial, reconocida de la cultura popular entre nosotros, sin que se haya modificado a pesar de ciertos cambios recientes de vocabulario, pues se puede afirmar sin exageración ninguna que en la más reciente investigación histórica y antropológica sobre el tema en el país, por debajo de las nuevas palabras tomadas del *culturalismo* en boga, la vieja concepción sigue presente de manera amplia, como lo comprueban los constantes llamados

a la búsqueda de la identidad nacional y al encuentro de nuestras verdaderas raíces, a la defensa de la autenticidad nacional amenazada por los fenómenos de la globalización y de la interconexión planetaria, que se encuentran de manera explícita o implícita en buena parte de esa literatura, casi siempre novedosa desde el punto de vista de su vocabulario, pero añeja desde el punto de vista de sus contenidos esenciales.³⁸⁴

La segunda razón por la cual creo que hay aquí un punto importante que debe retener nuestra atención de historiadores tiene que ver, de manera complementaria, con la mención anterior: a veces se olvida la existencia de una producción continua y de gran volumen de materiales folclóricos entre nosotros, sea bajo la forma culta y elaborada que a veces realizan los propios antropólogos, sea bajo la forma más popular, de circulación amplia, de elaboración de cancioneros tradicionales, de libros de coplas y poesía, de adivinanzas, de recetas de “medicina popular”, de recreación de mitos y leyendas, etc. Se trata de materiales que, en mi opinión, bien utilizados, pueden ser objeto de análisis para el historiador y no materia desechable, en un campo en que son tan escasas las fuentes documentales de las cuales podemos disponer, siempre que tales fuentes sean tratadas al mismo tiempo con rigor y con imaginación.³⁸⁵

Por eso puede resultar prudente que volvamos un momento a la Encuesta Folclórica Nacional de 1942, para preguntarnos qué pudo haber pasado para que la información etnográfica que buscaba describir el “alma nacional” no hubiera sido analizada y hubiera terminada extraviada, sin

³⁸⁴ Cf. entre muchísimos ejemplos uno de los más reveladores: Gloria Triana, *ALUNA. Imagen y Memoria de las Jornadas Regionales de Cultura Popular*. Bogotá, Presidencia de la República. Plan Nacional de Rehabilitación. COLCULTURA, 1990. Se trata de un ejemplo significativo y que sirve por partida doble para ilustrar nuestras afirmaciones, puesto que no sólo se trataba de elaboraciones de antropólogos y otros especialistas de las ciencias sociales encargados de difundir la concepción folclórica de la cultura, sino de “intelectuales populares comunitarios” que se mueven en la misma perspectiva. Pero se trata sobre todo de un ejemplo que muestra la forma como el propio Estado y Gobierno impulsa, legitima y sacraliza esa forma particular de entender la cultura popular y como la convierte no sólo en un instrumento de difusión de sus políticas, sino en una forma de intervención en lo “social”, puesto que cada jornada “de cultura popular regional” redescubre los problemas básicos de la política y la sociedad en Colombia, es decir los problemas de la pobreza, de la ausencia de democracia y de la exclusión social, sobre los cuales se pretende actuar a través de la promoción cultural y del redescubrimiento de las raíces populares de la nación colombiana.

³⁸⁵ Para el caso español, tan importante para contextualizar y diferenciar lo que los folcloristas colombianos han pensado que constituye una originalidad de la nación colombiana pueden verse los multiplicados estudios de don Julio Caro Baroja, quien fue uno de los primeros estudiosos de la vida popular capaz de tomar en serio los materiales del “folclor” y de intentar colocarlos en una perspectiva antropológica y etnológica, a pesar de lo discutible que hoy puedan parecer muchos de sus resultados. Cf. entre una producción que puede pasar del centenar de títulos, Julio Caro Baroja, *Estudios sobre la vida tradicional española* [1968]. Barcelona, Península, 1988. Para el caso colombiano ejemplos de trabajos antropológicos recientes que haciendo uso amplio de materiales folclóricos, pero desbordando el marco simplemente “folclorista”, e incluyendo en el análisis dimensiones propiamente históricas –lo que no es siempre una característica del trabajo de los antropólogos–, pueden ser los de Egberto Bermúdez y los de Peter Wade; de este último podemos citar *Music, Race and Nation. Música tropical in Colombia*. The University of Chicago Press, 2000. Y desde luego como antecedente de todos ellos los variados trabajos de Jacques Gilard, muchos de ellos publicados en la revista HUELLAS de la Universidad del Norte en Barranquilla. Cf. al respecto de Gilard y Bermúdez la bibliografía citada en la obra mencionada de Peter Wade.

que se conozca el paradero final de la mayor parte de las mil encuestas que con tanto diligencia habían llenado los maestros de todas las regiones del país, pues esa fue la suerte del material recolectado, como lo recordaba en cierta ocasión don Jaime Jaramillo Uribe cuando escribía que, “esa información permaneció por varios años en algún rincón del Ministerio de Educación y, finalmente, parte de ella fue trasladada al Instituto Colombiano de Antropología. Ignoramos si alguien hizo uso [de esos materiales].³⁸⁶

Los elementos externos, por decirlo así, que impidieron el trabajo de análisis del material etnográfico sobre la vida popular recogido a través de la Encuesta Folclórica Nacional de 1942 los hemos señalado: el fin de la República Liberal significó un cambio grande en las orientaciones culturales del país, lo que terminó haciendo imposible el funcionamiento de la Sección de Extensión Cultural del Ministerio de Educación, que era la Sección encargada de las tareas de difusión cultural y de todos los proyectos relacionados con la cultura popular.

Pero además de ese motivo de orden político, hubo razones intrínsecas, razones de orden “interno”, por decirlo así, relacionadas con las propias características del material recolectado, que dificultaban al extremo el análisis, pues las monografías de esta naturaleza son siempre larguísimos inventarios fragmentados, separados de su contexto de uso y de realización, separados del conjunto de relaciones en el cual pueden tomar sentido para el investigador; son, como escribe un comentarista, “hechos sin cuerpo, simples entradas de un fichero, lugares de una clasificación, que no logran remitir al conjunto empírico que se supone deben ordenar”; conjuntos en los cuales el prurito de la exhaustividad termina siendo un simple atentado contra el sentido, al presentar como disyunto y fragmentado el conjunto simbólico que se pretende interrogar³⁸⁷; por eso su mejor resultado es siempre el de un *inventario*, restituido después bajo la forma de un *catálogo* –de coplas, de poesía llamada popular, de refranes, de adivinanzas, etc.- indefinidamente aumentado y recompuesto, ya que los objetos y las prácticas están aislados de su contexto de elaboración, de su forma de realización. Así por ejemplo, cuando se realiza la recolección de un conjunto de “poesías populares”, de un cuerpo de coplas, luego que tenemos ante nosotros *la copla convertida en texto*, el “performance” realizado por el recitador, la escena nocturna, la velada campesina, el contexto en cual adquiere sentido aquello que se dice desaparece de la información de que disponemos, de tal manera que lo que se encuentra ante nosotros es un texto muerto, que difícilmente nos comunica una escena que es ante todo de intercambio, una escena que se caracteriza por un cierto uso de la poesía, por una forma de apropiación y de participación, único escenario en el cual adquiere sentido la práctica realizada, más allá de lo que el simple texto indica; como tampoco esta “muestra recolectada” nos indica las

³⁸⁶ Jaime Jaramillo Uribe, “La historia y las culturas populares”, en P. Mora, y A. Guerrero, Comps., *Historia y culturas populares. Los estudios regionales en Boyacá*. Tunja, 1989.

³⁸⁷ Cf. Jeanne Favret-Saada, *Les mots, la mort, les sorts*. Paris, Gallimard, 1977, quien realiza una crítica virulenta –aunque algo anacrónica- de la obra de Arnold Van Genepp, maestro por excelencia de los folcloristas, y del uso de la encuesta en el análisis de las culturas populares en sociedades rurales. (Debo agradecer al antropólogo Pedro Quintín, quien me ha suministrado esta referencia, además de haber realizado una crítica fuerte, pero amigable e informada, de la primera versión de este texto).

variaciones permanentes a que la materia recogida es sometida en función de las distintas situaciones.

Es lo que se observa también de manera clara, por ejemplo, en sus numerosas recolecciones de proverbios y refranes. Como se sabe, el refrán y el proverbio, como las citas bíblicas, no tienen sentido más que en función de la situación en la que se emplean, si queremos captar su significado; por fuera de ese contexto el sentido de estas formas, tan habituales en su uso en las culturas campesinas y un objeto tanpreciado de los inventarios folclóricos, no tiene sentido alguno y como material recolectado puede ser objeto de toda y de cualquier interpretación. Es esto lo que indica con toda pertinencia E. P. Thompson, quien en distintas ocasiones ha hecho uso de recopilaciones folclóricas en sus investigaciones sobre la “costumbre” en la sociedad inglesa del siglo XVII, cuando nos recuerda que los folcloristas se interesaban por la forma y por el origen de los usos en el campo, simplemente para clasificarlos en una especie de “botánica humana”; o que los hechos de los folcloristas eran simplemente la recolección de “reliquias” arrancadas de su cultura total y posteriormente, por ello mismo, clasificadas y comparadas luego de un modo indebido.³⁸⁸

Es esa desazón que tantos historiadores han sentido frente a las grandes recopilaciones de los folcloristas del siglo XVIII la que debieron sentir los miembros de la Comisión Nacional de Folclore en los años 40 ante su imposibilidad de clasificar una muestra enorme de material, sin tener la menor idea de qué se podría hacer luego con ese material, si alguna vez el inventario pudiera ser concluido; qué se pudiera hacer que fuera más que un “Refranero Colombiano” –que fue el único producto del trabajo de la Comisión-, es decir un conjunto de refranes y sentencias, con alguna indicación acerca de las regiones en que eran utilizados los ejemplos ahí contenidos, aunque nada importante pudieran decir acerca de la vida social en la que se incrustaba ese uso ni sobre las situaciones precisas en las cuales adquiriría un sentido particular. Es la misma desazón que yo he sentido ante las larguísimas páginas de las pocas Encuestas del año 1942 vueltas a encontrar, páginas en que una y otra vez vuelven a copiarse de manera fragmentada y por fuera de su contexto lo que deberían ser elementos vivos de la vida campesina y popular.

Me gustaría ofrecer un ejemplo más de todo esto, no a partir de mi trabajo, sino a partir del más grande trabajo de recolección de material “folclórico” que haya sido emprendido en el país y que se puede considerar un esfuerzo más o menos exitoso. Se trata del ALEC, el *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Colombia*, elaborado por el Instituto Caro y Cuervo. El ejemplo merece ser considerado por varias razones. No sólo por su carácter ejemplar y por sus calidades intrínsecas, sino también porque forma parte de esos grandes trabajos eruditos e interminables que inicia el país y de los cuales, cuando terminan, apenas se sabe propiamente cuál es su utilidad, dicho esto dentro del mayor respeto. Ejemplos de esas obras portentosas y a veces no muy útiles por su propia concepción son, entre otras, para no mencionar sino las principales, las láminas de la

³⁸⁸ Cf. E.P. Thompson, “Folclor, antropología e historia social [1977]”, en *Historia social y antropología*. México, Instituto Mora, 1994, y *Costumbres en Común* [1991]. Barcelona, Crítica, 1995.

Expedición Botánica, comenzadas en el siglo XVIII y que todavía hace poco se encontraban en proceso de publicación, aunque de hecho desde el propio momento de su realización la botánica ya empezaba a caminar por senderos distintos de descripción de los que regían el trabajo de José Celestino Mutis; y en el siglo XIX el *Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua* de Rufino José Cuervo, recientemente terminado, casi cien años después de que la lingüística estructural lo ha hecho más o menos inútil o lo ha dejado en el lugar de una curiosidad que informa sobre el espíritu de los hombres de ciencia en el siglo XIX, aunque el trabajo monumental emprendido por Cuervo en su encierro en París más bien indica que su labor de hombre de ciencia era pensada a la manera de la de un fraile erudito del siglo XIII o XIV. Pero además el ejemplo del ALEC es interesante para nosotros porque representa una prolongación de espíritu de la investigación folclórica proyectada al campo de la lengua y del habla.

Como sabemos el Instituto Caro y Cuervo fue creado en los años 40 con el único propósito, inicialmente, de continuar la obra emprendida por Cuervo, es decir una interminable historia gramatical de las palabras de la lengua castellana en orden alfabético, tarea que hoy pueden sorprendernos y que incluso difícilmente podría ocurrírse nos, así fuera sólo por su monumentalidad. Pero en algún momento, a finales de los años 40 el Instituto se decidió por la realización de otra enciclopédica tarea, similar a la que se había adelantado en otros países: un Atlas Lingüístico y Etnográfico que compilara el mayor número de usos del habla popular en las regiones colombianas, dejando de lado en esta ocasión las lenguas indígenas. Así pues, depurado un cuestionario que en principio tenía la increíble cantidad de más de ocho mil preguntas, los directores de la empresa se decidieron por un cuestionario más moderado de unas 1500 preguntas, que fue aplicado en 262 de los 929 municipios del país, a un total de 2234 informantes, de los cuales se pedía que fueran de origen campesino, mayores de cuarenta años, analfabetos o de poca instrucción y nativos del lugar. El trabajo, que en su realización, por su magnitud y por las dificultades con que tropezó llevó cerca de treinta años, fue finalmente publicado entre 1981 y 1983, siendo su principal resultado seis grandes tomos, *in quarto*, que reúnen 1523 mapas en los cuales se informa acerca de la forma como la gente nombra las cosas básicas de la vida cotidiana, atendiendo a las “variaciones lexicográficas y fonéticas y a las correspondencias entre las diferentes denominaciones de los vocablos españoles empleados en las diferentes regiones de Colombia”. El total asombroso de respuestas que recogió este magno trabajo fue el de 17.872 000, una cantidad que por si misma tiende a desanimar su uso en procesos reales de investigación, aunque en este caso debe reconocerse que por lo menos la labor tuvo conclusión y resultado.

Respecto de este portentoso esfuerzo, don Luis Flórez, quien fue el director y animador de la obra, reconocía que, como en todo trabajo de recopilación que camina por los cánones folclóricos del inventario exhaustivo, la limitación principal consistía en que el inventario realizado por sí mismo no explicaba nada, que simplemente constataba los hechos, comprobaba su existencia; y al concluir esta fase de su labor de mucho más de treinta años recordaba que ahora había que entrar a analizar y a interpretar, a tratar de descubrir los motivos y las razones de esa

distribución de los hechos lingüísticos: Al publicar el Alec, escribía don Luis, nos damos cuenta de que el trabajo no ha terminado ahí; es el momento en que empieza la interpretación de los hechos...”, aunque a su buena fe positivista se le hubiera podido contestar que la interpretación se encontraba presente desde el principio, en la idea de que un inventario clasificatorio que ignora la pertinencia de los principios que lo organizan, es de por sí ya una interpretación que compromete el conjunto.³⁸⁹

Más o menos la misma dificultad es la que se encuentra con el análisis de los ejemplares sobrevivientes de la Encuesta Folclórica Nacional de 1942 que logramos rescatar y sobre los cuales trabajamos en la actualidad, pues ese es el punto débil esencial de todas las recopilaciones de los folcloristas y su principio básico de diferencia con los modernos trabajos de investigación histórica y antropológica, que no son sólo ni principalmente inventarios de hechos sino ante todo construcciones conceptuales que desde el principio se organizan en torno de un problema previamente construido y que parten de que todo hecho se encuentra inmerso en un marco de relaciones en el cual cobra sentido, pues, para decirlo con las palabras de E. P. Thompson, la historia y las ciencias sociales son ante todo ciencias de contexto y de proceso y ningún “hecho cultural” puede ser captado en su significación por fuera del contexto en que adquiere la plenitud de su realización.

5.

Sin embargo, luego de constatar como atrás lo hicimos, acerca de la proliferación de materiales folclóricos en nuestra sociedad, materiales ya recolectados -y algunos bien recolectados-, dentro de la limitación obvia del enfoque folclórico del inventario, y conociendo acerca de la aparente o real escasez de las fuentes documentales que pueden inspirar un análisis de las culturas populares, sobre todo para el investigador que no trabaja sobre el tiempo presente y que no dispone por ello de un laboratorio de observación “directa”, vale la pena preguntarse si más allá de sus limitaciones intrínsecas el material folclórico existente en una sociedad no puede ser finalmente un buen apoyo de análisis, cuando se sabe utilizar con prudencia y sabiduría. Como se sabe, a favor de esta posibilidad ha argumentado largamente en distintas ocasiones un historiador tan notable como el citado E. P. Thompson, y se sabe que grandes historiadores -como Marc Bloch, por ejemplo, en su reconstrucción de la vida rural francesa- no sólo no tuvieron reservas en la utilización de materiales de esta naturaleza sino que sacaron de ellos enormes provechos. Como lo escribe Thompson, “no es necesario seguir presentando argumentos sobre la conveniencia de prestar más atención a los materiales del folclor. No se trata de utilizar este material acriticamente, sino de emplearlo selectivamente en la investigación de cuestiones que los folcloristas anteriores han pasado por alto con frecuencia”.

³⁸⁹ Cf. Luis Flórez, *Manual del Atlas Lingüístico y Etnográfico de Colombia*. Bogotá. Instituto Caro y Cuervo, 1983, y, para una presentación resumida de la obra, “ALEC: el habla de un país”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. XXII, No 4, 1985.

En particular Thompson piensa que, completados con otras fuentes, insertos en su contexto, contrastados con fuentes que ayudan a vislumbrar no sólo el hecho sino el proceso, los materiales recolectados por los folcloristas pueden ayudarnos a comprender procesos de la vida popular que de otra manera se nos escaparían, y pueden ayudarnos en la tarea de reestablecer funcionamientos prácticos, siempre que abandonemos la idea, presente en los folcloristas, de que se trata simplemente de *reliquias* y de *supervivencias*, siempre que entendamos que el secreto está en la restitución de su contexto -un contexto que se caracteriza por la dinámica y el cambio, así sea el cambio lento-, y evitemos una visión puramente consensual y estática respecto de los hechos del folclore, una visión que nos permita comprender que, como lo escribe Thompson, “una cultura es también un fondo de recursos diversos, en el cual el tráfico tiene lugar entre lo escrito y lo oral, lo superior y lo subordinado, el pueblo y la metrópoli... una palestra de elementos conflictivos...”, y no la expresión global y unitaria de una comunidad *a priori* definida como un pueblo único, liberado de tensiones, de divisiones y de antagonismos.

Son esas limitaciones antes mencionadas, pero también la utilidad de los materiales folclóricos, lo que he podido comprobar en el análisis de cerca de 250 cuestionarios recuperados de la Encuesta Folclórica Nacional de 1942. Me gustaría por ello exponer, con brevedad, algunos preceptos de método que de ahí he derivado para el análisis de las culturas populares, y también algunas conclusiones iniciales que me parece que pueden desprenderse de estos análisis, de los que reconozco su carácter provisional, tanto por la dificultad de la materia investigada como por el tipo de material en que me he apoyado. Desde luego que estos pequeños preceptos de método, como lo dije al comenzar, son ante todo el fruto de una experiencia de trabajo y no una especie de vademécum que fuera derivado de posiciones teóricas adquiridas por fuera de prácticas de investigación empírica, que sólo vendrían luego de trazado el camino de método. Quisiera también exponer algunas conclusiones breves a las que he llegado, de tal manera que tanto las prescripciones de método como la referencia a mis conclusiones me permita dar un toque de síntesis a mis argumentos.

1. En primer lugar, me parece haber comprobado que resulta conveniente que en nuestro punto de partida en la investigación de las culturas populares no exista, a la manera de un *a priori* indiscutido, una definición general y abstracta de “cultura popular”, no sólo por lo infructuoso que termina mostrándose este proceder, sino principalmente porque la tarea del historiador tiene que ser, no la de tratar de establecer esencias intemporales y proponer definiciones de validez universal, sino la de elaborar nociones particulares, articuladas a tipos de sociedad, pero nociones lo suficientemente plásticas y fluidas para que nos permitan antes que proponer nuestra definición de un objeto -por ejemplo el objeto “cultura popular”- captar la singularidad con que una época, un periodo, una sociedad ha definido ese objeto. En particular en el caso de las culturas populares lo esencial no es el ejercicio un tanto arbitrario de proponer qué entendemos nosotros por tales culturas, sino investigar los *sistemas de representación y de designación* que convierten el universo simbólico y significativo de un conglomerado humano en “cultura popular”, y determinar para cada periodo preciso de esa sociedad cuáles son los grupos de intelectuales y las

instituciones que en cada momento realizan la invención de ese conjunto de prácticas y de significados como “cultura popular”, pues, como lo dijimos desde el principio y en el propio epígrafe de este trabajo, “cultura popular” es una forma de designación, es una forma de clasificación inventada en momentos precisos de una sociedad, en función de las propias transformaciones que induce la modernidad en los finales del siglo XVIII, o en siglo XIX ante las urgencias de la construcción del Estado nación en Europa, o en el siglo XX colombiano como parte de un proyecto de desarrollo nacional que tan sólo conoció un corto veranillo de San Martín, aunque en nuestro país la representación creada siga hoy circulando y adquiriendo nuevos significados.

2. La lectura de la Encuesta Folclórica Nacional de 1942 me ha convencido de que esa configuración particular -diversa, difícil de agarrar en su carácter de totalidad y permanentemente recompuesta-, que llamamos “cultura popular”, no constituye para el caso que he investigado – pero creo que en general para ningún caso- una *cultura de clase*, en el sentido en que los marxistas utilizan esta expresión, es decir en el sentido de una configuración cultural que pudiera encontrar de manera unívoca y homogénea un referente empírico que de naturaleza y de necesidad le perteneciera. Desde luego que la vida y la experiencia, las formas de memoria y la tradición de las clases y grupos sociales, en su diferencia y especificidad, produce formas particulares de percepción y de apropiación del mundo. Como lo escribía Max Weber, “toda condición social es al mismo tiempo el lugar y el principio de una organización de la percepción del mundo en un ‘cosmos’ dotado de relaciones de sentido”, pero ello no quiere decir que los materiales con que se construye esa cierta visión del mundo se encuentren limitados al uso de una clase o grupo determinado, *pues en una sociedad como la nuestra hay más patrimonio compartido del que habitualmente se piensa*, y las construcciones culturales para formarse echan mano de los más disímiles materiales, de las más diversas tradiciones. Mucho menos se puede argumentar que tal configuración cultural, la cultura popular, posea por *naturaleza* una “orientación de clase”, no sólo porque los materiales a partir de los cuales se forma son diversos, traspasados por el pluriclasismo y por las herencias compartidas, sino porque esa proposición constituye un absurdo sociológico al imaginar que pueden definirse “intereses objetivos” que podrían ser pensados por fuera o al margen de la construcción social que los sujetos realizan de su entorno, en tanto lo dotan de significado. Desde luego que pueden existir apropiaciones de clase y utilidades clasistas de una cierta configuración cultural, pero ello no es un hecho de naturaleza, un *a priori* social anterior a toda construcción, es antes bien el producto posible o imposible de las relaciones políticas, de las formas diferenciales de vivir y de interiorizar la dominación, de las maneras como en una sociedad se tramita y negocia la legitimidad social de las clases dominantes.

3. En la misma dirección, debemos argumentar que la configuración cultural que hemos interrogado bajo el término equívoco y fluctuante de “popular” no puede ser comprendida sobre la base de cierto “franciscanismo sociológico” que postula la existencia de relaciones de homología entre *grupos sociales* y *niveles culturales*, produciendo atributos sociales y culturales

a partir del siguiente razonamiento (a veces determinístico, a veces probabilístico, poco importa): dada cierta definición socio profesional de un grupo social particular, a ese grupo le correspondería tal cultura y tales “niveles culturales”. En realidad lo que sorprende en la investigación es la manera tan frecuente como ese postulado resulta refutado por la realidad, el hecho de que esa pretendida correspondencia no exista ni siquiera en el caso de la simple cultura intelectual o escolar, como lo prueba la permanente disposición encontrada en ciertas sociedades por parte de los grupos subalternos a luchar por educación o a cultivar altísimas especializaciones en oficios materiales, o a mantener una actitud de abierta disposición hacia la lectura, una tradición reconocida en ciertos grupos artesanales. Pero ante todo la idea esencial respecto de la cual argumentamos en este punto es la siguiente: los elementos sociales de definición de los grupos no serían elementos básicos preexistentes que determinarían sin lugar a equívocos las formas de identidad cultural, como se piensa dentro del esquema simplista que define las clases sociales por su relación con el proceso productivo, considerado en su variante economicista. Diremos por el contrario que una cierta configuración cultural, producto de la experiencia histórica (singular conjunción de necesidad y azar), es uno de los elementos básicos de la definición de los sujetos y de los grupos en relación con sus identidades sociales, una proposición que tiene un doble significado: primero para el análisis cultural, pues nos impide deducir las formas culturales de las simples pertenencias de clase. Y segundo para el análisis sociológico, pues nos recuerda que la definición de la identidad social de un grupo incluye como uno de sus términos su experiencia cultural, que funciona todo menos que como una “superestructura”, para decirlo en lenguaje convencional.

4. Finalmente, parece ser que el trabajo empírico impone lo que una cierta visión teórica no podía desde el principio dejar de considerar, esto es, que las culturas y las configuraciones culturales de los grupos deben ser tratadas como verdaderos *rizomas*, que lo que se impone en el análisis cultural antes que fenómenos de *dominación total*, global, o fenómenos de *autonomía completa* y de autoencierro cultural, son las más variadas formas de mestizaje y de intercambio cultural, de apropiaciones diferenciales y de usos inventivos, y que por tanto el analista debe buscar ante que las barreras y las clausuras, las direcciones conectivas, los pasos de frontera, los usos intercambiados, las líneas de demarcación y de separación, que no dejan de ser también puntos de encuentro, de redistribución de sentidos, de dispersión y de apropiaciones discontinuas. De tal manera que en el análisis de las culturas populares, y en general en el análisis de la cultura en una sociedad con grupos sociales constituidos como clases opuestas, no sólo hay que tratar de describir las formas que singularizan a este o aquel grupo, sino que hay que prestar atención al mismo tiempo a los fenómenos de préstamo, de vulgarización, de circularidad de las prácticas y modelos culturales, prácticas que son al tiempo procesos de apropiación diferencial cuyas lógicas secretas no pueden ser descritas sino en su particularidad concreta. En este punto el análisis cultural sólo saca las consecuencias de aquello que el análisis de las clases sociales ya había postulado, es decir que las culturas, como las clases, no se pueden conocer sino en el marco de sus relaciones y que por tanto un análisis de la cultura popular que no sea al mismo tiempo un

análisis de las relaciones entre culturas diversas tiene todas las condiciones para extraviarse y perderse en lo irrisorio.

6.

Permítanme ahora presentar de manera breve algunas observaciones conclusivas sobre lo que he encontrado en una primera lectura de la parte rescatada de la Encuesta Folclórica Nacional de 1942, y que me parece que pueden ser extendidas al conjunto de la sociedad colombiana en los años anteriores al periodo que en Colombia se denomina como la Violencia. Son conclusiones parciales y breves, pero me parece que pueden tener cierto interés para el análisis cultural e incluso para el análisis político, pero observaciones que además pueden mostrar la pertinencia de la Encuesta Folclórica Nacional de 1942 para avanzar en un cuadro histórico modificado de la sociedad colombiana de los años 40, sobre la cual no es demasiado lo que se conozca, aunque esa sociedad constituya el marco social básico comprensivo de uno de los períodos más difíciles de la historia contemporánea del país. Presentaré estas observaciones de manera general y descriptiva, y debe tenerse siempre en cuenta que ellas se derivan no de un análisis de la (escasa) literatura histórica sobre el período, sino de la propia Encuesta Folclórica Nacional, en la medida en que sus informaciones permiten trazar algún cuadro global de la sociedad colombiana.

1. Me parece haber comprobado –desde luego que me puedo equivocar- que la sociedad colombiana a pesar de que en ella existan definidas oposiciones de clase y una clara percepción de la existencia de las clases y de sus oposiciones, y a pesar de las enormes desigualdades de propiedad y de riqueza que cualquier observador debe reconocer, es una sociedad de relativa *homogeneidad cultural*. Como se sabe, lo homogéneo no existe sino en grados, como la diversidad social y cultural no existe sino bajo formas graduadas. No hay absolutos en ninguno de estos campos, y aunque en años pasados en Colombia un sector de intelectuales académicos ha llevado hasta el paroxismo la idea de la diversidad nacional –tema que se ha convertido en una verdadera ideología-, a mi me parece, al tenor de la Encuesta de 1942, que el viejo trabajo del mestizaje había dado sus frutos, y que a pesar de las diversidades regionales y la desigualdad marcada de los desarrollos entre unas y otras partes del país, la sociedad colombiana es una sociedad de relativa homogeneidad cultural, lo que me parece que resulta ser básico en las perspectivas de una nación que intente persistir en un proyecto de vida colectiva, bajo un territorio unificado, problema que me parece que en los próximos años, o aun meses, el conflicto y la guerra van a imponer brutalmente como punto de discusión en nuestro país.

Debo advertir desde luego que para poder comprender lo que llamo “relativa homogeneidad cultural”, y que valoro en términos positivos, hay que tener presente, en la comparación, realidades como las que muestran algunas sociedades africanas y el conjunto de pueblos que conforman la Europa oriental. Aquí entendemos como homogeneidad cultural la existencia de elementos básicos unificadores que, como producto de la historia, se encuentran presentes en una sociedad. Básicamente aquellos referidos a la existencia de una lengua común y de una tradición

cultural unificadora, que en el caso de la sociedad colombiana se encuentra ilustrada por la presencia dominante de la religión católica, aunque puedan desde luego suponerse variadas formas de práctica del catolicismo, dependiendo de los contextos urbanos o rurales, de las pertenencias de grupo social, de las tradiciones regionales y, de hecho, de las adscripciones políticas, elemento este último que constituía en los años cuarenta tanto un elemento de diferenciación y de división –ser liberal o conservador constituía hasta hace poco en Colombia una modalidad de subcultura y un principio de división social-, como un principio de unificación, desde el punto de vista de la forma particular en la que la política y lo “político” eran vividos, pues el gran principio de constitución en sujetos políticos pasaba por los partidos, antes que por el Estado, y las relaciones políticas pasaban en su vivencia inmediata por lo que Daniel Pécaut ha llamado la *dialéctica amigo-enemigo*, un principio que divide y separa, pero sobre la base de una característica cultural común, compartido por liberales y conservadores: el *sectarismo y la visión del otro como enemigo*. Se trata de un rasgo paradójico, en el sentido preciso de la palabra, *pues es un rasgo compartido de división*.

Este es un punto constantemente presente en la Encuesta Folclórica Nacional, que no se ocupó de manera directa de la política, pero que terminó recreando la vivencia nacional de la política a través de las innumerables coplas políticas que recopiló, las cuales tienen todas un solo motivo de “inspiración”: las relaciones entre conservadores y liberales, los prejuicios de cada agrupación frente a la otra, el aspecto de *rivalidad absoluta* como bajo el cual esas relaciones eran vividas en las localidades municipales y en las pequeñas comunidades veredales. Parecería ser por lo demás, que la República Liberal había exacerbado el antagonismo de vieja data existente, particularmente en el campo de los liberales, o más sencillamente y de manera lógica, que los liberales eran la “voz cantante” de la política durante esos años, estando los conservadores condenando a principios de los años cuarenta al silencio y en muchos casos al ostracismo, como por otras fuentes se puede establecer. Por lo demás la Encuesta de 1942 contiene multiplicadas manifestaciones explícitas que muestran la pertenencia liberal de los maestros y directores de escuela, quienes aprovechan los formularios para saludar al Ministro Germán Arciniegas y manifestar su acuerdo con la política educativa liberal, en los puntos relacionados con los restaurantes escolares, el nuevo impulso dado a la higiene pública y personal, a la modificación de las relaciones de servidumbre en el campo, a las campañas de alfabetización y a los elementos pedagógicos nuevos que incluía lo que se llamó desde los años treinta la “escuela nueva”.

Curiosamente, desde el punto de vista estricto de la lengua hablada, a esta misma conclusión de *homogeneidad cultural* llegaban los autores del ALEC en su examen del castellano hablado en Colombia, cuando reconocían la extraordinaria variedad, el polimorfismo de los usos de la lengua –aunque más en el léxico, que en la fonética y en la gramática-, sin dejar de reconocer una relativa homogeneidad de los hablantes que, como se sabe, fácilmente se entienden entre ellos, y sin que para ninguna de las regiones que conforman el país, con la excepción de San Andrés (y las lenguas indígenas que no fueron investigadas y son de hecho otras lenguas), pudiera hablarse de manera estricta de una “fisonomía dialectal”, como la que podemos encontrar, por ejemplo, en la

sociedad italiana, de tal manera que, se concluía, “Se trata de una modalidad regional del español de América”. Se trata además de una característica que nos integra en un marco más general, el del conjunto de la región, y nos integra aun en un marco hispanoamericano, produciendo por esta vía la realidad de una comunidad de lengua con una sociedad europea, lo que muestra uno de los más rasgos culturales de larga duración de la región, producto mismo del fenómeno de la conquista y la colonización.

2. La sociedad colombiana de los años 40, según permiten entrever las encuestas analizadas, se encuentra atravesando un proceso acelerado de cambio, que bien puede ser denominado de *modernización* o de *modernidad*, según la concepción que de estos términos se tenga. Se trata de un proceso regional de grandes desigualdades que transforma muchos patrones espaciales que eran tradición anterior en el país, que dispara el proceso de crecimiento de ciertas ciudades e inmoviliza el de otras, que induce importantes transformaciones y dislocaciones de las relaciones sociales, sobre la base de la mecanización, la tecnificación de ciertas zonas de nuevos cultivos (sobre todo caña y café) y la propia capitalización de ciertas formas de agricultura en las cuales el régimen del salario y la presencia del mercado es un hecho. Todo esto tendrá una importancia grande en los nuevos perfiles que muchas de las llamadas “culturas populares regionales” irán adquiriendo. Y a pesar de que este proceso de modernización se presenta bajo el signo inequívoco de la desigualdad, en diversos grados casi todas las regiones del país, incluso las más lejanas, conocen cambios culturales grandes, particularmente por la extensión de la escuela –sin lugar a dudas uno de los grandes fenómenos de modernidad-, y no en menor medida por la inicial extensión de los medios de comunicación de masas, concretada en el uso del radio y el fonógrafo, los que a pesar de constituir aun un bien escaso, son empleados de manera colectiva por alejadas comunidades, vía a través de la cual multiplican sus efectos. A esto se agregó la ampliación del sistema de vías de transporte por carretera y la ampliación del uso del transporte en camión y en bus, esto último con el surgimiento de la respetable profesión de “ayudante de bus”, que creará un nuevo tipo social en el país, no se si hoy en vía de desaparición.

Pero de estos desarrollos regionales diversos, todos factibles de incluir dentro de un cierto proceso de modernización, uno de los elementos que parece más notable es el de la profundización de las desigualdades regionales, según un patrón que parece haber comenzado a conformarse desde los finales del siglo XIX y que de manera visible se encuentra relacionado con la vinculación del país al mercado internacional a través del cultivo del café, con el consiguiente desarrollo además de enclaves industriales –producto de la inicial acumulación de capital- y de puertos comerciales que conocieron, ellos también, un inicial desarrollo industrial, desde tiempo atrás puesto de presente por los historiadores de la economía, aunque mucho de ese crecimiento inicial se haya luego más o menos esfumado.

Lo que parece importante de recordar aquí no es el hecho simple de las desigualdades regionales, ligadas algunas a las propias condiciones geográficas, a las formas de localización industrial, a anteriores condiciones iniciales mínimas de desarrollo económico en términos de infraestructura y seguramente a elementos de azar y otros imponderables, pues como se sabe, no hay proceso

ninguno de la sociedad que se caracterice por la uniformidad completa, según la llamada ley del “desarrollo desigual”, y sociedades que se caracterizan por grandes diferencias regionales en términos de la formación de su producto bruto interno, no son necesariamente sociedades de extrema desigualdad social, sino comunidades que han sabido hacer uso de los sistemas de ventajas comparativas que el propio entorno social ofrece. Lo que parece más notable en el caso colombiano, siempre hablando a partir de la información que ofrece la Encuesta Folclórica Nacional, es la manera como en la Colombia de los años 40 se unen de manera definida diferencia económicas regionales con desigualdades regionales, según un patrón de crecimiento y desarrollo económicos presentes hasta el día de hoy, poniendo de presente el escaso papel del Estado en el terreno redistributivo de beneficios y logros sociales que terminaron siendo no una apropiación colectiva de la sociedad, sino patrimonios regionales, particularmente de elites y sectores medios regionales.

Particularmente las Encuestas de los años 40 ponen de presente dos puntos básicos en los cuales el crecimiento regional se concretó desigualdades sociales y económicas que, en medio de la relativa homogeneidad cultural profundizaron la desigualdad social. Se trata de lo relacionado con la tecnología puesta en marcha en el agricultura y la ganadería, y con el nivel de salarios. De hecho las encuestas relacionadas con lo que se llama el viejo Caldas muestran la manera como fue extendiéndose el uso de toda la tecnología de que es posible hacer uso en el cultivo del café, sobre todo en su fase de “beneficio” –mucho menos por razones obvias en las de siembra y recolección-, mientras que regiones como las del departamento de Nariño permanecían en el uso de tecnologías agrícolas que no son muy diferentes de aquellas que Pedro Fermín de Vargas había constatado para la mayoría del virreinato hacia 1790 en sus estudios sobre la economía y la tecnología de la sociedad colonial. Un ejemplo de esto se encuentra en el caso de las formas de preparación del suelo para la siembra, en donde el “arado de chuzo” seguía siendo dominante. Lo mismo en el caso de la ganadería de escala familiar y a veces de gran escala en regiones de la Costa Atlántica que en aquel entonces correspondían a uno de los más grandes departamentos del país, el de Bolívar –sobre el cual la información es amplia-, mientras se desconocía toda innovación tecnológica que permitiera hacer un uso más racional del suelo con niveles más altos de productividad y con menor gasto de trabajo humano directo. Un índice estas desigualdades sociales y económicas aparece concretado en la penetración de los sistemas de energía, ya que si bien las tres formas básicas de alumbrado –las plantas eléctricas, las lámparas de petróleo y las “antorchas” mantenidas con resinas vegetales- se encuentran en todas las regiones, el uso de las formas más primarias de alumbrar seguían siendo dominantes en aquellas regiones que no se vincularon al mercado mundial o lo hicieron de manera muy débil, mientras que el uso de la lámpara “Coleman” de petróleo y de la planta eléctrica se generalizaba en las regiones vinculadas al cultivo del café bajo forma industrial.

Lo mismo puede decirse en relación con el nivel de salarios, en donde las desproporciones tienden a ser realmente grandes, no sólo en función de las ramas y sectores económicos, sino en particular de las regiones, dando lugar a una escala salarial para los peones agrícolas y ganaderos

que va desde los veinticinco y centavos que se pagaban en partes de Nariño y Boyacá, hasta el peso y el peso con cincuenta que se encuentra en regiones de agricultura moderna. Pero como afirmábamos arriba, lo esencial aquí no es el hecho de las disparidades regionales, sino la incapacidad o la falta de decisión de un Estado central para intervenir sobre tales disparidades, intentando por lo menos hacer de los frutos iniciales del desarrollo económico capitalista un producto un poco mejor repartido.

De todas maneras, para el conjunto del país, el atraso seguía siendo grande, las desigualdades, cuando se mira el proceso inicial de modernización en su conjunto, eran grandes tanto en términos regionales como sociales, en el contexto de una sociedad que seguía siendo pobre mayoritariamente desde el punto de vista de la creación de riqueza social. Es por ello que, como lo muestra la Encuesta de 1942, aunque sea tan difícil cuantificar el fenómeno, los colombianos de las zonas rurales, que es sobre los cuales disponemos de información a partir de esta fuente, tenían que trabajar demasiado para ganar su sustento. Es por eso que, como la mayor parte de las Encuestas informan, lo que se impone en la sociedad rural colombiana es una dosis de trabajo familiar, dentro del cual destaca, además del trabajo del hombre cabeza de familia, cuando existía, es el trabajo de mujeres y de niños, y estos desde la primera edad en que eran capaces de cargar el azadón. Al parecer se trata de una sociedad en la que, aun en las regiones cafeteras, único producto de verdadero enganche al mercado internacional y de salarios en crecimiento, hay que trabajar demasiado produciendo muy poco, y ganando menos, por lo escasos niveles de productividad existentes, en buena medida producto de la ausencia de tecnologías de innovación, pero posiblemente más del tipo de relaciones de producción y de propiedad existentes. Lo que la mayor parte de las Encuestas reportan como “industria popular” es en general el trabajo de la mujer en fabricación de sombreros, en cestería, en tejidos y en la propia agricultura, al lado de los varones, y no sólo en las épocas de recolección y de siembra, sino a lo largo de todo el ciclo agrícola y ganadero.

En particular en el caso de los niños se encuentra ahí, como informan los maestros, la causa principal del analfabetismo, pues el trabajo familiar aparece como la causa primera del abandono de la escuela, que conocía en los años cuarenta un proceso de extensión hacia zonas que antes no habían gozado de tal beneficio. Desde luego que los maestros mencionan también las enfermedades infantiles y, un poco de manera prejuiciada y acusatoria, el descuido o directamente la indolencia familiar, como causas del abandono escolar. Pero antes que un rechazo o una resistencia contra la escuela y el alfabeto, que por lo demás parecen más bien valoradas de manera positiva, era el trabajo familiar y la propia pobreza de los trabajadores en las comunidades rurales lo que operaba como un factor que hacía imposible la extensión de la escuela. Desde luego que los establecimientos escolares eran precarios en su mayoría, por no hablar del nivel cultural del magisterio -con excepciones desde luego, pues se trata de una época de renovación pedagógica en las sociedades rurales-, pero la escuela había aumentado su cobertura, y los maestros reportan que al inicio del año escolar los niños comienzan su asistencia y encuentran apoyos nutricionales en la escuela a través de los restaurantes escolares –extendidos

más de lo que habitualmente se piensa-. Pero finalmente es el mundo del trabajo el que los arrastra fuera de la escuela, pues cada uno de estos niños debe hacer su propia contribución al trabajo familiar, bien sea en el propio lugar en donde han sido matriculados, bien sea en la nueva región a donde deben dirigirse sus padres por motivos simplemente económicos.

Este elemento fue una de las principales barreras con las que chocó la política liberal de extensión de la instrucción primaria, pues la escuela no encontró las condiciones que le hubieran permitido la retención escolar, bien hubiera sido a través de calendarios adaptados a la sociedad rural con sus ritmos estacionales, o a través de suplementos de mecanismos de promoción social o económica que hubieran hecho de la educación un bien no sólo deseable idealmente, sino de manera práctica, en cuanto se hubiera constituido en una condición de aumento de los ingresos familiares y de mejoras de la productividad en el mediano plazo. Aunque los liberales ensayaron varias fórmulas, algunas presentes en los textos de la Biblioteca Aldeana, la realidad económica terminó por imponerse y los frutos de la extensión de la escuela fueron solamente parciales, aunque no por ello menos importantes como elemento de modernización, según lo mencionaremos adelante.

Sin embargo, es imposible no reconocer una cierta efervescencia escolar y cultural –de la cual forma parte la propia Encuesta Folclórica Nacional de 1942-, que complementada con las propias transformaciones económicas, muchas de ellas más espontáneas que dirigidas, y con la acción extendida de los nuevos medios de comunicación, amplió la ola de modernización que el país había lentamente iniciado desde los finales del siglo XIX, ampliado a partir de los años 20 y acelerado después de 1930.

En el terreno simple del conservadurismo folclórico, un tanto reaccionario por lo menos para mi gusto, déjenme citar lo que a esta respecto de la *modernización* del país decía uno de los miembros de la Academia Colombiana de la Lengua, don Víctor E. Caro, el hijo de don Miguel Antonio Caro, uno de los fundadores de la ilustre institución, con ocasión de la entrega de premios otorgados en un concurso de recopilación folclórica:

Pero en esta época de profundas transformaciones, me parece que la copla tradicional, que se consideró inatacable, empieza a ceder terreno ante el avance de lo que pudiéramos llamar, con una palabra de actualidad, las legiones motorizadas que desencadena la radio. Sones, congas, rumbas corridos y otras canciones de procedencia extranjera, reñidas en su letra con las normas de la poesía, y a veces con las de la decencia, van invadiéndolo todo, sin tregua y sin descanso, en un empeño de vulgarización en el doble sentido de este vocablo.

El hijo de don Miguel Antonio Caro estaba un tanto asustado, ante tanto chofer y tanta ranchera, y reaccionaba de la manera típica como reaccionan los folcloristas radicales cuando sienten amenazadas las que ellos consideran como las únicas tradiciones posibles: descalificando los usos y formas culturales de los otros, y clamando por una vuelta a la tradición, o por lo menos a su

estudio, pues, como decía Víctor Caro, refiriéndose a las coplas populares, “De ahí la necesidad urgente de recoger siquiera una parte de nuestro patrimonio poético popular, antes de que se contamine y degeneren...”.

Este fenómeno de intensificación de las interconexiones sociales y culturales –que crecería de manera dramática después de los años 50 a raíz del éxodo campesino que acompañó la Violencia- es constatado también – a su manera y en su campo- por los autores del ALEC, quienes hablan de “zonas de transición lingüística”-, para referirse a regiones del país en las cuales se comprueba la interpenetración de elementos de “habla” provenientes de diferentes configuraciones culturales, como resulta ser el caso, por ejemplo, del Valle del Cauca, a donde llegan inmigrantes del norte, del centro y del extremo sur del país.

3. En tercer lugar –y esto para equilibrar nuestras observaciones anteriores sobre los *límites sociales* de la penetración de la escuela en las comunidades rurales en el país-, la sociedad colombiana de los años 40 parece ser una sociedad en la cual el *escrito* y la *escritura* han ganado ya un puesto notable, y esto a pesar de la existencia de grandes tasas de analfabetismo, pues, como se sabe, la escritura, y sobre todo la lectura, son fenómenos que exceden la vida escolar, no sólo por la presencia de formas de lectura colectiva –particularmente en las comunidades rurales-, sino sobre todo porque los efectos del alfabetismo son siempre mayores que aquellos que se relacionan de manera directa con sus poseedores, ya que lo escrito encuentra de manera continuada su relevo en todas las formas de transmisión oral, pues en general lo “leído es contado”, relatado, incluido en el mundo de lo que “se dice”, continuado por aquellos que no han sido en principio los directos artífices.

Como lo han mostrado muchísimas investigaciones sobre la cultura popular en Europa, seguir oponiendo como dos fases diferentes y lineales lo escrito y lo oral después de Gutemberg, y entre nosotros después del Descubrimiento de América, es tan sólo un prejuicio de algunos pocos antropólogos, y de todos los folcloristas, y no una característica de la historia de las sociedades, por lo menos en el caso de las sociedades Occidentales, incluyendo dentro de ellas las sociedades hispanoamericanas. En el caso particular de nuestras sociedades, el papel de lo escrito se encuentra presente desde el momento inicial de la Conquista, cuando, por ejemplo, los indígenas “reducidos” eran sometidos a la *lectura* de los nuevos *títulos* que legitimaban la dominación, las nuevas formas de repartición de las tierras y las minas, y la organización social del trabajo que ahora se imponía. Pero de una manera más precisa y menos simbólica, lo *escrito* figuró como una referencia cultural básica, no sólo por el prestigio que se asignaba a los poseedores de la lectura y la escritura y por la propia difusión de las prácticas de *alfabetización*, sino sobre todo porque lo escrito se constituyó en el alimento central de todas las formas de cultura oral, que no han hecho otra cosa que sometersele día a día, a pesar de que se desconozca por parte de los usuarios el fondo escrito de muchas de las referencias que se imaginan como viejos productos de una tradición oral.

La Encuesta Folclórica Nacional de 1942 es un “laboratorio” magnífico para observar tanto las relaciones entre lo oral y lo escrito, como la forma precisa como lo escrito había venido ganando terreno frente a lo oral, y esto a partir, indudablemente, de un núcleo de difusión que no es otra cosa que la escuela –la educación-, y esto a pesar de lo arriba mencionado acerca las limitaciones no tanto de su expansión sino sobre todo de su implantación.

Los capítulos de la Encuesta de 1942 referidos a leyendas y mitos, a cuentos y narraciones, a proverbios, dichos y refranes son una prueba clara de la existencia de un depósito de referencias culturales comunes contruidos a partir de textos escritos y de sus diferentes y aleatorios relevos. En buena medida, la mayor parte de esas referencias, de esas fórmulas populares de indudable procedencia sabia tienen su origen en textos escritos, algunos de los cuales pueden identificarse con claridad, constituyéndose por esta vía en una prueba del indudable papel de modernizador cultural que cumplió la escuela pública primaria desde los años 30 en el país.

Ese papel modernizador, puede observarse, a través de la Encuesta de 1942, en muy distintos planos, entre los cuales podemos mencionar, en primer lugar el hecho de que en muchos casos el edificio escolar es la única construcción relacionada como “moderna” por parte de los maestros. Pero más que ello la escuela se convierte en una referencia simbólica de institucionalidad, desde el momento en que se constituye en el nuevo centro de las ceremonias y celebraciones que reúnen a la comunidad y que son un lugar por excelencia de la “memoria histórica”, de circulación de la nueva política cultural de los liberales y de la socialización en una serie nueva de fiestas cívicas que había introducido la República Liberal, disputando desde este punto la hegemonía que desde la sociedad colonial disfrutaba en este terreno la Iglesia católica. La fiesta del primero de mayo, el día olímpico, el día de la madre y de la juventud, el día del árbol, el día de la bandera, el día del ahorro, entre otras, son fiestas que dan lugar a *ceremoniales públicos comunitarios* en los que la escuela pone a funcionar y hace circular un discurso –un lenguaje, una retórica, unos símbolos- que van convirtiéndose en patrimonio compartido, en depósito de referencias comunes, y en los cuales es fácil identificar el *contenido escolar*, el origen “libresco” de aquello que se pone a circular. El discurso de la escuela dentro de las aulas y muchos más al parecer el discurso de la escuela convertido en discurso público, son una de las grandes fuentes de modificación de lo oral por parte de lo escrito, a través de formas aleatorias de relevo. Lo que se debe aquí reparar con cuidado es el hecho de que esta modificación de la cultura social por la cultura escolar es una muestra del significado cultural de la escuela como elemento de modernización, más allá de sus límites sociales y a pesar de las altísimas tasas de abandono de la escuela –hecho que también comprueba la Encuesta de 1942-, pues la influencia de la escuela no es otra cosa que un jalón más en el avance de la cultura escrita sobre las formas orales de cultura, que de hecho empezaron su acelerado proceso de modificación desde 1492.

Los cuentos narrados, las canciones recreadas, las coplas sabidas, todo un contenido cultural que es puesto a circular *dentro y fuera de la escuela*, permeando también a aquellos que tan sólo por accidente visitan sus aulas, permiten observar que lo escrito ha ganado ya un lugar,

seguramente débil, pero finalmente un lugar, hasta en las comunidades más alejadas; y muchas de las leyendas y cuentos que se copian en las encuestas y que a los maestros transmitieron en muchas ocasiones los padres y los niños, son sencillamente la transmisión de viejos relatos presentes en libros baratos de circulación amplia o en textos escolares.

Seguramente en ese campo de la cultura popular circulante, con sus fórmulas para enfrentar las miles de dificultades y problemas diarios de la vida cotidiana, debe haber sido formada en varias “las temporales” y en distintas duraciones. De hecho, en lo transcrito por los maestros como fórmulas habituales de las gentes de la comunidad es posible distinguir un numeroso grupo que tiene su origen indudable y fácilmente identificable en la sociedad colonial, lo que se observa cuando se repiten fórmulas que provienen de manera verificable de los catecismos coloniales y que son percibidos por los maestros encuestadores como fórmulas de sabiduría y tradición orales. Hay otro núcleo amplio a cuya constitución debe haber contribuido sin lugar a dudas el siglo XIX. Son fórmulas extendidas a todas las regiones, de contenido más secular que religioso y que aun hoy vemos repetir en todos los lugares del país, aunque frente a ellos se mantenga la creencia de que se trata de fórmulas de directa procedencia oral y existentes desde siempre, aunque su temporalidad sea corta y aunque se desconozca sus núcleos de cultura escrita e incluso de alta cultura. Pero hay otro núcleo más que resulta testimonio directo de la influencia de la política cultural del liberalismo, en el campo de la lectura y de la difusión del libro. Se trata de muchísimas fórmulas que parecen expandidas de manera sorprendente en un tiempo extraordinariamente breve, y por lo tanto no sabemos qué tanto fijadas en las formas de conciencia social colectiva. Son aquellas fórmulas de sabiduría popular son directamente tomadas de las Colecciones de libros que difundieron los liberales a través del Ministerio de Educación, sobre todo a través de las Bibliotecas Aldeanas que, de manera desigual, pero amplia, se popularizaron, sobre todo en el terreno escolar, desde mediados de los años 30. Se puede mencionar de manera precisa en este terreno las Colecciones “Araluce” y “Callejas”, que resultan constantemente referenciadas en muchas de las Encuestas de 1942.

Desde luego que aquí podría haber una severa distorsión en las informaciones, pues los maestros, quienes fueron los que elaboraron las Encuestas –con seguridad no siempre en atención a los saberes más establecidos en la comunidad- eran los principales usuarios de tales textos, y puede que rescribiendo parte de ellos –sobre todo en cuanto a narraciones y leyendas- estuvieran transcribiendo un patrimonio literario que era antes el suyo que el de las comunidades. Pero aun así se trata sin duda de una prueba de la circulación, en la escuela por lo menos, de ese nuevo saber escolar presente en el nuevo tipo de libro en circulación; y sabemos además que ese reciente saber, con sus particulares formas literarias y con su peculiar concepción secularizante y modernizante del mundo y de la sociedad, lograba una rápida difusión pública a través del nuevo papel que la escuela pública como centro y núcleo de los ceremoniales y celebraciones comunitarias que articulaban mucho del espíritu colectivo de las poblaciones y localidades, lo que significaba una forma más de victoria de la cultura escrita sobre los patrimonios supuesta o realmente orales legados por la tradición.

Esta es sin lugar a dudas la confirmación de una vieja característica del país, en donde en años recientes se ha buscado insistir en la existencia de tradiciones orales que serían anteriores y completamente diferenciadas del mundo del escrito, lo que ahora mismo vuelve a repetirse a raíz de las experiencias de los festivales de cuenteros, pensando que situaciones de tradición oral como las de ciertas sociedades del África pueden ser trasladadas sin más a una sociedad como la nuestra que, pobremente, desigualmente, desde 1492 cayó en las redes de la palabra escrita. En realidad, para decirlo sencillamente, lo que aquí se ha confundido es el *carácter predominante oral* de una cultura, lo que no es ni de lejos el caso colombiano, con la existencia de una gran *oralidad y disposición a la palabra* por parte de las gentes populares de ciertas regiones.

4. Finalmente y en la misma dirección, algo que resulta esencial en el análisis de las culturas llamadas populares, y que es solidario de todo lo que atrás hemos mencionado: las culturas populares mantienen desde siempre un diálogo intenso con las formas “sabias”, “letradas”, “elaboradas” –o como se las quiera denominar- de la cultura de la sociedad global, aunque los “usuarios” no sepan el origen de las formas en que se mueven, lo que por lo demás no es muy importante, y aunque hagan los usos más dispares de esas tradiciones. Esto es algo que se desprende directamente y sin ambigüedades de la lectura de las Encuestas folclóricas de 1942, y que deberíamos llamar la atención sobre un punto esencial del análisis histórico y sociológico de las sociedades, como lo mostraremos en el numeral siguiente y último de este ensayo. Se trata del punto relacionado con la existencia mayor o menor de *tradiciones compartidas en una sociedad*, un punto realmente significativo, si tenemos en cuenta que una sociedad se define también por la presencia de elementos comunes compartidos, no sólo respecto de una lengua más o menos uniformemente hablada, o por una comunidad de territorio, sino por la existencia de por lo menos algunas tradiciones que hagan posible algún sentimiento de pertenencia, de memoria común, de común racionalización de las experiencias compartidas de manera práctica, y esto a pesar de la existencia de antagonismo sociales a partir de las propias relaciones sociales de producción.

Esto es algo que se comprueba de muchas maneras en la lectura de la Encuesta Folclórica Nacional de 1942. Así por ejemplo en lo relacionado con las expresiones musicales. De hecho las diferencias en los tipos de música sabidos, interpretados y escuchados son constables, pero se trata de diferencias regionales menores que las que se podrían imaginar a primera vista; y no por que tales diferencias no existan, sino más bien porque ellas se combinan con la presencia de géneros musicales comunes, incluso en regiones en las cuales uno supondría de entrada lo contrario. Así por ejemplo, nadie dudaría de la presencia de la música de cuerda y de géneros como el bambuco y el pasillo en las regiones andinas, pero no deja de sorprender el que tales géneros musicales se encuentran igualmente, por ejemplo en lugares del pacífico, como por ejemplo en Tumaco, en donde además de la música interpretada con marimba y con instrumentos de viento, se encuentra la música de cuerda y los géneros tradicionales andinos. Desde luego que el problema puede explicarse por diversas razones. Por ejemplo, en este caso, por las relaciones geográficas que la costa nariñense necesariamente debería tener con el “centro” nariñense del

cual constituía a su manera una “periferia” de alguna integración. Y aun más podría explicarse, y puede ser este el elemento principal de la explicación, por la existencia de formas de imposición cultural, de hegemonía de la cultura “andina” y centralista dominante. Pero el punto principal sobre el cual nos interesa llamar la atención tiene que ver con la existencia de elementos culturales comunes, con la presencia no sólo de formas mezcladas e irremediablemente híbridas –como ocurre siempre en todo proceso social, procesos en los cuales la anomalía lo constituiría más bien la presencia de lo “puro” y “auténtico”, si ello existe-, sino de formas fluidas, circulantes, en pleno movimiento, en constante mestizaje, pues, además, como se sabe, los años 40 son precisamente aquellos en los cuales la sociedad colombiana a través de diversas maneras –una de las cuales será la naciente industria discográfica- empezará a tomar en cuenta la existencia de músicas desconocidas de gentes “negras y bailadoras” a las que hasta hace poco se veía con malos ojos y respecto de los cuales las elites capitalinas y muchos de los dirigentes culturales del liberalismo, como el doctor López de Mesa- desconfiaban por motivos “raciales” (es decir por motivos relacionados con el sistema de prejuicios a través de los cuales “pensaban” las variedades étnicas de una sociedad).

Esta misma comprobación de un patrimonio cultural compartido, y en este caso cambiante, en el terreno de las expresiones musicales, se comprueba en la Encuesta Folclórica Nacional de 1942, cuando ella interroga a través del cultivo de la música y del baile modernos en las comunidades. Es un hecho que en la mayor parte de ellas, incluidas las más alejadas regiones, las más inhóspitas, las más separadas de las nuevas vías de comunicación y de los medios modernos de comunicación de masas -trátase de regiones costeras o andinas-, el panorama se encuentra en un dinámico proceso de transformación, impulsado por las nuevas formas de reproducción mecánica del sonido, empezando primero por la vitrola –que los maestros regularmente escriben bajo la forma “victrola”-, continuando por el fonógrafo –que es anterior al radio- y concluyendo en este último, aun muy desigualmente repartido en los años 40. Los maestros reportan la escucha, y a veces la práctica del baile, del tango, del son, de la ranchera, del “valse” y de la mazurca –entre otros-, poniendo presente no sólo la difusión de géneros musicales extranjeros, sino la circulación de géneros musicales de alta circulación a una circulación más común. Lo más curioso en las respuestas a este tipo de interrogantes no es solamente la presencia de ellos, sino el hecho de que mucho de ellos son catalogados como nacionales, como pertenecientes al país, lo que indicaría algo acerca de su rápido arraigo.

Esto es algo que se comprueba también con el examen de las “coplas” -provenientes del romancero español-, en el caso de los proverbios –casi todos provenientes de la Biblias-, o en el caso de los refranes, por lo demás repetidos monótonamente de región en región, casi siempre preceptos de contenido moral para aplicación en la vida práctica como normas de conducta, proviniendo muchos de ellos de viejos tratados de moral práctica, de manuales de urbanidad o de pequeños libros con consejos para una vida de conducta “recta”, como ocurre también, finalmente, con las recetas de “medicina popular”, que muchas veces expresan de manera original antiguos contenidos de la ciencia médica antes del dominio de los fármacos. Déjenme solamente

dar un ejemplo final, un poco extremo, de este diálogo entre culturas letradas y culturas populares, punto que considero básico en el análisis de la cultura popular. Se trata de una copla recogida en Boyacá, que dice: “Cuando sentí que mi amado/hasta mi puerta llegó/salió a recibirlo mi alma/y al partir no lo encontré”. La referencia inmediata es sin lugar a dudas la gran tradición mística que pasando por San Juan de la Cruz y tantos otros, tiene su punto de referencia en los textos bíblicos. En el *Cantar de los Cantares* leemos: “Abrí yo a mi amado/más mi amado se había ido”, no pareciendo forzada la filiación, aunque el punto central para nosotros seguirá siendo, a diferencia de los folcloristas, no el del origen, ni el de la sobrevivencia de esta reliquia, sino el de los escenarios en los que esa copla ha podido producir el vértigo del amor o de su ausencia, y las formas en apariencia misteriosas, pero que históricamente se podrían intentar establecer, de ese afortunada migración que ha llevado a un rincón de una vereda de Boyacá y ha puesto en labios campesinos lo que es una de las más altas creaciones del espíritu.³⁹⁰

7.

Hablar de la existencia de patrimonios culturales comunes en sociedades caracterizadas por la existencia de definidas oposiciones sociales de clase, es decir de oposiciones que adquieren buena parte de sus rasgos de la desigual distribución de la propiedad –del capital y de la tierra, básicamente-, es plantear uno de los problemas más agudos que enfrenta la ciencia social bajo la pregunta: ¿Cómo una sociedad puede ser al mismo tiempo *una y dividida*, es decir antagonizada por la existencia en su base de fenómenos asociados con la propiedad privada y disponer al mismo tiempo de un patrimonio común, es decir de un elemento de historicidad, para decirlo en el lenguaje del sociólogo Alain Touraine?³⁹¹

Desde luego que esos elementos de historicidad, de patrimonio compartido, son, estimados en la larga duración, aquellos derivados del proceso de conquista y colonización, pero tal constatación no es suficiente como respuesta, sobre todo porque antes que un *hecho* conquista y colonización son un *proceso*; y además porque las oposiciones sociales (sistemas de “castas”) y las formas generales de legitimación del poder político –y por esta vía de las desigualdades sociales- (la teoría del derecho divino de los reyes y de la monarquía absoluta) son profundamente diferentes de las formas de oposición y de legitimación social de aquellas que existen en las sociedades formalmente definidas como sociedades democráticas y de manera práctica, aunque desigual, poseedoras de fuertes canales de movilidad social, como ocurre con la sociedad colombiana desde el primer tercio del siglo XIX.

Desde luego que el análisis de la Encuesta Folclórica Nacional de 1942 no permite dar respuesta a este problema, que es tanto un problema del análisis histórico como un problema de la teoría

³⁹⁰ Cf. Octavio Quiñónez Pardo, *Cantares de Boyacá*. Bogotá, s.f. ni p. de i.

³⁹¹ Cf. Alain Touraine, *Pour la sociologie*. Paris, Editions du Seuil, 1974, quien discute de manera amplia y sobresaliente la pregunta, aunque sus respuesta sigan siendo tanto provisionales como discutibles.

sociológica general. Pero la Encuesta del año 1942 permite por lo menos realizar algunas constataciones que muestran ya no sólo los procesos recientes de modernización de la sociedad colombiana, sino su proceso de modernidad, en el sentido de haberse hecho ella una “sociedad moderna”, una sociedad capitalista³⁹², en el sentido en que la teoría social moderna (particularmente Marx y Weber) ha definido ese tipo de sociedad; como muestra al mismo tiempo la Encuesta de qué manera tan particular la sociedad colombiana ha vivido, padecido y percibido ese dato básico de la modernidad: la existencia de una sociedad que es al mismo tiempo “una y dividida”.

El primer dato que se impone al lector de la Encuesta Folclórica Nacional de 1942 es la manera cruda, directa, insoslayable, como se perciben las oposiciones sociales, las que aparecen observadas como directamente articuladas a las condiciones sociales de propiedad de la tierra y de los medios de trabajo, así de manera práctica buena parte de las relaciones sociales en el campo continuaran mostrando formas que las asemejaban a otro tipo de formaciones sociales, en particular a aquellas relacionadas con el arriendo y el terraje. Pero lo que resulta significativo para nuestro análisis es que ellas sean percibidas en la generalidad de las Encuestas como dependiendo de la propiedad.

Al mismo tiempo esas oposiciones económicas, percibidas como sociales, como oponiendo a grupos básicos de la sociedad, se piensan como la raíz de las desigualdades sociales, de las diferencias de fortuna y de oportunidades de trabajo. En este punto lo que se encuentra como más notable son las distinciones entre “pueblo” y elites, entre gentes comunes y notables –o caudillos como a veces se dice de manera curiosa-, con una mirada perfectamente adecuada a las realidades que se quieren describir. Todas las descripciones realizadas por los maestros en relación con la tecnología, con los utensilios domésticos, con los instrumentos de labranza, con las condiciones higiene y de vivienda, con el acceso a la escuela y a la instrucción, con las formas de alimentación cotidianas y en días de fiesta, con las celebraciones extraordinarias del año, por ejemplo la semana santa y la navidad, son pensadas por relación con las oposiciones sociales básicas, como núcleo determinante de todo el acontecer social.

Finalmente, en relación con este problema de la percepción de la existencia de las clases sociales y la dinámica social, es realmente significativo en el terreno político y cultural, el hecho de que esas oposiciones encuentren al parecer por primera vez un *lenguaje* que directamente los articula a la moderna *cuestión social*, un lenguaje que es, desde luego, un combinado de formas tradicionales y a veces arcaicas de nombrar las diferencias sociales y de formas estrictamente

³⁹² Cf. de manera particular, Jorge Orlando Melo, “Proceso de modernización en Colombia, 1850-1930” [1985], pp. 109-136, y “Algunas consideraciones globales sobre ‘modernidad’ y ‘modernización’ en Colombia”, pp. 137-168, en *Predecir el pasado: ensayos de historia de Colombia*. Bogotá, 1992, textos que me parecen ser los más notables y sintéticos sobre el tema en Colombia, y estudios que colocan parte de su atención en el período que a nosotros nos ocupa y en algunos de los mecanismos en los que también insistimos, como el mestizaje, la educación, los niveles de tecnología y salarios, y el papel de los medios modernos de comunicación social. Y en una perspectiva más amplia, cf. Daniel Pécaut, *Orden y Violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953*. Bogotá, Norma editorial, segunda edición, 2001.

modernas (“burgueses” y “capitalistas”), a veces, o casi regularmente, aplicadas a realidades que no son estrictamente capitalistas, como aquellas de la sociedad rural colombiana de los años 40. Pero en cualquier caso, se trata de un hallazgo de gran originalidad desde el punto de vista de la modernidad, y un lenguaje de consecuencias a veces perversas sobre las formas de práctica y cultura política en el país. Es un lenguaje, muy relacionado con lo que sería el lenguaje del Gaitanismo, que desde aquella época para bien o para mal constituye un patrimonio de la gente popular en Colombia y que fue en buena medida el responsable de las simpatías que la mayoría del pueblo en Colombia ha expresado hacia el liberalismo, el que, como se sabe, es por lo demás el gran creador e impulsor de ese mismo lenguaje.

Pero esa percepción de una comunidad humana que se encuentra atravesada por divisiones sociales incurables, no es opuesta a la existencia reconocida, vivida, percibida, de un conjunto de elementos sociales y culturales compartidos, de una cierta historicidad, que se encuentra expresada en las encuestas no tanto por la remisión a una historia y tradiciones pasadas comunes y compartidas –lo que existe pero no en la magnitud en que se podría pensar– sino más bien apoyada en la experiencia común directa, actual, tal como se refleja en la vivienda en espacios territoriales comunes, por la participación en algunos tipos de celebración que prestan identidades locales, por el consumo de alimentos formalmente parecidos, por una serie de rasgos mínimos unificadores, que continúan manteniendo como telón de fondo la lengua, la religión católica, una espacialidad minimamente compartida y la existencia de lazos otra serie de lazos más invisibles de comunidad, difíciles de establecer, en ocasiones puramente imaginarios, pero no menos productores de efectos de comunidad (a veces formas directas de parentesco, a veces relaciones de filiación política, a veces el espacio compartido de la institución escolar o de cercanías que produce el vecindario o la vida en común en la aldea, aunque se trate de gentes que no son sólo socialmente diferenciadas, sino capaces de percibir esa diferencia social y sus bases). Desde luego que este es un periodo del país en el que la diferencia entre medios rurales y medios urbanos se está profundizando, pero este es un elemento que no aparece con fuerza en la Encuesta de 1942, por estar toda ella centrada en pequeñas comunidades de aldea.

La Encuesta Folclórica nacional permite pues constatar la existencia de esas dos realidades, la división social y la historicidad, que constituyen una de las grandes preguntas de la sociología general y uno de los fenómenos más instructivos en términos de dinámicas sociales concretas para el análisis histórico.